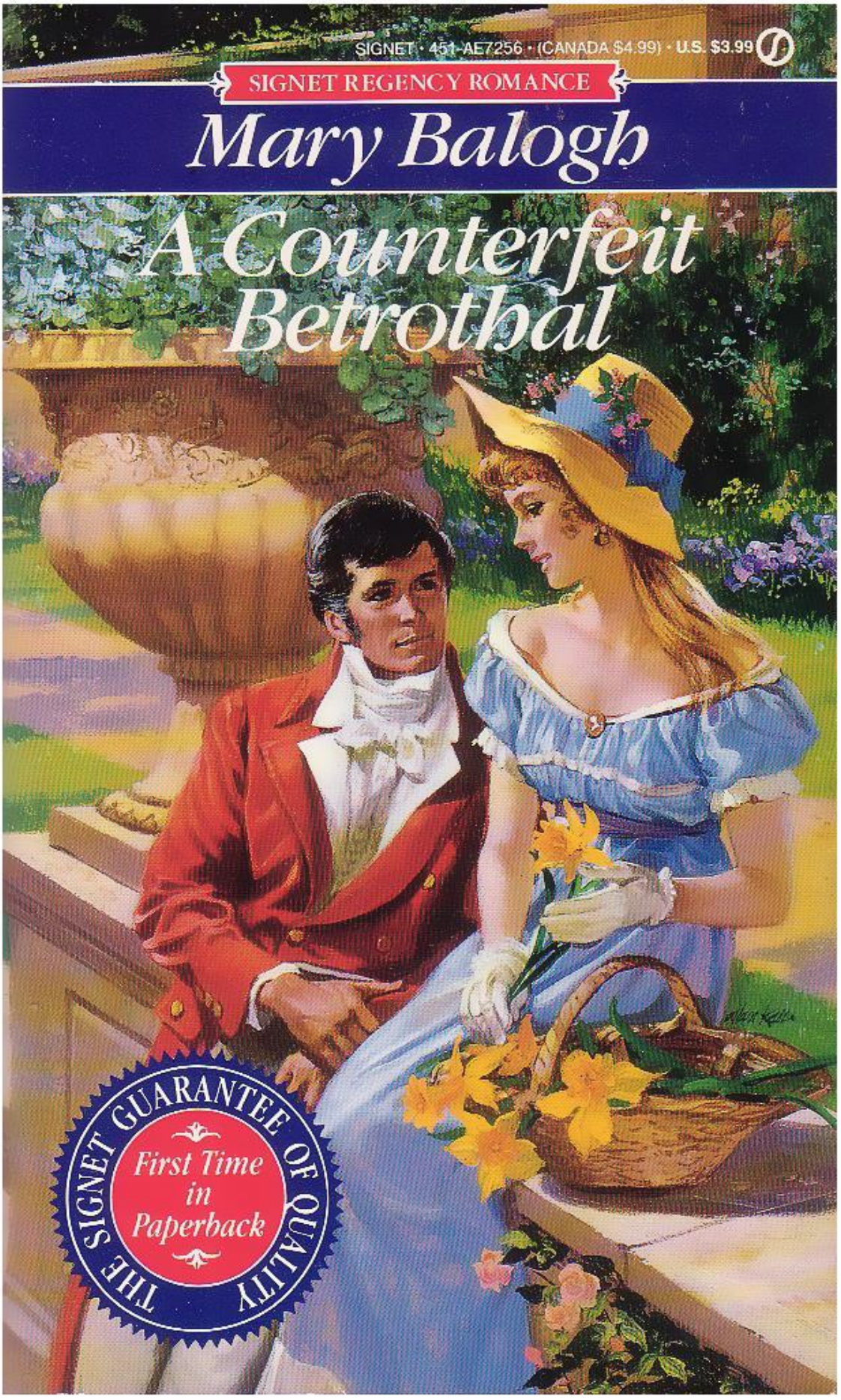
SIGNET · 451-AE7256 · (CANADA $4.99) · U.S. $3.99
SIGNET REGENCY ROMANCE
Mary Balogh
A Counterfeit Betrothal
THE SIGNET GUARANTEE OF QUALITY
First Time in Paperback

FALSO COMPROMISO

A Counterfeit Betrothal

(The second book in the Waite series)

MARY BALOGH

Publicada en 1992

Esto es una traducción para fans de Mary Balogh sin ánimo de lucro solo por el placer de leer. Si algún día las editoriales deciden publicar algún libro nuevo de esta autora cómpralo. He disfrutado mucho traduciendo este libro porque me gusta la autora y espero que lo disfruten también con todos los errores que puede que haya cometido.

INDICE

INDICE
SINOPSIS
CAPITULO 01
CAPITULO 02
CAPITULO 03
CAPITULO 04
CAPITULO 05
CAPITULO 06
CAPITULO 07
CAPITULO 08
CAPITULO 09
CAPITULO 10
CAPITULO 11
CAPITULO 12
CAPITULO 13
CAPITULO 14
CAPITULO 15
CAPITULO 16
CAPITULO 17
CAPITULO 18
FIN

SINOPSIS

Decidida a reunir de nuevo a sus padres separados, Lady Sophia Bryant anuncia su falso compromiso con Lord Francis Sutton, un libertino diabólicamente guapo dispuesto a ayudar a la bella Sophia.

CAPITULO 01

—De ninguna manera—la señorita Sophia Bryant dijo, —no tengo ninguna intención de casarme con nadie. Nunca —. Dio un giro a su sombrilla amarilla por encima de su cabeza y miró las aguas que fluían del río Támesis, que brillaban a la luz del sol de mayo.

Fue una declaración apresurada considerando el hecho de que había tres caballeros perfectamente elegibles en el grupo que adornaban el césped de la orilla del río en la fiesta en el jardín de Lady Pinkerton en Richmond. También había otras dos jóvenes, una amiga íntima de Lady Sophia y la otra las más grandes chismosa de la generación más joven. Al caer la noche, todo Londres sabría lo que acababa de decir, incluido su padre, que la había traído a Londres para la temporada, sin duda con la intención de encontrarle un marido a pesar de que no había cumplido los dieciocho años.

Pero ella había querido decir las palabras.

—Entonces no tendrá ningún sentido estar en la ciudad— dijo el Sr. Peter Hathaway. —Nosotros, caballeros, podríamos empacar nuestros baúles y retirarnos al campo, no lady Sophia—. Despertando el interés de lord Francis Sutton, que estaba tendido de costado, apoyado en un codo y con la barbilla en la mano. Estaba chupando una brizna de hierba. Levantó una ceja expresiva y el Sr. Hathaway hizo una mueca. —Si no fuera por la presencia de la Srta. Maxwell y la Srta. Brooks-Hyde, por supuesto— agregó apresuradamente.

—Pero, ¿por qué, lady Sophia?— Preguntó la Srta Dorothy Brooks-Hyde. — ¿Preferirías ser una solterona dependiente de tus parientes masculinos por el resto de tu vida? Ni siquiera tienes hermanos.

—No seré dependiente— dijo Lady Sophia. —Cuando tenga veintiún años, entraré en posesión de mi fortuna y me estableceré sola. Fomentaré las mejores compañías, y todas las damas casadas me envidiarán.

—Y cultivarás la etiqueta de [1]*bluestocking*1 en el trato, Soph— dijo Lord Francis, primero retirando la hoja de hierba de su boca. —No te conviene.

—Tonterías— dijo ella. —Vas a acabar horriblemente cubierto de hierba, Francis.

—Entonces puedes cepillarme después—, dijo, guiñándole un ojo y devolviendo la brizna de hierba a la boca.

---

[1] ***bluestocking*** es una mujer educada e intelectual , originalmente miembro de la Blue Stockings Society del siglo XVIII

—No me sorprende que a veces el nombre de libertino se te haya adjudicado en los últimos años, Francis— dijo lady Sophia con severidad.

— ¡Sophia!— Dijo la señorita Cynthia Maxwell con reproche, poniendo su sombrilla delante de su cara para ocultar su rubor a los caballeros.

Sir Marmaduke Lane entró en la conversación. —En serio, Lady Sophia— dijo, —no es fácil ni recomendable evitar el matrimonio. Nuestra sociedad y todo el futuro de la raza humana dependen de que hagamos conexiones elegibles. De hecho, se podría decir que es nuestro deber unirse al estado de casados .

—¡Burgués!— Fue la reacción de Lady Sophia a este discurso pomposo. —¿Por qué renunciar a la libertad y a la felicidad futura solo por el sentido del deber?

—Preferiría haber dicho que la felicidad viene del matrimonio y de tener hijos—dijo Dorothy. — ¿Qué más hay para una mujer, después de todo?— Miró a Lord Francis para su aprobación, pero estaba ocupado con la tarea absorbente de seleccionar otra brizna de hierba para chupar.

—El matrimonio solo trae infelicidad— dijo Lady Sophia con vehemencia. —Una vez que el primer brote de romance ha desaparecido, no queda nada. Nada en absoluto. El esposo puede regresar a su antiguo estilo de vida mientras que la esposa se queda sin nada y sin medios para hacer algo significativo de lo que le queda de vida. Y no se puede salir del matrimonio una vez que estás dentro, más allá de orar todas las noches por la desaparición de tu pareja. No tengo ninguna intención de permitir que me pase algo así, muchas gracias.

—Pero no todos los matrimonios son tan desafortunados, Sophia— dijo Cynthia con dulzura. —La mayoría de las parejas se llevan bastante bien estando juntas.

—Bueno, el matrimonio de mis padres es un desastre— dijo Sophia, girando su sombrilla enfadada y mirando hacia el agua. —Mi madre no ha dejado Rushton en casi catorce años y mi padre no ha puesto un pie allí en todo ese tiempo. No me hables de llevarse bien juntos.

—Su terquedad es la causa, supongo — dijo Hathaway. —No conozco a tu madre, lady Sophia, pero puedo imaginar que su padre es muy testarudo y culpable. Sin embargo, no deberían haber estado peleados tanto tiempo. ¿Fueron siempre infelices juntos?

— ¿Cómo voy a saberlo?— Dijo Sophia. —Tenía solo cuatro años cuando se separaron. Apenas recuerdo que estuvieran juntos.

—Deberían reparar sus diferencias— dijo Sir Marmaduke. —Deberían encontrar consuelo el uno en el otro en su vejez.

El señor Hathaway resopló mientras lord Francis sonrió. —No conozco a la condesa, Lane— dijo el primero, —pero apostaría a que a Clifton no le gustaría que le informaran que está en la vejez. ¿No puedes encontrar alguna manera de reunirlos, lady Sophia?

—¿Por qué?—Dijo ella. —¿Para que puedan pelearse y volver a separarse de nuevo?

—Tal vez no lo harían— dijo. —Tal vez se alegrarían de volver a verse de nuevo.

—Por supuesto— dijo Dorothy, —las mujeres pierden su apariencia más rápido que los hombres. Tal vez se sorprendería al verla envejecida.

—¡Mamá es hermosa!— Dijo Sophia. —Mucho más hermosa que...— Pero ella no completaría la comparación. Lady Mornington era indudablemente la amante de papá, discretamente, ya que ambos se ocupaban de su relación. Pero mamá era más hermosa sin embargo. Diez veces, cien veces, más encantadora.

—Entonces deberías reunirlos— dijo el Sr. Hathaway. —De todos modos, probablemente fue una estúpida pelea.

—Oh, ¿cómo podría lograr tal cosa?— Dijo Sophia con irritación.

—Di que quieres a tu mamá aquí para la temporada, Sophia— dijo Cynthia. —Es perfectamente comprensible que desees que ella esté aquí para tu presentación.

—Papá me preguntó si quería que ella o él me acompañara— dijo Sophia. —Si le hubiera dicho mamá, entonces él se habría mantenido alejado. Yo no elegiría. Me negué. De todos modos, no creo que mamá hubiera venido. Ha estado en el campo demasiado tiempo.

—Tendrás que involucrarte en algún escándalo, Soph— dijo Lord Francis después de deshacerse de la brizna de hierba de su boca. —Eso la traerá corriendo. Encuentra a alguien bastante inelegible para fugarte.

—Oh, sé serio, Francis— dijo con enojo. — ¿Por qué querría fugarme con alguien? Me obligarían a casarme con él y probablemente no reuniría a mamá y papá después de todo. Esa es la idea más tonta que he escuchado en mi vida.

—Inventa una gran pasión por alguien inelegible, entonces— dijo. —Niégate a atender a razones. Amenaza con fugarte si tu padre no da su consentimiento. Sé tan difícil como las chicas saben ser. Enviará a buscar a tu madre por exasperación antes de que te des cuenta.

—Sería más probable que me enviara a Rushton— dijo Sophia. —Me gustaría que alguien cambiara de tema. ¿Cómo empezamos con esto, de todos modos?

—Tratando de adivinar quién estaría comprometida o casada y con quién al final de la temporada— dijo Hathaway. —¿No podrías comprometerte con alguien que tu padre desapruebe, y sin embargo, no quiera rechazar de plano, Lady Sophia? ¿No puedes presentarle un problema que necesitaria que su madre ayudara a resolver?

Ella exclamo—¿Uno de los duques reales, tal vez?— Dijo.

—Uno de los amigos de tu papá, tal vez— dijo, con el ceño fruncido mientras pensaba. —O el hijo de uno de sus amigos. Alguien a quien no querría del todo para su hija y, sin embargo, alguien a quien no lo mandaría al diablo debido a su amigo. Un hijo más joven, quizás... con una reputación algo dudosa.

—¿Alguien mencionó mi nombre?— Preguntó lord Francis. —Deberías concebir una gran pasión por mí, Soph. Mi padre estaría encantado y mi madre no dejaría de abrazarme desde ahora hasta el día del juicio final. Clifton tendría una apoplejía.

—Qué idea tan ridícula—dijo Sophia.

—No necesariamente— dijo Hathaway pensativamente. —Clifton y el duque de Weymouth tienen una relación amistosa tan cercana como parece, ¿no es así? Y Sutton es ciertamente el tipo de hombre que estaba describiendo.

—Gracias— dijo lord Francis secamente. —No olvides, Hathaway, que solo hay tres hermanos mayores y cuatro sobrinos entre el ducado y yo.

—Pero tú eres algo así como un libertino, Francis, debes admitirlo— dijo Sophia. —Y papá lo llama además demonio.

Le sonrió y le guiñó un ojo otra vez. —Me deseas, ¿verdad, Soph?— Dijo mientras Cynthia volvía a bajar su sombrilla, y Dorothy estaba casi visiblemente almacenando detalles para compartir con su madre tan pronto como pudiera. —Funcionaria, por Júpiter. Apuesto a que Clifton enviaría a su mejor jinete llevando su montura más rápida a buscar a tu madre si solo le susurras tu intención de convertirte en la señora de Lord Francis.

—Qué estúpido— dijo ella. —Como si alguna vez en mi momento más salvaje considerara casarme contigo, Francis.

Se estremeció teatralmente. —Está bien, entonces— dijo, —que nunca en la más profunda de mis borracheras consideraría preguntarte, Soph. No mires fijamente. Tú empezaste los insultos.

—Además— dijo Sir Marmaduke, —no sería apropiado utilizar la institución del sagrado matrimonio como una farsa para lograr totalmente otro objetivo.

—Pero Sophia— dijo Cynthia, — ¿no crees que vale la pena intentarlo? ¿No estaría tu papá realmente en un terrible dilema?

—Creo— dijo Sofía de mala gana, —que él y Su Gracia una vez expresaron el deseo de que sus familias estuvieran unidas por el matrimonio. Pero desafortunadamente para ellos, papá solo me tenía a mí y yo era demasiado joven. Francis es el único hijo que aún no está casado.

—Y la oveja negra además— dijo ese joven. —Clifton ha guardado un siniestro silencio sobre el viejo tema desde que Claude, mi último y respetable hermano, se casó con Henrietta hace dos años.

—La pregunta es— dijo el Sr. Hathaway, — ¿están dispuestos a probarlo, ustedes dos?

—¿ Atravesar los umbrales de la pasión con Soph?— Dijo lord Francis. —La idea tiene su atractivo, debo admitirlo. — Sus ojos se rieron de Sophia mientras recorrían su figura sentada con su endeble vestido de muselina.

—Qué estúpido— dijo ella. —Deja de mirarme de esa forma.

—Pero, ¿crees que tu padre podría enviar a por tu madre si anunciaras tu intención de casarse con lord Francis, Sophia?— Preguntó Cynthia.

—Si me metiera en lo que papá llama uno de mis estados de ánimo obstinados e insisto en que se le consultara, quizás— admitió Sophia. —Pero tal vez no, también. Han logrado resolver todos los problemas durante los últimos catorce años sin reunirse ni una vez cara a cara.

—Pero, ¿están dispuesto a intentarlo?— Preguntó el Sr. Hathaway. —Esa es la pregunta ahora. ¿Sutton?

Lord Francis sonreia a Sophia. — ¿Soph?— Preguntó.

—Ciertamente no me voy a casar contigo— dijo. —Si tienes alguna esperanza secreta de que así terminará, Francis, olvídalo.

—No hay nada que olvidar— dijo. —Será todo una farsa, Soph. Todo jadeando y fingiendo pasión. Una falsa pasión. Me apetece bastante. La vida ha sido tediosa últimamente.

—¿Qué dices, lady Sophia?— Preguntó Dorothy, con una nota de emoción contenida en su voz.

Sophia giró su sombrilla y se dispuso a decir una vez más que la idea era ridícula y que ni siquiera fingiría mostrar un interés romántico en su antiguo torturador de la infancia. De todos modos, no había ninguna manera de reunir a mamá y papá. Si habían permanecido irrevocablemente separados durante catorce años, sin duda no había forma de cambiar las cosas ahora.

—Le recomendaría enfáticamente no hacerlo, lady Sophia— dijo Sir Marmaduke. —La santa institución del matrimonio no debe tomarse en broma.

Eso lo hizo. —Digo que sí— dijo Sophia, levantando la barbilla y mirando indignada a la sonrisa perezosa y abierta de Lord Francis. —Yo digo que lo intentemos. Pero no me voy a casar contigo, claro, Francis.

—Bien— dijo. —Será mejor que tengas cuidado de no enamorarte de mí en serio, Soph, o estarás condenada a una terrible decepción, ¿sabes? Y si te hinchas así, mi niña, podrías explotar. Tu diste el primer golpe bajo. Simplemente seguí tu ejemplo.

—Esto no funcionará— dijo ella. —Es una idea muy ridícula.

—También podría— dijo apresuradamente el Sr. Hathaway. —Pero una cosa que todos debemos hacer es jurar el secreto. Ni una palabra ni una pista. ¿Señorita Brooks-Hyde?

Dorothy parecía estar en una agonía. Ella casi estalla con la historia. —Oh, muy bien— dijo. —Pero espero, por su bien, que esta farsa no dure mucho, lady Sophia. No le hará ningún bien a tu reputación

—Gracias—dijo lord Francis.

—Quiero decir cuando ella rompa el compromiso— dijo Dorothy, colorada. —O el vínculo, si no llegan a un compromiso.

—Espero que el plan funcione para ti, Sophia— dijo Cynthia. —Sé cómo adoras a tu madre y a tu padre. Y no es como si no conocieras a Lord Francis en absoluto. Se conocen desde siempre, ¿no?

—Por lo menos durante tanto tiempo— dijo lord Francis. —¿O es más tiempo, Soph? Recuerdo dejándote atrás cuando apenas podías caminar.

—¿Lane?— Preguntó el señor Hathaway.

—Puedes contar conmigo— dijo Sir Marmaduke. —Solo puedo aplaudir sus esfuerzos por lograr una reconciliación entre sus padres, Lady Sophia, incluso si desapruebo sus métodos. Pero no diré nada.

—Y no lo haré, por supuesto— dijo el Sr. Hathaway. —Así que todo está resuelto. Y ya que el conde de Clifton está en esta fiesta de jardín, les sugiero que unan los brazos, se vayan a dar un paseo y comiencen a enamorarse desesperadamente.

—Hecho— dijo lord Francis, poniéndose de pie con desagrado y extendiendo una mano para ayudar a Sophia a hacerlo. —Serás capaz de ignorarme después de todo, Soph.

—Absolutamente no lo haré— dijo indignada. —Usted puede cepillarse.

— ¿Lo ves?— Dijo, apelando al resto del grupo. —Tiene miedo de que si una vez me pone las manos encima, no podrá quitarlas de nuevo.

La señorita Cynthia Maxwell inclinó una vez más la sombrilla para ocultar sus rubores.

Se inclinó hacia delante en su asiento para ver mejor por la ventanilla del carruaje. Parecía sorprendentemente igual, el pueblo de Clifton, aunque no lo había visto en más de catorce años. Miró a medias con entusiasmo, sin querer, a la iglesia parroquial con su torre alta y elegante y su camino empedrado que serpenteaba a través de un cementerio adormecido.

La habían recorrido después de su boda, tomados de la mano, riendo, ansiosos por escapar de los bulliciosos saludos de familiares y de amigos y aldeanos, deseosos de llegar al carruaje, ansiosos por estar detrás de las cortinas donde habían encontrado la intimidad para besarse con calma y mirarse a los ojos y sonreírse por el nuevo y el increíble conocimiento de que eran marido y mujer, que ella era su vizcondesa.

Hace casi diecinueve años. Ella tenía diecisiete años, él veintiuno. Los padres de ambos se habían mostrado reacios a dar su consentimiento a la unión debido a su juventud, pero persistieron. Habían sido atrapados en todo las maravillas del amor juvenil.

Olivia Bryant, condesa de Clifton, se recostó en su asiento y cerró los ojos. No quería ver a los fantasmas de aquellos jóvenes amantes que corrían de su boda a un mundo feliz para siempre, un mundo que no había durado ni cinco años. No quería pensar en ello. Había dejado de pensar en eso hacía mucho tiempo.

El carruaje siguió su camino a través de la aldea y hacia las puertas que conducían a Clifton Court media milla más allá. El hogar de su suegro cuando se casaron, ahora el de su esposo.

A pesar de sí misma, sintió que su estómago se revolvía con aprensión. ¿Qué aspecto tendría ahora? ¿Lo reconocería? Había sido alto y delgado cuando lo vio por última vez, su cabello oscuro era grueso y siempre demasiado largo, su rostro era hermoso y juvenil y siempre estaba lleno de entusiasmo y ganas de vivir, excepto la última vez que lo vio, por supuesto. Tenía entonces veintiséis años. Tiene cuarenta años ahora. Había cumplido cuarenta años en mayo, dos meses antes.

¡Cuarenta! Era de mediana edad. Ella era de mediana edad. Cumpliría treinta y siete en septiembre. Tenían una hija de dieciocho años. Sophia había celebrado su decimoctavo cumpleaños en Londres un día después del cumpleaños de su padre. Aunque estuvo en el parto dieciocho años antes durante su cumpleaños, la condesa había sido incapaz de dar a luz hasta dos horas

después de un nuevo día. Se habían reído al respecto, mirándose con cariño y triunfalmente a los ojos del otro después de que se le había permitido entrar en su dormitorio para ver a su nueva hija.

Le daría un hijo la próxima vez, le había prometido. Pero no había habido una próxima vez. No había concebido en cuatro años, y después de cuatro años se había ido, para no volver jamás.

¿Lo reconocería? Se sentía bastante enferma.

La carta de Sophia había sido abyecta y suplicante, fría y formal la de Marc. Pero ambos le habían hecho ver que era necesario que viniera. Le había mostrado las dos cartas a su amigo Clarence, sir Clarence Wickham, y él estaba de acuerdo con ella. Debería ir, le había aconsejado. Claramente, se debe tomar una decisión familiar, y era el tipo de decisión que no se pudo discutir por carta.

Sophia estaba profundamente enamorada de Lord Francis Sutton, el hijo menor del amigo de Marc, el duque de Weymouth. Profundamente, locamente, enamorados para siempre, según su carta. Él era guapo y encantador e inteligente y amable y todo lo que era maravillo. Y si alguna vez fue un joven salvaje, ahora todo había quedado atrás. Él la adoraba y la iba a amar y cuidar de ella por el resto de sus vidas. Y aunque era el hijo menor y había vivido de forma algo extravagante durante algunos años, no le faltaban perspectivas. Aparte del acuerdo que su padre haría con él cuando se casara, era el favorito y heredero de una tía abuela anciana, que era muy rica en verdad. Por favor, ¿Mamá vendría a ver por sí misma qué marido elegible sería para ella, y persuadiría a Papá de que sus días salvajes habían terminado? Por favor ¿vendría? ¿*Por favor*?

Su hija se había imaginado una pasión no admisible, había escrito el conde, y había declarado su intención de casarse con el joven o de huir con él. Lord Francis Sutton era un diablo, nada menos, un cachorro irresponsable que le daría a Sophia quebraderos de cabeza si se casaban. Además, ella era demasiado joven para pensar en el matrimonio. Y sin embargo la situación era incómoda. Lamentablemente, los jóvenes habían sido muy firmes en sus intenciones y Weymouth y su esposa estaban encantados con la conexión propuesta. Se había visto obligado a invitarlos a ellos y al joven a Clifton con algunos otros invitados, esperando que de alguna manera se pudiera evitar el compromiso matrimonial. Weymouth, por otro lado, parecía creer que se trataba de una fiesta de compromiso matrimonial que se estaba realizando. ¿Olivia, por favor, vendría a Clifton para ayudar a hacer entrar en razón a su hija?

—Parece que siempre has tenido más influencia sobre ella que yo— había escrito amablemente.

Y entonces ella asistiría. Sintió que el carruaje retumbaba sobre el puente de piedra jorobado y sabía que la casa sería visible desde la ventana izquierda. Volvió las palmas de las manos y las examinó detenidamente.

Seguramente debe haber alguna otra manera. Pero no la había, lo sabía. Hay que disuadir a Sophia de hacer un matrimonio desastroso. La condesa podía recordar a Lord Francis solo cuando era un niño pequeño y travieso, tres o cuatro años mayor que Sophia. Pero Marc había dicho en su carta que el joven era un salvaje. Eso significaría que era un temerario, un jugador y un bebedor, un pícaro. Un mujeriego.

Eso no es para Sophia. Todo menos eso. Si estuvieran enamorados ahora, no duraría. Volvería a sus viejas costumbres una vez que el brillo hubiera desaparecido de su matrimonio. Sophia terminaría con una vida de miseria, un libertino infiel por marido.

Eso no es para Sophia. Por favor, no eso, rogó a un poder invisible en silencio. Por favor, eso no. Sofía era todo lo que tenía. Si tuviera que vivir para ver a Sophia rechazada y desesperadamente infeliz, no podría soportarlo.

Cuando finalmente ya no pudo ignorar el acercamiento a la casa, vio que las puertas de la casa estaban abiertas. Y la misma Sophia bajaba apresuradamente los peldaños de mármol, se veía guapa y a la moda con su cabello oscuro corto y rizado, muy parecido al de su padre como la condesa lo recordaba. Tenía a un joven de la mano y lo arrastraba tras ella: un joven alto y delgado, de pelo rubio y una cara bonita y risueña.

— ¡Mamá!— Sophia estaba parada al lado del carruaje casi saltando sobre el terreno en su impaciencia, esperando que un lacayo abriera la puerta y bajara los escalones. Continuó hablando tan pronto como la puerta se abrió. —Pensé que nunca llegarías aquí. Dije que estarías aquí ayer, pero papá dijo que no, que no podrías venir desde Lincolnshire a Gloucestershire antes de hoy como muy pronto. Tal vez incluso mañana, dijo. Pero yo sabía que sería hoy una vez que se hizo evidente que no sería ayer.

Se arrojó a los brazos de su madre cuando esta última bajó los escalones.

—Parece una eternidad— dijo. —Ojala hubieras venido a Londres, mamá. Es tan espléndido. Este es Francis. —Ella se volvió con una sonrisa deslumbrantemente al guapo joven y para enlazar su brazo con el suyo. —¿Lo recuerdas?

—Solo cuando era un muchacho muy joven que tenía un don para hacer travesuras— dijo la condesa, sonriendo y extendiendo una mano hacia él. Notó con un hundimiento de su corazón su atractiva sonrisa. —Me complace volverte a ver nuevamente, Lord Francis.

—No me sorprende que se haya mantenido en el campo, señora, en lugar de venir a Londres— dijo, tomando su mano en un apretón firme. —Veo que te has mantenido cerca de la fuente de la eterna juventud.

La condesa de Clifton no estaba nada complacida con la adulación del joven. Si lo usaba en Sophia, no es de extrañar que hubiera cambiado la cabeza de la niña. Y era demasiado guapo. Pero esos pensamientos desaparecieron de su mente cuando se dio cuenta sin mirar, -sin atreverse a mirar- que alguien más salía a los escalones de la casa y comenzaba a descender.

¿Era? pensó con cierto pánico cuando ya no era posible evitar que sus ojos se desviaran más allá del hombro de Lord Francis. ¿Podría ser? Su corazón latía tan dolorosamente que pensó que podría deshonrarse completamente y desmayarse.

Era más amplio. No gordo, no había ni una onza de grasa en su cuerpo hasta donde los ojos podían ver. Sin embargo amplio y poderoso de hombros y pecho. Parecía en forma, musculoso, fuerte. Era más alto de lo que ella recordaba. Su cabello aún era grueso, no había perdido nada, como ella había esperado quizás. Todavía estaba oscuro, pero abundantemente salpicado de plata. Por extraño que parezca, los pelos plateados se sumaron a la impresión general de virilidad en lugar de restarle importancia.

Su rostro era diferente. Tan guapo… más aún, de hecho. Ahora era el rostro de un hombre, no el de un joven ansioso. Pero había una dureza allí, en la mandíbula y en los ojos oscuros, un cinismo que había estado totalmente ausente antes.

Era el. Por supuesto que era él. Muy diferente. Tan parecido.

—Olivia— dijo, extendiendo una mano. Recordó sus manos, los dedos largos y fuertes, las uñas cortas y bien cuidadas. —Bienvenida a casa.

—Marcus— dijo, colocando su mano en la suya, observándola cerca de la suya, sintiendo con algo de asombro su calidez y su firmeza, casi como si hubiera esperado verla pero no sentirla.

Y observó y sintió más conmoción cuando levantó la mano de ella hacia sus labios. Lo miró a los ojos y se dio cuenta de que sus pensamientos debían estar ocupados de la misma manera que los suyos. Estaba notando los cambios, la semejanza.

La mayoría de los cambios, pensó ella, dejando caer su mirada de nuevo. Tenía veintidós años cuando la había dejado, no, cuando ella lo había ahuyentado. Una mera niña.

—Papá— dijo Sophia, aplaudiendo, —¿Mamá no se ve hermosa?

—Sí— dijo. —Mucho. Entra, Olivia. Mi mayordomo y mi ama de llaves están ansiosos por ser presentados. Luego, Sophia te llevará a tu habitación y podrás descansar y refrescarte.

—Gracias— dijo y puso su mano en el brazo que él extendió hacia ella.

Oyó a Sophia reír de alegría detrás de ellos.

CAPITULO 02

No había sabido cómo iba a tratarla cuando llegó. Había reflexionado las posibilidades durante días. Y no estaba del todo seguro de haber tomado la decisión correcta.

Tal vez debería haberla tratado como a una invitada más en lugar de como la señora de Clifton Court. Tal vez debería haberla puesto en una habitación de invitados en vez de en la habitación de la condesa al lado de la suya. Tal vez debería haber tenido la puerta de conexión entre sus vestidores cerrada con llave. Tal vez debería haberse quedado en el interior de la sala para saludarla en lugar de salir. O tal vez debería haber insistido en salir delante de Sophia. Tal vez no debería haberle dado el papel de anfitriona en la cena, sentándola al pie de la mesa, frente a él, con Weymouth a su lado. Tal vez debería haber hecho todo lo posible y haberla llevado aparte poco después de su llegada para discutir el asunto del inminente compromiso de Sophia.

Quizás no debería haberla requerido en absoluto. Tal vez simplemente debería haberle solicitado su opinión y consejo por carta. Lo había hecho varias veces a lo largo de los años. Sus cartas eran invariablemente lúcidas y sensatas.

Se sentía de nuevo como un torpe colegial, pensó el conde de Clifton más tarde por la noche mientras acababa la tercera mano de cartas frente a la duquesa. Debería ser más como su esposa. Había sido una anfitriona tranquila y desenfadada toda la noche y en este momento estaba conversando tranquilamente en el otro extremo del largo salón con Weymouth, Sutton, Sophia y algunos de los otros huéspedes.

¡Su esposa! Parecía imposible, pensó, mirándola a través de la habitación. Su esposa desde hace casi diecinueve años. Livy Una extraña.

—Hacen una pareja encantadora, ¿no es cierto, Marcus?— Dijo la duquesa cuando la cogio del codo y la dirigió en dirección a la bandeja del té. Estaba sonriendo cariñosamente a través de la habitación. —Una chica tan encantadora y la forma tan graciosa de comportarse. Debo confesar que es mejor de lo que se merece Francis, aunque es un joven muy querido y se lo parecerá a todo el mundo una vez que haya enterrado sus excesos juveniles, como lo expresa William. Y creo que quizás ya estén enterrados. Sophia está teniendo un efecto estabilizador sobre él.

—Parece haber pasado mucho tiempo desde que solían jugar y pelearse interminablemente— dijo el conde, evitando el problema básico. Sutton ya había propuesto por Sophia, pero no había recibido una respuesta definitiva. Le había dicho que el asunto debía ser discutido con la madre de Lady Sophia. Le había dicho que había que considerar el problema de la edad muy joven de Sofía. Y, sin

embargo, los amigos del conde, los Weymouth, se comportaban como si el retraso en el consentimiento fuera una mera formalidad.

—Y es más cercano en edad a ella de lo que Claude habría estado—, dijo la duquesa, —o Richard o Bertie.

— ¿El bautizo del hijo de Claude fue bien?— Preguntó el conde, tratando de cambiar el tema.

Fue una pregunta afortunada. La duquesa, aceptando una taza de té de sus manos, se sentó, convocó a una corte de damas más jóvenes con una graciosa sonrisa y procedió a entretenerlas contando el bautizo del heredero de su hijo. Lord Clifton se quedó mirándola educadamente.

Vio que Sofía se había trasladado con varios de los jóvenes y se había sentado al piano. Sutton estaba detrás de ella, inclinándose junto a ella para poner una pieza de música en el soporte ante ella. Sus brazos estaban a ambos lados de ella, de modo que cuando volvió la cabeza para sonreírle cálidamente, casi se besaron. El conde sintió que su mandíbula se tensaba. Si ese cachorrito alguna vez hubiera puesto tanto solo un dedo sobre Sophia sin su permiso personal, él...

Miró hacia su esposa. Olivia debe ayudarle. Sin duda, sabría qué hacer para poner fin a una relación tan indeseable. Al igual que había sabido cómo convencer a una Sofía mucho más joven que ese año pasara la Navidad con él, cuando la niña deseaba volver a casa con su madre, con quien siempre había vivido la mayor parte del año. Y cuando llegó el momento, había sabido cómo convencer a su hija para que fuera a la escuela, aunque Sophia había estado enojada y rebelde. Ella exclamó en voz alta que mamá se pondría de su parte y no insistiría en que la llevaran a una institución como si no la quisieran.

Descubrió que no era fácil tener una hija sin una esposa cerca que le aconsejara sobre la mejor manera de criarla. Nunca había pedido el consejo de Mary, aunque era una mujer sensata y sin duda habría estado dispuesta a dárselo. María y Sofía pertenecían a aspectos muy diferentes de su vida.

Su esposa estaba hablando con Weymouth y sonriendo. Parecía bastante tranquila hasta que miró en su dirección, atraída por sus ojos. Se volvió bruscamente, y pareció descompuesta por un momento.

Se había preguntado si la reconocería. Y tal vez no lo habría hecho, si ella no hubiera estado sola y en brazos de Sophia. Tal vez habría cruzado con ella en una calle concurrida. Aunque sin duda habría girado la cabeza para una segunda mirada. Había sido muy bonita cuando era joven, inusualmente encantadora, de hecho. Había tenido una figura esbelta y agradable, y un rostro brillante, expresivo y sonriente, rodeado de masas de rizos casi rubios.

Ahora era hermosa, extraordinariamente hermosa. Su figura estaba más llena, más seductora, su largo cabello peinado hacia atrás de su rostro y enrollado

en la parte posterior de su cabeza, no había signos de gris en él. Pero su rostro era la parte de ella que más había cambiado. Aunque ahora sonreía, y había sonreído durante la cena y la mayor parte de la noche, parecía ser una expresión que había asumido deliberadamente. La animación, el brillo se habían ido, dejando solo la belleza y la serenidad.

¡Livy! Solo tenía diecisiete años cuando la vio por primera vez. Sus padres no tenían intención de casarla tan joven. Estaba siendo presentada en sociedad solo porque también se presentaría a su prima mayor y las dos familias habían decidido que fuera una ocasión conjunta.

Habían pasado la mayor parte de la noche en lados opuestos del salón de baile. Él era muy joven, acaba de llegar de Oxford, a punto de embarcarse en la vida de un hombre de ciudad. Había estado ansioso por adquirir un poco de sofisticación, un poco de arrogancia de ciudad, hasta que la vio y supo durante toda la noche que ella también lo había visto, aunque sus ojos nunca se encontraron.

Pero sus ojos se encontraron y se mantuvieron, después de que él organizó su presentación a ella y bailó con ella después de la cena. Y sus mejillas se habían sonrojado y sus labios se habían separado, y había sido golpeado por todo un arsenal de flechas de Cupido. Pobre joven necio, creyendo que el amor joven podría durar toda la vida.

El conde volvió su atención a la duquesa de Weymouth a tiempo para hacer un comentario apropiado sobre algo que había dicho. Se debe evitar que Sophia cometa el mismo error, pensó. Debe estar protegida de tener la misma suerte que su madre. Y, sin embargo, ni siquiera había sido un libertino, no como Sutton que tenía una gran variedad de jovencitas bonitas y una persecución tan grande de damas jóvenes respetables que suspiraban por sus favores. Él había sido un inocente. Una inocente peligrosa, que había cometido un error y no había tenido el sentido de guardar silencio al respecto.

¡Livy!

Se inclinó y se apartó de las mujeres mientras la conversación giraba sobre otros temas. Caminó por la habitación en dirección a su esposa y Weymouth. Y recordó cómo había sido como una joven novia y cómo había sido él. Un par de jóvenes inocentes profundamente enamorados y ansiosos por consumar ese amor, el uno tan virginal e ignorante como el otro.

Había sido torpe y desagradable. La había lastimado terriblemente y se había visto obligado a terminar la consumación con el sonido de sus sollozos sofocados. Y sin embargo, después se había girado en sus brazos, lo miró con ese joven y ansioso rostro y lo consoló, con una mano alisando su cabello. ¡Ella lo había consolado! No importaba, le había asegurado. Era su esposa ahora y eso era todo lo que importaba.

—Y será mejor la próxima vez—, le había dicho. —Será, te lo prometo. ¿Marc? —Incluso en la oscuridad había visto el brillo de su sonrisa. —Soy tu esposa. No solo por la iglesia y el vicario y la ceremonia y los invitados. Pero a causa de eso. Tú eres mi esposo.

—Para siempre jamás, Livy—, le había prometido, besándola cálida y persistentemente. —Por siempre y para siempre mi esposa, y por siempre y para siempre mi amor.

Pobre idiota. Para siempre no había durado más de cinco años.

Levantó la vista cuando él se acercó. La sonrisa que había forzado en su rostro se mantuvo en su lugar.

—Acabo de decirle a Olivia lo bueno que es verla de nuevo— dijo el duque. —Tiene muy buen aspecto. Pasamos buenos momentos juntos, todos nosotros, ¿no?, cuando los niños eran pequeños y Sophia era una niña pequeña

—Sí— dijo el conde. —Bertie, Richard y Claude siempre fueron sus campeones contra las diversas atrocidades que Francis ideó para deshacerse de ella.

El duque se echó a reír. —Creo que tuve un permanente escozor en la mano una vez que todos ustedes se quedaron con nosotros durante un mes— dijo. —Sin duda, me cause mucho más dolor del que le cause la parte trasera de Francis. ¿Recuerdas el pabellón de la orquesta, Olivia?

El conde se rió entre dientes y miró a su esposa para descubrir que su sonrisa había cambiado a una de genuina diversión.

—Si es posible que el corazón de uno realice un salto mortal completo— dijo —creo que el mío lo hizo cuando vi a Sophia sentada en la cima de la cúpula, tan fresca como un pepino, negándose a admitir que estaba asustada o que no sabía bajar.

—Y tenía apenas cuatro años— dijo Su Gracia.

—No sabía— dijo el conde —que era capaz de trepar por pilares lisos y subir a una cúpula aún más suave en menos tiempo del que me hubiera llevado dar una vuelta alrededor del pabellón.

—Y Olivia, que estaba debajo, te advierto que tuvieras cuidado —dijo el duque con una risita—. —Y extendiendo los brazos como si pensara que podría atraparte si te caes.

Lord Clifton se encontró con los ojos animados de su esposa y sintió que su sonrisa se desvanecía como la de ella.

—Y Francis no está a la vista— continuó su gracia, —después de atraerla hasta allí. Había ido a pescar, si no recuerdo mal. Y Olivia estaba llorando en tus

brazos, Marcus, después de que todo terminó, no Sophia. Ella estaba de camino a unirse a la fiesta de pesca, creo.

—Sí— dijo el conde. —Creo que estaba tan agitado que incluso me olvidé de azotarla.

—Fueron días buenos— dijo el duque con un suspiro, —cuando los niños eran todos jóvenes y nosotros. Pero, ¿quién hubiera pensado que Francis y Sofía podrían desarrollar algún sentimiento? Nunca le permitía jugar con él incluso cuando se hicieron mayores. ¿No es eso, Marcus?

—Afortunadamente— dijo Lord Clifton, —no se vieron mucho una vez que ambos estuvieron en la escuela y Sophia pasó la mayor parte de sus vacaciones en Rushton. No se han juntado durante cuatro años antes de esta primavera.

—Y ahora parece, Olivia— dijo el duque, —que nos quieren relacionar por matrimonio. ¿Qué te parece, eh? ¿Te apetece tener a mi sinvergüenza hijo menor por yerno? No te culparía en absoluto si dijeras que no. —Se rió con ganas.

El conde miró a su esposa.

—Marcus y yo no hemos tenido oportunidad de discutir el compromiso de Lord Francis— dijo en voz baja. —Sería injusto dar mi opinión hasta que lo hayamos hecho, William.

Una buena respuesta, pensó el conde, mirándola con admiración. ¿Marcus? Lo había llamado así antes, afuera. Antes de eso, ella no lo había llamado por su nombre completo desde antes de su matrimonio. Siempre había sido Marc. Pero también él había estado llamándola Olivia desde su llegada.

Que era como debería ser. Eran, después de todo, extraños. Extraños que por casualidad compartieron algunos recuerdos y una hija.

—Este no es el momento ni el lugar para discutir los términos— dijo el duque. —Ah, los jóvenes se van del pianoforte.

El conde vio a Sutton tomar a Sophia de la mano y entrelazó sus dedos con los de ella. Se sonreían como si vieran el mundo entero reflejado en los ojos del otro. Y se estaban acercando.

—Su permiso, señor— dijo Lord Francis, inclinándose, —para llevar a su hija a la terraza exterior. La señorita Maxwell y lady Jennifer, el señor Hathaway y sir Ridley también vendrán, si los padres de las damas lo permiten.

—Es una noche celestial— dijo Sofía. —Miramos por las ventanas hace un rato, ¿no es cierto, Francis? Y todas las estrellas brillan y la luna brilla. Di que sí, papá. Hace demasiado calor aquí.

Se veía muy bonita, pensó su padre, con sus ojos oscuros brillantes, sus mejillas enrojecidas, el resplandor del joven amor que le daba cierto brillo. Le

recordó a su madre, aunque nunca antes había pensado que fueran iguales. Había algo en la expresión. Olivia solía brillar así.

—Mamá— decía Sophia, —la fuente se ve bastante impresionante a la luz de la luna. ¿Recuerdas eso de cuando el abuelo solía vivir aquí? Deberías venir afuera con nosotros. Deberías venir con papá. —Se rió y se volvió hacia él. —¿Qué mejores acompañantes podríamos tener, después de todo, que mis padres?

—Creo que tu madre probablemente está cansada de su viaje, Sophia—dijo.

—Y, sin embargo— dijo lord Francis con una reverencia, —no hay nada mejor pensado para adormecerse que una corta caminata al aire libre antes de retirarse. ¿Verdad, lady Clifton? ¿No vienes?

Hubo un breve silencio.

—¿Olivia?— Dijo el conde y se encontró casi conteniendo la respiración. —¿Te importaría un poco de aire fresco?

—Gracias— dijo ella después de otra breve pausa. —Creo que eso sería agradable.

—Entonces enviaré a buscar tu capa— dijo.

—Mira hacia atrás cuando tengas la oportunidad— dijo Sophia. —Ahora no. Casualmente, como si estuvieras mirando las estrellas. No puedo mirar sin parecer muy obvio. ¿Están caminando juntos, Francis? ¿Están hablando? No lo hagas ahora o pensarán que te he pedido que lo hagas. ¡Ahora no!

Lord Francis había girado la cabeza por encima del hombro sin ningún intento de casualidad o subterfugio.

—Ella tiene su brazo en el suyo— informó. —No están hablando. Al menos no lo estaban cuando miraba. Pero tal vez uno de ellos acaba de dejar de hablar y estaba haciendo una pausa para respirar, mientras que el otro no tenía nada que decir.

—Dije que no ahora— le susurró ella. —Pensarán que los estamos espiando.

—Si lo hubiera pensado— dijo, —habría traído mi telescopio conmigo. Excepto que no lo traje conmigo a Clifton, por supuesto. Y ahora que lo pienso, no poseo ninguno. Me escabulliré entre unos arbustos si lo desea, Soph, para observar el proceso. ¿Crees que me echarán de menos? No sé cómo podrían hacerlo cuando Lady Jennifer está gritando con tanta alegría. Lo que puede estar diciéndole Hathaway, ¿Qué crees?

—Todo esto es una broma para ti, ¿no es así?— Preguntó ella. —Mi madre y mi padre están juntos por primera vez en catorce años y todo lo que puedes hacer es hablar de estupideces, como escabullirse entre los arbustos. ¿Alguna vez tomas algo en serio?

—Lo hago, Soph— dijo. —Me preocuparía si mis pantalones se engancharan con las espinas.

—¡Oh!— Dijo ella, sacudiendo la cabeza.

—Creo que es hora de una mirada derretida—dijo. —No podemos hacer que piensen que nuestro ardor se ha enfriado. Creo que lo hemos hecho notablemente bien hasta ahora, ¿no es así? No estoy seguro de ti, Soph, pero estoy considerando seriamente trabajar en un escenario.

—Es posible que así— ella dijo con aspereza. —estés cerca de todas tus actrices.

—Sonríe, cariño— dijo seductoramente, girando su rostro hacia un lado para dar una imagen de su perfil a los que caminaban detrás de ellos y sonriéndole deslumbrantemente. —Vamos, Soph. Vale la pena una moneda para verte hacerlo.

Volvió la cabeza para mirarlo a los ojos y sonrió lenta y suavemente. Inclinó la cabeza un poco más cerca y miró sus labios.

—No te atrevas— dijo ella, su expresión no cambió en absoluto. —Si quieres que te golpe en la mejilla, te aplaste la nariz y te ennegrezcan los ojos, acércate media pulgada más, Francis.

Su rostro se movió tal vez un cuarto de pulgada más cerca. —Eso es lo suficientemente lejos— dijo. —No es que tus amenazas me disuadirían de robar un beso, Soph. Pero tengo la clara sensación de que el puño de tu padre podría hacer que mi nariz se desvíe si lo hiciera.

Ambos giraron sus cabezas para mirar al frente de nuevo, las radiantes sonrisas se desvanecieron al hacerlo.

— ¿Y ahora qué?— Preguntó. —Mis padres ya están planeando viajes de boda, elaborando listas de invitados y preguntándose en qué iglesia se celebrará la boda. Y mi madre ya está soñando con nuevos nietos y se pregunta si habrá tiempo para lavar y planchar las ropas de bautizo familiares después del bebe de Claude y antes que el nuestro. Mientras tanto, me quedo mirando complaciente y como si una estrella fugaz me hubiera golpeado en el ojo.

—No me gusta decepcionarlos—dijo Sophia, —pero no me casaría contigo, Francis, aunque fueras el último hombre en la tierra.

—En cierto modo, estamos muy bien adaptados, Soph— dijo con amabilidad. —Pensamos parecido. No creo que me casaría contigo, ni siquiera en condiciones similares pero a la inversa que mencionaste.

—No eres un caballero, — dijo ella. —Nunca lo has sido.

—No tiene sentido estar enfadada solo porque me niego a casarme contigo, Soph— dijo. —Fui lo suficientemente caballero como para permitirte que te niegues a casarte conmigo primero. Pero basta de peleas. ¿Qué sucederá después? De repente, ¿encontramos que nuestro amor se ha enfriado para que mis padres y yo podamos irnos mañana y pueda volver a la agradable vida de libertino?

—También te gustaría eso, ¿no?— Dijo. — ¿Te gustaría abandonarme como si fuera una patata caliente que se suelta a toda costa?

—En resumen, sí— dijo. —Pero por tu tono deduzco que me necesitas.

—Por supuesto que te necesito— dijo indignada. —Si te vas mañana o al día siguiente, Francis, mamá no tendrá que quedarse más y se irá a casa y nunca volverá a ver a papá. Y eso será todo. Y si eso sucede, nunca me casaré con nadie, porque no me permitiré ser atraída a una vida tan miserable. ¿Qué están haciendo? ¡Y no mires ahora!

Lord Francis miró. —Paseando y hablando— dijo.

— ¿Hablando?— Ella lo miró con entusiasmo. —Eso es prometedor. ¿No lo crees, Francis?

—Hemos estado hablando, también— dijo. —Discutiendo.

Ella suspiró. — ¿Crees que ellos también están peleando?— Preguntó.

—No tengo ni idea— dijo. —Pero puedes confiar en que son muy bien educados para pelear, Soph. Así que debo quedarme para mantenerlos juntos, ¿verdad? ¿Crees que nos van a permitir que nos comprometamos?

—No si papá puede evitarlo—, dijo. —Dice que soy demasiado joven, aunque ya he cumplido dieciocho años y soy mayor que mamá cuando se casó. Pero ese sería su significado, ¿no es así? Vamos a tener que estar angustiados, Francis. Vamos a tener que amenazar con la fuga o el suicidio.

—Por Júpiter— dijo. —Toda una elección, ¿no es así? ¿Entre la espada y la pared, dirías tú?

—No— dijo ella. —Pero espero que lo hagas. Elegiría el suicidio sin la menor vacilación. Sin embargo, será mejor que ellos den su consentimiento. —Ella frunció el ceño al pensar. —Queremos casarnos sin demora, por supuesto. Una boda de verano. Mamá tendrá que quedarse para planearlo. Habrá mucho para que ella y papá discutan. Y tal vez nuestra boda les recuerde a las suyas.

—Ah— dijo, —odio interrumpir este agradable pensamiento, Soph, ¿pero dijiste nuestra boda? ¿Qué hacemos después? ¿Negarnos a consumarlo e ir pidiendo una anulación?

—Oh— dijo ella. —Tienes razón. No puede haber una boda, ¿verdad? Pero solo la planificación de eso les recordará. ¿No te parece? ¿Y cómo puedes decir lo que acabas de decir? Sería como si me humillaras anulando nuestro matrimonio y haciendo que el mundo diga que ni siquiera podría atraerte lo suficiente como para tentarte en nuestra noche de bodas.

—Soph—dijo, —me alegra que la luna no esté del todo llena. Podría escuchar algunas palabras de verdadera locura de tu parte.

—Pero en realidad— dijo, —no podrías haber dicho nada más insultante, Francis. Debería morir de mortificación.

—Dios mío— dijo. —Y pensar que renuncié a una semana o dos o cinco de una vida de civilización genial en Brighton por esto.

—Te refieres a una vida de juegos de azar y de juergas y mujeres— dijo con aspereza.

—Eso es lo que dije, ¿no es así?— Dijo. —Es hora de coquetear y hacerse el cariñoso de nuevo, Soph. ¿Un beso en la mano, creo? —Se llevó la mano a los labios y la mantuvo allí mientras ella le sonreía radiante.

CAPITULO 03

Hubo una cierta familiaridad incluso después de catorce años. Una altura familiar, su mejilla justo por encima del nivel de su hombro. Una forma familiar y distintiva de sostener su brazo, con el suyo unidos por eso. La apretó contra su cuerpo de modo que el dorso de su mano estuviera contra su costado.

Nunca le había importado antes, por supuesto. Siempre había caminado cerca de él. Cuando habían caminado sin ser observados, a menudo le pasaba un brazo por los hombros mientras ella lo hacía por la cintura.

—Tus rizos son una almohada cómoda para mi mejilla, Liv— había dicho a menudo. Y a veces la descansaba allí y roncaba ruidosamente mientras ella soltaba una risita y le decía lo tonto que era.

Ahora le importaba. Había esperado evitar recuerdos y comparaciones. Había esperado evitar todo, solo encuentros puramente de intereses con él. Una esperanza estúpida, por supuesto, cuando la duración de su estancia era indefinida y había invitados en la casa en busca de diversión. Y cuando era verano en Clifton. Verano en Clifton. Sintió un manantial de recuerdos y nostalgia.

Marc. Oh, Marc.

—Entonces, ¿qué piensas?— Preguntó, rompiendo el silencio entre ellos.

— ¿Sobre Sophia y Lord Francis?— Preguntó. —Es demasiado joven, Marcus. Apenas dieciocho años. Todavía es una niña.

—Sí— dijo, y ambos recordaron a un joven aún más pequeño de diecinueve años que antes había insistido en casarse. Dos jóvenes.

—No sabe nada de la vida— dijo, —y nada de las personas. Terminó la escuela hace solo un año y estuvo conmigo en el campo hasta después de Navidad. ¿Cómo puede estar lista para el matrimonio?

—No puede— dijo.

—Sé cómo debe haber sido— dijo. —Se quedó atrapada en el torbellino y el glamour de la temporada y se encontró con Lord Francis por primera vez desde que ambos crecieron y se enamoró de él. Era inevitable Es un chico muy guapo y encantador. Pero ella no sabe en qué mundo protegido ha estado viviendo. No sabe que su amor no puede durar.

—No— dijo.

—Sé lo que se siente— dijo ella. —Sé cómo se siente.

—Sí— dijo.

Porque así pasó conmigo. No dijo las palabras en voz alta, pero no necesitaba hacerlo. Colgaron pesadas en el aire entre ellos.

— ¿Está de acuerdo conmigo, entonces— dijo, —que debemos evitar que el compromiso suceda?

—Sí— dijo ella. —Oh sí.

—No será fácil— dijo. —Están bastante locos el uno por el otro y ya sabes lo terca que puede ser Sophia. Siempre he evitado las confrontaciones con ella siempre que ha sido posible. Me temo que a veces la he encontrado inmanejable. Siempre lo has hecho mejor que yo en ese aspecto, Olivia.

—Sí— dijo ella. —Siempre la has complacido, Marcus. Tal vez tuviste miedo de perder su amor. Siempre he cerrado mi mente a la posibilidad y me he negado a permitirle que se salga con la suya en todos los asuntos.

—He estado muy poco con ella—, dijo. —Nunca la mantuve mucho tiempo porque sentía que necesitaba a su madre más que a su padre. Y siempre pensé que la echarías de menos.

—Sí— dijo ella. —Siempre lo hice. Oh, Marcus, míralos. Están totalmente enredados el uno en el otro.

Sophia y lord Francis seguían caminando, pero sus caras se volvían una a la otra, la luz de la luna captaba su expresión de ternura y su total embeleso en ella. Por un momento, Olivia pensó que iba a besar a su hija, pero echó la cabeza hacia atrás y siguieron caminando.

—Por Dios— murmuró el conde bastante maliciosamente, —se habría lamentado si se hubiera acercado solo una pulgada más cerca.

—Oh, Marcus—, dijo la condesa, — ¿es tan libertino como sugeriste? Parece un joven tan agradable.

—No hay nada vicioso en él, que sepa— dijo Lord Clifton. —Se sabe que jugaba demasiado y se involucra en demasiadas de las hazañas más extravagantes y atrevidas en los libros de apuestas, cosas como carreras de calesas a Brighton y beber cerveza en tantas posadas de Londres como sea posible durante una noche antes de volverse insensible. Y pasa demasiado tiempo en las salas verdes de los teatros. Nada que no supere con el tiempo con toda probabilidad. Sólo tiene veintidós años.

Pero tú no lo superaste. Se preguntaba sin querer si Lady Mornington seguía siendo su amante o si ahora era otra persona. Rara vez escucho noticias de sus acciones. Lady Mornington a lo mejor llevaba cuatro o cinco años en su vida por ahora, por lo que ella sabía. Y probablemente fuera. Después de todo, había permanecido fiel a su esposa menos de cinco años.

—Pero, ¿por qué de repente querría casarse con Sophia?— Preguntó. —Es muy joven y su comportamiento ha sugerido que aún no está listo para establecerse. ¿Por qué el cambio repentino? Ella es sólo un bebé.

—Pero una niña muy bonita y vivaz— dijo. —La miramos a través de los ojos de los padres, Olivia. Para nosotros es solo una niña y probablemente siempre lo será. Estabas embarazada cuando tenías su edad.

Cerró los ojos brevemente y lo recordó. La maravilla de ello. La pura alegría de ello. La vida creciendo en ella. Su hijo y el de Marc, producto de su amor. La única nube, la única de lo que quedaba de su vida matrimonial después del nacimiento de Sophia, era el hecho de que nunca había vuelto a suceder, que nunca más había podido concebir a pesar de que habían hecho el amor con mucha frecuencia.

—Sí— dijo. —Marcus, hay que persuadirla de que abandone esta tontería. Tendré que hablarle mañana. Hoy no he tenido oportunidad. Le explicaré todos los peligros y desventajas de casarse tan joven. Me escuchara. Casi siempre lo hace. Y si no lo hace, entonces debes ejercer tu autoridad. Debes rechazar la proposición de Lord Francis.

—Sí— Suspiró. —No será fácil, Olivia. William y Rose parecen pensar que el compromiso matrimonial ya es un hecho consumado. Están más que encantados. Y siempre han sido tan buenos y tan buenos amigos.

—Entonces debes hablar con ellos—dijo. —Podemos hacerlo juntos si lo desea. Debemos explicar que Sophia es demasiado joven, que su felicidad es muy valiosa para nosotros porque es nuestra única hija.

El único vínculo entre nosotros en todos estos años.

—Y todos los demás también lo esperan— dijo. —Por eso creen que han sido invitados aquí. Y todos en el vecindario, sin duda. Por eso creen que has venido. Sophia me ha convencido para que organice un baile para el fin de semana, ¿sabes? Todos esperarán que el anuncio se haga allí.

—Entonces tendrán que descubrir que están equivocados— dijo. —Marcus, no hagas una escena. Hay otras dos parejas aquí. Y es sólo su mano.

Había sentido el estiramiento de los músculos de su brazo y había mirado hacia arriba para ver el endurecimiento de su mandíbula mientras miraba con furia a un lord Francis que sostenía la mano de Sophia en sus labios y la mantenía allí durante demasiado tiempo.

—Cachorro insolente— murmuró el conde. —Lo resolveré azotando su piel y haré lo que Weymouth debería haber hecho hace años.

—Su comportamiento no es tan impropio— dijo con dulzura. —Ahora que estoy aquí podemos manejar esto juntos, Marcus. Todo habrá terminado en unas pocas semanas, me atrevería a decir, y luego podremos volver a la vida normal.

—Espero que tengas razón— dijo.

Al día siguiente la condesa de Clifton se sentó en el asiento de la ventana de su sala de estar privada esperando que llegara su hija. Ya había pasado más de una hora del almuerzo y todavía no habían hablado. Parecía que era muy difícil lograr algo de naturaleza seria o personal mientras una fiesta en casa estaba en pleno apogeo. Siempre había mucho más que hacer.

Esa mañana se organizó una fiesta de equitación para que los jóvenes fueran acompañados por lord y lady Wheatley, los padres de lady Jennifer. El conde se había unido a ellos. Y en el almuerzo, la Srta. Biddeford no había hablado de otra cosa que del sombrero en el pueblo, que debería haber comprado el día anterior. Finalmente, la señora Biddeford acepto llevar a su hija al pueblo.

—Aunque sera directo entrar y salir de nuevo— había dicho ella. —Quiero jugar a los bolos con los demás.

Varios de los invitados estaban con el conde en el campo de bolos en la parte posterior de la casa. Sophia había sido invitada a acompañar a su amiga Rachel y a la Sra. Biddeford y había mirado inquisitivamente a su madre. La condesa había asentido.

Pero aún no había señales de que regresara el carruaje. Realmente era un día demasiado hermoso para estar en el interior, pensó Olivia, mirando más allá de la fuente y los jardines formales ante la casa sobre las colinas ondulantes del parque en la distancia. Se había enamorado de Clifton Court durante su primera visita allí, aunque en esa ocasión su habitación era la pequeña China en la parte trasera de la casa, con vistas a las huertas, invernaderos y árboles frutales, y al césped, a los bolos, y el bosque hacia el oeste.

El bosque. Y el jardín escondido. Se preguntaba si todavía estaba allí: un pequeño y exquisito jardín de flores en medio del bosque, completamente encerrado por un muro cubierto de hiedra y accesible solo a través de una puerta de roble que podría cerrarse desde afuera o asegurada desde adentro.

Fue diseñado por y para la hermana lisiada del abuelo de Marcus, fallecido hace mucho tiempo ante de llegar Olivia a la casa. Marcus la había llevado allí el día después de que su compromiso se hiciera oficial y un mes antes de la boda, un momento en el que se consideraba adecuado que estuvieran solos un corto tiempo sin un acompañante.

Fue allí donde la había besado por primera vez...

La condesa se puso de pie bruscamente y caminó inquieta por la habitación, enderezando una imagen, agitando un cojín antes de pasar por la puerta abierta hacia su dormitorio y más allá hasta su vestidor. Comprobó su apariencia en el espejo, se aplicó más perfume en sus muñecas. Y miró la puerta cerrada frente a la abierta que conducía a su dormitorio.

Había tenido curiosidad al respecto desde su llegada la tarde anterior. Realmente no estaba segura. Sus habitaciones habían sido de la antigua condesa. Pero quizás sus habitaciones estaban en otro lado. Apoyó una mano en el picaporte y escuchó. Silencio. Probablemente estaba cerrada con llave, de todos modos.

Giró el pomo lentamente y sintió el ligero movimiento de la puerta. No lo fue. La empujó hacia adentro, su corazón latía incómodamente, sintiéndose como un ladrón. Probablemente era una habitación desocupada.

Una taza de afeitar y un cepillo estaban en el lavabo, cepillos y peines y botellas de colonia en el tocador. Una bata azul brocada había sido colocada sobre el respaldo de una silla, un par de zapatillas de cuero empujadas descuidadamente por debajo. Había un libro en el asiento de la silla.

Miró de mala gana más allá de la habitación, a través de la puerta abierta que conducía a una habitación del mismo tamaño que la suya, aunque con una cama alta, ricamente cubierta y con cortinas, era más elaborada que la suya. Había otro libro en la cama, visible a través de las cortinas laterales, que estaban enrolladas hacia atrás.

La única otra parte de la habitación que podía ver era una mesa auxiliar que contenía una solo cuadro enmarcado. Se alejó de ella. Era dudoso que pudiera haberla visto claramente, de todos modos, desde la puerta de conexión entre sus vestuarios.

¿Sería ella? Se preguntó. Le habían dicho que lady Mornington era una mujer encantadora. Pero tal vez era alguien diferente en este momento. Alguien más joven. Alguien no mayor que Sophia, tal vez. De cualquier manera, no quería ver. Una cosa era saber de sus libertinajes, pensar en ellos ocasionalmente cuando no podía obligar a sus pensamientos a permanecer libres de él, a imaginar a la mujer con la que estaba involucrado actualmente. Era otra cosa ver. Ver el rostro de la mujer -de una de las mujeres- con quien cometió adulterio.

No quería ver. Y, sin embargo, ya estaba en la puerta de la habitación, mirando nerviosa la puerta del pasillo, casi esperando que se abriera en cualquier momento. Escuchó de nuevo. De nuevo el silencio.

La imagen fue girada para que él pudiera verla desde su cama. ¿Era tan poco capaz de vivir sin ella, entonces? ¿Deseaba tener este problema con Sophia resuelto para poder volver con ella? Olivia esperaba que no fuera muy joven o muy bonita, ya que extendió una mano involuntaria y giró la imagen.

De hecho, era muy joven. Y sonriente y feliz. Y embarazada, aunque el pintor había omitido ese detalle. Pero no estaba en su mejor aspecto, había protestado a Marc. Le rogo que esperara hasta después de dar a luz. Pero Marc podría ser tan terco como su hija ahora. Quería que se pareciera a ella, le había dicho, para que siempre pudiera tenerla con él, incluso cuando estaba ocupada visitando y cotilleando con sus amigos. Podía recordar que se dio cuenta, con cierto sobresalto, de que él tenía miedo de esperar en caso de que muriera en el parto. Y por lo que había consentido.

Y la pintura estaba ahora sobre la mesa al lado de su cama, girada para que pudiera verla desde su almohada. ¿Estuvo siempre allí, -por la fuerza de la costumbre- tal vez no la noto más que el resto de los muebles en la habitación? ¿O la había colocado allí para la ocasión, en caso de que ella tuviera motivos para mirar en su habitación, como hacía ahora?

Esa sonrisa había sido para él. Nunca la había abandonado en las tediosas horas de la sesión. Hablaba y hablaba y contaba interminables historias divertidas hasta que el pintor lo miró con reproche porque ella se había reído tanto.

La sonrisa había sido para él.

¡Marc!

Cerró los ojos y respiró lentamente.

Sus ojos se abrieron de golpe con el lejano sonido de una puerta abriéndose. Regresó la imagen a su posición original apresuradamente y corrió por ambas habitaciones, deteniéndose solo por un momento para colocar sus zapatillas una al lado de la otra debajo de la silla. Su criado debe haberlas perdido. Marc nunca había sido conocido por su orden. Cerró la puerta entre los dos vestidores y se recostó contra ella, respirando con alivio.

¿Qué demonios habría dicho si él la hubiera atrapado?

—¿Mamá?— La voz de Sophia vino de la alcoba.

—Aquí— llamó la condesa, apresurándose a través del vestidor. Su hija estaba mirando por la puerta desde la sala de estar. —Pensé que habías decidido quedarte en el pueblo hasta el anochecer.

—La Sra. Biddeford recordó todo lo que quería una vez que estuvimos allí — dijo Sophia. —Y Rachel decidió que, después de todo, no le gustaba el sombrero. Pero una vez que salimos de la tienda e hicimos todas las demás compras y volvimos al carruaje, cambió de opinión una vez más y no pudimos convencerla, tuvimos que descender de nuevo y volver a buscarlo. Durante todo el camino a casa, nos entretuvo con la convicción de que debería haber esperado hasta que regresara a la ciudad. —se rió.

—Sophia— dijo su madre, —tenemos que hablar.

—Oh, querida— dijo la chica. —Siempre sé que hablas en serio cuando me sonríes de esa manera, mamá.

—Siéntate— dijo la condesa, acompañando a su hija a la sala de estar.

—Se trata de Francis, ¿no?— Dijo Sophia, mirando a su madre con ansiedad y de pie en medio de la habitación. — ¿No te gusta, mamá? Lo recuerdas como era cuando era un niño, ¿verdad?, ¿cuándo siempre me hacía bromas desagradables porque siempre lo estaba siguiendo? Pero eso fue solo la niñez, mamá. Todos los chicos son así, horribles criaturas. O has oído cosas malas de él recientemente. Ha estado echando canitas al aire, mamá. Es lo que hacen los jóvenes. Pero todo eso ya lo dejo atrás. Y se dice, ya sabes, que los libertinos reformados son los mejores maridos.

—Oh, Sophia— La condesa se rió a pesar de sí misma. — ¿Tienes más trivialidades que hablar? Ven y siéntate, hazlo y dime cómo empezó todo esto. No has visto a Lord Francis en varios años, ¿verdad? No recuerdo que hayas tenido una sola buena palabra que decir sobre él antes de ahora.

Sofía suspiró y se dejó caer en un sofá. —Pero toda nuestra antipatía se ha convertido en amor— dijo. —Es tan maravilloso, mamá. No me imagine que fuera posible sentirme así. ¿Es así como te sentías por papá?

—Me atrevo a decir— dijo la condesa. —Sophia, que esto me parece muy difícil. Hasta el año pasado, ha sido fácil tratar contigo. Si discrepamos en algún tema de importancia, simplemente decidía por ti, te gustara o no. Ahora no es tan fácil obligarte a hacer lo que deseo, incluso si mi mayor experiencia en la vida me ayuda a ver la realidad más claramente que tú.

Sophia se puso de pie de nuevo y cruzó la habitación hasta una de las largas ventanas. — ¿No vas a prohibirme que me case con Francis, entonces?— Preguntó. —Pero papá se está preparando para hacerlo, ¿no es así? Y deseas hacerlo, ¿verdad? Pero, ¿por qué, cuando es hijo de un duque, el amigo íntimo de papá, y cuando él y yo estamos tan enamorados?

—Sophia— dijo con seriedad su madre, —eres muy joven. Tan segura de que nada cambiará, que habrá una felices para siempre. ¿Cómo voy a explicarte que la vida no es así, que tú futuro deberías planearlo con tu cabeza y no con tu

corazón? Sé que tal idea va a estar más allá de su comprensión y totalmente aborrecible. Habría sido así para mí a tu edad.

Sofía se volvió para mirarla. — ¿Tengo que dejar de amar a Francis simplemente porque dejaste de querer a papá?— Preguntó. — ¿La historia siempre se repetirá?

—Sophia—. La condesa se veía angustiada. —Yo no... eso no es lo que pasó entre papá y yo. No es por eso que te aconsejo que pienses con más cuidado.

—Sí, lo es— dijo Sophia. —Todas las chicas que conozco han hecho o planean hacer la presentación a la edad de diecisiete o dieciocho años. Y todas sus madres y padres están deseosos de que consigan matrimonios adecuados. Es lo que hay que hacer. Si no, ¿por qué se conoce a Londres durante la primavera como Marriage Mart? ¿Y quién podría ser más elegible que Francis? Es cierto que es un hijo menor, pero es el hijo menor de un duque y tiene una gran importancia, incluso sin la herencia que espera de su tía abuela. Es cierto que tiene mala reputación por ser escandaloso, pero ¿qué caballero no la tiene? La mayoría de las chicas que conozco y sus madres también, matarían por una oferta de Francis. Cynthia todavía se ruboriza cuando lo mira. ¿Por qué sois tú y papá solo los que decís que soy demasiado joven? ¿Es porque eras demasiado joven, mamá?

—Sí— dijo Olivia, con tristeza. —No quiero que cometas el mismo error que yo, Sophia.

—Pero otros matrimonios funcionan— dijo la chica. —El duque y la duquesa todavía están juntos y el Sr. y la Sra. Maxwell y Lord y Lady Wheatley y… oh, todos, menos tú y papá. Son la única pareja casada que conozco que viven separada. ¿Por qué dejaste de amar a papá?

La condesa se sintió horriblemente como si hubiera perdido el control del encuentro. No estaba resultando en absoluto según el plan.

—Eso no es lo que pasó— dijo, mirando sus manos.

— ¿Entonces qué?

La miro. —Oh, Sophia, es mi esposo y tu padre. No dejé de amarlo.

—Y sin embargo, no lo has visto desde que tenía cuatro años hasta ayer— dijo Sophia. — ¿Fue su culpa, entonces? ¿Dejó de amarte?

—No— dijo la condesa, —No lo sé. No lo sé, Sophia. Algo pasó. No tiene nada que ver contigo. No dejé de amarlo.

— ¿Todavía lo amas, entonces?— Hubo un destello de triunfo en los ojos de Sophia. —No has pasado algo de tiempo con él hoy, ¿verdad? Pero al

principio os sentiréis extraños juntos. Estarás más cómoda a medida que pase el tiempo.

—Sophia— dijo la condesa.

—De todos modos, eres diez veces más hermosa que ella— dijo.

— ¿Ella?— Olivia levantó las cejas.

—Lady Mornington, — Sophia soltó. —Sabes de ella, ¿verdad? Es la amante de papá. Pero no tan hermosa como tú y también lo debe ver, ahora que has vuelto a casa.

Olivia tragó saliva. ¿Todavía lady Mornington, entonces? ¿Después de seis años? ¿Su enlace había durado más que su matrimonio? Debe amar a la mujer, entonces. Un amor más duradero que el primero que había tenido.

—Sophia— dijo con suavidad, —no estoy aquí para quedarme. Solo estoy aquí para que tu padre y yo podamos discutir tu futuro contigo y con los demás sin la incomodidad de intercambiar cartas. Tan pronto como todo esté resuelto de una manera u otra, volveré a casa. Rushton es mi hogar. Esta es la casa de tu padre. Pero nos hemos desviado mucho del tema que deseaba discutir contigo.

Sofía le sonrió radiante. —No, no lo hemos hecho— dijo. —Cuando Francis y yo estemos comprometidos, tú, papá y yo podemos hablar de la boda. Será mucho más fácil que intentar hacerlo por carta. Y ya que deseamos que las amonestaciones se lean tan pronto como se anuncie el compromiso matrimonial, es mejor que se quede para la boda. Lincolnshire está demasiado lejos para viajar de regreso menos de un mes después de que se haya ido.

—Sophia— dijo la condesa, —¿te ha afectado terriblemente el hecho de que tu padre y yo hemos vivido separados la mayor parte de tu vida? No ha sido de ninguna manera culpa tuya, ¿sabes? Papá y yo te amamos más que a nadie en el mundo. Y no puedo llamar a mi matrimonio un error, ya ves, porque sin él no te tendría a ti. Y estoy tan segura como puedo, de qué tu padre se siente de la misma manera. Pero, ¿qué vamos a hacer contigo y con Lord Francis? Ven y siéntate de nuevo y vamos hablar de ello con sensatez.

—Queremos casarnos en la iglesia de la aldea— dijo Sofía con entusiasmo, y se sentó junto a su madre, —aunque eso signifique tener solo familiares y amigos cercanos como invitados. Quiero casarme donde tú y papá se casaron, y Francis dice que quiere casarse dondequiera que yo sea la novia que camina por el pasillo. —se echó a reír. —Dice las cosas más absurdas. Cuéntame acerca de tu boda allí, mamá. ¿Te beso papá en el altar? ¿Lloraste? Nací menos de un año después, ¿no es así? Creo que debes haber estado muy enamorada.

Olivia suspiró. —Oh, Sophia— dijo. —Sí, estábamos. Eres una niña nacida del amor. Nunca debes dudar de eso.

Marriage Mart: Mercado matrimonial

CAPITULO 04

Lord Francis Sutton, permaneció al lado del Bowling Green, después de haber completado su propio juego, pasó el brazo de Sophia por el suyo. Le sonrió cálidamente y caminó un poco más lejos junto a ella, casi sin escuchar ni a los jugadores de bolos ni al pequeño grupo de espectadores.

—Debe ser la edad que me viene inesperadamente temprano— dijo, —o alguna enfermedad extraña que me haya golpeado en los últimos meses y que esté avanzando rápidamente. Debe ser el aire del campo, tal vez, o los alimentos del campo. Una sordera extraña. ¿Qué dijiste?

—A ella se la puede convencer— dijo Sophia con entusiasmo, sus mejillas enrojecidas cada vez más. Su mirada podría fácilmente confundirse con una de adoración completa. —Está inquieta por el compromiso, Francis, pero es solo la ansiedad por mi felicidad. Dijo, o ella lo insinuó con mucha firmeza, que no prohibirá que nos casemos, incluso si nos aconseja firmemente no hacerlo.

—Esa parte lo entendí muy bien— dijo. —Debes haber estado hablando más alto y claramente cuando dijiste eso. Fue la siguiente parte que entendí mal, o creo que seguramente debí haberlo hecho.

—¿La parte de la boda?— Dijo ella. —Le dije que estábamos ansiosos por casarnos en la iglesia del pueblo, o que yo estaba ansiosa, de todos modos, y que tu solo deseabas hacer lo que me agradaba. Le dije que tan pronto como se anunciara nuestro compromiso, podría quedarse y ayudar a planear la boda.

—Te estás acercando— dijo. —Creo que fue la siguiente frase.

—Queremos que se lean las amonestaciones inmediatamente después del anuncio de compromiso— dijo.

—Ese fue— dijo. —Y podría haberte ahorrado el problema de repetirte, Soph. Escuché correctamente la primera vez. ¿Puedo preguntarte algo? ¿Estás tratando de atraparme para casarme? ¿Estás jugando un juego más inteligente que todas las demás mujeres a las que les gusto? Menos mal que no uses corsé, Soph… no lo usas ¿verdad? Lo estarías haciendo estallar por todas partes en este momento.

—¡Bien!— La palabra finalmente encontró su camino más allá de los labios de Sophia. — La vanidad. El engreimiento no mitigado. Todas las otras mujeres. ¿Todas? ¿Cuántas docenas, Francis? ¿Cuántos cientos? ¿O debería ir más alto? Me casaría con un sapo antes de casarme contigo. Me casaría con una serpiente antes de con...

—Entiendo lo que quieres decir,— dijo, sonriendo aún más cálidamente y levantando su mano brevemente hacia sus labios. —¿Es solo que eres una cabeza de chorlito, entonces, Soph? Sonríe, querida.

Ella sonrió. —No me llames *querida*— Dijo entre dientes.

—Cuando estés en el escenario— dijo, —tienes que arrojar el corazón y el alma en el papel. Una vez que se lean las amonestaciones, querida, asunto terminado, tú y yo. Ya era suficientemente malo tener que enfrentarse a un compromiso roto, Soph. ¿Pero eso? Eso está fuera de cuestión.

Las lágrimas brotaron de sus ojos. —Pero ella volverá a casa— dijo. —Tan pronto como esto se resuelva de una manera u otra, dijo que regresaría a Rushton. Ya sea que nos comprometamos o no, se irá. ¿Y de qué sirve comprometerse, Francis, si no se queda?

—¿De verdad?— Dijo.

—Se quedará si hay que preparar una boda— dijo.

Lord Francis se rascó la cabeza y aparentemente observó a los jugadores de bolos por unos momentos. —Tal vez sea así, Soph— dijo. —Pero, ¿se irá a casa de todos modos después de que nos casemos? Esa es la pregunta. ¿Y de qué estoy hablando, diciendo después de casarnos? La locura es contagiosa. Debe serlo.

—Todavía ama a papá— dijo Sophia. —Ante mi prácticamente lo admitió. Y él debe amarla, Francis. Es mucho más hermosa que su amante.

—Dios mío, Soph— dijo. —Se supone que no debes saber nada acerca de las amantes, e incluso si lo haces, nunca se debe permitir que la palabra pase por tus labios.

—Su amiguita entonces— dijo ella, exasperada. —Su cielito. Su…

—Sí— dijo, lanzando una mirada hacia arriba a una esponjosa nube blanca que estaba flotando. —Lady Clifton es ciertamente más guapa que Lady Mornington. Pero no significa que la quiera más, Soph. Si quieres mi opinión, tratar de volver a juntarlos después de catorce años es una pérdida de tiempo. Oh, Señor, ¿lagrimones?

—No— dijo enojada, girando con pasos apresurados hacia la casa. —Solo un pequeño insecto en mi ojo, eso es todo. Y el sol es demasiado brillante. Me olvidé traer mi sombrilla conmigo.

La alcanzó, le pasó la mano por el brazo y le dio unas palmaditas. —Tal vez estoy equivocado— dijo. —Puede que lo esté, Soph.

—No, no lo estas— dijo ella, buscando a tientas un pañuelo en ella, luego tomo el que le ofreció. —Ella ha estado aquí un día entero y apenas se han

dirigido la palabra, excepto anoche en la terraza cuando los obligamos a estar juntos. Es bastante inútil. Volverá a casa, ya sea mañana o la próxima semana o el mes próximo.

Curvó sus dedos debajo de los de ella en su brazo. —Tal vez todo lo que necesitan es tiempo— dijo. —Debe ser incomodo reunirse de nuevo después de tanto tiempo y con tantas otras personas a su alrededor para proporcionar un público interesado. Quizás con el tiempo resuelvan sus diferencias.

—Oh, ¿eso crees?— Preguntó, mirándolo con esperanza.

—Sí, lo sé—dijo. —No, quédate con el pañuelo, Soph. Se ve bastante empapado. Ciertamente no eres una de esas mujeres que pueden evitar que sus ojos se vuelvan rojos después de unas pocas lágrimas, ¿verdad?

—Oh— dijo ella. —La palabra *elogio* no está en tu vocabulario, ¿verdad, Francis? Lamento con el corazón que me escoltes con toda mi fealdad. Quizás deberías resucitar uno de tus viejos trucos. Siempre solías poder deshacerte de mí, normalmente dejándome en alguna parte.

—Lo de la isla siempre pensé que era la mejor— dijo. — ¿Cuántas horas estuviste allí, Soph? Y habrías estado allí más tiempo si no hubiera susurrado tu paradero a Claude.

—Fue muy cruel de tu parte remar de vuelta a la orilla antes de que pudiera bajar del árbol— dijo, —sabiendo que no sabia nadar y que el agua era demasiado profunda para que pudiera caminar.

—Nunca le confié otro secreto a Claude después de eso— dijo. —Casi se rompe una pierna en su prisa por llevar las buenas nuevas a nuestro padre. Creo que estuve demasiado dolorido para sentarme el resto de ese día.

—No quedaba mucho de eso— dijo con aspereza.

Él sonrió.

—¿Realmente crees que todavía hay esperanza?— Preguntó.

Se encogió de hombros. —Tu padre ya se ha ido de los bolos— dijo. —Tal vez estén hablando, incluso ahora.

—¿Eso crees?— Preguntó. Volvió a mirar la pista de bolos para verificar que su padre había desaparecido. —¿Lo harás entonces, Francis?

—¿Hacer qué?— Preguntó con suspicacia.

—Permitir que se lean las amonestaciones si aceptan nuestro compromiso matrimonial— dijo. — ¿Podrías?

—¿Y permitir que la ceremonia tenga lugar, también?— Preguntó. —¿Y el viaje de bodas con la esperanza de que se quede aquí para saludarte a nuestro regreso a casa? ¿Y nuestro primer hijo para iniciar su espera de nueve meses para

el nacimiento con la creencia de que se quedará para el feliz evento y para el bautizo que seguirá? Tal vez podamos tener diez hijos seguidos, Soph. O una docena incluso. Quizás al final de ese tiempo tu madre pensará que no vale la pena volver a Rushton. Nuestro hijo mayor estará llegando a la edad mínima para contraer matrimonio.

—Estás bromeando con mis sentimientos— dijo, —como de costumbre. No llegare tan lejos, Francis. Por supuesto que no lo hare. Romperé el compromiso matrimonial antes de la boda, pase lo que pase. Tienes mi palabra.

—Dios mío, Soph— dijo. —¿Tienes alguna idea del escándalo que habrá?

—No me importa el escándalo— dijo.

—Lo harás— dijo. —Nadie querrá tocarte con un palo de treinta pies después de haber plantado al hijo de un duque casi en el altar.

—Eso me conviene— dijo ella. —Ya te he dicho que no tengo intención de casarme con nadie. No quiero que me toquen con un palo o cualquier otra cosa.

—No estoy hablando sólo de los pretendientes— dijo. —Nadie querrá invitarte a ninguna parte, Soph. Serás una marginada, una paria.

—Tonterías— dijo ella.

—Bueno— dijo, —nunca digas que no te lo advertí. Pero adelante y hazlo si es necesario. Siempre y cuando me des tu palabra de que vas a dejarme plantado en el altar, eso es. Ciertamente no podré hacerlo.

—Oh, Francis— dijo ella, mirándolo con ojos brillantes, —que amable eres. No pensé que podría convencerte de estar de acuerdo. Eres maravilloso.

—Soph —dijo, frunciendo el ceño—, un poco menos entusiasta con lo *amable* y lo *maravillo,* por favor. Me pone claramente nervioso si viene de ti. Creo que es mejor que esperemos que tu padre diga que no y me envíe de vuelta. Es mejor que esperemos con bastante fervor, de hecho.

—Una boda en la iglesia del pueblo— dijo ella, con los ojos soñadores. —Con las campanas sonando y el coro cantando y el rector vestido con sus mejores vestimentas. Y el órgano tocando. Oh, Francis, eso no puede dejar de recordarles y afectarles, ¿verdad? ¿Puede?

—Ah, Bedlam, Bedlam—, dijo. —Sus puertas están abiertas para mí y me están haciendo señas, al parecer.

El conde de Clifton casi había terminado de jugar a los bolos cuando vio a su hija saliendo de la casa. Olivia debió haber hablado con ella, entonces. La señora Biddeford había salido hacía casi una hora.

Se relajó un poco. Olivia habría hecho entrar en razón a Sophia. Parecía tener un don para hacerlo. Había sido un gran alivio leer su carta anunciando que venía. Un gran alivio, pero también algo más. No estaba seguro de querer volver a verla, a pesar de que su retrato le seguía dondequiera que iba. Siempre estaba al lado de su cama, donde era lo último que veía por la noche antes de apagar las velas y lo primero que veía por la mañana antes de levantarse de la cama.

Pero había algo muy diferente entre un retrato y la realidad.

Se excusó al final del juego y se echó a reír cuando Lord Wheatley comentó que sería un placer dejarle ir a un experto en el juego.

—Apuesto a que pasas cada momento de tus veranos aquí practicando, Clifton—dijo, —solo para que puedas hacer que el resto de los mortales ordinarios se vean como zoquetes torpes.

—Tengo un paraguas especialmente grande que uso para mantenerme seco durante los días lluviosos— dijo el conde, —para no desperdiciar ni uno de esos momentos.

Sophia y Sutton se habían alejado un poco de todos los demás, se dio cuenta, y estaban conversando profundamente. ¿Se lo estaba contando? Pero no parecía particularmente trágica. No tenía dudas acerca de dejarlos fuera de su vista. Estaban rodeados por sus huéspedes, incluidos los propios padres de Sutton. Regreso a la casa.

Su esposa no estaba en sus habitaciones privadas. Tampoco estaba en el salón o en la sala de la mañana ni en ninguno de los salones. Su señoría había salido, le dijo un lacayo cuando finalmente pensó en preguntar. ¿A los bolos? Pero la habría pasado por el camino. Salió a la terraza y observó todos los paseos por los jardines formales. Estaban desiertos. El asiento que rodeaba la fuente estaba vacío, descubrió cuando caminó alrededor para ver el tramo que no se veía desde la terraza.

¿Dónde podría estar? El pueblo Pero habría ido con los Biddeford y Sophia antes si había algo que necesitara, seguramente. ¿El jardín escondido? ¿Habría ido allí? ¿Lo recordaría?

Durante los últimos años de su padre había permitido que se deteriora. La cerradura estaba oxidada y el jardín crecía irremediablemente cuando había ido allí después del funeral de su padre. Se había parado en el lugar donde había besado a Livy por primera vez y se sintió aún más desamparado de lo que se había sentido en el cementerio de la iglesia mirando hacia el ataúd que contenía todo lo que quedaba de un padre muy querido. Había sentido que el estado del jardín de alguna manera reflejaba el estado de su vida. Ponerlo en orden, parecía una tarea monumental y de alguna manera inútil.

¿Por qué ordenar un jardín que casi nadie conocía, que a casi nadie que vivía ahora le importaba algo? Después de todo, estaban los grandes jardines que rodeaban la casa y los kilómetros bien cuidados del parque. ¿Quién necesitaba un pequeño jardín escondido en medio de un bosque?

Lo necesitaba, eso era lo que había decidido. Como el retrato, era un pequeño recuerdo que le quedaba de ella. Ella había amado el jardín. Siempre sabia durante ese mes antes de su matrimonio dónde podría encontrarla y con frecuencia había ido allí. Nunca había cerrado la puerta con llave, aunque juntos la habían cerrado más de una vez contra el mundo para que pudieran disfrutar de un abrazo privado.

¿Lo recordaría? ¿Iría allí? ¿No sería el último lugar al que iría?

Y sin embargo había esperado desde el principio. Había dejado la puerta sin llave desde que supo que vendría, esperando que lo encontrara de nuevo, esperando que nadie más lo hiciera. No quería a sus huéspedes, ni a Sofía, en el jardín escondido.

Caminó por el bosque, desviándose del camino principal hasta que llegó a la pared cubierta de hiedra. La puerta arqueada estaba casi oculta por la hiedra. Estaba cerrada. Puso su mano en el pestillo. No estaría allí. Era el lugar más tonto de todos para mirar. E incluso si lo fuera, sería un error entrar. Si hubiera venido allí, sería porque quería tranquilidad y privacidad. Si estuviera allí, habría cerrado la puerta desde adentro.

Pero no estaba cerrada. Se giró hacia adentro sobre las bisagras bien engrasadas cuando levantó el pestillo.

El contraste entre la escena dentro del jardín y el exterior habría atrapado el aliento de un extraño que no lo esperaba. Afuera todo eran árboles altos y viejos, colores apagados y en penumbra. En el interior se encontraban exquisitas flores y desenfrenada belleza cultivada y color. Un reloj de sol de piedra en el centro estaba rodeado de delicados árboles frutales entre las estaciones de floración y dar fruto. En ambos lados del sendero empedrado, dentro de la puerta, había suaves y verdes céspedes y jardines de rocas en pendiente, las esquinas opuestas, alfombrados con una profusión de flores. Las rosas trepaban por las paredes.

Los jardineros del conde pasaron una cantidad desproporcionada de su tiempo manteniendo el jardín oculto inmaculado.

Estaba sentada en una piedra plana en uno de los jardines de rocas, sus brazos agarrando sus rodillas. El verde de su vestido de muselina era tan fresco como la hierba. Cerró la puerta silenciosamente detrás de él. No la atornilló. Lo miraba fijamente, levantando las cejas.

—¿Lo has guardado, Marcus? —Dijo.

—Sí—. Se dirigió hacia ella.

—¿Por qué?

No respondió por un tiempo. ¿Cómo podría decirle la verdadera razón? —El sentimiento familiar, supongo— dijo al fin. —Y porque cuando algo es tan exquisitamente hermoso, uno siente la necesidad de aferrarse a él.

Asintió con la cabeza. Parecía satisfecha con su respuesta.

Era exquisitamente hermosa, pensó. El retrato al lado de su cama ya no le hacía justicia. Y sin embargo, la flor de la juventud ya no estaba allí. Era una mujer, más encantadora que una simple niña.

—¿Y bien?—, Dijo.

—No sé si se puede prevenir, Marcus— dijo. —Ella tiene su corazón puesto en la relación y no me di cuenta de que nada de lo que dije la hacia sentir la más mínima duda sobre la sabiduría de su decisión.

—¿Fracasaste?— Dijo.

—Le dije al principio— dijo, —que ya no la trataría como a una niña y que tomaría sus decisiones por ella. Le dije que no prohibiría el compromiso matrimonial, aunque tú muy bien podría. Pero también le dije que haría todo lo posible por convencerla de que cometía un gran error al persistir.

— ¿No prohibiste la relación?— Dijo, frunciendo el ceño.

—Tiene dieciocho años, Marcus— dijo. —Yo era una mujer casada a su edad.

—¿Pero no puede ver lo tonto que es perder la cabeza por casi el primer hombre que ha visto?— Preguntó. —Tiene dieciocho años, por el amor de Dios, Olivia. Una niña.

—Pero me recordó— dijo, —que todas las personas cerca de ella en Londres eran jóvenes de la alta sociedad, que venían para ser presentadas y para encontrar esposos. Así es como funciona el mundo. Y tiene razón, Marcus.

—¿Apruebas el compromiso, entonces?— Puso un pie en una piedra un poco por debajo del nivel en el que ella se sentó y apoyó un brazo sobre su rodilla. — ¿Crees que deberíamos aprobar el compromiso?

Parecía preocupada. —No lo sé— dijo. —Todos mis instintos están en contra. No puedo creer que sera feliz con Lord Francis. Y no puedo creer que pueda saber lo que quiere o darse cuenta de que estar enamorado no siempre es una base sólida para un matrimonio. Pero me devolvió la pelota cuando le di esos argumentos.

La miró mientras arrancaba un clavel y se lo acercaba a la nariz.

—Dice que es debido a ti y a mí— dijo, levantando la cabeza para mirarlo. —Dice que nos oponemos porque nuestro propio matrimonio fracasó y nos

resulta imposible creer que el suyo no lo hará. Enumeró otros matrimonios que no han fallado. De hecho, el nuestro es el único, por lo que sabe.

El tragó.

—Marcus— dijo, — ¿podría estar en lo cierto? ¿Estamos siendo excesivamente pesimistas y sobreprotectores? ¿Sentiríamos lo mismo si no hubiera pasado nada y nos hubiéramos quedado juntos? ¿O nos sentiríamos bastante complacidos ante la perspectiva de que se case con el hijo menor de Rose y William? A pesar de su reputación, ¿estaríamos contentos? Parece excesivamente encariñado de ella. No sé la respuesta. No puedo ponerme en la posición de una mujer normal, felizmente casada, para saber cómo me sentiría. Vine aquí para tratar de pensar en la respuesta.

Tampoco podía pensar en la respuesta. Miró hacia abajo a su cabeza inclinada, a su cabello suave, casi rubio, separado ordenadamente por la mitad y peinado hacia atrás de su rostro. Y la observó girar el clavel y enterrar su nariz en él.

Si no hubiera pasado nada. Si Lowry no hubiera decidido casarse en Londres y los hubiera invitado a la boda. Si no se hubiera mostrado tan ansioso por ir porque Lowry había sido particularmente amigo suyo en Oxford. Si Sophia no hubiera contraído el sarampión el día anterior a la partida y Livy no lo hubiera convencido, muy en contra de su voluntad, de ir solo porque su corazón estaba tan empeñado en ello. Si no hubiera habido esa estúpida fiesta para Lowry dos noches antes de la boda y toda la interminable bebida.

Si el resto de sus compinches universitarios no se hubieran reído de él por ser un hombre casado tan serio aunque era tan joven y no lo hubieran desafiado a ir con ellos a cierta taberna de baja reputación. Si no hubiera estado tan borracho y tan tonto, tonto, tonto. Nunca después había podido recordar ni el nombre de la chica ni su aspecto. Solo el hecho de que se había acostado con ella y lo odiaba mientras lo hacía y se odiaba a sí mismo después de que le pagara, se tambaleó hacia la calle y vomitó en la cuneta para diversión de aquellos compinches que todavía estaban con él.

Absurda tontería de un cachorro joven. Avergonzado, había buscado un poco de bálsamo para su conciencia y había sacado la experiencia de su mente. La chica no había significado nada para él y sabía que ninguno de sus amigos jamás le diría lo que había hecho. Sabía que nunca más se vería tentado a hacer algo así.

Pero se había ido a su casa y se había alejado de Livy durante cuatro días, desconcertándola con su insistencia de que necesitaba estar con sus libros y ponerse al día con lo que había sucedido en su propiedad desde que se fue. Y por la noche, se había sentido mal y demasiado cansado para hacerle el amor. La

cuarta noche estaba demasiado enfermo para dormir en su cama. Había entrado en su propia habitación poco utilizada.

—¿Qué pasa, Marc?— Le había preguntado, entrando en silencio en su habitación oscura media hora más tarde, mientras se encontraba mirando por la ventana.

—No hay nada malo— había dicho. —Sólo este dolor de estómago, Livy.

—¿Qué pasó en Londres?— Le había preguntado.

—Nada— le había dicho. —Una boda. Fiestas. Demasiada comida y bebida, Livy. Me sentiré mejor pronto.

—¿Hay alguien más?— había susurrado la pregunta.

—¡No!

Casi había gritado la palabra, volviéndose hacia ella. Había sido el momento de cruzar la habitación y tomarla en sus brazos, besarla, llevarla a su habitación otra vez y hacerle el amor. Podría haber olvidado una vez que estuviera dentro de su familiar y amado cuerpo. E incluso si no podía haberlo olvidado, nunca debió decírselo. Nunca.

—Había una chica— había soltado. —Una puta. Nadie, Livy. Ni siquiera puedo recordar su nombre o su apariencia. Me engañaron y me retaron a hacerlo. No significaba nada. Nada, Livy. Es a ti a quien amo. Sólo tú. Lo sabes. Ella no era nadie. No volverá a pasar. Te lo prometo.

Incluso en la oscuridad, había visto el horror y la repulsión en su rostro. No había dicho nada mientras estaban de pie y se miraron, su mano extendida hacia ella.

Y luego se dio la vuelta y huyó. Tanto la alcoba como las puertas de su vestidor estaban cerradas cuando había ido tambaleándose detrás de ella.

Se había negado a perdonarlo. Y siguió negándose hasta que se vio obligado a creer que nunca lo haría.

Dejó el clavel en la piedra a su lado.

—¿Crees que debería hablar con Sutton, entonces—dijo, —y descubrir cuáles son sus intenciones, perspectivas y planes? ¿Crees que debería dar nuestro consentimiento si sus respuestas son satisfactorias, si parece que va en serio y pretende ser bueno con Sophia? ¿Es eso lo que crees que debería hacer, Olivia?

—No lo sé— dijo, levantando la vista de nuevo. —Tenemos que tomar la decisión más importante con respecto a ella que hemos tomado en su vida, Marcus, y la razón y el buen sentido ya no parecen ser pautas suficientes. ¿Qué es lo razonable o sensato hacer? Mamá, papá y tus padres no nos impidieron casarnos cuando vieron que nuestros corazones estaban dispuestos a hacerlo.

—No— dijo.

Extendió las manos con la palma hacia arriba en su regazo y las miró. —Quizás deberían haberlo hecho— dijo ella.

—Sí.

—¿Pero eso significa que debemos detener a Sophia?— Dijo. —Tal vez resulte ser un matrimonio feliz.

—Sí.

—Oh, Marcus— dijo, levantando la cara hacia él, —¿qué te parece? Me gustaría que tomes esta decisión porque eres su padre. Pero sé que eso no es justo.

—Me impresiona — dijo, —que dentro de seis meses, o un año o dos años, vamos a pasar por esto otra vez, Olivia, si decimos que no esta vez. Y creo que Sophia siempre será demasiado joven y siempre habrá algo malo con el joven.

—Sí—.sonrió con tristeza.

—Creo que es mejor que escuche lo que Sutton tiene que decir por sí mismo— dijo.

—Sí.

—No voy a hacer que sea fácil para él— dijo.

Ella sonrió. —Recuerdo que dijiste que papá era un verdadero ogro— dijo. —Aunque normalmente era el más suave de los hombres.

—Tenías diecisiete años— dijo, —y su única hija.

—Sí.

—¿Estarás preparada para vivir con este compromiso, entonces?— Preguntó.

—Supongo que sí— dijo ella. —Sophia dijo que quieren que las amonestaciones se lean de inmediato, Marcus. Desean una boda de verano en la iglesia del pueblo.

—¿Ellos?— Preguntó. Y tuvo el repentino recuerdo de Olivia, con el rostro levantado, la expresión tierna y asombrada y absolutamente vulnerable cuando el rector los declaró marido y mujer. Era un recuerdo mezclado con música de órgano, olor a flores y repique de campanas. —¿Te quedarías hasta después de la boda, entonces?

El color se acentuó en sus mejillas. —Si hay una boda— dijo. —Sí, si es posible.

—Esta es tu casa— dijo.

Ella sacudió su cabeza. —No— dijo. —Rushton es mi hogar.

—¿Eres feliz, Olivia?— Preguntó y deseó no haber convertido la conversación en un asunto tan personal.

No respondió durante un momento. —Contenta— dijo ella. —Tengo mi casa y mi jardín y mis libros y mi música. Y la iglesia y mis obras caritativas y mis amigos.

—¿Clarence?— Dijo él. —¿Sigue siendo tu amigo? Rara vez lo veo en la ciudad.

—Él no va a menudo—dijo. —Prefiere quedarse en el campo. Sí, sigue siendo mi amigo, Marcus. Así son una docena de otras personas y más.

—Me alegro— dijo. —Nunca has estado dispuesta a usar la casa en Londres, incluso cuando te he asegurado que no estaría allí.

—No— dijo ella. —Estoy más feliz en casa.

—Siempre me ha encantado el lugar—, dijo. —Me alegro de que estés contenta allí.

—Sí— dijo ella.

Se enderezó y bajó el pie a la hierba. — ¿Vas a volver a casa conmigo?— Preguntó. —¿O prefieres quedarte aquí un poco más?

—Me quedaré aquí— dijo.

Asintió y se dio la vuelta. Pero su voz lo detuvo cuando tuvo su mano en el pestillo de la puerta.

—Marcus— dijo. Miró hacia atrás por encima del hombro. —Me alegra que hayas mantenido el jardín.

Sonrió y regreso al camino hacia el bosque.

Lo guardé para ti, quiso decirle. Pero no hubiera sido estrictamente cierto. Lo había guardado para él. Porque le recordaba a Livy y la perfección de la vida que habían tenido durante casi cinco años antes de que la destruyera de un golpe al tratar de demostrarle a una multitud de borrachos que no significaban nada para él que era un hombre de verdad.

Cerró la puerta silenciosamente detrás de él.

CAPITULO 05

No jugaba a las charadas hacia años, pensó la condesa de Clifton, riéndose después de una ronda particularmente enérgica y sentándose para recuperar el aliento. Siempre asistía a todas las asambleas y reuniones sociales en el vecindario de Rushton, pero durante años había sido considerada miembro de la generación mayor y se sentaba con ellos, simplemente observando los deportes más enérgicos de los jóvenes.

Pero Sophia insistió en que se uniera al juego esta noche y el señor Hathaway se había hecho eco de su petición. Marcus abandono el salón poco después de que los caballeros se unieran a las damas después de la cena y llevando a lord Francis con él. Sophia se había ruborizado y estaba frenética desde entonces.

Un lacayo había entrado en la habitación y estaba hablando con el duque y la duquesa y luego se volvió en dirección a Olivia. —Su señoría solicita el placer de su compañía en la biblioteca, señora— dijo en voz baja solo para sus oídos y luego miró a su alrededor en busca de Sophia.

La condesa sonrió al duque y a la duquesa cuando los tres se dirigieron hacia la puerta.

—Así que debemos terminar nuestra espera, Olivia—dijo Su Gracia. —Es para ser sí o no, ¿eh?— Se rió entre dientes.

—La entrevista ciertamente ha durado lo suficiente— dijo la duquesa. —Toda una hora. Han estado hablando de negocios todo ese tiempo, ¿no crees?

—Y así, Olivia— dijo el duque, mientras se detenían fuera de la biblioteca para que otro lacayo les abriera las puertas, —vamos a deshacernos de nuestro último hijo y tú de su única hija, todo al mismo tiempo. No tendré nada de qué preocuparme en la vejez, excepto la llegada de los nietos.

El conde era el único ocupante de la biblioteca. Estaba parado de espaldas a la chimenea, con las manos detrás de la espalda. Les sonrió.

—Bueno, Marcus— dijo el duque, — ¿ese pillo de hijo mío te impresionó lo suficiente, o lo enviaste a empacar?

—He consentido en que le haga su ofrecimiento a Sophia— dijo el conde. —Creo que lo está haciendo en este mismo momento.

—Espléndido, espléndido— dijo el duque, frotándose las manos mientras la duquesa buscaba un pañuelo en el bolsillo y la condesa observaba a su marido. — ¿Y cuándo serán las nupcias? Antes de navidad, espero. No tiene sentido esperar una vez que se expresa la intención, siempre lo digo.

—Dentro de un mes— dijo el conde. —Su hijo desea que se anuncie el compromiso matrimonial esta noche, William, si Sophia da su consentimiento, y no creo que haya muchas dudas de que lo hará. Quiere que las primeras amonestaciones se lean el domingo.

La duquesa chilló y hundió la cara en el pañuelo.

—¿Aquí?— Dijo su gracia. —¿No en St. George como nuestros otros hijos? Bueno, una boda tranquila en el campo tiene su encanto, debo admitirlo. Tú y Olivia se casaron aquí, ¿verdad, Marcus? Una boda encantadora, según recuerdo. Entonces, Francis está demostrando ser tan impulsivo como siempre e insiste en no demorarse ¿verdad? Ahora no te pongas así, Rose. Nadie ha muerto. Y, de hecho, la pequeña Sofía todavía puede rechazarlo.

—Pero, ¿cómo podemos estar listos en un mes?— Gritó su Gracia. —¿Olivia?

—Estoy segura de que se puede hacer— dijo la condesa con dulzura. —Las invitaciones pueden ser enviadas mañana. Que son los más urgentes. Entonces podemos sentarnos y planear todo lo demás.

—Creo que por esta noche podríamos relajarnos— dijo el conde, —y esperar los acontecimientos. Toma asiento, Rose. Olivia Y tú también, William. ¿Qué puedo ofrecerte para beber?

—Esto es como en los viejos tiempos— dijo el duque, sonriendo a su alrededor unos minutos más tarde cuando todos estaban sentados cómodamente, con las bebidas en la mano.

Olivia pensó que era y no era. Estaban juntos, los cuatro, hablando y aparentemente relajados, como a menudo habían estado en el pasado. Pero ya no estaba sentada junto a su esposo, con las manos casi tocándose, nunca habían avergonzado a su familia ni a sus amigos al mostrar su afecto en público. Estaba sentado en una silla junto a la chimenea, ella en el sofá junto a la duquesa. Y ya no se sentía del todo parte del grupo. Los tres habían continuado la amistad durante los catorce años cuando había estado en Rushton.

Había acordado con Marcus esa tarde en que el compromiso debía ser consentido si su entrevista con Lord Francis era satisfactoria. Todavía no sabía si tomaron la decisión correcta. Probablemente no lo sabrían hasta que hubieran pasado varios años y pudieran ver cómo se desarrollaba el matrimonio. Pero deseaba, después de todo, que hubieran podido hacer algo para evitarlo.

Si no hubiera matrimonio, podría volver a casa sin más demora. Hogar de la seguridad y la familiaridad de Rushton y de sus amigos, -Clarence y Emma Burnett en particular.

Pero ahora debía estar en Clifton por al menos otro mes, en medio de toda la emoción febril de una boda que se acercaba. E iba a ser en la iglesia del pueblo. Iba a ser muy difícil

Y difícil estar en compañía de él todos los días, ambos mezclándose con sus invitados. Y habrá innumerables ocasiones en las que tendrían que estar juntos solos, trabajando en los arreglos. Sera difícil de soportar. Tan difícil como había esperado. Más aún.

Era tan atractivo. Nunca pensó particularmente en esa palabra en relación con él antes. Había sido excesivamente guapo y vital y muy, muy querido para ella. Pero no podía recordar nunca sentir este doloroso tirón hacia su masculinidad. No era una sensación agradable. No deseaba sentirlo. No era una colegiala para suspirar por un hombre guapo. Era una mujer madura.

Además, él era Marc, -Marcus- y no quería que se le recordara un matrimonio que había fracasado hacía mucho tiempo y cuyo final le produjo tanta desdicha, había luchado para volver a la vida durante un año y más de infierno. Solo quería estar lejos de él, estar en paz de nuevo. Y sabía muy bien lo que lo había hecho mucho más atractivo de lo que había sido cuando estaban juntos. Fue la experiencia, la experiencia ganada con muchas otras mujeres.

No quería tener nada que ver con su experiencia. Había preferido a su inocente Marc.

Fueron interrumpidos menos de media hora después de sentarse por la repentina y no anunciada apertura de las puertas y la llegada de Sophia y Lord Francis, de la mano, con los rostros sonrientes.

—Ah— dijo Lord Francis, —están todos juntos aquí. Muy oportuno Sophia acaba de aceptar casarse conmigo.

—Lo he hecho— dijo ella, sonrojándose y riendo.

Todos se pusieron de pie de repente, hablando y riendo. Y la duquesa volvió a acercarse el pañuelo a los ojos.

—Oh, mi niño— dijo ella. —Mi bebé. Y parece que no hace más de un año que estabas dando tus primeros pasos. — Lo abrazó y lloró sobre él.

—Sophia, mi niña —dijo Su Gracia, abriéndole los brazos—, te hemos querido como nuera desde el momento en que podías subir las escaleras detrás de nuestros hijos pero no volver a bajarlas. Y ahora nuestro deseo se nos concede. Ven a dar un abrazo a tu suegro.

Todos tenían que abrazar a todos los demás, al parecer. Olivia se sometió a un abrazo de oso del duque, quien le aseguró que no podría estar más complacido con el vínculo más estrecho entre sus familias y a un abrazo lloroso de Su Gracia. Sophia la abrazó y bailó en un círculo, declarando que ahora tendrían un mes

entero juntos, todos ellos. Lord Francis le sonrió tímidamente hasta que le tomó su rostro entre sus manos y le besó en la mejilla y le dijo que estaría orgullosa de tenerlo como yerno.

Y entonces su marido estaba allí cuando se volvió, sonriendo a Lord Francis y soltando a su hija. La duquesa sollozaba ruidosamente en los brazos de su marido y lamentaba el hecho de que su bebé los estaba dejando y no habría más bodas que esperar hasta que las niñas de Bertie crecieran.

—Bueno, Olivia— dijo el conde, sonriéndole. —Parece que somos los padres de una novia.

—Sí— Se mordió el labio y sintió la inesperada emoción del momento ejerciendo en sus músculos faciales.

Y entonces sus brazos pasaron por debajo de los suyos y alrededor de ella y la abrazó con fuerza contra él. Sus propios brazos, a falta de otro lugar al que ir, le rodeaban el cuello.

Todo lo que podía sentir era conmoción. Sorprendida de que era inequívocamente Marc, este hombre mayor y más ancho con el cabello oscuro plateado. Muy inequívocamente. Era algo sobre la forma en que la sostenía, tal vez. Algo sobre la forma en que hizo que su cuerpo se arqueara contra el suyo. Algo sobre la colonia familiar que llevaba. Y algo más, bastante indefinible.

¡Marc!

Su mejilla descansó brevemente contra la de ella. —Debemos estar felices por ellos, Olivia—murmuró en su oído. —Debemos creer que serán felices.

—Sí— Cerró los ojos y luego se quedó sola de nuevo, consciente de la risa estridente del duque y los resoplidos de la duquesa y la charla de Sophia.

Y observó cómo lord Francis colocaba un brazo sobre los hombros de Sophia, la atrajo a su lado y agachaba la cabeza para besarla brevemente pero a fondo en los labios. Por un momento la niña pareció aturdida, casi enojada, pensó su madre, antes de sonrojarse mientras todos se reían.

—Queremos casarnos tan pronto como las amonestaciones hayan sido leídas— dijo Lord Francis. — ¿No es así, Soph? No valdrá la pena que nadie se vaya a casa. Va a haber una boda que celebrar.

—¡Irse a casa!— Exclamó la duquesa. — ¿Escuchaste eso, Olivia? Tendremos suerte, Francis, si hay tiempo para irnos a la cama en el próximo mes. ¿Tiene alguna idea de todo lo que implica la planificación de una boda? No, por supuesto que no. Eres un mero hombre. Olivia, querida, tengo dolor de cabeza simplemente pensando en el mes que nos espera.

El duque se rió entre dientes. —Lo que Rose dice en realidad, Olivia—dijo, —es que ahora está en su elemento y pobre de todo el que intente distraerla del puro placer de llegar hasta el agotamiento por las próximas nupcias.

—¿Nos vamos a la sala?— Sugirió el conde. —Nuestros invitados se preguntarán por qué han estado abandonados durante tanto tiempo, aunque me atrevería a decir que lo habrán adivinado. Creo que mi esposa y yo tenemos un compromiso que anunciar. ¿Olivia? —Extendió un brazo hacia ella.

—¿Y qué pensaste que estabas haciendo en la biblioteca?— Exigió Sophia tan pronto como estuvieron fuera de los demás.

A ella y a lord Francis se les había permitido salir solos para respirar, dado que ahora estaban oficialmente comprometidos. Todos los demás parecían demasiado cansados de un día de actividades al aire libre y una tarde de charadas para acompañarlos. O demasiado tacto, tal vez. Caminaban por uno de los caminos diagonales de los jardines parterre.

—¿De qué iba yo?— Preguntó, frunciendo el ceño. —Estaba a punto de anunciar nuestro compromiso matrimonial y tratando de parecer adecuadamente enamorado.

—Mirarse adecuadamente, no incluye besar mis labios— dijo. —Te mantendrás alejado de ellos en el futuro, Francis, si sabes lo que es bueno para ti. Tuviste la suerte de no encontrarte con un labio mordido.

—Si no puedes controlar suficientemente tu pasión, Soph— dijo, —sería mejor morderme el cuello en lugar de los labios. Puedo cubrir la evidencia con mi corbata.

—Oh— dijo ella, —es asqueroso. ¿Quién en su sano juicio desearía morder tu cuello? ¡Ugh!

—Te pusiste en un interesante tono escarlata cuando te besé— dijo. —Pensé que quizás estabas a punto de desmayarte en mis brazos, Soph.

—Sí, bueno— dijo ella, —tú mismo dijiste que cuando estás actuando debes lanzarte de todo corazón en el papel. Tuve que convencer a mamá y papá de que era mi primer beso.

—Probablemente lo fue, también— dijo. — ¿Fue así?

— ¿No te gustaría saberlo?— Dijo, sacudiendo la cabeza.

Él se rio —La mirada sofisticada no te sienta bien, Soph— dijo. —Tendremos que robar varios besos, ya sabes, en los próximos días. La gente lo esperará.

—Oh, tonterías— dijo ella.

—Probablemente hay una docena de personas colocadas detrás de las ventanas oscuras de la casa en este momento— dijo, — solo con la esperanza de ver nuestras siluetas fusionarse.

—Qué idea tan ridícula— dijo, mirando hacia la casa. —No veo a un solo observador.

—Naturalmente— dijo. —No esperarías exactamente que estuvieran alineados allí, con una vela en cada mano, ¿verdad, Soph? Están de pie fuera de la vista o escondidos detrás de las cortinas.

—A veces, Francis— dijo, —creo que debes tener molinos de viento en tu cabeza.

—Suena doloroso— dijo. — ¿Los emocionamos?

—¿Qué?

—Tu madre y tu padre podrían estar entre ellos.

—Mamá y papá no me espiarían— dijo indignada.

—No lo pensarían como espiar— dijo. —Querrán ver por sí mismos que tomaron la decisión correcta con respecto a nosotros, Soph. Querrán ver que no estamos aquí discutiendo o caminando a tres metros de distancia.

—Bueno, no lo estamos— dijo ella. —Caminando a tres metros de distancia, quiero decir. Siempre estamos peleando.

—Creo que es mejor que hagamos esto bien— dijo. —Quédate quieta, Soph, mientras te beso.

—Pon una mano sobre mí— dijo indignada, —y yo...

—Tendrá que ser las dos manos— dijo, —y mi boca. No tienes miedo, ¿verdad?

— ¿Miedo?— Dijo con desdén. —¿De ti, Francis?

—Es como yo pensaba— dijo, deteniéndose y apoyando una mano en su brazo. —Tienes miedo.

—Bueno— dijo ella. —De todos los…

—Medio minuto debería ser lo suficientemente decente para una pareja recién prometida— dijo. —Cuenta hasta treinta lentamente, Soph. Te quitará tus nervios de la mente.

Y mientras todavía lo miraba con mezcla de indignación, vergüenza y miedo, él puso su boca en la de ella, tomó su brazo libre con la otra mano y unió sus siluetas.

— ¿Qué estás haciendo?— Echó la cabeza hacia atrás cuando no había contado más de veintiuno y lo miró. — ¿Qué crees que estás haciendo?

—En realidad, tratando de abrir tus labios con mi lengua, Soph— dijo. —Se vuelve un poco tedioso simplemente descansar los labios contra los labios inmóviles, ¿no crees?

—No, no creo— dijo. —Eso fue una parte bastante innecesaria del acto. No se podía ver desde la casa. Y si lo hubiera hecho, Papá sin duda estaría aquí ahora blandiendo un látigo sobre tu cabeza. Nunca vuelvas a hacer eso. Nunca, ¿me oyes? Me hizo sentir rara.

—¿Lo hizo, Soph?— Sonrió. —Será mejor que no te enamores de mí, sabes. No quiero ser responsable de los corazones rotos ni nada de eso.

— ¿Sabes, Francis?— Dijo. —No creo que haya conocido a nadie, a nadie, hombre o mujer, que se acerque a ti en vanidad. ¡Enamorarme de ti, de verdad! Sería tan probable como que me enamore de un sapo. Sería tan probable que...

—... enamorarte de una serpiente— dijo. —A veces no eres muy original, Soph. Cambiemos de tema, ¿de acuerdo? ¿Eres feliz, al menos? ¿Estás satisfecha?

—Oh, Francis— lo miró con una sonrisa radiante mientras reanudaban su caminata. — ¿No fue maravilloso? ¿Incluso más maravilloso de lo que podría haber imaginado? Se abrazaron. ¿Lo has visto? Realmente se abrazaron. Y creo que también la besó en la mejilla. Y después, en el salón, la mantuvo en su brazo mientras todos venían a felicitarnos y también mantenía su mano sobre la de ella, y hablo *de mi esposa y yo*, como si tuvieran el matrimonio más normal. ¿Te diste cuenta, Francis? Todo va a estar bien, ¿no es así? Después de un mes, todo no puede dejar de estar bien.

—Definitivamente fue prometedor— estuvo de acuerdo. —Pero no puedo evitar sentir que hemos llegado un poco más profundo de lo que esperábamos, Soph. Dios mío, mi madre debe haber empapado tres pañuelos. Y todos estaban muy contentos.

—A tu madre y a la mía les va a encantar planear la boda— dijo, sonriéndole. —No debemos olvidar que la lista de invitados se elaborará directamente después del desayuno de mañana. Debes pensar en algún amigo especial al que quieras invitar, Francis, aparte del Sr. Hathaway y Sir Ridley, que ya están aquí, y yo también pensaré. No creo que pueda dormir esta noche.

—Soph—, dijo.

—¿Qué?

Lord Francis suspiró. —Nada— dijo. —Solo un pequeño pensamiento del extraño mundo de la cordura al que solía pertenecer.

—Oh, eso— dijo, aleccionando. —Sí, por supuesto.

El conde de Clifton podría haber atravesado la puerta de conexión entre su vestidor y el de ella. Después de todo, era su esposa, y hubo un tiempo en que la puerta entre sus habitaciones estaba permanentemente abierta. Pero los tiempos habían cambiado, por supuesto. O podría haber llamado a la puerta y esperar a que su doncella respondiera. Podía escuchar a las dos hablando detrás de él. Pero había algo degradante en golpear la puerta del vestidor de su esposa.

Se dirigió hacia la puerta de su sala de estar y llamó.

Estaba vestida cuando salió de la alcoba unos minutos después de que su doncella lo hubiera dejado entrar. Pero debió haberla tomado por sorpresa. Debería haber dejado su llamada hasta un poco más tarde en la mañana, tal vez. Su pelo no estaba hecho. Colgaba liso y brillante hasta mitad de su espalda. Lo había empujado detrás de sus orejas. Trató de mantener sus ojos lejos de él. Solía ser corto.

—Vine a ver si lo pensó dos veces— dijo, sonriendo. Dios, pero era hermosa.

—Segundo y tercero y trigésimo tercero—. Le devolvió la sonrisa. —Supongo que debemos darnos cuenta de que no podemos vivir su vida por ella, Marcus, como tampoco nuestros padres podrían vivir la nuestra.

—Parecen bastante felices— dijo.

—Es un joven agradable— dijo. —Creo que su encanto es algo más que la superficie. Me gusta.

—Parecía extraño— dijo, —verlo besar a mi hijita en la biblioteca y ya no tengo derecho a ponerle freno.

—Oh, Marcus— dijo, —era una niña tan alegre, ¿verdad?

—¿Recuerdas cómo solía tratar de correr sobre la hierba casi antes de que pudiera caminar?— Dijo. —Solía estar enojada en lugar de molesta cuando se caía continuamente—. Él se rió.

—Y luego la llevabas a caballo sobre tus hombros— dijo. —Y se aferraba a un puñado de tu cabello, así que solías jurar que serías calvo para cuando tuvieras treinta años.

Se dio la vuelta de repente y cruzó la habitación para mirar por la ventana. —¿Te diste cuenta de lo que decía anoche, Olivia?— Preguntó.

—¿Acerca de que estemos todos juntos durante el próximo mes?— Dijo. —Sí. Lo dijo más de una vez.

—Ella nunca ha dicho mucho— dijo. —Siempre pensé que aceptaba la situación por lo que era. Tal vez lo hizo. Quizás al estar aquí con nosotros de esta manera, le ha hecho darse cuenta de que creció sin una familia.

—Sí—dijo ella. —Yo tampoco me di cuenta, Marcus.

—Este mes va a ser muy importante para ella—, dijo. —Vamos a ser importantes para ella. Nosotros juntos. Su madre y su padre.

—Sí.

Se giró desde la ventana para mirarla meditando.

—¿Puede haber algo de paz entre nosotros por un mes?— Preguntó. —Sé que no te he gustado durante muchos años, Olivia, y que has hecho una nueva vida en la que no hay lugar para un viejo matrimonio. Y sé que ha habido una terrible incomodidad entre nosotros desde que llegaste, casados pero no casados, padres separados del mismo hijo. ¿Podemos al menos en apariencia estar más juntos, por el bien de Sophia? ¿Es posible?

Le devolvió la mirada, con el rostro pálido. Parecía más bien como lo había mirado la mañana en que se fue de su casa para no volver jamás, pensó de mala gana, aunque en ese momento no había soñado que no la volvería a ver durante catorce años. Se había ido para darle unas semanas para aceptar su infidelidad. Para darle unas semanas para perdonarlo.

Nunca lo había hecho.

Se lamió los labios. —Haría cualquier cosa en el mundo por Sophia— dijo. —Tú lo sabes.

—Sí— dijo. —Y yo también. Eso significará algo más que estar bajo el mismo techo durante un mes.

—¿Será como la noche pasada?— Dijo. — ¿Mi mano en tu brazo? ¿*Mi esposa y yo*? ¿*Nuestra hija*?

—Sonriendo el uno al otro— dijo. —Hacer cosas juntos.

—Planeando la boda juntos— dijo ella.

—¿Puedes hacerlo, Olivia?— Preguntó. —Durante un mes, ¿puedes ocultarme tu aversión, al menos en público?

Levantó los ojos hacia él. —Sí— dijo. —Por un mes, Marcus. Por el amor de Sophia.

—Una familia por un mes— dijo. —Creo que será importante para ella, Olivia.

—Sí— dijo ella.

—Bajemos a desayunar entonces— dijo, extendiendo su brazo hacia ella.

—Mi pelo— dijo.

Sonrió con cierta diversión. —Es hermoso— dijo. —Me gusta mucho, aunque siempre me han gustado los rizos, también. Ve a vestirte. Te esperaré aquí, ¿quieres?

—Sí— dijo ella.

La vio salir de la habitación y se volvió hacia la ventana. Una familia por un mes. Fue un pensamiento dulce y seductor. Uno que no debe permitirle que se apodere de sus sentimientos. Después de la boda de Sofía, volvería a casa. De vuelta a Rushton. No debe bajar la guardia sobre sus emociones durante ese mes. Le había llevado muchos años construirlo.

CAPITULO 06

Sería imposible invitar a toda la alta sociedad, como la duquesa parecía querer hacer. Tan grande como era Clifton Court, había un límite en el número de invitados que podían alojarse en sus habitaciones. Y la iglesia del pueblo no era tan grande. Los miembros del [2]Beau Monde no disfrutarían sentados afuera en sus carruajes o de pie en el cementerio de la iglesia mientras la ceremonia matrimonial se celebraba, señaló el conde, porque no había espacio para ellos dentro.

La lista de invitados tendría que ser elaborada con cuidado. Todos los huéspedes que se alojaban en la casa estaban dispuestos y ansiosos por quedarse o, al menos para volver. La familia tenía que venir a continuación y luego los amigos cercanos: los de Sophia, Lord Francis, el duque y la duquesa, la condesa y el conde.

La reunión de las partes interesadas duró dos horas hasta que, por fin, la lista era exactamente la longitud que debía ser. Luego, Su Gracia, Olivia y Sofía pasaron el resto de la mañana escribiendo las invitaciones mientras los hombres iban al pueblo a visitar al rector.

Después del almuerzo, el conde insistió en que todos se tomaran un descanso de los preparativos de la boda para montar durante unas horas y tomar un té con picnic en la colina al norte de la casa.

—Después de todo— aseguró a la alarmada duquesa, quien insistió en que no había suficientes horas para organizar todo de manera satisfactoria, —no podemos dejar que Olivia y usted se vean bastante demacradas el día de la boda, ¿o sí? ¿Rosa? Y le aseguro que tengo un ama de llaves y un cocinera perfectamente competentes, que incluso ahora están haciendo arreglos para garantizar que no moriremos de hambre. También he mandado a buscar a la mayoría de mi personal de la casa de Londres.

—Y es un hermoso día, mi amor— le dijo el duque. —Demasiado encantador para desperdiciarlo con histerismos en el interior.

—No estamos histéricas, ¿verdad, Olivia?— Dijo su Gracia. —Estamos simplemente ocupadas.

—Además— dijo Lord Clifton, —los otros huéspedes han sido descuidados descaradamente durante la mitad del día. Olivia, ¿se puede concederles tiempo?

—Necesitamos media hora para terminar las invitaciones— dijo. —Y realmente deberían ser enviadas hoy, Marcus.

---

[2] ***Beau Monde***: jet-set

—Media hora, entonces— dijo. —Ni un minuto más.

Y así, mientras era temprano por la tarde, todos salieron a cabalgar, sombreros que protegían sus ojos del brillo del sol. Viajaron a lo largo de las suaves millas del parque hacia el sur de la casa y de vuelta a lo largo de las orillas arboladas del río que formaban la frontera del parque hacia el este. Los acres cultivados se extendían más allá del horizonte. El río rodeo la casa hasta que, finalmente, los jinetes se alejaron de él hacia la colina cubierta de brezos unos kilómetros al norte de la casa. Allí les esperaban carruajes de comida y lacayos.

El viaje había sido largo, a pesar de que los árboles a lo largo del curso del río los habían protegido de lo peor del calor del sol. Todos desmontaron al pie de la colina y dejaron a los caballos libres para pastar en la hierba. La mayoría de los invitados se mostraron agradecidos por las mantas colocadas en un trozo de terreno llano en la mitad de la colina y se hundieron sobre ellas antes de aceptar vasos de vino de los lacayos.

—Esta es mi cabalgata de este año— dijo Lady Wheatley. —Y es más de lo que hice el año pasado.

Varias personas se rieron.

—Nunca me siento bien si no comienzo cada mañana con un paseo de tres millas— dijo la Sra. Biddeford. —Aunque no tengo toda la energía de estos niños, debo confesar.— Hizo una mueca mientras observaba a varios de los jóvenes, y al conde y la condesa subir el resto de la pendiente para pararse en la cima de la colina.

—Querida Olivia— dijo la duquesa. —Se ve bien, ¿no es así? Parece que no ha envejecido como algunos de nosotros.

—Me alegra que hayas dicho algunos, mi amor— dijo Su Gracia riendo, —De lo contrario, habrías ofendido mortalmente a varias damas aquí, no lo dudo. Aunque tú también te ves tan joven como el día en que me casé contigo.

—¡William!— Dijo la duquesa con desdén y se abanicó la cara con una servilleta. —Pero qué agradable es verlos juntos otra vez, ¿no es así?

—Nunca pude entender bien cuál era el problema— dijo Lord Wheatley. —Siempre tuve la impresión de que era una pelea de amor.

—Ese es precisamente el problema— dijo Su Gracia.

Sophia que había montado con su amiga Cynthia durante gran parte del camino, las dos con sus cabezas juntas, preguntándose por el éxito del plan

original y discutiendo sobre la mejor manera de poner fin al falso compromiso matrimonial cuando llegara el momento. Encontró su mano tomada por Lord Francis cuando desmontaron.

—¿Qué estás haciendo?— Preguntó.

—Uniendo mis dedos con los tuyos— dijo. —Se ve mucho más íntimo, Soph, que unir los brazos o simplemente tomarse de la mano. Y mientras que los buenos modales exigirían que estemos con nuestros amigos y conversar con ellos durante el viaje, el sentimiento ahora nos dicta que robemos unos minutos juntos. —Le sonrió a los ojos y ella le devolvió la sonrisa.

—Mamá y papá no han estado juntos toda la tarde— dijo. —Esto no va a funcionar, Francis.

—Tonterías— dijo. —Después de estar lejos de sus huéspedes toda la mañana, por supuesto que se sentirán obligados a mezclarse esta tarde como lo hicimos nosotros. Lo hicieron bastante bien esta mañana.

Ella se alegró —Cynthia dijo que bajaron a desayunar del brazo— dijo. —¿Crees que eso significa ...?— Pero se detuvo y se sonrojó.

—Probablemente no— dijo. —Pero se sentaron uno al lado del otro en la biblioteca cuando no era necesario, y ambos insistieron mucho en que los amigos del otro fueran invitados a la boda.

—Sí, lo eran, ¿no es así?— Dijo. —¿A dónde vamos?

—Hasta la cima de la colina— dijo. —Los jóvenes amantes tienen una energía ilimitada, ya sabes.

—No, no lo sabía— dijo. —Pero hay una vista bastante espléndida desde la cima.

—Lo sé— dijo, sonriendo. —Me acuerdo.

Lo miró sin comprender por un momento y luego su mirada se indignó. —Estuviste bastante horrible— dijo ella. —No sé por qué te hablé en la ciudad esta primavera.

—¿No?— Dijo. —Es porque soy el hijo de un duque y he adquirido justa o injustamente una reputación como una especie de libertino, Soph. Una combinación irresistible para las damas, descubrí. Y sí, eso me hace engreído, debo admitirlo. Te he salvado de tener que decirlo tú misma, ya ves.

—Fuiste a pescar— dijo ella acusadoramente.

—Lo hice— dijo. —Con mis hermanos. Alegremente libre de compañía femenina.

—Mientras yo vigilaba en la cima de la colina durante horas y horas— dijo.

—Oh, venga ya, Soph— dijo, —no podría haber sido más de dos a lo sumo. Y necesitábamos que alguien vigilara, ya sabes, mientras que el resto de nosotros cazábamos, cazadores furtivos, bandoleros y bandidos. Hiciste un trabajo espléndido. Los mantuvo a raya a todos para que pudiéramos disfrutar de una o dos horas de pesca en paz.

—Tuviste suerte— dijo, —de que no se lo contara a tu padre en esa ocasión. Ni tampoco a tus hermanos. No sabían qué historia me habías contado que me mantuvo alejada. Claude te habría dado un puñetazo en la nariz.

—Un castigo masculino por lo menos— dijo. —Bertie me habría golpeado, y mi padre me habría azotado. Una diferencia sutil, ya sabes, algo que ver con el peso de la mano. La de mi padre era invariablemente pesada.

—Te lo habrías merecido—dijo.

—Sin duda.— Sonrió. —Pero debes esperar fervientemente que no haya cambiado, Soph. Siempre me las arreglé para deshacerme de ti, ¿no es así? Tengo que decir, que me sentí incómodamente presionado cuando llamamos al rector esta mañana y comencé a hablar sobre las amonestaciones, las bodas y demás.

—¿Lo hiciste?— Sus ojos se ensancharon. —Papá ya ha enviado a por la mitad del personal de la casa de Londres. ¿Lo has oído?

Hizo una mueca.

—Aquí estamos en la cima— dijo. —Oh, qué hermoso. Hay una brisa. Mira, Francis, la mitad de los otros también están subiendo. Pensé que todos estaban cansados por el calor y el paseo.

—Ah, una audiencia— dijo, agarrándola por la cintura con un brazo, atrayéndola contra él y besándola profundamente antes de soltarla y tomar su mano de nuevo.

—Te dije que no volvieras a hacer eso— dijo indignada.

—¿Besarte?— Dijo. —Pero probablemente hemos restaurado el espíritu de una docena de jinetes y escaladores cansados, Soph. Y hay una obra para interpretar, ya sabes.

—Me refiero a lo que haces con tu lengua— dijo ella. —La brisa me estaba refrescando. Ahora me siento caliente otra vez.

—¡Soph!— Dijo. —Solo una inocente total diría algo así en voz alta y esperaría que eso me desalentara a intentarlo de nuevo. Si vamos a tener que robar besos, podríamos hacerlos agradables, después de todo.

—¡Agradable!— Exclamó ella. —Puedes hablar por ti mismo, Francis. Por mi parte, me gustaría que me besaras con mayor rapidez...

—Lo sé— dijo. —Mira quién viene a tu izquierda, Soph. Y con los brazos unidos. Y hablando entre ellos y aparentemente ajenos a todos los demás.

Miró, vio que su padre y su madre se acercaban, agarró el brazo de Francis y lo apretó con fuerza.

—Oh— dijo, —está funcionando, sabía que lo haría. Nunca lo dudé ni por un momento. Funcionará, Francis, ¿no? —lo miró ansiosamente a la cara.

—No veo cómo puede fallar, Soph— dijo, —con el clima cooperando tan gloriosamente y tú y yo tan profundamente enamorados, y toda la alegría de una boda comienza a atrapar a todos con su entusiasmo.

—Oh, eres maravilloso al decir eso— dijo, apretando su brazo de nuevo. —Podría besarte, Francis.

—Una vez es suficiente por el momento— dijo. —Y no demasiado libre con los maravillosos, por favor, Soph. Podría empezar a pensar que lo dices en serio y realmente empiezo a sentirme ahogado por mi corbata.

Sofía se volvió con una sonrisa brillante para saludar al grupo de amigos que estaban llegando a la cima de la colina y comenzando a exclamar sobre el esplendor de la vista.

Le había dado los detalles de la visita al rector. Ella le había contado algunos de los planes que había discutido con la duquesa mientras escribían las invitaciones.

—¿Fue una buena idea aceptar que la boda se celebre aquí?— Preguntó. —Rose parece un poco decepcionada de que no vaya a estar en St. George.

—Es lo que ambos quieren— dijo. —Y estas grandes celebraciones pueden ser frías, ya sabes.

—Sí— dijo ella. —Nunca me arrepentí de habernos casado aquí, Marcus. Fue una boda maravillosa, ¿verdad?

—Sí— dijo. —Pero entonces creo que una choza de barro nos habría parecido maravillosa en ese día en particular, Olivia.

No podía pensar en nada más que decir y, de hecho, se avergonzaba de haber hablado con tanta libertad y sin pensar. No necesitaban hablar de su propia boda. Hacerlo solo afectaría la de su hija y los volvería a poner ansiosos por su felicidad nuevamente.

—¿Te contentas con invitar a solo dos amigos de Rushton, Olivia?— Preguntó. —Parece que no es justo cuando elegí a cinco de mis amigos más cercanos.

—Emma y Clarence serán suficientes— dijo. —Pero me arrepentiría si no pudieran asistir a la boda de Sophia. Clarence dijo, después de que recibí tu carta, que era exactamente lo que se esperaba a su edad. Supongo que un simple amigo puede ver más claramente que un padre que su niña está creciendo.

—Sí— dijo. —No he visto a Clarence durante muchos años. O a la señorita Burnett, tampoco.

—Emma nunca ha estado lejos de casa— dijo. —Y Clarence no lo ha hecho desde hace mucho tiempo.

Estaba sin aliento por escalar la colina y hablar al mismo tiempo. Hizo una pausa y acercó más su brazo a su costado. Pensó que sería tan fácil relajarse en este nuevo estado de amistad, creer que su preocupación natural y mutua por su hija era una fuerza totalmente vinculante, imaginar que la tregua que habían acordado era una paz permanente. Era un sentimiento contra el que debía mantenerse firme. No quería tener que irse a casa dentro de un mes para luchar contra todas las viejas batallas de nuevo.

Pero era fácil recordar por qué había sido tan feliz con él, por qué lo había amado tanto.

—Creo que tal vez hemos hecho lo correcto, ¿no es así?— Dijo. —Ninguno de nuestros invitados mostro espanto por permitir el compromiso matrimonial de una hija tan joven. Y el rector parecía sentir que era la cosa más natural del mundo que Sophia se casara. Se ven bien juntos. Parecen hechos el uno para el orto.

—Sí—. Olivia miró hacia la cima de la colina, donde su hija y Lord Francis estaban juntos en una animada conversación, con los dedos entrelazados. —Se han conocido toda su vida. Eso debe ayudar. No es como si se hubieran conocido recientemente y hubieran tenido un romance que los cegara de las faltas del otro. Hablan mucho. Parecen ser amigos, Marcus.

—¿Te acuerdas de esta colina?— Preguntó.

Habían caminado hasta allí el día antes de su boda, cuando pudieron escapar de las frenéticas actividades que se llevaban a cabo en la casa. Habían subido hasta la cima, como lo estaban haciendo ahora, y dejaron que el viento soplara en sus caras y deseaban que el día siguiente ya hubiera terminado para poder casarse y estar solos.

—No me importa la casa llena de invitados y el banquete y todo lo demás— había dicho. —Sólo te quiero, Livy.

—Y yo a ti—dijo ella, volviéndose a sus brazos. —Mañana, Marc. Parece que falta una eternidad.

—Mañana— había susurrado contra sus labios. —Y luego no más separaciones. Noche o día. Nunca, jamás, Livy, hasta que la muerte nos separe.

—Te amo— le había dicho ella, y la había besado larga y profundamente mientras eran golpeados por el viento.

—Me pregunto si se sentirán igual que nosotros— dijo, y ella supo que estaba pensando en el mismo recuerdo. —Me pregunto si sienten que su boda es una simple molestia entre ellos y la felicidad eterna.

—Pero fue un día maravilloso después de todo, ¿no?— Dijo.

—Sí— dijo. —Ellos también descubrirán eso.

Antes de que pudieran recordar que no debían recordar juntos, estaban en la cima de la colina y la brisa los saludó a ellos y a su hija. Había soltado la mano de Lord Francis y se abrió paso entre ellos, tomando el brazo de cada uno.

—¿No es esto maravilloso?— Dijo, sus mejillas brillando por el viento y la felicidad. —Millas y millas de campo para ver, el hermoso sol, la brisa fresca y los tres juntos otra vez. ¿No es maravilloso más allá de lo creíble?

—Sí, maravillosa, Sophia— dijo Olivia, y se encontró luchando contra las lágrimas por alguna razón.

—¿Eres realmente feliz, Sofía?— Le preguntó su padre. —¿No te has precipitado en nada simplemente porque tienes dieciocho años y entiende que lo que hay que hacer es casarse?

—Estoy realmente feliz, papá— dijo, apretando su brazo. —Estoy comprometida con el hombre más maravilloso del mundo y los padres más maravillosos del mundo están aquí para ayudarme a celebrarlo. Este va a ser el mes más feliz de mi vida hasta ahora. Y luego todos los años que vienen con Francis. Queremos que pases la Navidad con nosotros, tú y los padres de Francis también, por supuesto. Y el año nuevo. ¿No es así, Francis?

Lord Francis había estado riendo y bromeando con algunos de los otros jóvenes. Se volvió al oír su nombre. —¿Qué nosotros no, qué?— Preguntó con una sonrisa.

—Quiero que mamá y papá y tu madre y tu padre pasen la Navidad con nosotros— dijo. —Y año nuevo. Es de lo que estábamos hablando hace unos minutos cuando subíamos la colina, ¿no es así?

—El mismo tema— dijo, sonriendo profundamente en sus ojos. —Y ambos estuvimos de acuerdo en que para Navidad probablemente podremos apartar la vista el uno al otro durante el tiempo suficiente para entretener a los familiares. Estaremos decepcionados si nuestros cuatro padres no pueden estar allí.

—¿Mamá?— Preguntó Sofía con entusiasmo.

—Hay que ver— dijo ella. —Para eso falta mucho tiempo.

—¿Papá?

—Estaré allí, Sophia— dijo en voz baja.

—Sin duda, también habrá muchas otras ocasiones— dijo Lord Francis. —¿No es así, Soph?— De alguna manera, le había cogido la mano que estaba unida a la de su madre. —Quizás para el bautizo de nuestro primer hijo en un año o menos.

Olivia escuchó a su hija contener el aliento cuando Lord Francis le sonrió de nuevo y se llevó la mano a los labios. Dios mío, ¿ya habían hablado de algo así?

—Parece que ya han sacado la comida de las canastas— dijo el Sr. Hathaway en voz alta para que todos pudieran escuchar. —Y me siento como si pudiera devorarlo todo yo solo.

—No sería tan poco deportivo— dijo Rachel Biddeford.

—Oh, sí, lo haría— dijo Sir Ridley. —Creo que aquellos de nosotros que esperamos comer un bocado sera mejor correr para ello.

—Bueno, Soph— dijo Lord Francis, —debes levantar tu falda por encima de los tobillos y tomar mi mano. No pretendo ser el último en las rodajas de pollo.

Y se habían ido, todos los jóvenes, riendo y chillando y corriendo por la colina.

El conde miró a su esposa y sonrió. —¿Qué fue lo que hemos estado diciendo acerca de que han crecido?— Dijo. — ¿Éramos así a su edad, Olivia?

—Navidad— dijo con seriedad. —En realdad no esta tan lejos en el futuro, Marcus. ¿Crees que Sophia estará muy decepcionada al tener que entretenernos por separado? Seguramente no puede esperar que todo cambie solo porque se case con lord Francis.

—Tendremos que esperar y ver— dijo. —Todo lo que hemos acordado es este mes, Olivia. Y hemos hecho lo correcto. Está muy feliz de que estemos los tres juntos otra vez. Pasemos este mes y nos preocuparemos del resto cuando todo termine ¿no?

—Sí— Ella suspiró. —No contemplaba la posibilidad de que Sophia estaba creciendo. Si hubiera sabido que conduciría a este tipo de complicación, creo que lo habría esperado aún menos.

—¿Bajamos?— Dijo. —¿Tienes hambre?

—Supongo que sí— dijo, encogiéndose de hombros.

—He tenido que cortar algunos de los árboles de la orilla del río, allí— dijo, señalando hacia el lado norte de la colina. —Los muy viejos. Desafortunadamente, no dejaban de arrojar ramas viejas y, a veces, troncos enteros al agua y causaron inundaciones. Parecía triste en ese momento, pero en realidad el recorte ha hecho un agradable paseo o para montar. ¿Te gustaría verlo?

—Sí— dijo ella. —¿Has hecho muchos cambios, Marcus? Recuerdo que solías acusar a tu padre de ser poco progresista.

—Los desvaríos de un hombre más joven que aún no había aprendido a apreciar la tradición— dijo. —Es una buena cosa, tal vez, que la mayoría de los hombres sean mayores cuando finalmente hereden. Tengo mucha más simpatía con mi padre de lo que solía tener. Toma mi brazo, Olivia. Este trozo es más pronunciado de lo que parece. Sí, he hecho cambios, por supuesto, pero nada que destruya el carácter del lugar.

—¿Qué otros has hecho?— Preguntó ella.

Pasó una hora completa y varios de los invitados, ya habían regresado a la casa, después de haber terminado su merienda campestre antes de que el conde y su esposa vinieran del paseo por la parte inferior de la colina y comenzaran a subir a los restos de la fiesta.

—Oh, querido— dijo la condesa como si de repente recordara el presente, —hemos estado descuidando a nuestros huéspedes terriblemente, Marcus.

—No parecen descuidados— dijo. —De hecho, yo diría que se ven muy bien alimentados. ¿Es ese Hathaway estirado, durmiendo profundamente? Y varias personas realmente nos están sonriendo, especialmente Sophia. Y Rose ¿Tienes hambre todavía, Olivia? Podría comerme un oso.

—Y me olvidé de traer empanadas de oso en el cesto— dijo sin detenerse a pensar. Su comentario y su respuesta habían sido comunes durante los años en que vivían juntos.

—El pepino y el queso y el pollo tendrán que servir en su lugar, entonces— dijo. La vieja respuesta de nuevo.

Olivia sintió una pesada bola de pánico alojada en su estómago. No se debe permitir que su plan funcione demasiado bien. El plan era para las apariciones públicas por el bien de Sophia, no para los intercambios privados.

Sophia y lord Francis cabalgaron juntos, Cynthia y Sir Ridley Bowden un poco detrás de ellos.

—¿Qué quisiste decir?— Dijo Sofía acusadora cuando iban a caballo y en el camino, —hablando de nuestro primer hijo así frente a mamá y papá. Pude haber muerto de mortificación.

—O del estallido de los vasos sanguíneos en tu cabeza— dijo. —Decir que te volviste escarlata, Soph, equivaldría a minimizar el caso. Simplemente estaba siguiendo tu ejemplo, eso es todo. Tú eres la que comenzó a hablar sobre Navidad y Año Nuevo y todo ese tipo de sentimentalismo.

—Invitarlos para Navidad y un bautizo son dos asuntos completamente diferentes— dijo. —Apenas sabía dónde mirar. *En un año o menos de hecho*. Qué idea tan desagradable. Preferiría…

Levantó una mano firme. —No vamos a tener que pasar por todo ese asunto de los sapos, las ranas y las serpientes, ¿verdad?— Dijo. —Me he acostumbrado, Soph. El pensamiento de bebés y guarderías en realidad es suficiente para hacerme correr todo el camino a Brasil sin detenerme ni siquiera fijarme en el océano, por lo que no debes tener miedo. Sobre todo si fueras la madre.

—Y eso es tan típico de ti, — dijo indignada, — me has decepcionado con una provocación tan poco caballerosa. Preferiría no tener hijos hasta el día de mi muerte que tenerte como padre de mis hijos. Así que ahí está.

—Estuvieron una hora solos— dijo, —fuera de la vista de todos y sin compañía. Y parecían bastante complacidos con ellos mismos y con el mundo al final, también. Muy prometedor tendría que decir, Soph. Otros pocos días como este y podremos poner fin a esta farsa antes de que empiecen a llegar los invitados a la boda.

—¿Eso crees?— Dijo ella. —Se veían casi como una pareja casada común, ¿no es así, Francis? Pero, ¿cómo sabremos que permanecerán juntos después de que hayamos puesto fin a todo esto?

Se encogió de hombros. —No lo sé—dijo. —Tendrás que preguntarles, supongo, Soph. Tú eres su hija, después de todo.

—Oh—, dijo, — ¿cómo puedo acercarme a ellos y preguntarles si van a permanecer juntos?

—Pregúntales uno por uno— dijo.

—Supongo que sí.— Frunció el ceño. Y luego le sonrió radiantemente. —Sin embargo, la idea de Navidad podría funcionar, Francis, incluso si esto no funciona— dijo. —No hay tiempo como la Navidad para el amor y las familias, la paz y el calor y todo lo demás que es maravilloso. Si podemos hacer que

vengan con nosotros en Navidad, seguramente permanecerán juntos después. ¿No te parece?

—Los bautizos a veces también tienen el mismo efecto— dijo secamente. —Soph, cada vez más creo que eres la intrigante más perversa que he tenido el privilegio de conocer o que eres un caso de Bedlam. Prefiero inclinarme hacia lo último.

—Oh, sí, por supuesto— dijo ella, mortificada. —Solo tendrá que suceder en este mes, entonces, ¿no es así?

—Y más temprano que tarde también sería bueno para mi tranquilidad— dijo. —Prométeme una cosa.

—¿Qué?— Preguntó, mirándolo.

—Después de esto, te considerarás completamente vengada por todas esas cosas desagradables que te hice cuando era niño—, dijo. —Que nos estrecharemos la mano y nos iremos alegremente por caminos separados.

—Pero aceptaste esto con bastante libertad— dijo ella. —Nunca estuve de acuerdo con todos esas horribles malas pasadas. No me digas que estás teniendo dudas, Francis, y desearíamos que nunca hubiéramos empezado todo esto. Te lo tomas en serio, ¿verdad?

—¿Quién? ¿Yo? —Dijo. —¿Teniendo dudas? ¿Por qué haría eso, Soph, cuando me estoy divirtiendo tanto? ¿Y cuando estoy en peligro inminente de ser arrastrado al altar solo para que podamos tener a tus padres en Navidad? Ni una sola vez se me ocurrió pensar en otra cosa o ceder a un ataque de ansiedad aguda.

Sophia parecía dudosa. —Bueno, entonces— dijo, —¿por qué hablas de darnos la mano y de ir por caminos separados? Si hacemos eso, mamá se irá a casa antes de que ella y papá se hayan dado cuenta de que no pueden vivir el uno sin el otro y nunca me casaré porque finalmente estaré convencida de que no puede haber nada bueno en el matrimonio. ¿Quieres ser responsable de esos dos desastres?

Lord Francis suspiró. —Cuando regreses a Bedlam, Soph— dijo, —pídeles que reserven una habitación para mí, ¿quieres? Se una buena chica. La necesitaré pronto.

Sophia chasqueó la lengua y espoleó a su caballo al galope. Lord Francis sacudió la cabeza y fue tras ella.

1-Beau Monde: jet-set

CAPITULO 07

Realmente no necesitan la distracción del baile menos de una semana después del anuncio del compromiso, dijo la duquesa. Había mucho que hacer sin todos los preparativos para eso. Parecía ajena al hecho de que el conde había organizado el baile varias semanas antes y que sus sirvientes realizaban de manera silenciosa y eficiente todo el trabajo que debía hacerse. Parecía igualmente ajena al hecho de que varias personas competentes se habían hecho cargo de los preparativos para la boda y de que todo estaba progresando sin problemas.

Como Su Gracia comentó al conde y a la condesa una tarde cuando Su Gracia finalmente fue persuadida para que descansara en su habitación durante una hora con el conocimiento de que el mundo no se derrumbaría sobre ella si lo hacía, su mente no hay que desilusionarla. Estaba completamente feliz de estar presa del pánico por nada.

Además, la duquesa había asegurado a todos, incluida ella misma, que el baile era totalmente necesario como celebración oficial del compromiso matrimonial.

La condesa y Sofía, acompañadas por lord Francis, debían ir a Londres durante unos días la semana siguiente con el fin de equiparse para la boda y ropa para la novia. Olivia tenía sentimientos encontrados sobre el viaje que se acercaba. Habían pasado tantos años desde que había estado en la ciudad. Y sin embargo, siempre le había gustado. Su temporada había sido mágica.

La duquesa la mantuvo ocupada la mayoría de los días sobre los preparativos reales e imaginados para la boda. Y había invitados que entretener. Se acostumbró a ser la anfitriona de Clifton, a pasar horas en compañía de su esposo, comportándose por el bien de Sophia como si su matrimonio fuera un verdadero matrimonio. Y fue un esfuerzo que valió la pena. Sofía brillaba y estaba completamente feliz.

Y, sin embargo, tenía la necesidad de pasar tiempo a solas. Durante catorce años había sido una persona muy reservada, criando a su hija, teniendo un círculo de buenos amigos, participando en la vida social de su vecindario y, sin embargo, estando esencialmente sola. Se había acostumbrado a esa vida.

Necesitaba tiempo para pensar. Era hora de recuperar su equilibrio, su cordura. A veces se encontraba casi olvidando que las cosas no eran como parecían. A veces, se encontraba sentada junto a su marido o hablando con él o incluso buscándolo cuando no había una necesidad real de hacerlo. Había caminado a su lado en un largo paseo por la tarde, por ejemplo, y se había dado

cuenta, solo después de que habían regresado a casa, que no tenía que haberlo hecho ya que Sophia y Francis habían ido con otros jóvenes al pueblo.

Y había mañanas, dos de ellas, cuando él mencionó en la mesa del desayuno que debía salir para negocios de la finca por unas horas y después le había preguntado en privado si podía acompañarlo. Siempre lo había hecho cuando estaban juntos. No quiso ser simplemente la dama de la casa, siempre lo había dicho. Quería ser parte de su mundo. Quería entender el funcionamiento de su tierra. Quería poder hablar de manera significativa con su esposo sobre las cosas que realmente importaban.

Fue su formación lo que la mantuvo en buena posición durante los años transcurridos. Aunque Marcus se mantuvo en estrecha comunicación con su mayordomo, nunca vino a casa y había aprendido a confiar en ella las decisiones del día a día con respecto a Rushton.

Así que lo acompañó por Clifton y disfrutó de esas mañanas más de lo que había disfrutado durante mucho tiempo. Miró y escuchó y le hizo preguntas y comentarios. Apenas dejaron de hablar durante todas las horas que estuvieron fuera. Durante esas horas, no había sentido ninguna incomodidad con él, ni ninguna tensión por su larga separación y el conocimiento de que se reanudaría una vez que Sophia estuviera casada. Se parecía bastante a los viejos tiempos. Se habían sentido como amigos. Amigos y compañeros.

Sonaba peligroso.

Necesitaba algo de tiempo para sí misma. Y no lo encontró en sus habitaciones, donde podía con toda probabilidad quedarse sin ser molestada, sino en el jardín escondido. Se convirtió casi en una parte regular de su día, escabullirse allí durante una hora por las tardes. Sólo un día lluvioso la había alejado.

Se sentaba en el jardín de rocas, simplemente pensando o soñando, sus ojos se deleitaban con la belleza y el color de las flores, su nariz disfrutaba del aroma embriagador de las rosas. O a veces tomaba un libro y leía. A veces, se tendía en la hierba bajo la sombra de uno de los árboles y observaba las nubes flotar en un cielo azul y dejar que la paz de la naturaleza se filtrara en sus huesos. Una vez, se quedó dormida.

Era como un lugar aparte, un mundo de sueños, un pequeño cielo en la tierra. No Clifton, ni Rushton, ni el pasado, ni el presente. No de este mundo en absoluto.

Nunca cerró la puerta con llave, pero siempre esperaba que nadie más descubriera el jardín escondido. No sería lo mismo una vez que alguien más hubiera estado allí para exclamar sobre su belleza. Excepto una persona, por supuesto. Iba allí cada día para escapar de él, no tanto de su persona física como

de la influencia que estaba comenzando a tener sobre sus emociones. Y, sin embargo, por supuesto, lo llevó allí con ella, porque allí la había besado por primera vez. Había sido su jardín, el de Marc y el de Livy. Dos personas diferentes.

Luchó contra la idea de que en realidad seguían siendo las mismas personas.

Estaba sentada allí en la tarde del baile, en lugar de descansar en su habitación antes de prepararse, como hacían las otras damas. El sol estaba nuevamente caliente y el cielo sin nubes, como lo había estado muy a menudo recientemente. Estaba debajo de la sombra de un árbol de sauces llorones, junto a un lecho de jacintos. Estaba deseando que las tres semanas restantes hasta la boda pasaran rápidamente. Y estaba deseando que el tiempo se detuviera.

No sabía lo que deseaba, pensó, sonriendo tristemente por la contradicción en su mente y extendiéndose para tocar una flor púrpura.

Y entonces la puerta se abrió y miró hacia arriba para verlo entrar. No se sorprendió. Lo había estado esperando.

¿Lo había hecho? Ciertamente no lo había hecho conscientemente. Si lo hubiera hecho, entonces seguramente habría buscado privacidad en otro lugar. ¿Había querido que él viniera? En una tierra mágica como esta, en ninguna parte del mundo real. ¿Lo quería allí?

Se apoyó contra la puerta cuando la cerró detrás de él y lo sabía, aunque no podía ni ver ni oír que sucedía, que él había echado el cerrojo. Lo había esperado. ¿Quería aquello?

—¿No estás descansando?— Le preguntó, caminando hacia ella a lo largo del camino y alrededor del reloj de sol.

—Sí—dijo ella. —Aquí.

Sonrió y se detuvo por debajo de ella. Estaba sentada en una roca al nivel de sus hombros. —Vienes aquí todos los días, ¿no?— Preguntó.

—Sí.

Era un mundo de ensueño. Se quedó allí mirándola, con los ojos vagando sobre su cara, su cabello, su cuerpo. Y ella lo miró, al hombre en el que se había convertido mientras no había estado allí para observar los cambios graduales. Ninguno parecía sentir la vergüenza del silencio o la necesidad de decir nada.

Seguramente ahora era más guapo de lo que había sido. O tal vez fue solo que lo miraba a través de ojos más viejos que exigían algo más que un chico delgado y guapo. Había líneas en su rostro, no exactamente arrugas, sino líneas de madurez y carácter. Líneas que revelaron que tenía alguna experiencia de

vida. Y su cabello plateado era inesperadamente atractivo. Era tan grueso como siempre lo había sido.

Sus hombros eran más anchos, y su pecho, también. Y, sin embargo, su estómago era plano y su cintura y caderas aún eran delgadas. No estaba mostrando su edad con una mayor flacidez como lo estaba haciendo Clarence. Claramente se cuidaba, como siempre lo había hecho. Los músculos de sus pantorrillas mostraron que caminaba y montaba mucho. Se preguntó si a todavía le gustaba entrenar en el salón de boxeo de Jackson cuando estaba en la ciudad.

Cuando extendió sus brazos hacia ella, no dudó en poner sus manos en sus hombros y se inclinó hacia adelante para que sus manos pudieran agarrarla por la cintura y llevarla al suelo frente a él. La sostuvo por encima de él unos momentos y ella miró su rostro alzado hacia arriba.

Era inevitable Era lo que había sabido durante días que iba a pasar. ¿Lo escondía? El pensamiento consciente no había cruzado su mente. Pero lo había sabido. Había estado viniendo al jardín escondido y sabía que él también iría allí. Después de todo, era su jardín y aún era tan encantador y remoto como lo habían sido cuando compartieron su primer beso. Era la única cosa en su mundo que no había cambiado.

La bajó lentamente, deslizándola por su cuerpo hasta que sus pies tocaron el suelo. Y luego bajó la cabeza y la besó.

Solo podía sentir conmoción por la igualdad y la diferencia. Era Marc como siempre había sido, doblando su cuerpo al suyo, con su altura arqueando su cabeza hacia atrás. Y tan familiar que los años retrocedieron instantáneamente. No hubo años. Sólo Marc y ella y la rectitud de estar juntos. Era el único hombre que la había besado o tocado íntimamente.

Y sin embargo tan diferente. Solía besarla con los labios separados. Siempre habían disfrutado de la calidez y la intimidad de los besos. A ella le había gustado acurrucarse contra él en un sofá o en su regazo, solo con besos, sin pensar en ir a la cama. Había sido una forma de comunicación cálida y maravillosa.

Pero nunca la había besado con la boca abierta, como la estaba besando ahora, con la boca abierta sobre la suya, su lengua empujando detrás de su labio y creando extrañas vibraciones apoderándose de su cuerpo.

Y entonces su rostro estaba sobre el de ella y se miraban de nuevo, explorando los ojos del otro esta vez. Y estaba bajando la cabeza y besando con besos ligeros en sus sienes y mejillas. Pasó el dorso de sus dedos suavemente por su mandíbula, sus codos sobre sus hombros. Tenía su mandíbula suave. Debió afeitarse muy recientemente.

Siempre habían sido capaces de mirarse a los ojos sin avergonzarse y se habían reído juntos una vez con dos amigos cuando les dijeran que odiaban sentarse uno frente al otro en la mesa cuando estaban solos porque al hacerlo se veían obligados a mirarse a los ojos mientras hablaban. Se había reído al respecto con Marc, y los dos lo habían intentado, sentados uno frente al otro en una pequeña mesa de juego, con los codos tocando la parte superior, con las barbillas entre las manos, tratando de mirarse fijamente. Se rieron y ocasionalmente se inclinaron hacia adelante para intercambiar besos breves, pero lograron quedarse donde estaban durante media hora antes de que los llamaran para una tarea que no recordada.

Se miraron el uno al otro hasta que le pasó un brazo por los hombros y el otro por la cintura, la atrajo hacia sí y la besó de nuevo.

Y esta vez la falta de familiaridad fue total. Deslizó su lengua hasta el fondo de su boca hasta que ella se sintió llena de firmeza y calor, y la retiró lentamente antes de empujar hacia adentro nuevamente. Y se dio cuenta, cuando sus rodillas casi se doblaron debajo de ella, del acto que estaba simulando y luego no tuvo más tiempo para pensar. Sólo para reaccionar.

Nunca antes había sentido el deseo, una extraña verdad a la luz del hecho de que sus cinco años juntos habían sido de intimidad casi diaria, y que siempre había disfrutado, con la posible excepción de su noche de bodas. Los había disfrutado porque siempre le daban tanto placer y porque había gozo en estar tan íntimamente poseída por el hombre que amaba más que a nadie en todo el mundo. Si se le preguntara, habría dicho que sentía tanto el deseo como la satisfacción con su esposo.

Pero ahora sabía, más allá del ámbito del pensamiento racional, que nunca antes había sentido deseo. Nunca esta pura palpitante desde su boca hasta su garganta y sus senos hasta su matriz y más abajo. Un palpitante e insistente anhelo de ser poseída. Nunca esta necesidad incontrolada de que su cuerpo la llene y le dé paz.

Se arqueó hacia él cuando una mano se entrelazó con fuerza en su cabello y la otra se subió por debajo de su abrigo y chaleco hasta la cálida seda de su camisa en la espalda. Y mantuvo su boca abierta al ritmo del amor simulado de su lengua.

La estaba mirando otra vez, sus ojos oscuros la miraba conscientemente y con los pesados párpados en los suyos. Y la estaba girando hasta que sus pies descubrieron la suave hierba, y la bajó sobre ella, levantando su vestido de muselina hasta su cintura mientras lo hacía. Sus manos le despojaron de sus prendas íntimas, se quitó el abrigo para ponerlo debajo de la cabeza y se desabrochó los botones de los pantalones.

¿Esto iba a pasar? ¿Se lo iba a permitir ella? Una cosa era compartir besos en el jardín escondido, por íntimo que fuera, y otra muy distinta es juntarse con él allí. ¿No debería poner fin a la locura? Miró a su alrededor los árboles, la hierba y las flores enrejadas que se derramaban sobre las rocas. Podía ver el reloj de sol detrás de ella y el cielo azul claro arriba. Y sabía claramente lo que estaba pasando y lo que iba a pasar. Nunca podría acusarlo de violación, pensó deliberadamente.

Y sin embargo, ella era como dos personas. Una era desapegada y racional. La otra sufría por él, lo deseaba y lo necesitaba, y sabía que todo había sido inevitable desde el momento en que había leído su carta pidiéndole que viniera. ¿Cómo podría volver a verlo y no amarlo? ¿Cómo podría volver a verlo y mantenerse dormida dentro de sí misma al saber que siempre lo había amado, había seguido amándolo incluso cuando más lo había odiado?

No había forma de detener lo que estaba por suceder. Y no lo detendría ahora, incluso si pudiera. Más tarde pensaría en la vergüenza, en las complicaciones que estaba añadiendo a su vida, en el infierno al que se enfrentaría después de haber regresado a casa, sola otra vez.

Estaba junto a ella en la hierba, liberando la faja debajo de sus pechos con una mano mientras la otra se deslizaba por su cuerpo desnudo debajo de su ropa y cubría uno de sus senos. Cerró los ojos y abrió la boca en un grito silencioso.

Lo que le hizo a sus pechos, primero a uno y luego al otro, le resultaba dolorosamente familiar. Se mordió el labio inferior y sonrió con la maravilla después de todos estos años. Marc. Quería abrir los ojos y decir su nombre, pero eso era algo que no podía hacer.

Y su mano se movió entre sus piernas mientras la besó otra vez, y comenzó a hacer cosas desconocidas, cosas que le hicieron hervir de deseo y la hizo arquearse contra su mano, gritando en su boca, rogando por una liberación que jamás había sospechado necesitar antes.

Y entonces su peso estaba sobre ella y sus manos debajo de ella y sus rodillas empujando entre las suyas y ensanchándolas, y se acercó a ella con un fuerte empuje y algo se rompió dentro de ella y dentro de su mundo para que se aferrara a él con sus brazos y las piernas, su cuerpo temblando fuera de control mientras se movía rápida y profundamente en ella hasta su propio clímax.

Casi no se dio cuenta de que se apartó casi inmediatamente debido a la dureza del suelo, llevándola con él para que se recostara de costado contra él, con la cabeza apoyada en su brazo mientras levantaba su abrigo y lo extendía sobre ella. Se durmió casi de inmediato.

Había adivinado que ella venía al jardín escondido todos los días, aunque no la había espiado. Y había intentado de mantenerse alejado de allí, sintiendo que ella necesitaba tener un lugar adonde ir para estar sola. Debía ser difícil para ella, llegar a su mundo en un momento dado y verse obligada a permanecer en él durante todo un mes. Se dio cuenta de eso. Y difícil, también, ser forzada por su amor a Sophia a pasar más tiempo con él cuando su inclinación la llevaría a hacer lo contrario.

Había intentado dejarla sola y había fracasado esa tarde en particular. Las damas estaban todas en sus habitaciones descansando como preparación para el baile de la noche. Los caballeros tenían diversas diversiones y no necesitaban su compañía. No había ningún trabajo que particularmente le exigiera su atención. Y el clima era glorioso, perfectamente soleado y caluroso. Era una tarde hecha para el amor.

Y él la amaba. Nunca lo había dudado, ni siquiera había intentado en todos los años de su separación dejar de amarla. Olivia era su esposa, la mujer con la que había elegido pasar su vida. Nada había cambiado esos hechos.

Sabía que aun la amaba incluso antes de que llegara. Lo que no esperaba era la fuerza de su necesidad por ella. No solo la necesidad física, aunque también había esa necesidad, sino también la emocional. Necesitaba de nuevo su compañía, su apoyo y respeto. Su cariño. Nunca había encontrado un sustituto para esas cualidades, incluso con María.

La necesitaba, pero sabía la tensión que había puesto en sus emociones al presionarla para que hiciera una farsa en beneficio de Sophia. Se esforzó mucho para mantener una conversación fácil y ligera entre ellos, por no hacer o decir nada que pudiera avergonzarla o angustiarla, y de alguna manera había sido más fácil de lo que había esperado. Todavía tenía interés en el negocio de bienes raíces y el bienestar de sus inquilinos. Pudieron hablar de manera impersonal, pero con un interés genuino en esos asuntos.

Se esforzó mucho por mantener algo personal fuera de su relación. Había sido muy clara en ese aspecto años atrás y siempre había sido bastante inflexible en su negativa a perdonarlo. Había escrito casi a diario cuando salió de casa por primera vez. Pasaron seis meses antes de que finalmente le escribiera para informarle que sería la última vez que le pediría perdón. Si lo rechazaba esa vez, entonces se vería obligado a considerar su matrimonio acabado en todo menos en su nombre. La dejaría sola para vivir su vida en paz, escribiéndole solo sobre asuntos de negocios y asuntos relacionados con Sophia. Le había informado que nunca le quitaría a Sophia, pero que necesitaba ver a su hija con bastante frecuencia.

Le había informado una vez más que solo le había sido infiel una vez, que no había repetido la infidelidad durante esos seis meses, y que nunca lo seria si

ella lo perdonaba y lo aceptaba de nuevo. Ella le había escrito para decirle que después de una profunda y cuidadosa reflexión, había llegado a la conclusión de que nunca más podría volver a ser su amiga o su esposa o amante después de lo sucedido. Siempre estaría ahí para interponerse entre ellos. Le agradecería que mantuviera las promesas hechas en su última carta. Nunca le negaría la visita de Sophia.

Había hecho lo que le pedía. Y un mes después de que llegara su carta, había puesto a Patty, una joven bailarina, como su amante. Había encontrado un modo de olvido con ella para el año siguiente, un modo muy pequeño. La muchacha había sido una joven cortesana muy experimentada. Pero no había sido la experiencia lo que había estado buscando. Había sido un sustituto de Livy. Después de un año, le pago y nunca repetido el experimento, aunque ocasionalmente -rara vez- contrato a una mujer para una sola noche.

Apoyó la mejilla contra el suave cabello de su esposa y miró las rosas que trepaban por la pared de enfrente. No quería dormir, había sido explosivo su acoplamiento. Quería oler la dulce fragancia de su cabello y sentir el calor y la suavidad de la parte inferior de su cuerpo, aún sin ropa, contra su cuerpo. Quería sentir el peso de su cabeza en su brazo y escucharla incluso respirar.

Excepto que se sentía un poco enfermo. Al final, se había acercado a ella, medio esperando, mientras caminaba por el bosque, que no estaría allí, pero que estaría descansando a salvo en sus propias habitaciones. Había venido a hablar con ella, se había convencido a sí mismo cuando entró en el jardín y deslizó el cerrojo de la puerta a su espalda. Había venido a oler las flores con ella y a disfrutar del sol. Había venido... porque tenía que venir.

Solo la abrazaría, había decidido unos minutos después de eso. Solo la besaría como la había besado en esos días de su compromiso. Se deleitaría con un poco de nostalgia. Y con un poco de auto-indulgencia, también, decidió muy poco después de eso, usando su lengua sobre la de ella de la manera sensual y sugestiva que Patty le enseño muchos años antes.

Y luego había sido demasiado tarde. Cerró los ojos y giro su rostro hacia su cabello.

Se sentía enfermo y desesperado. ¿Qué otra prueba necesitaría ella de que él era incontrolado y egoísta en sus pasiones? Cerrando la puerta del jardín y llevándola al césped como si hubiera sido una puta. Como si hubiera venido allí sin otro propósito.

Y también se sentía mal por otra razón. Ella había cambiado. Su cuerpo era más maduro y voluptuoso. Eso era comprensible. Tenía veintidós años la última vez que se acostó con ella. Ahora tenía treinta y seis años. Pero esa no era la diferencia. Se trataba de una diferencia de experiencia.

Había sido inocente cuando la había dejado, igual que él. Nunca había iniciado nada en sus relaciones sexuales y nunca había dado señales de una gran pasión física. Siempre había disfrutado de su ropa de cama. La conocía lo suficiente bien como para darse cuenta de eso. Y siempre habían hecho el amor en el sentido literal del término. Pero nunca la había conocido excitada más allá de un endurecimiento de sus pezones y un aumento del calor. Incluso después de cinco años de un matrimonio muy íntimo, había sido una inocente.

La mujer con la que acababa de acostarse no era inocente. Se había sorprendido por su temprana y total excitación, por la forma en la que se había arqueado hacia él, exploro su cuerpo con las palmas presionadas, chupo su lengua, gimió su deseo y casi lo arrastro hacia la hierba. Lo había tocado con sus manos sabias después de que él se desvistiera y mientras la tocaba. Y se había entrelazado con él y se había abandonado a la liberación física cuando la introdujo por primera vez en su cuerpo.

No era la Livy que había conocido con la que se había acostado. Se había convertido en estos catorce años en Olivia. Se tendió en la hierba, su cuerpo se acurrucó cálidamente contra él, y miró las rosas. Se preguntaba quién la había llevado de la inocencia al glorioso florecimiento de la pasión y la sensualidad de la que acababa de ser testigo.

Clarence, supuso. Clarence es casi seguro. Había sido un hombre bastante guapo y siempre había sido su amigo tanto como el suyo. Ni siquiera por un momento sospecho que había habido algo entre ellos antes de la separación. Pero claramente había mucho entre ellos ahora.

Había un sordo dolor de desesperación en la boca del estómago y también una ira creciente. Una ira desenfocada. No del todo en su contra. Sabía por experiencia que era casi imposible permanecer célibe durante catorce años. Y no del todo en contra de Clarence, aunque al menos en parte... oh, sí, al menos en parte. Y ni siquiera del todo contra sí mismo por causarlo todo.

Solo una furia contra el destino, tal vez, por haber hecho posible esto. Por permitir que Sophia enfermara con sarampión justo cuando lo tuvo, y no uno o dos días después. Por hacer de Livy el tipo de mujer que querría que fuera solo a esa boda solo porque tenía puesto el corazón en ella. Por hacer que se fuera, aunque hubiera preferido quedarse veinte veces en casa con su esposa y su hija. Por esa estúpida fiesta y su debilidad canallesca. Por el resto de la cadena de acontecimientos que llevaron al final de su matrimonio y a este momento agridulce.

Quizás se habían amado demasiado. Si la hubiera amado menos, tal vez podría haberse callado sobre su infidelidad y castigado solo así mismo. Si lo hubiera amado menos, tal vez podría haberle perdonado. Si la hubiera amado

menos, tal vez la hubiera obligado a aceptarlo de nuevo y, eventualmente, podrían haber logrado algún tipo de paz. Si lo hubiera amado menos...

Todo fue un pensamiento sin sentido. Las cosas eran como eran. Y se encontró físicamente satisfecho y mortalmente deprimido. Y perturbado por los inicios de la ira.

Estaba despierta. Lo podía decir por el cambio en su respiración y por la ligera tensión de su cuerpo. Cerró los ojos. Si ella le sonreía, pensó, entonces le hablaría desde el corazón. Le pediría una vez más, después de todos estos años, que lo perdonara, aunque ahora había mucho más que perdonar. Respiró lentamente, abrió los ojos y levanto la cabeza para mirar hacia abajo a su cara.

Le miro con los ojos en blanco. No el vacío de una conciencia que no ha regresado por completo, sino un vacío deliberado. Una máscara. Un muro de ladrillo. Ni siquiera había la sugerencia de una sonrisa en su rostro.

Sintió que su mandíbula se endurecía mientras apretaba los dientes. Le quitó el brazo de debajo de su cabeza, se incorporó y se ajustó la ropa. Bajó su vestido de debajo de su abrigo y luego lo levantó y se lo puso. Se puso de pie y se sacudió la hierba de su ropa. Y se volvió para mirarla.

No se había movido ni cambiado su expresión ni pronunciado una palabra.

—Después de todo, Olivia— dijo y apenas reconoció la frialdad de su propia voz, — eres mi esposa.

Luego caminó por la hierba hacia la puerta, quito el cerrojo y salió, cerrándola firmemente detrás de él.

CAPITULO 08

Sophia descubrió en el baile de esa noche que todos los vecinos de su padre estaban encantados con la noticia de su compromiso. Estaban igualmente encantados por el hecho de que ella y su futuro marido habían decidido que las nupcias se celebrarían en la iglesia de su propia aldea.

—Deben de haber pasado casi veinte años desde que hubo una boda tan grande por aquí— dijo Ormsby. —Tu madre y tu padre, mí querida lady Sophia. Y fue preciosa, también.

—El sol brillaba— agregó la Sra. Ormsby, sonriendo y asintiendo con la cabeza hacia el conde y la condesa, quienes estaban parados junto a su hija y su futuro yerno en la línea de recepción. —Y una novia tan hermosa.

—Pero no más hermosa de lo que usted será, querida— dijo el Sr. Ormsby antes de extender su mano a Lord Francis. —Así que eres el joven afortunado, ¿verdad?

—El mismo, señor— dijo lord Francis, inclinándose.

Los vecinos también se alegraron de ver a sus padres juntos otra vez, advirtió Sophia, y brilló con esperanza y felicidad. Se veían espléndidamente bien juntos esa noche, su padre de negro con brillante ropa blanca, su madre de seda turquesa. No parecían lo suficientemente mayores para ser sus padres, pensó con cariño, a pesar del pelo plateado de su padre. Solo le hacía lucir más distinguido.

Sophia sonrió e hizo una reverencia y giró su mejilla para otra serie de besos de alegres buenos deseos.

El color brillaba en las mejillas de su madre, Sophia lo había notado antes cuando había llamado a su habitación para que pudieran bajar a cenar juntas. Era un color tan profundo y tan perfecto que al principio Sophia pensó que su madre había empezado a usar cosméticos. Pero no, el color era natural y no se había desvanecido en el transcurso de la noche.

Su padre estaba un poco rígido y formal esta noche. Apenas había sonreído, aunque estaba tratando a sus invitados con cortesía y amabilidad. *Pero era comprensible*, pensó Sophia con cariño, que su manera de comportarse fuera un poco antinatural esta noche. No todos los días un caballero celebraba un baile para celebrar el compromiso de su única hija.

Sofía sintió una punzada de culpa y lanzó una mirada hacia Francis. Le sonrió cálidamente y una de las hermanas Girten suspiró y sonrió mientras se acercaba por la línea de recepción.

—Una pareja tan bonita— comentó al conde y la condesa. —Y claramente un matrimonio por amor.

Sofía se sintió aún más culpable. Pero sofocó el sentimiento al instante. Valdría la pena si finalmente reunía nuevamente a su madre y a su padre. Obviamente estaban hechos el uno para el otro.

Era una pena que Bertie, Richard y Claude no estuvieran presentes, dijo la duquesa con un suspiro cuando parecía que todos los invitados habían llegado y el baile podía comenzar. Todavía no podía creer que su bebé se iba a casar dentro de un mes. *Pero entonces*, dijo ella, animándose visiblemente, *los niños y sus esposas y familias vendrían a Clifton más de una semana antes de la boda. Pronto tendría a toda su familia con ella otra vez.*

—Y pronto tendrás otra nuera para agregar al rebaño, Rose— dijo el duque, palmeando su mano y mirando alrededor del salón de baile, al que acababan de entrar. —Y, sin duda, otro ocupante de la guardería, también, en el plazo de un año. Nuestros muchachos no son nada si no son rápidos en tales asuntos. Se parecen a su padre.

—¡William, amor!— Dijo la duquesa, avergonzada.

Lord Francis, a la vista de todos los invitados en el salón de baile, sonrió abiertamente a los ojos de Sophia y levantó la mano hacia sus labios.

—El momento puede compararse solo a estar de pie en una trampilla, una soga al cuello, esperando a que la puerta se abra— murmuró con cariño en su oído. —Y sabiendo que uno no cometió el crimen, pero lo ha admitido alegremente todo el tiempo, asumiendo la tonta suposición de que el verdadero culpable vendría a ocupar su lugar en el último momento.

—¿Cómo puedes comparar una boda con una ahorcamiento, Francis?— Dijo, mirando las decoraciones florales con las que había ayudado a principios de ese día. —Y todo es en nuestro honor. ¿Hubo alguna vez un sentimiento más maravilloso? Mira. —Su mano en su brazo se tensó. —Papá se dirige a la orquesta para darles instrucciones para que comiencen a tocar. Y creo que va a hacer un anuncio.

—Las bisagras de la trampilla crujen— dijo Lord Francis.

El conde de Clifton levantó una mano para pedir silencio. Lo consiguió fácilmente ya que casi todos los ojos estaban puestos en él y los invitados reunidos estaban ansiosos de que empezara la fiesta.

—Bienvenido a Clifton Court— dijo, mirando a su alrededor a todos sus amigos, vecinos e invitados. —El motivo de la celebración de esta noche es bien conocido, por lo que no tengo la intención de dar un largo discurso.

—¡Bravo!— Dijo una voz desde un rincón alejado, y se escuchó una carcajada.

—Esto es solo un anuncio oficial del compromiso y las nupcias venideras de mi hija, Sophia, y Lord Francis Sutton, el hijo menor del duque y la duquesa de Weymouth— dijo el conde. —Dirigirán el primer baile, un vals. Por favor, siéntase libre de llevar a sus compañeros a la pista después de unos minutos, caballeros. Y disfruten de la velada, señoras.

Sophia se sonrojó con los aplausos y miró ansiosa a lord Francis mientras la conducía al centro de la zona de baile. —Todo el mundo va a estar mirando— dijo. —Tendré dos pies izquierdos, Francis.

—Eres afortunada— dijo. —Bailare con una soga alrededor de mi cuello.

—Qué tontería— dijo ella.

—Sonríe— le ordenó, y echó la cabeza hacia atrás para demostrar que ya lo estaba haciendo, y comenzaron el vals.

—Oh, Francis— dijo ella. —Esto es maravilloso, ¿no es así? No tenía ni idea de cómo sería. Creo que, después de todo, siempre y cuando mamá y papá permanezcan juntos, y tal vez incluso si no lo hacen, me casaré. —Sus ojos se volvieron soñadores. —En la iglesia del pueblo. Y me aseguraré de que nada estúpido me mantenga alejada de mi marido durante la mayor parte de mi vida. Creo que viviré feliz para siempre.

—Eh, esos planes no me incluyen por casualidad, ¿verdad, Soph?— Preguntó. —Quiero decir, no esperas que haga el papel de novio radiante y feliz esposo, así como prometido enamorado, ¿verdad?

—Por supuesto que no— dijo ella. —No tienes que preocuparte de que rompa mi palabra, Francis.

—¿Qué? —dijo. —¿Nada que añadir sobre las serpientes, sapos y demás? Por casualidad no empiezo a gustarle ¿verdad, Soph? Particularmente no quiero que se ablanden los sentimientos por un tiempo, ya sabes.

—Oh— dijo indignada, — ¿Cómo podrías gustarme, Francis? Siempre haces todo lo posible por ser desagradable.

—Ahora que conozco el secreto de mi éxito contigo— dijo, —Me aseguraré de continuar con ello, Soph. Un pequeño giro alrededor de la esquina, creo. Tenemos invitados para entretener. Ah, nuestras respectivas madres y padres se han unido a nosotros en la pista, ya veo.

—Papá no parece en absoluto relajado— dijo Sophia con el ceño fruncido. —Parece como si no se estuviera divirtiendo. Pero bailan muy bien juntos, ¿verdad? ¿Y cómo podría no enamorarse de mamá otra vez, Francis? Creo que

está sucediendo, ¿tú no? Han estado juntos mucho más de lo que necesitaban estar la semana pasada. Incluso ha salido con él por negocios de bienes raíces.

—Señor— dijo su compañero, pareciendo atormentado antes de poner su sonrisa firmemente en su lugar de nuevo, —mi madre va a llorar a mares de lágrimas cuando me dejes, ya sabes, Soph. Probablemente no te hable durante los próximos diez años más o menos.

—No voy a dejarte plantado, — dijo indignada. —Qué palabra tan horrible.

—Oh, sí que lo es— dijo con firmeza, —incluso si la palabra fuera diez veces más horrible.

—Voy a terminar el compromiso— dijo. —Eso es todo.

—¿Y eso no es dejarme plantado?— Preguntó.

—No— dijo ella. —¿Eso es lo que la gente va a decir, Francis? ¿Qué te has dejado plantado? Va a ser terrible para ti, ¿no? La gente se preguntará qué está mal contigo. Lo siento muchísimo.

—Viviré con la ignominia, Soph— dijo apresuradamente. —Créeme, viviré con eso.

Tal vez lo más difícil que más había tenido que hacer, pensó Olivia, *fue bajar a cenar*. Más difícil incluso que bajarse de su carruaje fuera de las puertas a su llegada a Clifton. Sí, más difícil aún que eso. Estaba más agradecida de lo que podía decir cuando Sophia vino a acompañarla.

Su mente se había negado a dejar de estar llena de pensamientos y emociones contradictorias desde aquella tarde. Se había acostado en el césped del jardín escondido durante mucho tiempo después de que él se había ido, reacia a moverse, temerosa de poner sus pensamientos en movimiento para enfrentar a lo que había hecho, de asombrarse por su última mirada y sus últimas palabras.

Se había quedado allí tratando de aferrarse a mera sensaciones y a la reacciones. Estaba dolorida y sus pechos los sentían sensibles. Y había sido maravilloso, bastante maravilloso. Había pasado mucho tiempo. Había soñado con ello, le dolía tan a menudo a lo largo de los años y, sin embargo, cuando sucedió, había sido mucho más maravilloso y mucho más físico de lo que recordaba. Sabía que lo querría de nuevo.

Con él. Sólo con él. Emma le había sugerido una vez, durante uno de sus terribles períodos de inquietud, que afortunadamente se había vuelto menos frecuente con el paso de los años, que fuera a uno de los balnearios o incluso a Londres y tomara un amante durante un mes o dos. Emma siempre se había

enorgullecido de ser inteligente y había elegido deliberadamente la vida de solterona. Olivia se había horrorizado. Era una mujer casada, había protestado. No podía soñar con hacer eso con nadie más que con su marido.

No querría hacerlo con nadie más que con Marc, incluso si no fuera su marido. Siempre había sabido eso.

Tomar un amante nunca había sido una opción en su vida. Y, sin embargo, su aislamiento, sus soledades, su celibato eran culpa suya. Lo había reconocido casi desde el principio. Negarse a perdonarlo después de una infidelidad, de la que claramente se había arrepentido amargamente, fue duro y tonto. Debería haberle perdonado. Había querido perdonarle. Lo había perdonado en la intimidad de su propio corazón. Pero no podía vivir ese perdón, se había dado cuenta durante esos primeros meses sola, cuando sus cartas llegaban casi a diario. No podía vivir con él como antes, tener intimidad, ser su amiga. Siempre habría eso entre ellos.

Olivia finalmente había abandonado el jardín, había regresado a la casa y enviado a por agua caliente para darse un baño, reconociendo el hecho de que sus pensamientos no podían, después de todo, mantenerse a raya. El mundo real se entrometió, incluso en el jardín escondido.

Había estado demasiado enamorada. Lo sabía. Su matrimonio había sido demasiado perfecto. No lo sabía en ese momento, pero solo se había dado cuenta desde entonces, mirando a su alrededor los matrimonios de sus amigos y conocidos. Su matrimonio había sido irreal. Bastante perfecto por unos increíble cinco años. Nunca había habido una nube en su horizonte.

La tormenta, cuando llegó, lo había matado todo. No había creído después que podría vivir con un matrimonio imperfecto. Había creído que ya no podía ser justa con él. Seguramente lo miraría siempre con sospecha y decepción. Nunca más podría ver a su Marc como lo había conocido. Y tenía miedo incluso de intentar conocer a un nuevo Marc. Tal vez no podría amar al nuevo Marc.

La idea de no amarlo la había llenado de pánico. Mejor no volver a verlo. Mejor vivir solo como si estuviera muerto.

Y así, al final de los seis meses, le había escrito para decirle, sin ser sincera, que no podía perdonarlo. Intento explicar sus razones, pero no pudo hacerlo.

Había sido muy joven. Muy inmadura. Muy ignorante de la vida.

Hacer el amor con él esa tarde seguramente había sido la experiencia más maravillosa de su vida. Pero, por supuesto, se había rendido ante la irrealidad del jardín escondido. Había creído que esa experiencia podía borrar toda la amargura de catorce años. Había creído al despertar y recordó dónde estaba y con quién, que todo terminaría, que le sonreiría, la besaría y le diría algo que borraría el pasado como si nunca hubiera sucedido.

Mujer tonta. Incluso en catorce años no había madurado completamente. Lo había mirado con ojos ansiosos para encontrarlo serio y con los ojos entrecerrados. Y luego se levantó y se vistió sin una palabra ni una mirada, como si todo aquello no significara nada. Y finalmente su voz. Su voz fría diciéndole que, después de todo, ella era su esposa.

Acababa de ser una de sus mujeres. Una de sus innumerables mujeres. Pero en esta ocasión, había sido capaz de disculpar su promiscuidad con la verdad irrefutable de que ella era su esposa.

¡No había sido más para él que cualquiera de sus mujeres! Y había estado olvidando durante la semana pasada- olvidando deliberadamente, quizás- que las cosas habían cambiado, que actualmente existe mucho más cosas peores en su matrimonio que solo la primera infidelidad arrepentida. Había habido otras mujeres en su vida, probablemente un gran número de ellas. Allí estaba lady Mornington.

Se había sentido enferma mientras se vestía de mala gana para la cena y la fiesta. Físicamente enferma. Y temía encontrarse con él de nuevo más de lo que había temido cualquier cosa en su vida. Bajar las escaleras, verlo de nuevo, comportarse como si nada hubiera pasado entre ellos, era lo más difícil que había tenido que hacer nunca.

Estaba vestido con lo más reciente de la moda, había oído hablar de ello pero nunca antes lo había visto. Su abrigo de noche y pantalones hasta la rodilla eran negros, su chaleco plateado, su camisa y medias blancas. Encaje blanco fruncido sobre sus manos. Se veía mucho más guapo que cualquier otro hombre presente. Y tuvo que permitir que Sophia la llevara a través del salón hasta donde estaba, hablando con la señora Biddeford y lord Wheatley. Tuvo que sonreírles a todos y aceptar un vaso de su mano.

—Gracias— dijo mientras la felicitaba por su apariencia, sus ojos sobre el contenido de su vaso.

Sophia tomó una mano de cada una de ellos y se unió a ellos, sus dos manos sujetándolos juntos.

—Esta va a ser la noche más maravillosa de mi vida— dijo. —Y ambos están aquí para celebrarlo conmigo. Mamá y papá, qué maravilloso es todo esto.

Él miraba pensativo sus manos, Olivia vio cuando la miró y luego sonrió a su hija. Su rostro era bastante serio.

Se sentaron uno frente al otro en la cena, pero había tanta mesa entre ellos que no había necesidad de mirarse ni una posibilidad de hablar. Fue relativamente fácil. Y luego estaba la línea de recepción, donde permanecieron hombro con hombro durante casi una hora, saludando a los invitados, hablando

en voz baja, sonriendo y sonriendo. Y ni una sola vez se miraron o intercambiaron una sola palabra.

—Debemos bailar, Olivia— le dijo finalmente, después de que Sophia y Lord Francis habían estado bailando solos durante unos minutos. —Es lo que se espera.

Fue el momento más difícil de todos, la necesidad de estar cara a cara con él y poner una mano en la suya y la otra en el hombro, toda la sala llena de invitados observando. Y no tenía ninguna duda de que habían atraído la atención de Sophia y Lord Francis. Todas estas personas, después de todo, sabían que ella y su esposo habían estado separados durante muchos años.

—Debemos sonreír— dijo, sonriendo.

No respondió. —Supongo que debo decir que lo siento— dijo después de unos momentos de silencio.

—¿Por qué?— Preguntó. —No te arrepientes, ¿verdad?— Y lo miró a sus fríos ojos.

—Y nunca sientes el deseo de perdonar, ¿verdad?— Dijo. —Estaría perdiendo el aliento.

—¿Te disculpas con todas tus mujeres?— Dijo ella. —Debe ser tedioso.

Su mandíbula se tensó. —Todas mis mujeres— dijo. —No, Olivia, nunca hay necesidad. Siempre disfrutan lo que reciben. Como hiciste esta tarde.

—Sí— dijo. —Sería difícil resistirse a esa experiencia.

—Bueno— dijo, —no se ha hecho un gran daño, entonces, ¿verdad? Somos, al fin y al cabo, marido y mujer. Y te has cuidado a lo largo de los años, Olivia. Todavía eres bonita.

—¿Una migaja arrojada a los perros?— Dijo. —Gracias, Marcus. ¿Debo sentir la emoción de ser felicitada por mi propio esposo, supongo?

—Puedes sentir lo que deseas— dijo. —La lengua afilada es nueva, Olivia.

—Hay mucho que es nuevo— dijo. —Ya no soy la persona que conocías, Marcus. Hace catorce años fui tu esposa. No soy tu esposa, aunque a los ojos de la iglesia y del estado todavía estamos casados.

—Ah— dijo. — ¿Entonces la fornicación la asumes a la ligera?

—No tan a la ligera, tal vez, como el adulterio llegó a ti una vez— dijo.

—Touché—. La miró con ojos fríos y entrecerrados. Y luego sus ojos se desviaron más allá de ella. —Sophia nos está mirando— dijo, —y se ve perpleja. Esta es la noche más maravillosa de su vida, Olivia. Eso es lo que dijo antes de la cena, ¿no es así? Creo que debemos aplazar nuestra disputa hasta un momento

más privado. —sonrió de repente y la miró a los ojos. —¿Tuviste un destello de comprensión de todo lo que significaría ser una madre, Olivia? ¿Sabías como de cautivados estaríamos con el amor por nuestra única hija?

—¿Suficiente para que hagamos esto por ella?— Preguntó, devolviéndole la sonrisa. —No, no lo hice. Marcus, yo moriría por ella. Sé que dirás que es puro melodrama, pero es la verdad. Podría.

—Y sonreírme por ella— dijo. —En cierto modo, eso es peor que morir, ¿no es así, Olivia?

—No me incites a pelear de nuevo— dijo.

—Es un arte que nunca aprendimos, ¿no es así?— Dijo. —Cinco años y ni una sola palabra persevera. Éramos los amantes de los cuentos de hadas, Olivia. Los amantes felices para siempre. Dos jóvenes que viven en la dicha juntos y trayendo un tercero al mundo.

—Sí— dijo ella. —Dos niños. Pero no hay nada malo en la infancia, Marcus. Es menos dolorosa que la edad adulta.

—Sí— dijo. —Pero en la infancia real, siempre hay alguien que te besará cuando te lastimas y lo cura todo. No había nadie que hiciera eso por nosotros, ¿verdad?

—No.

Su mano en su cintura aumentó su presión un poco. —Separemos a ese par de niños absurdamente felices— dijo. —Baila con tu futuro yerno, Olivia. Quiero bailar con mi hija.

—Sí— dijo ella, aliviada y arrepentida. Aliviados porque ya no tendrían que tocarse y mirarse a los ojos y conversar. Arrepentida por las mismas razones.

—Este salón de baile está muy caliente— le dijo Lord Francis a Sophia cuando se reunieron de nuevo más tarde en la noche. —Hathaway estaba diciendo lo cálido que todavía está afuera. Cálido, Soph, no sofocante como se está aquí. ¿Vamos a dar una vuelta por el jardín? Me atrevería a decir que, de todas formas, se espera que vayamos a escabullirnos juntos en algún momento durante la noche.

—¿Cómo ladrones en la noche?— Dijo. —Qué tontería.

—Como amantes en la noche— dijo. —Esas damas mayores en fila allá, las que no han dejado de asentir y hacer gestos desde que llegaron, se emocionarán más allá de las palabras.

—¿Las señoritas Girten y la señora y la señorita Macdonald?— Dijo. —Es más probable que tengan un ataque colectivo de vahídos, Francis.

—Arrebato de éxtasis imaginado— dijo. — ¿Nos vamos?

—Hace calor aquí— dijo. —Me gustaría que mamá y papá bailen juntos otra vez.

—No estaría bien—, dijo. —Son el anfitrión y la anfitriona, ya sabes. Y hay un número prodigioso de mujeres solteras que tu padre debe sentirse obligado a sacar.

—¿Crees que eso es todo?— Dijo, permitiéndole que la sacara por las ventanas francesas a la terraza en el lado oeste de la casa. —Podría haber jurado que se estaban peleando justo antes de que nos separaran durante el primer baile.

—Yo diría que es una señal prometedora, Soph— dijo. —Si se están peleando, probablemente están expresando sus diferencias.

—¿Eso crees?— parecía dudosa. Siguió su camino hacia el césped, que conducía al lejano establo. —Pero siempre nos peleamos, Francis, pero no estamos resolviendo las diferencias. Simplemente estamos discutiendo.

—Bastante cierto—, dijo. —La terraza esta oscura y con gente, Soph. Me extraña que no nos topemos con alguien a cada momento. Probablemente todos se han dispersado para verme como te robo un beso.

—Qué absurdo— dijo ella. —Como si las personas no tuvieran nada mejor que hacer con su tiempo.

—Sin embargo, no hay nada más romántico que una pareja recién comprometida— dijo. —¿Los satisfacemos?

—Pero mamá y papá no están aquí— dijo. —Y son los únicos a los que realmente estamos tratando de convencer, Francis.

—Muy cierto— dijo. —Pero el rumor pronto llegara a ellos si no parecemos arrullarnos, y entonces puede que nunca resuelvan sus propias diferencias.

—¿Eso crees?— Dijo dudosa. —Muy bien entonces. Será mejor que nos besemos. Pero no lo hagas con tu lengua.

Él suspiró. —Tu próximo novio o tu próximo prometido pensará que eres una inocente terrible si no sabes cómo besar, Soph— dijo.

—Sé cómo besar— dijo indignada.

—Sabes cómo fruncir los labios— dijo. —Eso es cosa de niños, Soph.

—¡Bien!— Dijo, ofendida. —Si no te gustan mis besos, Francis, no tienes que besarme, lo sabes. A mí me da lo mismo.

—Tal vez es mejor que aprendas mientras tienes la oportunidad— dijo.

—¿De ti?— Dijo. —¿De un libertino?

—¿De quién mejor para aprender?— Preguntó.

Sophia no pudo encontrar una respuesta adecuada.

—Tienes que relajar tu boca—dijo, —y dejar que yo dirija.

—Igual que en el baile— dijo.

—Igual que en el baile— estuvo de acuerdo. —Y no importa los fruncidos. No forman parte de los buenos besos.

—Oh— dijo ella.

Puso una mano debajo de su barbilla y la levantó. —Tengo la sensación de que está bien que este oscuro aquí—, dijo. —¿De qué color estas, Soph?

—¿Hay un color más brillante que el escarlata?— Preguntó ella.

—Sí— dijo. —El color de tu cara ahora mismo. Relaja tu boca. Y tus dientes.

—Peo sino rumorean—dijo.

—Déjame preocuparme por eso— dijo y puso su boca en la de ella.

Sophia se aferró a sus hombros como si tratara de infligir moretones cuando sus labios se burlaron de los de ella y su lengua comenzó a explorar con exquisita ligereza la suave carne detrás de sus labios y la cálida cavidad de su boca más allá de sus dientes. Tocó la punta de su lengua con la suya y la rodeó lentamente. Luego levantó la cabeza.

—Eres un alumno razonablemente apto— dijo mientras sus ojos se abrían. —Puedes soltar tu agarre, Soph. Te atraparé si te caes.

—Te halagas a ti mismo— dijo, con voz temblorosa. —¿Crees que caeré simplemente porque le he permitido besarme como un libertino besaría a su ...? Bueno, ¿cómo un libertino besaría?

—Creo que hay una posibilidad distinta, Soph— dijo. —Te tiemblan las rodillas.

—Eso es porque hace fresco aquí— dijo con desprecio. —Y no creo que eso fuera un beso apropiado después de todo, Francis. Creo que fue inapropiado. Oh, hace tanto calor aquí afuera.

—En algún lugar de ese último discurso— dijo, —hubo una pequeña contradicción. Pero no importa. Tendrás algo de experiencia ahora para aportar a tu próximo novio, Soph.

—Nunca permitiría que nadie me hiciera eso nunca más— dijo. —Eso fue asqueroso.

—Lo suficientemente bueno como para hacer que la temperatura se eleve, sin embargo ¿no?— Dijo. —Será mejor que volvamos adentro, Soph, antes de que decidas que quieres más, y antes de que decidas que quizás quieras toda una vida.

—Ohhh!— El pecho de Sophia se expandió con su indignación. —La misma idea. ¿Te consideras bastante irresistible para las mujeres, Francis, solo porque sabes cómo besar? Sí, obviamente lo haces. Nunca en mi vida he conocido a alguien tan engreído. ¿Por qué, preferiría...

—La vieja letanía familiar— dijo. —La música se ha detenido, Soph, y es hora de la cena. No me gustaría volver y encontrar que toda la comida ha desaparecido. Caminemos.

—Por supuesto— dijo ella. —No dejes que te aparte de tu cena, Francis. Odiaría ser responsable de esa crueldad.

—Gracias, Soph— dijo. —Tienes un corazón bondadoso. Pero no es muy elegante resoplar, ya sabes.

—Voy a resoplar si quiero resoplar— dijo Sophia.

—Bastante— dijo. —Adelante entonces. No dejes que te detenga.

—Resulta que no tengo ganas de resoplar de nuevo— dijo con dignidad.

CAPITULO 09

La mayoría de los invitados del conde anunciaron su intención de dejar Clifton Court unos días después del baile para dar a su anfitrión más libertad para prepararse para la boda. Todos, sin embargo, prometieron regresar unos días antes del evento.

Menos mal, declaró la duquesa, *ya que aún quedaba mucho por hacer, y Olivia se iba a la ciudad unos días con Sophia y Francis. Nada le gustaría más que ir con ellos*, dijo, *pero ¿cómo podría dejar a Clifton Court en un momento así*? Envió a por su modista personal para que viniera allí.

—También puedes aprovecharte de sus servicios, Olivia, si lo deseas— ofreció. —Estoy segura de que estarías satisfecha con los resultados. Y a la querida Sophia, también. No hay nada que a Madame Blanchard le guste más que la posibilidad de vestir a una novia.

Pero Olivia tenía su corazón puesto en irse unos días. Debía escapar, sintió. Necesitaba pensar. Y así debían partir tres días después del baile.

Sofía estaba abatida. La idea que había tenido de reunir de nuevo a sus padres parecía haber desarrollado una vida propia y se le había escapado un poco de su control. Los preparativos para su boda parecían imparables, y ahora la llevaban a la ciudad a comprar ropa de novia, todo a costa de su padre.

Al principio tenía esperanzas. Después de la primera reunión incómoda, sus padres parecían estar cómodos, casi felices en la compañía del otro. Y sin embargo, en los últimos días, y especialmente desde el baile, los había mirado y se preguntaba. ¿Eran simplemente extraños siendo educados el uno con el otro? ¿La proximidad de su boda los acercaría más? Pero, ¿cuán pronto sucedería eso? ¿Cuánto tiempo más podría esperar antes de encontrar una excusa para terminar el compromiso?

¿Y habían estado peleando durante el baile? No habían pasado tiempo juntos después del vals de apertura.

Estaba al aire libre con Cynthia la tarde antes de irse a la ciudad con su madre y Francis. Cynthia, que vivía a solo diez millas de distancia, también debía regresar a casa al día siguiente. Cynthia quería saber cuándo terminaría la farsa.

—Quieres ponerle fin, ¿no es así, Sophia?— Preguntó. — ¿No has decidido casarte con lord Francis después de todo?

La respuesta de Sophia incluía referencias a sapos y serpientes.

—Pero es tan guapo y encantador, Sophia— dijo su amiga con un suspiro. —El señor Hathaway también se lo ha estado preguntando. Ambos estamos de acuerdo en que las cosas han ido tan lejos que son casi imposibles de detener.

Sofía hizo una mueca. Pero el conde, que había estado cabalgando con algunos de los caballeros pero que se había permanecido en los establos más tiempo que ellos después de su regreso, estaba regresando a la casa en ese momento.

—Ahí está, Cynth— dijo Sophia. —Voy a preguntarle si él y mamá se han reconciliado.

— ¿Justo directamente de esa manera?— Dijo Cynthia. —¿Es prudente, Sophia?

—Pero debo preguntar alguna vez— dijo Sophia. —Es poco probable que me digan lo que deciden o no deciden. Tal vez no lo sabré hasta después de la boda, Cynth. Y sin embargo, cuando le digo cosas así a Francis, casi tiene una apoplejía en el acto o bien grita "¿Qué boda?" De esa manera odiosa o me dice que debería estar en Bedlam, no es en absoluto halagador decirle eso a tu prometida, ¿verdad?

—Excepto que no eres su prometida— le recordó Cynthia.

—Como me dice diez veces al día—, dijo Sophia. —Como si alguna vez pudiera olvidar el hecho. ¿Quién querría ser la prometida de Francis?

—Casi todas las mujeres de entre dieciocho y veinticinco años que le han puesto los ojos encima— dijo Cynthia.

—No dejes que te escuche decir eso— dijo Sophia apresuradamente. —Ya es demasiado engreído por su propio bien. Voy a hablar con papá. ¿Te importa?

Le hizo un gesto con el brazo a su padre y tropezó sobre el césped hacia él mientras disminuía el paso y le sonreía.

— ¿Qué? —dijo. —¿No esta Francis a la vista, amor? ¿Esto es normal? — bajó la mejilla por su beso.

—Ésta jugando al billar— dijo ella. —Salí afuera con Cynthia—.Enlazó su brazo con el de él.

—Así que mañana vas a la ciudad a buscar ropa de novia— dijo. —Supongo que tienes la intención de mendigarme, Sophia.

—Oh, sí— dijo riendo, —pero me atrevo a decir que mamá no me lo permitirá, papá. Ojalá las cosas no se movieran tan rápido.

Él la miró bruscamente. —¿Con la boda?— Dijo él. —No estás teniendo dudas, ¿verdad?

—Oh, no— dijo ella. —Amo a Francis terriblemente, papá, y tres semanas todavía parece un tiempo espantosamente largo para esperar. Pero solo deseo... Oh, solo desearía que tuviéramos más tiempo para estar contigo y con mamá. Siempre estuve con uno u otro, pero nunca con ambos. Apenas puedo recordar el

momento en que estábamos todos juntos. Debió de haber habido tales momentos, ¿no fue así?

—Sí— dijo. —Pasamos mucho tiempo juntos, Sophia, los tres.

—Y ahora solo tres semanas más— dijo, —y me casaré y me iré con Francis, y cuando regresemos de nuestro viaje de bodas, estaré viviendo con él y ya no más contigo y con mamá. Pero cuando lo visite, papá, ¿estarán los dos juntos o tendré que hacer visitas separadas?

—Sophia—. Cubrió su mano con la suya. —Has sido terriblemente lastimada a lo largo de los años, ¿no es así? Nunca has dicho nada hasta ahora. No me di cuenta, y tu madre tampoco. Lo siento amor. Lamento más que nada que hayas sido la víctima inocente.

—¿Qué pasó?— Preguntó. Su padre, notó, había cambiado su rumbo para que ya no caminaran hacia la casa sino hacia los jardines parterre que la precedían. —¿Por qué nunca volviste? ¿Por qué no enviaste a por mamá? ¿Por qué siempre vine sola cuando te visité? ¿Qué pasó?

—Acabamos de descubrir que ya no podíamos vivir juntos— dijo lentamente.

—Papá— dijo, —ya no soy una niña. Algo debe haber sucedido. ¿Fue lady Mornington?

Él la miró fijamente. —¿Qué sabes de Lady Mornington?— Preguntó.

—Que ella es tu amante—, dijo. —Aunque ella no es una décima parte tan hermosa como mamá. ¿Es ella lo que pasó?

—No— dijo. —Ni siquiera conocí a la dama hasta hace seis años, Sophia. Y Dios mío, ella es mi amiga, no mi amante. ¿Qué fue lo que te dio esa idea?

—Era otra persona, entonces— dijo. —Otra mujer. Fue tu culpa, ¿no es así, papá? Pero, ¿cómo podrías haber deseado a otra mujer cuando estaba mamá? Eso es lo que hacen los hombres, ¿no es así? Se casan y luego se aburren con sus esposas y toman amantes. Si Francis alguna vez intenta hacer eso, lo mataré. Tomaré el libro más grande de nuestra biblioteca y le romperé el cráneo con él. Juro que lo haré. Pero, ¿cómo pudiste haberlo hecho, papá? Siempre te he admirado. Tú eras mi héroe.

—Yo también fui el héroe de tu madre— dijo ásperamente. —Soy humano, Sophia. Dices que ya no eres una niña. Bueno, aprende que, entonces, soy humano. Pero no fue como crees. No he tenido una amante. No hasta que estuvimos irrevocablemente separados, de todos modos. Y no me aburrí con tu madre. Nunca eso. La ama. Quiero que sepas que, fuiste un hijo de nuestro amor y las dos fueron mi mundo.

—Entonces, ¿qué pasó?— Dijo de forma bastante petulante, considerando que afirmaba ser una adulta. —Si la quisieras, deberías haber vivido feliz para siempre. ¿Por qué has estado alejado la mayor parte de mi vida?

—Sophia— dijo, y agarró su mano muy fuerte mientras luchaba por controlar sus lágrimas.

—¿Ya no la amas?— Preguntó. —¿No es así, papá? ¿Simplemente están siendo civilizados entre vosotros por el duque y la duquesa y los otros invitados? ¿Todo lo han hecho para aparentar? ¿No la amas?

—La amo—, dijo. —Nunca he dejado, Sophia. Nunca por un solo momento.

—Bueno, entonces— dijo ella, iluminándose al instante y deteniéndose para lanzar sus brazos hacia arriba alrededor de su cuello a medio estrangularlo. —Los tendré a los dos cuando regrese después de mi boda. Mi mamá y mi papá juntos de nuevo. Oh, solo espera a que se lo cuente a Francis. Solo espera a que lo haga.

—Pero no es tan simple como eso, Sophia— dijo, tomándola suavemente por la cintura. —La vida nunca lo es, amor. Lo que pasó, pasó. Hace catorce años. Es mucho tiempo. Ambos hemos construido y vivido nuevas vidas desde entonces. Somos diferentes de las personas que solíamos ser. No hay vuelta atrás. Nunca hay en la vida. Solo adelante. Y el amor no puede unir a dos personas que han vivido separadas durante tanto tiempo.

—¿Por qué no?— Las lágrimas estaban de nuevo en sus ojos.

Sacudió la cabeza. —Es difícil de explicar— dijo. —Tu madre tenía veintidós años, Sofía. Ahora ella tiene treinta y seis. Yo tenía veintiséis años. Ahora tengo cuarenta. No podemos reanudar nuestra relación como si esos años no hubieran pasado.

—Podrías si se amaban— dijo ella. —No te creo, papá. No creo que realmente la ames después de todo. Solo dices que lo haces porque me estás hablando y te parece mal decirle a tu propia hija que no amas a tu esposa. Nada va a cambiar, ¿verdad? Esta última semana y media no ha servido para nada, y no se logrará nada más en las tres restantes. Allí estará Francis con sus padres y sus hermanos y sus esposas. Y luego estaré yo contigo. Y con mamá. Y los dos serán maravillosamente civilizados el uno con el otro.

—Sophia— dijo.

—No— dijo ella, —no lo digas. No hay nada más que decir. Debes estar deseando que termine esta molestia de una boda para que puedas volver corriendo a Lady Mornington. Tú amiga.

—Sophia— dijo, y tomó y le sostuvo las manos con fuerza. —Lamento en mi corazón que hayas concebido la idea equivocada sobre Lady Mornington. Pero olvídate de ella de todos modos. No volveré a ella ni siquiera como amiga. Te lo prometo. Y te diré la razón por la cual, también. Despues de haber visto a tu madre, sé que no puedo volver a una relación que ha sido generalmente mal interpretada, no solo por ti. Sé que ella es la única mujer a la que he amado o que siempre amare. —Le apretó las manos con más fuerza. —Pero eso no significa necesariamente que volveremos a vivir juntos como marido y mujer, amor.

Bajó la cabeza para mirar sus manos unidas.

—Pero hay un vínculo entre nosotros— dijo. —Uno firme que nunca ha vacilado. Ambos te amamos con locura, Sophia. Ambos queremos tu felicidad más que cualquier otra cosa en la vida. Durante las próximas tres semanas y para el día de tu boda no estaremos simplemente practicando civismo. Nos alegraremos juntos de tu felicidad. Juntos, amor. Y si es importante para ti en el futuro vernos juntos, entonces me atrevería a decir que nos reuniremos de vez en cuando. Te queremos mucho. Nosotros dos. Juntos, Sophia.

Ella levantó su mano de repente y la puso contra su mejilla. —Papá— dijo, y su voz era tenue por las lágrimas reprimidas, —haría cualquier cosa en el mundo para volver a verte a ti y a mamá juntos otra vez. No solo por mí, sino por vosotros. Dejaría a Francis si eso pudiera pasar.

Se rió suavemente. — ¿Qué?— dijo. — ¿Renunciar al amor de tu vida, Sofía? ¿Por nosotros?

—Sí, lo haría— dijo ella.

—Bueno—, dijo, soltando su otra mano y acariciando su cabello, —esa es toda una oferta. Lo amas mucho, ¿verdad?

—Pero yo lo dejaría. — Cerró los ojos muy fuerte.

—Debes casarte con él— dijo, —y ser muy feliz con él, Sophia. Eso es lo mejor que puedes hacer por mamá y por mí. Y te prometo que veré lo que puedo hacer al respecto. ¿Tenemos un trato?

Echó la cabeza hacia atrás y lo miró con ojos brillantes. —¿Vas a mantener a mamá aquí?— Preguntó. —¿Te vas a reconciliar? ¿Tu está? ¿Lo prometes?

Frunció el ceño y sacudió la cabeza. —Sólo que voy a ver lo que puedo hacer, Sophia— dijo. —No puedo hacer promesas sobre el resultado.

—Oh— dijo, —pero siempre quisiste decir que sí, papá, cuando decías que verías lo que podías hacer. Siempre supe que querías decir que sí, aunque fingiría estar ansiosa. Oh, sabía que funcionaría. Sabía que todo estaría bien. Se lo voy a decir a Francis. Estará tan emocionado por mí. Lo voy a encontrar ahora.

Y el conde de Clifton se encontró con los brazos extendidos hacia la figura desaparecida de su hija, que estaba corriendo por un camino diagonal y cruzando un lecho de flores hacia la casa con una prisa muy poco femenina.

Inclinó la cabeza y se puso una mano sobre los ojos.

Sophia Burst entro en la sala de billar justo cuando Lord Francis se inclinaba sobre su taco, concentrándose por completo en un tiro difícil.

—Francis— dijo, olvidando por completo el hecho de que las mujeres normalmente no entraban en esa habitación en particular. —Debes venir. Vas a estar muy contento.

Lord Francis, incapaz de impedir el movimiento hacia delante de su taco, golpeó con creces el peor disparo de toda la tarde. Se enderezó, sacudiendo la cabeza con tristeza.

El duque de Weymouth se rió. —Justo a tiempo Sophia, querida— dijo. —Francis no había fallado en diez minutos. El resto de nosotros nos sentimos un poco aburridos.

—Oh— dijo mientras Lord Francis se volvió hacia ella, con una mirada resignada en su rostro, —Lo siento mucho, Francis. Habría entrado si lo hubiera sabido y esperado hasta que hubieras terminado.

—Ni lo menciones, Soph— dijo sonriendo. —¿Qué mejor manera hay de perder un juego?— Puso su mano sobre su brazo y la palmeó. —¿Nos disculparás, papá? ¿Caballeros?

—Más que eso— dijo el duque. —Nos alegraremos, muchacho, de que dejes la mesa— Se rió con ganas.

—Bueno, Soph— dijo Lord Francis cuando estaban fuera de la habitación, la puerta se cerró detrás de ellos, —más vale que valga la pena perder una partida por esto. ¿Se lo has dicho a tu padre? ¿Y ahora él nos ahorra la vergüenza de dar la noticia? Será mejor que suba y me asegure de que todas mis cosas están empacadas. Será mejor que me vaya antes de que mi madre se entere y me ahogue con sus lágrimas. Si yo fuera tú, Soph, me escondería.

—¿De qué estás hablando?—, Dijo, frunciendo el ceño y guiándolo hacia la puertas principal.

—¿No has terminado nuestro compromiso?— Preguntó.

—No, por supuesto que no— dijo ella. —Qué absurdo.

—Pero dijiste que estaría muy contento— dijo.

Lo miró indignada. —Oh— dijo, —eres único, Francis, para recordarme cuan encantado estarás de ser libre de mí. Ocurrirá, no temas.

—¿Pero cuándo, Soph?— Preguntó. —Faltan diecinueve días para nuestra boda. ¿Se puede culpar a alguien por ponerse un poco nervioso?

—He oído que los hombres siempre se ponen nerviosos antes de sus bodas— dijo Sophia amablemente. —Las mujeres se emocionan y los hombres se ponen nerviosos. Es muy natural que te sientas así.

—Soph— dijo, —¿puedo ahorrar tiempo y solo mencionar la palabra *Bedlam*? ¿Entiendes lo que quiero decir? Y no te molestes en contestar. ¿De qué voy a estar tan contento?

—Me voy a casar contigo y vivir feliz para siempre— dijo, arrastrándolo por las escaleras de la casa hacia la terraza adoquinada. —Y mientras tanto, papá verá que puede hacer para que mamá acepte quedarse con él. Acaba de decirlo. Estuvimos de acuerdo en ello. —Le sonrió. —¿Lo ves? Está funcionando después de todo y no necesito haberte cargado con todas mis dudas en los últimos días.

Lord Francis se rascó la cabeza con su mano libre. —El uno no es totalmente dependiente del otro, por casualidad, ¿verdad, Soph?— Dijo. —¿Debo sacrificar mi libertad solo porque tienes un acuerdo con tu papá?

—Por supuesto que no, tonto— dijo. —Pero me dijo que la ama, y ha accedido a ver qué puede hacer. Eso siempre significa un indudable sí cuando papá lo dice. Y trabajará en ello inmediatamente, Francis, porque no queda mucho tiempo. Dentro de una semana todas sus diferencias se resolverán y estarán juntos de nuevo. Recuerda mis palabras Y luego podemos anunciar que tenemos diferencias irreconciliables.

—Justo para ayudarles a celebrar— dijo.

—Será un duro golpe para ellos, por supuesto— dijo. —Para los cuatro. Tendremos que dar la noticia con delicadeza.

—¿Existe una manera amable de dar esa noticia?— Dijo. —El problema con nosotros, Soph, es que no tenemos imaginación. Ninguno de los dos. No nos imaginamos que fuera así, ¿verdad?

—No— dijo. Extendió la mano y tocó su mano con la libre. —Y será peor para ti, Francis, porque tú serás el abandonado. ¿Prefieres que fuera al revés? ¿Debemos fingir que aun te amo terriblemente y que eres el que no tiene corazón?

—Dios mío— dijo. —No hay una palabra más fuerte en el idioma inglés que *Bedlam*, ¿verdad, Soph? Si la hay, será mejor que me digas qué es, porque la necesito urgentemente.

—Solo intento salvarte de una humillación— dijo. —Lo tomaría conmigo misma si pudiera, Francis. Después de todo, soy la culpable de todo esto.

—No, no lo eres— dijo. —Nadie me puso una pistola de duelo en la cabeza para obligarme a hacerlo. Pensé que sería divertido. Divertido, ¡ja!

—Lo siento— dijo ella. —Quizás podamos hacer que sea algo mutuo, Francis. Podemos ir a ver a mamá, a papá y a tus padres juntos, y decirles que hemos discutido la situación de manera bastante racional y de una manera muy amistosa, y hemos decidido que, después de todo, no nos convendría. Entonces ninguno de los dos tendrá la culpa o será humillado. ¿Vamos?

Suspiró. —Será mejor que veamos cómo se desarrollan las cosas después de regresar de Londres, Soph— dijo. —Pero Dios mío, vas a volver con cinco baúles llenos de ropa de novia, ¿verdad?

—Sí— dijo. —O quizás no tanto. Será mejor que me digas adónde vamos para nuestro viaje de boda, Francis. Hay una diferencia entre el tipo de ropa que quiero si vamos a Italia y el tipo que necesitaré si vamos a Escocia.

Lord Francis se limitó a mirarla.

—Pero tengo que saberlo— dijo ella. —Debes decírmelo, Francis. ¿A dónde me llevarías si realmente estuviéramos a punto de casarnos y si realmente nos fuéramos de viaje de bodas?

—A la cama, probablemente— dijo. —Y puedes sonrojarse y parecer indignada, Soph. No puedes esperar que ningún hombre que se respete a sí mismo se resista a esa invitación, ¿verdad?

—A la cama—, dijo, ambas mejillas y sus ojos llameantes. — ¿Contigo, Francis? Preferiría…

—Austria e Italia— dijo. —Durante el resto del verano y probablemente también el invierno, Soph. Bailaríamos en Viena, y viajaríamos en una góndola en Venecia, nos recostaríamos en la Torre de Pisa, tendríamos los cuellos rígidos en la Capilla Sixtina y protegeríamos tu tez del sol en Nápoles.

—¿Y Roma?— Dijo con entusiasmo. —¿Iríamos a Roma, Francis?

—¿Dónde crees que está la Capilla Sixtina?— Preguntó. —¿Las Hébridas Exteriores?

—Lo olvidé— dijo ella. —No necesitas ser tan despreciativo, Francis. No tengo un cerebro de chorlito, ¿sabes?

—Bueno— dijo, —ahí es donde te llevaría, Soph, durante el día. Supongo que mi primera respuesta seguiría siendo válida para las noches. Y no te vuelvas a hincharte. Estamos hablando solo de a dónde te llevaría si nos casáramos, el énfasis clave está en él “si”. Necesitarás ropa ligera y bonita.

—Está bien— dijo. —Pero va a ser terrible gastar el dinero de papá en tal engaño, ¿no es así? Y todos los demás gastos de la boda. Oh, querido, anoche estuve despierta una hora entera preocupándome por todo eso.

—Tal vez valga la pena el gasto si logramos arreglar un matrimonio roto— dijo, acariciando su mano de nuevo.

Ella lo miró, repentinamente feliz de nuevo. —Incluso si por alguna casualidad no ocurre antes de la boda— dijo, —todavía hay esperanza. Acabo de recordar algo que dijo papá. Dijo que si en el futuro es realmente importante para nosotros que veamos a ambos juntos, entonces se unirán. Tendremos otras oportunidades, verás, Francis, tal vez en Navidad o en Pascua o en un bautizo si es que ocurre muy pronto.

Lord Francis continuó acariciando su mano y mirándola, con una expresión casi divertida en su rostro.

—Oh— dijo, su sonrisa se desvaneció. —Lo olvidé. No, eso no funcionará, ¿verdad?

—Tal vez se juntarán la próxima vez que estés prometida— dijo. —Tal vez podrías hacer de esto una cosa normal, Soph.

—No te burles— dijo. —Esto es serio, Francis. Y no creerás que humillaría deliberadamente a otros caballeros de esta manera, ¿verdad?

—¿Sólo yo?— Dijo.

—Pero tú eres diferente— dijo, mirándole seriamente a la cara. —Tú eres... Oh, no lo sé. Tú Francis, eso es todo. No podría hacer esto con nadie más. Nadie más lo entendería. No podría hablar así con nadie más. Y no tienes que decir lo que estas a punto de decir. Cualquier otro me habría llevado directamente a Bedlam, lo sé.

—Eso no es lo que iba a decir— dijo. —Estaba a punto de advertirte de nuevo, Soph. No te estarás enamorando de mí por casualidad, ¿verdad? No me gusta este asunto de sentirte cómoda conmigo y todo eso.

—¿Enamorada de ti?— Dijo ella, con los ojos encendidos de nuevo. —Que estúpido. Lo que quise decir es que no tenía que preocuparme contigo porque eres solo Francis y realmente no me importa si herí tus sentimientos o no. En parte porque no tienes sentimientos, y en parte porque tengo toda una vida para vengarme de ti. ¡Enamorarme de ti! —Había un mundo de desprecio en su voz y en su rostro.

—Ah— dijo, —eso está bien, entonces. Me estaba sintiendo un poco incómodo por un momento, Soph. Diecinueve días. Eso significa dieciocho como máximo para estar comprometidos el uno con el otro. Supongo que podemos sobrevivir tanto tiempo, ¿verdad? ¿Y quién sabe? Quizás sea menos que eso. Tal

vez tu mamá y tu papá caigan en los brazos del otro cuando regresemos de Londres. Tal vez se hayan echado de menos el uno al otro.

—¿Eso crees?— Dijo con esperanza. —Oh, ¿realmente crees eso, Francis?

—Tengo que considerar al menos una posibilidad— dijo, —si quiero aferrarme a mi cordura.

CAPITULO 10

Lord Francis puede estar sentado en el carruaje en vez de montar su caballo, Olivia pensó. Durante gran parte del viaje, Sophia había tenido la ventanilla bajada, y su prometido montaba a su lado hablando con ella. Fue bueno que el día fuera glorioso y que la ventana abierta fuera necesaria para su propia supervivencia. Olivia había notado dos veces que lord Francis se acercó para tocar la mano de Sophia mientras descansaba en la ventana. Eso fue antes de que cerrara los ojos.

Hizo que su corazón se diera la vuelta para ver el amor de esos dos el uno por el otro. Anhelaba insistir a que se aferraran a su amor, a no dejar que ni la tempestad más fuerte lo sacudiera. Quería advertirles que no se pusieran el uno al otro en pedestales, que no esperaran la perfección solo porque estuvieran enamorados. Quería decirles que permitieran la fragilidad humana. Temía desesperadamente que estuvieran demasiado enamorados.

—Está durmiendo— dijo Sophia en voz baja. —No necesitas seguir haciendo eso, Francis, muchas gracias.

—No es ningún problema, Soph— dijo alegremente. —¿Cómo mantienes tu piel tan suave?— Y se rió entre dientes sin razón aparente.

—¿Viste?— La voz de Sophia, todavía casi un susurro, sonaba muy ansiosa. —¿Los viste besarse?

—Muy prometedor— dijo. — El lacayo que mantenía abierta la puerta del carruaje casi se traga la lengua. Han guardado sus diferencias, Soph y probablemente durante toda la semana.

—Podría haberme desmayado de felicidad— dijo.

—Me alegro de que no lo hicieras— dijo. —Nunca sé qué hacer con las hembras vaporosas. ¿Se les rocía con agua, se les da una palmada en sus mejillas, se corre por toda la casa pidiendo vinagretas o se le besa hasta que vuelva la conciencia? Supongo que este último dependería estrictamente de la mujer involucrada, por supuesto. Podría haberlo intentado contigo, Soph.

Hubo un pequeño silencio. —Podría despertarla si respondo como me gustaría— dijo Sophia, y Lord Francis se rio.

Así que había funcionado, pensó Olivia. A Sophia le había encantado y no podría concluir que lo había hecho en beneficio de los invitados. No había nadie más en la terraza, excepto unos pocos sirvientes, Sophia y Lord Francis. No hubo más testigos.

Reaccionaba como una niña, pensó con algo de disgusto, retirándose tras los ojos cerrados para poder revivir un breve beso.

—Recuerda que debes comprarte ropa bonita, Olivia— le había dicho, poniendo un brazo sobre sus hombros después de despedirse de su hija. —Y no dejes que Sophia te distraiga—Le había guiñado un ojo y le sonrió a su hija. —Te estaré esperando dentro de una semana.

E inclinó la cabeza y la besó, un beso firme con la boca cerrada, ni demasiado largo ni demasiado breve. Un beso preestablecido, para tranquilizar a Sophia. El tipo de beso que uno puede esperar de un padre o de un hermano. No alguien con quien soñar y vivir una y otra vez en la mente como una mujer hambrienta de amor.

Lo que ella supuso que era.

Se había quedado despierta durante las noches reviviendo cada momento de sus relaciones sexuales en el jardín escondido. Aunque hacer el amor no era un término apropiado para describir lo que había sucedido. Habían satisfecho un hambre voraz y saciado una sed ardiente. Eso fue todo. Había estado lejos de las diversiones de la ciudad y de los brazos de Lady Mornington durante algunas semanas; ella había estado sin un hombre durante catorce años. No había sido un acto de amor.

Sin embargo, cada noche se abrazaba a sí misma con el recuerdo de una pasión incontrolable que en ese momento había confundido con amor. Y había sentido su cuerpo despertarse de nuevo por la recordada habilidad de sus caricias. Y se había sentido enferma ante la evidencia recordada de su experiencia.

Había venido a su habitación la noche anterior, después de que terminara de vestirse. Había abierto la puerta desde su propia habitación después de llamar a la puerta, sin esperar una respuesta. Se había sonrojado ante la idea de que podría haber estado desnuda o incluso en su baño. Aunque sin duda la habría mirado con frialdad y le habría dicho que, después de todo, ella era su esposa.

—¿Necesitas más a tu criada?— Le preguntó.

—Puedes marcharte, Matilda, gracias— había dicho ella, y la chica había dejado la habitación en silencio.

Apenas se habían hablado desde el baile, cuando empezaron a pelearse de manera alarmante en medio de la pista de baile. Nunca se habían peleado. Era algo nuevo en su relación, algo que no tenía idea de cómo manejar.

—Sophia está molesta—,dijo bruscamente, con los pies ligeramente separados y las manos entrelazadas detrás de la espalda. Parecía llenar su delicado vestidor. —Ella ha visto a través de la fachada de nuestra amabilidad y cree que ha sido adoptada para el beneficio de los demás huéspedes. Y ha notado la caída de esa amabilidad desde el día de la fiesta. Estaba llorando cuando hablé con ella esta tarde.

Olivia, sentada en el taburete ante su espejo, había torcido un cepillo en una mano. —Tal vez tendrá que enfrentarse a la verdad, Marcus— había dicho por fin. —Tal vez ya no podamos protegerla más.

—¿Ya no?— Había dicho él. —¿La hemos protegido alguna vez, Olivia? Si hubiéramos amado a nuestra hija como lo hemos hecho durante toda su vida, ¿no habríamos resuelto nuestras diferencias y nos habríamos mantenido unidos por ella?

—Nuestras diferencias— había dicho ella, dejando el cepillo y mirándolo. —Fuiste tú quien decidió que las caricias de una puta eran más emocionantes que las mías, Marcus. Tú fuiste quien arruinó la vida para Sofía.

—Oh, no— dijo. —No voy a llevar la culpa de esa indiscreción a mi tumba, Olivia. Y ciertamente no voy a agregar a la carga de mi conciencia la creencia de que arruiné nuestro matrimonio y la felicidad de nuestra hija. Existe una cualidad como el perdón, ya sabes. Desafortunadamente, es algo que está más allá de tus capacidades.

—Supongo que— había dicho, —has sido célibe desde la época de esa puta hasta hace unas tardes, Marcus. Supongo que debo creer eso de ti.

—No— había dicho. —No me gustaría dañar tu impresión de mí como un depravado mujeriego, Olivia. Parece que he hecho demasiado daño a tu vida. Pero no he venido aquí para pelear contigo.

—¿No lo hiciste?— Ella dijo. —¿Entonces por qué viniste?

—Teníamos un acuerdo— dijo, —para hacer de este mes, un mes muy especial para Sophia. ¿Podemos no ceñirnos a ello? Hemos sido lo suficientemente egoístas durante la mayor parte de su vida, Olivia. ¿Debemos tenerla también llorando mientras se prepara para lo que debería ser el día más feliz de su vida? Fue el más feliz de las nuestras, ¿no es así? ¿No podemos al menos hacer nuestra parte para ver que también lo es así para Sophia?

—¿Y qué pasa después?— Había preguntado ella. —¿Es justo, Marcus, permitirle creer que nos tenemos afecto cuando, inmediatamente después de su boda, debe saber la verdad?

—Ella espera que pueda visitarnos juntos después— había dicho. —¿Será demasiado hacer por ella, Olivia? ¿Pasar algún tiempo con ella una o dos veces al año? ¿Debemos ser enemigos amargos solo porque una vez pasé una hora con una puta y porque no perdonaste la transgresión? ¿Me encuentras tan aborrecible?

Se había mirado las manos.

—No me encontraste aborrecible hace dos tardes— había dicho.

Le había mirado fijamente. —Ese era el jardín— había dicho ella, —y el sol y el calor y...

—Y apetito—dijo. —Parece que todavía nos encontramos un poco apetitosos, Olivia.

—Sí—. Ella se había vuelto a mirar las manos.

—Bueno— había dicho, —antes de reanudar un matrimonio que parece haber muerto hace muchos años, ¿podemos al menos ser padres mutuos de la niña que sobrevivió a ese matrimonio? Estarás fuera una semana. Par cuando vuelvas, habrá menos de dos antes de la boda. Quizás una o dos veces al año en el futuro podamos obligarnos a pasar una semana más o menos en la misma casa. ¿Podemos hacerlo?

—Supongo que sí— había dicho ella.

—Ella dijo que renunciaría a Francis si tan solo nos pudiera reunirnos de nuevo— le había dicho. —Niño tonto. Pero lo dijo con toda la seriedad de la juventud, Olivia.

Se retorcía las manos con fuerza en su regazo, se había dado cuenta de repente. Muy bien, entonces, había querido decírselo, démosle exactamente lo que quiere, Marc. Un matrimonio que es real. Pero las palabras no se podían pronunciar en voz alta. Había estado de pie rígidamente ante ella, su actitud seria, su voz brusca y casi fría. Intentaba convencerla de que aceptara una propuesta viable.

—Debemos intentarlo de nuevo, entonces—dijo ella. —Lo hicimos bien durante la primera semana.

—Esta noche— había dicho. —Debemos permanecer juntos en el salón. Mañana por la mañana, cuando te vayas, debo besarte como besaré a Sophia.

—Sí— había dicho.

Se quedó allí un rato sin decir nada, mientras ella examinaba el dorso de sus manos.

—Ojalá pudiera ir contigo—me dijo. —No me gusta pensar en ustedes dos en el camino solo con el joven Sutton y mis sirvientes como protección. ¿Estarás bien, Olivia?

—Vine aquí sola— le había recordado.

—¿Harás que te hagan ropa nueva?— Le había dicho. —¿Cuántos desees, Olivia, y que me envíen las facturas con las de Sophia?

—Me das una asignación suficientemente generosa— había dicho.

—Mi hija se va a casar—dijo. —Al menos, permíteme comprarle a mi esposa ropa nueva para la ocasión. ¿Lo harás?

Ella había asentido.

—Quedan suficientes sirvientes en la casa de la ciudad para atender tus necesidades.

—Sí.

—Bien—. Se había movido bruscamente y puso su mano en el pomo de la puerta en su vestidor. —Has vivido a salvo durante catorce años sin mi ayuda. Me atrevo a decir que no necesito preocuparme por ti ahora.

—No— había dicho ella.

Ven con nosotros, ella había querido rogarle sin razón alguna. Tres semanas es todo el tiempo que nos queda. Y el recuerdo le causó un cosquilleo en la garganta mientras se sentaba con los ojos cerrados en el carruaje y ni siquiera escuchaba el parloteo ocasional de Sophia y Lord Francis. No podían esperar regresar al menos en una semana. ¡Una semana, siete días enteros!

Pero habría innumerables años sin él de nuevo después de la boda de Sophia, tal vez con la burla de una semana una o dos veces al año. Sintió la necesidad desesperada de llorar, pero la presencia de su hija en el carruaje la obligó a resistir el impulso.

Qué tonta, -qué indescriptiblemente tonta- había sido hace catorce años. Imaginando que ya no podía amarlo porque se había caído de su pedestal. Lo había amado de todos modos durante todos esos años, pero les había privado a ambos de la posibilidad de un matrimonio reparado. Les había privado a los tres de la oportunidad de una vida familiar feliz.

Deseaba, y se sentía culpable por el deseo, que Sophia no hubiera vuelto a encontrarse con Lord Francis y se hubiera enamorado de él. Desearía no haber vuelto a ver a Marc. Por ahora, después de verlo, sabía con un nuevo dolor todo lo que había perdido en aquellos años vacíos. Y todo por su propia culpa. No de Marc, en realidad. Todas las personas cometen errores y tienen el derecho a ser perdonadas, al menos una vez. Pero ella se había negado a perdonar. Había tenido miedo de perdonar, miedo de que su relación hubiera cambiado. Era demasiado joven e inexperta para saber que las relaciones siempre están cambiando, que deben cambiar para poder crecer y sobrevivir.

Sus labios habían sido cálidos sobre los de ella, su brazo fuerte y resguardado. El costado de su cabeza estaba contra los suaves cojines del carruaje. Imaginó que estaba contra su pecho, su brazo todavía alrededor de ella, su mejilla contra la parte superior de su cabeza. Se imaginaba dormida en el refugio de sus brazos, cálida, relajada y segura de su amor.

Le pareció maravilloso estar de nuevo en Londres. Siempre le había encantado estar allí desde el momento de su llegada para su temporada de presentación. Fue allí donde vio a Marc por primera vez y lo admiró desde el otro lado del salón de baile durante varias horas antes de que apareciera de repente a su lado, su anfitriona con él para realizar las presentaciones. Se había enamorado de él durante la serie de bailes que le siguieron.

Y no se había desenamorado desde entonces, aunque su amor le había traído alegría durante solo cinco años y sufrimiento y angustia durante todos los años desde entonces. Y Sophia, por supuesto. Su amor le había traído a Sophia.

Nunca había sido dada a la extravagancia. Incluso durante ese primer año, cuando su madre la llevo a un modista de moda para que le hicieran ropa nueva que fuera más adecuada para la vida en la ciudad que la que había traído con ella, se horrorizo ante el gran número que se había considerado necesario. Tenía miedo de convertir a su padre en un mendigo. En los años siguientes, había utilizado los modestos servicios de una costurera local e incluso había hecho algunas de sus propias prendas de vestir.

Se sentía alternativamente caliente y fría cuando descubrió cuánto costaría la ropa de novia de Sophia. Pero Marcus le había dado instrucciones específicas para asegurarse de que su hija tuviera todo lo que necesitaba. Olivia suponía que su marido era un hombre muy rico. Había tenido una cómoda fortuna incluso antes de la muerte de su padre. Después de ese evento, heredo una serie de propiedades prósperas. También había duplicado su ya generosa asignación.

Fue solo con la mayor reticencia que eligió los patrones y telas para la ropa para ella. Pero necesitaría algo de ropa de moda para la semana de la boda, cuando Clifton se desbordaría de invitados. Sus propios padres venían incluso del norte de Inglaterra.

Todo debía hacerse con la mayor rapidez, aseguró la modista a Olivia. Había recibido una carta de su señoría hacía solo unos días y había contratado a costureras adicionales y aplazado el trabajo en otras órdenes para que Lady Clifton y Lady Sophia pudieran llevarse toda su ropa nueva a Clifton en una semana.

Así que tenían cuatro días para matar. Lord Francis los llevó a Kew Gardens, a la Torre y a St. Paul's, y pasaron algunas noches tranquilamente en casa. Pero la noticia de su llegada a la ciudad se difundió rápidamente y varias apresuradas invitaciones fueron enviadas por anfitrionas ansiosas por entretener a la pareja recién prometida o por curiosidad por volver a ver a la condesa de Clifton, ausente hacía mucho tiempo.

Eligieron asistir a una velada en la casa de Lady Methuen. El joven Donald Methuen era amigo de Lord Francis. Olivia sentía aprensión por asistir. Hacía mucho tiempo que no estaba en la ciudad. Esperaba enfrentarse a una habitación llena de extraños. Fue un alivio a su llegada encontrar que todavía había algunas personas que la recordaban, y que hicieron un esfuerzo por incluirla en un grupo y atraerla a la conversación. Sofía y lord Francis fueron inmediatamente secuestrados por un grupo de jóvenes.

Realmente fue bastante agradable, pensó Olivia, después de una hora. Fue bueno estar de vuelta. Y todavía parecía tener las habilidades sociales para hacer frente a una gran reunión de la ciudad. Lord Benson, con un aspecto considerablemente más corpulento y florido que cuando lo había conocido como un libertino bastante apuesto y un caballero de la ciudad, incluso intentó coquetear con ella. No era del todo desagradable saber que aún era lo suficientemente joven y que tenía suficiente buen aspecto para invitar al coqueteo.

Si solo hubiera podido irse después de la hora, pensó después, se habría quedado encantada por la noche. Sucedió que no se fue, y la noche le dio una noche de insomnio.

Una señora se unió al grupo con el que Olivia estaba conversando actualmente. Otra señora, la señora Joanna Shackleton, amiga de Olivia durante esa larga temporada en la que ambas habían salido, le tomo del brazo con firmeza y la habrían alejado. Pero Olivia se limitó a sonreírle y resistió la presión sobre su brazo. Estaba escuchando una historia contada por el coronel Jenkins.

—Buenas noches, Mary— dijo el coronel cuando su historia llego a su fin. —¿Te sientes mejor?

—Oh, sí, te lo agradezco— dijo la señora. —Fue sólo un ligero escalofrío, ya sabes. Nada que me mantenga en casa más de un par de días.

—James y yo nos preguntábamos si tu velada literaria tendría que ser cancelada— dijo una señora a la izquierda de Olivia. —Espero que su salud recuperada lo haga eso innecesario, Lady Mornington.

—Oh, absolutamente—. La dama sonrió. —No cancelaría esos planes por todos los escalofríos de un invierno frío. Promete ser una velada interesante. El señor Nicholson estará allí.

Olivia sintió que la presión sobre su brazo se renovaba, pero lo ignoró. La dama era bastante diferente de lo que esperaba. ¿Qué esperaba ella? Una mujer alta, voluptuosa, con el pelo rojo llameante, supuso, y labios escarlata. Una mujer a la que solo habría que mirar para conocerla como una ramera.

De hecho, Lady Mornington era pequeña, de pelo corto y oscuro y con un estilo refinado y tranquilo. No era del todo bonita, y no era solo el rencor lo que

la obligaba a llegar a tal conclusión, decidió Olivia. No era bonita, aunque tenía unos ojos grises inteligentes y finos.

—¿Han recibido sus invitaciones?— Preguntó la señora, mirando al grupo. —Si no, es un descuido terrible por el que debéis perdonarme—. Sus ojos se detuvieron en Olivia a medida que se intensificaba la presión en el brazo de esta última.

—Olivia— dijo Joanna, —hay alguien...

—Pero lo siento— dijo Lady Mornington, sonriendo. —Me temo que eres una extraña para mí.

—¡Oh, el diablo!— Dijo el coronel Jenkins. —Me acabo de dar cuenta.

—Olivia Bryant— dijo Olivia.

—¿Bryant?— Las cejas de lady Mornington se elevaron. —Oh. Eres la condesa de Clifton.

—Sí.

—María— dijo el coronel, —¿qué estás bebiendo? Déjame llevarte a buscar una bebida.

—Olivia— dijo Joanna, —hay alguien...

—¿Estás aquí sola? —Preguntó lady Mornington.

—Con mi hija— dijo Olivia. —Hemos venido a que le hagan la ropa de su novia. Mi esposo se quedó en Clifton Court.

—Ah, sí— dijo la señora. —Leí el anuncio del compromiso en el Morning Post. ¿La boda sera pronto?

—En poco más de dos semanas— dijo Olivia, —en Clifton. Regresaremos allí pasado mañana.

Lady Mornington sonrió. —Debe ser un momento emocionante para ti— dijo. —Tu hija es una joven bonita y encantadora y conquistó bien temprano en la temporada, según he oído. Y Lord Francis Sutton es un caballero con un buen sentido del humor. Me gusta el.

—Sí— dijo Olivia. —Marcus y yo estamos encantados con su elección.

Lady Mornington sonrió de nuevo y se volvió hacia el coronel. —Por supuesto— dijo ella, tomando su brazo, —encontremos esa bebida, Coronel. Estoy tan seca como el desierto del Sahara.

—Olivia, lo siento mucho, querida— dijo Joanna, alejándola en dirección opuesta. —Traté de salvarte de esa vergüenza. ¿Lo sabes, supongo?

—¿Que Lady Mornington es la amante de Marcus?— Dijo Olivia. —Sí.

—Pero no me preocuparía— dijo Joanna. —Eres mucho más hermosa que ella, Olivia, y ciertamente no eres mayor. Pero a los hombres les parece necesario tener una *chère amie* además de una esposa. Son todos iguales.

Eso era otra cosa que había esperado, pensó Olivia. Esperaba que lady Mornington fuera una mujer muy joven.

Pero los hechos no la consolaron, descubrió cuando estaba sola esa noche, dando vueltas y vueltas en su cama, tratando de dormir. Si la amante de Marc hubiera sido más como esperaba, habría estado menos preocupada. La mujer obviamente no habría sido más que un objeto de placer físico. Pero Marc no pudo haber elegido a Lady Mornington simplemente para su cama. Debe haber mucho más en su relación que la física.

No sabía por qué ese pensamiento debía molestarla. O mejor dicho, fingió no saberlo. Y fingió no ser molestada. No le importaba, se dijo a sí misma, qué aspecto tenía su amante. De hecho, probablemente había una docena de otras mujeres con las que se acostaba, pero que no eran dignas del título de amante. A ella no le importaba.

Pero él no preocuparse la mantenía tan despierta como lo habría hecho el preocuparse. Y fue algo diferente, descubrió, imaginando cómo era la mujer, y realmente viéndola y hablando con ella. Esa mujer, se dijo a sí misma, imaginando a Lady Mornington como había aparecido en el salón de Methuen, había estado con Marc durante unos seis años. Besó esos labios y tocó el cuerpo innumerables veces. Había dormido en su cama probablemente más veces de las que había dormido en la cama de su esposa.

Daba igual. A ella no le importaba.

Pero en algún momento antes del amanecer, se levantó apresuradamente de la cama y vomitó en el orinal, vomitando hasta que se le vacío el estómago y le dolió. Y luego se quedó temblando y llorando en la cama, diciéndose una y otra vez que no le importaba, que no importaba.

Y que todo era culpa suya de todos modos.

El día después de que Olivia, Sophia y Lord Francis se hubieran ido a Londres, Clifton estaba vacío de todos los invitados excepto el duque y la duquesa. Muy vacío, pensó el conde mientras salía a última hora de la mañana para hacer una visita prometida a uno de sus inquilinos.

La echaba de menos. De alguna manera, aunque no se había dado cuenta hasta que ella se fue, se había hecho cargo de la mayoría de los preparativos de la boda. Había pensado que su ama de llaves y su cocinero estaban haciendo la

mayor parte de la planificación, pero parecía que Olivia los había estado guiando y sin ella que consultar, le consultaban a él. Y también Rose, con cientos de preocupaciones diferentes que supuso que ella había llevado a su esposa en la semana y media anterior.

Echaba de menos verla y oír su voz. Y se estaba enfadando consigo mismo. Ya la había superado años antes, aunque nunca había dejado de amarla. Incluso había sido feliz, o al menos cómodo. Había encontrado a la mujer perfecta en Mary, una que aceptaba su necesidad de conversación y compañía, pero que no le presionaba para que hiciera otros derechos.

Hubo una noche en la que su relación podría haberse convertido en algo más íntimo. Pero ambos habían acordado, bastante avergonzados, cuando ya estaban en su dormitorio, que eso sería imposible. Todavía lloraba la muerte de un esposo muy querido y asesinado en España; que todavía amaba a una esposa de la que estaba alejado. Después de eso, se contentaron con una cálida amistad, inusual entre un hombre y una mujer. Y, por supuesto, se convirtió en la creencia común de que eran amantes. Siempre habían despreciado tratar de poner fin a los rumores.

María era la mujer perfecta para él. Ya no necesitaba a Olivia.

Excepto que extrañarla era como un dolor de muelas persistente.

Y excepto que había querido decir lo que le había dicho a Sophia, que no volvería con Mary, había visto a Olivia de nuevo y habiéndola amado de nuevo, aunque, claro está, no se lo había dicho a Sophia.

Estuvieron fuera diez días, tres más de lo que cualquiera de ellos había esperado cuando se fueron. Pero había sido ambicioso haber esperado que toda esa ropa se hiciera en una semana, supuso. Mientras tanto, empezaron a llegar los primeros invitados a la boda, principalmente familiares. Los tres hijos mayores del duque llegaron con sus esposas e hijos. La madre del conde vino con su hermana de Cornualles y los padres de Olivia del norte de Inglaterra. Clarence Wickham vino acompañando a Emma Burnett. Cada vez que aparecía un carruaje, esperaba que fuera el suyo al regresar de Londres. Cada vez que salía corriendo a la terraza se encontraba saludando a otros invitados.

Pero finalmente llegaron, una tarde cuando estaba lloviendo. Supo esta vez, tan pronto como salió, que realmente era su carruaje. Y sintió como si las mariposas bailaran en su estómago.

—Hola, señor— dijo lord Francis alegremente, saltando del carruaje tan pronto como se detuvo y se abrió la puerta. —Un día mojado, ¿no estás de acuerdo? Pero los caminos son buenos por aquí. No hay carruajes volcados ni damas que gritan ni ningún drama como ese.

El conde le estrechó la mano y se volvió para sacar a Sophia. Pero el amor joven resultó demasiado rápido para él. Lord Francis se volvió y la levantó por la cintura.

—Ugh— dijo. —No ha dejado de llover en todo el día. Papá, es maravilloso verte. Teníamos miedo de no llegar a casa hoy, después de todo. ¿No es terrible la lluvia? Espera a ver toda la ropa que he comprado. Tendrás diez ataques. Francis, bájame, hazlo. Tendré moretones en la cintura.

—Pensé que no te gustaría mojarte los pies— dijo.

—Mejor los pies mojados— dijo, —que me lleves así a la sala y seas el hazmerreír entre los lacayos. Bájame.

—Como desees, Soph—dijo, poniendo los pies sobre los adoquines mojados.

El conde se había girado hacia el carruaje, sintiéndose tan ansioso y tímido como un colegial. Llevaba un vestido azul y una pelliza y un sombrero de paja decorado con flores brillantes. Parecía un pequeño pedazo de verano atrapada en la penumbra de la lluvia. Le sonrió.

Ella le devolvió la sonrisa y puso una mano en la suya.

—Bienvenido a casa, Olivia— dijo. Y luego le soltó la mano e imitó a su futuro yerno. La tomó por la cintura y la levantó con cuidado hasta el suelo húmedo. —Te he echado de menos.

—Y yo a ti— dijo ella. —Estuvimos fuera mucho más tiempo de lo que habíamos planeado. Me temo que una de las nuevas costureras demostró que no valía la pena contratarla, y hubo que hacer todo tipo de alteraciones.

—No importa— dijo. —Estás en casa y a salvo ahora—. Y la besó cálidamente en sus labios separados.

Se alegró de que Sophia y Francis todavía estuvieran afuera y observándolos. No podía darse cuenta de lo profundamente que se habían dicho sus palabras desde el corazón o de lo ansioso que estaba por ese beso.

—Sí—le sonrió y tomó su brazo ofrecido. —Se siente como si el cielo estuviera en estar de vuelta en casa. ¿No es así, Sophia?

CAPITULO 11

La turbación de haber llegado tan lejos como para brillar tan pronto como ella lo vio; para poner sus manos con entusiasmo sobre sus hombros para que la llevara al suelo en lugar de extender una mano fría; para asegurarle que también lo había echado de menos; Y alzando su rostro para besarlo, la turbación pronto se desvaneció. Después de todo, Sophia había estado parada allí observándolos ansiosamente y por su bien habían acordado mostrarse afecto mutuamente.

Además, tan pronto como todos se apresuraron a salir de la lluvia, el ruido y el caos cercano los saludaron. Parecía que los invitados habían comenzado a llegar y pronto Olivia estaba en los brazos de su madre, y luego en los de su padre. Y la madre de Marc asintió con la cabeza desde muy lejos. Emma y Clarence estaban allí en el fondo: la primera esperaba para abrazarla, el segundo para apretar su mano y besar su mejilla.

Sophia y Lord Francis estaban siendo asediados por sus hermanos y sus esposas y por los abuelos e incluso dos niños escaparon inexplicablemente de la guardería. Hubo una gran cantidad de risas y bromas ruidosas.

—Así que finalmente lo conseguiste, Sophia, —dijo el hijo mayor del duque, Albert, vizconde de Melville, y le puso un brazo sobre los hombros. —Todos pensamos que podría seguir huyendo de ti toda su vida. Pero cuanto más tonto era si lo hubiera hecho. Y podríamos haber sabido que sería más persistente que permitirlo.

—Finalmente sacó una zapatilla y lo derribó, Bertie— dijo Claude. —Al menos eso es lo que oí. ¿Es verdad, Sofía?

—Lo escuche un poco diferente —dijo Richard. —He oído que Frank esperó hasta que tu pie se estiró para dar un paso, Sophia, y luego tropezó con él deliberadamente.

Hubo una fuerte alegría de todos los reunidos en el pasillo.

—Despreciable, injusto,— protestó Sophia, sus mejillas brillantes. —Me hizo una oferta muy bonita, ¿no es así, Francis?

—En una rodilla, — dijo. —Fue una gran pena desperdiciar una escena tan impactante en una habitación vacía, ¿no es así, Soph?

Olivia sintió una mano en su cintura. —Emma y Clarence han estado esperando impacientemente tu regreso, Olivia, — dijo su esposo, sonriendo a sus amigos. —Al igual que yo. Pero hemos tenido la oportunidad de reencontrarnos desde ayer por la tarde.

—¿Es cuando llegaste? —Preguntó Olivia, mirándolos. —Estuvimos ausentes tres días más de lo que esperábamos. Fue muy frustrante cuando

deseábamos volver a casa. Aún queda mucho por hacer, — agregó apresuradamente.

—Tienes que llamarme para que te ayude —dijo Emma. —Sabes que nunca estoy más feliz que cuando estoy ocupada, Olivia.

—Quiero escuchar todo sobre Londres, Olivia, — dijo Clarence. —Más especialmente si todavía está en el mismo lugar que solía estar. Parece una eternidad desde la última vez que estuve allí.

La mano en la cintura de Olivia se tensó ligeramente. —Si nos disculpas — le dijo a sus amigos. —¿Has saludado a mamá y a tía Clara, Olivia? Llegaron anteayer.

—No, — dijo ella. —Aún no. —Y se volvió temerosa para hablar con la condesa de Clifton. Solían ser amigables.

—Bueno, mamá —dijo el conde—, llegaron a casa a salvo a pesar de todas nuestras preocupaciones. —Su brazo acercó a su esposa a su lado. —Olivia mantuvo a los jóvenes a raya, al parecer. —La miró y le sonrió.

Olivia estaba agradecida. —¿Cómo estás, madre?— Dijo con incertidumbre y se estiró para besar a su suegra en la mejilla. —¿Tía Clara? ¿Tuviste un buen viaje? Lamento no haber estado aquí para saludarte. —Y lamentó haber dicho las últimas palabras. No había estado allí para saludarlos durante catorce años. Y, de hecho, catorce años antes, Clifton ni siquiera había pertenecido a Marc.

—Estoy bien, gracias, Olivia, — dijo la viuda.

—Estás bien, querida —dijo tía Clara, besando también a Olivia. —Los años han sido amables contigo.

—Gracias —dijo Olivia y se sintió agradecida cuando el brazo de su cintura la volvió a girar.

—¿Recuerdas a los hermanos de Francis? —Le preguntó el conde. —Han crecido un poco desde que los viste por última vez.

—De hecho lo han hecho —dijo. —Bertie todavía tiene su sonrisa y Claude su mentón hendido. Tú debes ser Richard. Nunca te habría conocido. — Le sonrió al hombre alto de cabello arenoso con la niña pequeña en sus brazos.

—Y no pareces un día mayor, señora —dijo Claude galantemente. — Recuerdo esos momentos en los que constantemente le rogabas a papá que no fuera demasiado severo con Frank. Era comprensible que un jovencito activo considerara que entretener a su hija era una carga, solía decir.

—Y, sin embargo, su mano nunca se sintió ni un poco más ligera que en aquellas ocasiones en las que no estabas allí para interceder por mí—, dijo Lord Francis. —Me causaste mucho dolor en esos días, Soph.

—No ha conocido a nuestras esposas, señora,— dijo el vizconde. —Permitidme hacer las presentaciones.

Sophia llamó la atención de su madre y luego miró a su padre. Parecía completamente feliz, pensó Olivia.

—No sé por qué todos estamos aquí abajo— dijo el conde alzando la voz después de las presentaciones, y los dos niños, uno del vizconde y el de Richard, fueron identificados. —Creo que el té estaba a punto de servirse en el salón cuando nos distrajo con el sonido del carruaje. ¿Subimos?

—Una taza de té será bienvenida, — dijo la tía Clara.

El conde mantuvo un brazo suelto alrededor de la cintura de su esposa mientras subían las escaleras. —Podemos liberarte de tus deberes en la bandeja del té esta tarde, mamá— dijo, —ahora que mi esposa está en casa.

—Olivia sin duda querrá refrescarse después de su viaje —dijo la viuda. —No será un problema, Marcus.

—Entonces la esperaremos, —dijo él. —Olivia nunca se queda mucho tiempo por estas cosas. Sophia, será mejor que vayas con tu madre también.

Oh, Dios mío, pensó Olivia, había una calidez seductora en el ambiente de Clifton Court, un ambiente familiar. Y su esposo se había comprometido de todo corazón en el papel que ambos habían acordado antes de su partida a Londres. Mi esposa esta en casa. Sus pies se sentían pesados en el segundo tramo de escaleras.

—Mamá —dijo Sophia. —Tengo miedo. Estoy tan asustada.

Olivia miró sorprendida a su hija, cuya cara estaba repentinamente blanca como la tiza.

—¿Qué he hecho?— Dijo Sofía. —¡Todas estas personas, mamá!

Olivia la tomó del brazo. —Oh, Sophia, —dijo ella—, es abrumador, ¿verdad? Cuando piensas por primera vez en el matrimonio, te imaginas que solo te involucra a ti y a tu pareja. Y luego te das cuenta de que hay mucho más en juego. Parece que se te escapa de las manos, ¿no es así? Casi como si no pudieras detenerlo, incluso si quisieras hacerlo.

—Y hay muchas más personas por venir— dijo Sofía.

Su madre le apretó el brazo. —No quieres detenerlo, ¿verdad?— Preguntó.

Sophia se giró al final de las escaleras en dirección a su habitación. Tragó saliva. —Sólo estoy aterrorizada—, dijo. —Están todos muy felices, mamá.

—Por supuesto, se puede detener —dijo Olivia. —No debes tener ninguna duda al respecto, Sophia. No se casara irrevocablemente hasta que se haya realizado la ceremonia y se haya firmado el registro. No debes sentir como si te

hubieran quitado toda tu libertad. Pero tampoco debes ceder al pánico por tu propio bien.

Sofía respiró con dificultad. —No sabía que sería así— dijo ella. —Y mamá, hay dos baúles llenos de ropa.

—Papa se habría decepcionado si hubieras traído menos a casa, — dijo Olivia. —Siéntate, Sophia, antes de que te caigas. Ahora, dígame. —Tomó las manos de su hija con firmeza. —Aparte de todo lo demás -la ropa, los invitados, todos los preparativos que se han hecho-, ¿todavía amas a Francis? ¿Quieres pasar tu vida con él como su esposa?

Los ojos de su hija se llenaron de lágrimas.

—¿Verdad, Sophia? Esas son las únicas dos preguntas que importan. Las únicas.

Una lágrima se derramó. —Pero no pasaste toda tu vida con papá, — dijo ella. —Sólo unos pocos años.

—¿Es eso lo que temes? — preguntó Olivia. —¿Que tu matrimonio no durará? Tu papá y yo hemos sido muy tontos, Sophia. Tiramos algo muy valioso. Debes aprender de nuestro error. Debes aprender a no amar ciegamente, a no esperar la perfección el uno del otro. No debe alarmarte si de vez en cuando se pelean. Debes aprender que tu vida en común es más importante que cualquier otra cosa.

—¿Estarán juntos ahora? —Preguntó Sophia, retirando una mano de la de su madre para limpiar una lágrima. —Realmente estás feliz de estar en casa, mamá, ¿verdad? Y papá se alegró de verte. ¿Se quedaran juntos y se amarán de nuevo?

—Hemos descubierto al menos,— dijo Olivia, —que hay alegría en volver a estar contigo, Sophia. Tu compromiso ha logrado eso. Ahora que estamos a punto de perderte con un marido, verás, nos damos cuenta de lo importantes que pueden ser esos momentos juntos. — Sonrió. —Tu matrimonio nos unirá al menos ocasionalmente. Ninguno de los dos será capaz de resistirse a verte siempre que sea posible, y si eso significa verte juntos, entonces estaremos juntos. ¿Eso te hará feliz?

—¿En la Navidad? —Dijo Sophia. —¿Y en los bautizos?

—Y para otras ocasiones, también, me atrevo a decir,— dijo Olivia.

—Si me caso. —Dijo Sophia.

—Si te casas. —Olivia sonrió. —¿Te has recuperado de tu terror? Hay algo de color en tus mejillas. ¿Amas a Francis, Sophia? ¿Quieres ser su esposa?

Su hija la miró fijamente y se mojó los labios. —Por supuesto que amo a Francis, — dijo. —Siempre lo he hecho, a pesar de que solía ser tan horrible conmigo. —Había lágrimas en sus ojos otra vez. —Siempre, siempre lo he amado, mamá. Ojalá me hubiera dado cuenta antes. No habría sido tan tonta.

Olivia retiró un mechón de pelo de la cara de su hija. —Sí —dijo ella. —El amor es aterrador a veces, ¿no? A veces parece más seguro huir de ello en lugar de enfrentar a todas las alegrías y angustias que podría traer. No corras, Sophia, si realmente amas. Siempre te arrepentirás, créeme. ¿Te sientes mejor ahora que has respondido la pregunta esencial? Debemos estar bajando. Se supone que debo servir el té.

—Sí. —Sophia se puso de pie. —Me lavaré las manos.

Para el descanso de la tarde y la mayor parte de la noche, se le pidió a Lord Francis que diera un relato completo de sus días en Londres a su padre, a escuchar una descripción detallada por parte de su madre de todos los preparativos de boda que se habían hecho en su ausencia, a permitir ser interrogado por sus cuñadas acerca de su noviazgo con Sophia, y a ser molestado por sus hermanos acerca de su compromiso con la misma niña a la que había nombrado la Plaga del Año cuando era niño.

A Sophia no le iba mejor, con dos abuelas y un abuelo que se preocupaban por ella, una tía abuela que la besaba y le daba una palmadita en la mano, todas sus futuras cuñadas que querían una descripción exhaustiva de la ropa de su novia y sus futuros cuñados que se burlaban de ella.

—Todavía está lloviendo— dijo Lord Francis, mirando tristemente desde la ventana de un salón a última hora de la tarde.

—Los jardines no son muy románticos por la noche cuando la lluvia gotea sobre tu cuello, o eso es lo que he escuchado, Frank — dijo Claude. Hubo una carcajada general.

—Y es difícil sostener un paraguas y a la novia al mismo tiempo— agregó Richard.

—Solo estoy recordando por qué he envidiado de que Soph sea hija única— dijo Lord Francis, sin apartarse de la ventana.

—Cuando llueve, Frank,— dijo el vizconde, —uno tiene que improvisar. La galería todavía está donde solía estar, ¿Lord Clifton?

—En el mismo lugar, —dijo el conde—, completada con todos los retratos de la familia.

—Ahí estás, entonces, — dijo Bertie. —Problema resuelto, Frank.

—Sólo recuerda que todos los antepasados de Sofía te echarán un ojo, — dijo Claude.

—No hagas nada que los moleste— agregó Richard. —O cualquier cosa que yo no haría, Frank.

—Y si intenta esconderse de ti, Sophia —contestó Claude—, ven y dímelo y se lo diré a papá, y Frank puede descubrir si su mano es tan pesada como solía ser.

—Londres estaba muy tranquilo, ¿no es así?— Dijo Lord Francis, apartándose de la ventana. —No hay hermanos que monten un coro predeciblemente idiota. ¿Pasaron todo el día de ayer ensayando mientras aún estábamos fuera, los tres? Vamos, Soph. Vamos a pasear por la galería. No habrá paz para nosotros aquí si no lo hacemos.

—Solo asegúrate de que lo mantienes paseando, Sophia, — dijo Richard.

—La cena sera dentro de media hora, — dijo el conde. —¿La traerás de vuelta para entonces, Francis?

—Sí, señor —dijo Lord Francis, e hizo pasar a su prometida por la puerta y subió las escaleras hasta la larga galería del último piso.

Caminaron uno al lado del otro por las escaleras después de que Lord Francis recogió un candelabro con una vela encendida de una mesa del pasillo. No se tocaron ni intercambiaron una palabra.

—Tenemos que mantener las apariencias— dijo cuando llegaron a la galería, usando su vela para encender dos candelabros en la pared y colocando el suyo en una mesa. —Difícilmente podríamos haber dicho que no queríamos estar solos después de tanta preocupación fraternal, ¿verdad, Soph? Apenas hemos tenido la oportunidad de intercambiar una palabra en toda la noche.

Sophia estaba examinando un retrato junto a uno de los candelabros de la pared.

—Oh, Señor— dijo, hundiéndose en un banco acolchado contra una pared, —¿qué vamos a hacer ahora?

—A mamá y papá les gusta estar juntos conmigo,— dijo Sophia. —Mamá lo dijo así. Después de casarnos, se juntarán de vez en solo para pasar tiempo con nosotros. Supongo que es mejor que nada, pero no creo que vuelvan a vivir juntos, Francis. Ha pasado demasiado tiempo. Casi toda mi vida.

—Después de casarnos, — dijo él.

—Sí. —Se volvió para mirarlo. —Deberíamos haber pensado más cuidadosamente, ¿no?

—Eso suena más bien como la subestimación del siglo—, dijo. —Señor, Soph, una reunión familiar y todo con su mejor humor de boda. Y ni una sola sospecha entre ellos ni una sola expresión de inquietud sobre nuestra posible incompatibilidad teniendo en cuenta nuestra relación de infancia. Estoy empezando a saber cómo se siente un animal atrapado.

—Tenemos que terminarlo ahora —dijo, con la voz temblorosa. —Esta noche, Francis. Ahora mismo. Tenemos que bajar y decirles a todos ellos que hemos tenido una terrible pelea y que hemos puesto fin a nuestro compromiso. Dentro de unos días habrá muchas más personas. Será más difícil entonces.

—¿Quieres que te abofetee un poco primero?— Preguntó. —¿Quieres que me quede quieto mientras te rascas las uñas en una de mis mejillas?

—No hagas una broma de eso—, dijo ella. —Esto es muy serio, Francis.

—¿Una broma? — dijo él. —¿Alguna vez has tenido uñas en la mejilla, Soph, y la sangre goteando sobre tu corbata?

—Tenemos que hacerlo ahora— dijo ella.

—No puedo ver a tu persona muy claramente en esta luz,— dijo. —Pero si tu cuerpo tiembla tanto como tu voz, Soph, sera mejor que vengas y te sientes. Te he hablado de mi dificultad con las hembras sutiles antes.

—No soy sutil— dijo ella, viniendo a sentarse a su lado. Simplemente aterrorizada. Será mejor que lo hagamos sin más demora, Francis. No pensemos más en ello ni hablemos de eso. Vamos y hagámoslo.

—No hemos tenido suficiente tiempo para una pelea tan desagradable— dijo.

Lo miró sin comprender.

—Si bajamos ahora, dos minutos después de venir aquí— dijo, —no podemos esperar que todos crean que nos hemos discutido tan violentamente como para cancelar la boda.

—Entonces diremos que nos peleamos esta tarde, — dijo ella. —O ayer.

—¡Soph! — dijo. —¿Por qué esperar hasta esta noche, sonreír y recibir las felicitaciones de todos mientras tanto, si eso hubiera sucedido? Ten un poco de sentido común.

—Entonces debemos esperar un rato —dijo. —¿Cuánto tiempo? ¿Cinco minutos? ¿Diez? Mi coraje se habrá agotado para entonces.

Tomó su mano en la suya. —Tal vez deberíamos esperar unos días— dijo. —Imagina cómo sería, Soph. Carruajes vaciándose de huéspedes sonrientes y festivos cada hora durante los próximos días. Y tendríamos que saludar a cada carruaje con la misma historia.

Tragó ruidosamente.

—No soportas pensar en ello, ¿verdad? —Preguntó él.

—Oh, Francis, —dijo—, ¿qué vamos a hacer?

—La misma pregunta que te hice hace unos momentos —dijo. —Aunque podría haber ahorrado el aliento. Acabas de tirarlo de nuevo a mis dientes. Y si diera una respuesta, probablemente sería algo descabellado, como sugerir que nos paremos en frente de la iglesia, el rector detrás de nosotros, y hagamos el anuncio allí.

—¡No seas horrible!— Dijo ella. —Yo soy la que quería bajar de inmediato y ponerle fin.

—O estarás sugiriendo que será más fácil para todos los involucrados si nos casamos de todos modos, — dijo.

—Oh —dijo ella, poniéndose de pie delante de él, con las manos en las caderas—, no sé por qué acepte este estúpido plan, Francis. El plan en sí mismo ya es bastante malo. Pero realmente debo tener serrín en mi cerebro para haber aceptado hacerlo contigo de entre todas las personas. ¿Te imaginas que todavía estoy corriendo detrás de ti solo porque siempre fui lo suficientemente estúpida para hacerlo cuando éramos niños?

—El pensamiento había cruzado mi mente, debo confesar, — dijo. —No estarás usando corsé por casualidad, ¿verdad, Soph? Estás a punto de reventarlos si lo llevas.

—¡Tú sapo! —Dijo ella. —¡Tu anguila! Tu…

—¿Serpiente? — sugirió.

—¡Rata! ¡Rata presumida!

—Muy bien —dijo. —Esperaremos hasta que todos hayan llegado, Soph, y luego haremos un gran anuncio. Tal vez para entonces, tu madre y tu padre habrán decidido que no pueden vivir el uno sin el otro después de todo.

—Simplemente no va a suceder— dijo ella. —Fui una tonta al pensar que lo haría. Fue estúpido pensar que podría unirlos cuando han vivido separados siempre. Todo este asunto ha sido estúpido.

—Si vamos a esperar unos días— dijo, —será mejor que nos miremos cuando bajemos como si hubiéramos estado haciendo lo que todos piensan que estamos haciendo.

—¿Haciendo el amor?— Dijo con desprecio.

—Eh, creo que tu padre podría estar aquí arriba con el proverbial látigo si pensara eso, Soph, — dijo. —Besarse es lo que todos se imaginan que estamos haciendo.

—Bueno, no hay nadie que nos observe— dijo, —así que no necesitamos sentirnos obligados.

—Pero definitivamente hay una mirada de solo un beso— dijo. —Todos lo buscará cuando regresemos, especialmente mis estimados hermanos mayores. Por el bien de mi autoestima, Soph, no puedo llevarte de vuelta abajo sin que te bese, ¿sabes?

—Qué tontería —dijo ella. —¿Es así como los libertinos hacen que las damas los besen, Francis? Las damas deben ser muy estúpidas, debo decir.

—Los libertinos no suelen besar a las mujeres— dijo, —a menos que sean sus prometidos, y una sala llena de hermanos en la planta de abajo están esperando para ver si han hecho su trabajo a fondo.

Sophia chasqueó la lengua y dio un paso hacia atrás.

—También somos afortunados —dijo él. —Hubo una época, sabes, Soph, en que la gente lo solía hacer en las noches de bodas. Me refiero a la cámara nupcial después de un tiempo decente, quiero decir, para ver la evidencia de que el novio había hecho su trabajo.

—¡Oh! — dijo Sophia. —Nunca lo hicieron. Lo estás inventando solo para sorprenderme. A papá no le gustaría nada si le dijera lo que me acabas de decir eso.

—Por Júpiter, no —dijo, poniéndose de pie. —No lo harías, ¿verdad? Será mejor que no se le digas, Soph. Podría prohibir el matrimonio o algo así.

—No creo que debas besarme—, dijo. —No estamos realmente comprometidos, después de todo.

—Pero tu padre nos concedió a todos media hora, — dijo. —Creo que es lo mejor, Soph.

Ella levantó la cara con decisión y esperó.

—Sigues frunciendo el ceño. —La miró críticamente. —Ah, eso está mejor— dijo cuando ella abrió la boca para hacer una réplica aguda. —Mm.

Sofía nunca hizo la réplica.

—Todavía no estás temblando, ¿verdad, Soph?— Dijo contra su oído unos minutos después. Tenía ambos brazos alrededor de ella.

—Por supuesto que no,— dijo sin aliento. —¿Por qué estaría temblando?

—No lo sé— dijo. —Pero tus brazos están tan apretados alrededor de mi cuello que pensé que tenías miedo de caerte.

—Oh, — dijo, tratando de quitarle los brazos pero encontrándose a sí misma demasiado cerca para tener otro lugar para ponerlos. —No. Pero ¿qué más puedo hacer con ellos?

—Devuélvelos, — le aconsejó. —Algún pobre diablo me va a agradecer uno de estos días, ya sabes, Soph.

—¿Qué? —dijo. Estaba distrayendo toda su concentración mordisqueando el lóbulo de su oreja.

—Para enseñarte a besar— dijo. —Debo decir que eres una alumna apta. Esto se está convirtiendo en casi tanto placer como deber.

Dobló sus brazos hacia atrás a la altura de los codos y le empujó con fuerza los hombros. —Por favor, no me hagas favores —dijo ella con vehemencia. —Ciertamente no es un placer para mí. Y si no parezco besada a tus hermanos ahora, Francis, nunca lo estaré. Además, voy a estar avergonzada. Y además, una vez más, no me gustan los besos y no tengo la intención de hacerlo con nadie más. Quiero volver abajo.

—Entonces, algún pobre diablo nunca sabrá lo que se ha perdido.—dijo Lord Francis, mientras paseaba por la galería para apagar las dos velas que había encendido antes y recogió el candelabro de nuevo. —Odio decirte esto, Soph, pero cualquier dama decente no se dejaría tocar en ningún otro lugar que no sea en los labios cerrados antes de su noche de bodas. Aunque supongo que eso es un consuelo para ti. Te ahorrarás una conmoción cuando finalmente llegue la noche de bodas.

—No te pedí que me abrazaras y me acercaras tanto— dijo con dignidad, bajando las escaleras junto a él, con un metro de espacio entre ellos. —Y ciertamente no te invité a hacer eso con tu lengua. No deberías haber empezado a besarme cuando mi boca estaba abierta para hablar.

—Ah, Soph —dijo—, deberías haberla mantenido bien cerrada cuando estaba tan cerca.

—Y ciertamente no te di permiso para que me hicieras eso en la oreja —dijo severamente.

CAPITULO 12

A partir del hecho de que había estado desparecido a su esposa y despreciándose a sí mismo por haberlo hecho, los pocos días antes de su regreso habían sido agradables para el conde de Clifton. Había una buena sensación al acercarse la boda de una hija. Disfrutaba de la ruidosa alegría de la familia del duque, y era bueno ver a su madre y su tía e incluso a los padres de Olivia. Complacidos por la felicidad de su nieta, lo habían saludado con calidez y sin los ceños fruncidos ni recriminaciones que casi había esperado.

También fue bueno ver a Emma y Clarence y recordar los buenos años de su matrimonio en Rushton. Clarence había sido su amigo antes de convertirse en el de Olivia, los dos hombres habían ido juntos a la escuela y la universidad. Pero no se habían visto en diez años.

Clarence, de hecho, fue el único invitado que nublo un poco su sensación general de bienestar. Había engordado un poco en el medio y su cabello rubio se había desgastado, aunque no era calvo en absoluto. Pero todavía tenía la apariencia agradable que había atraído miradas coquetas de las camareras de Oxford y miradas más refinadas de las damas en los salones de baile de Londres. Parecía impermeable a los encantos de todas ellas. Se estaba guardando para su futura esposa, siempre había dicho riendo cuando sus amigos se burlaban de él.

Clarence había sido amiga de Olivia incluso antes de la ruptura del matrimonio. Había sido su mejor amigo desde entonces. Sus cartas lo mencionaban de vez en cuando, y Sofía se refería con frecuencia a él cuando hablaba de su hogar.

Y Olivia, recordó de una cierta tarde en el jardín escondido, se había convertido en una amante apasionada y experimentada en algún momento durante los últimos catorce años.

El conde trató de no perseguir tales pensamientos. Pero los pensamientos y las imaginaciones lo perseguían, parecía, y no debían resistirse durante la noche a su regreso. Se había sentado con sus padres y Emma en el té antes de mezclarse más libremente con los otros huéspedes, y terminó estando sola con Clarence junto a la bandeja de té durante quince minutos. En la cena, ella se sentó con el duque y su padre. Y después, en el salón, habló con la duquesa y Richard y su esposa. Se unió a ella allí mismo y se sentó a su lado hasta que la llamaron para que ayudara a la esposa de Claude a encontrar algo de música para tocar en el pianoforte.

Y luego se sentó en un sofá cerca del pianoforte con Clarence y Emma, y se quedó allí incluso cuando Emma se levantó para tocar mientras la esposa de

Claude cantaba. Los dos conversaban con una sonrisa profunda, se giraron el uno hacia el otro para que parecieran no tener ojos para nadie más.

El conde se acercó a los dos. Ambos lo miraron y le sonrieron.

—Estamos recordando, Marcus,— dijo Clarence. —Parece que fue ayer que Sofía era una niña y ahora está a poco más de una semana de casarse—. Y parecía muy feliz por eso, también.

—Sí, — dijo el conde. —Ella debería saber de qué se trata. Se han conocido durante toda su vida. —Recordar la infancia y la niñez de Sophia era algo en lo que no podía participar.

— ¿Recuerdas la primera vez que se conocieron?— Preguntó su esposa, sonriéndole con algo de diversión. —Estaba en Rushton cuando solo era una niña pequeña. Todos los chicos tenían pelotas nuevas y tres de ellos habrían complacido alegremente a Sophia compartiendo con ella. Pero era la pelota de Francis la que ella quería y con la que ella quería jugar.

Clarence se rió entre dientes. —Yo estaba allí en ese momento— dijo. —La primera vez que se fijó en su futura esposa fue para hacer una mueca de gárgola y sacarle la lengua, si no recuerdo mal.

—Un poco antes de empujarla a un pedazo de lodo medio seco —dijo el conde. —Su vestido era blanco, ¿verdad, Olivia?

—Oh, sí, —dijo ella—, así fue.

—Y el pobre Francis fue puesto sobre la rodilla de William por su primer azote con respecto a Sophia —dijo el conde.

Los otros dos se miraron y se rieron.

El conde se dio la vuelta cuando el nivel de ruido subió en la habitación cuando Francis y Sophia regresaron, Sophia luciendo inequívocamente rosada la boca.

Su pequeña niña, pensó el conde, cuando los tres hermanos hacían su habitual acto de burla y Francis frunció los labios y les aseguró que los celos no lograrían nada y Sophia se sonrojó. Era demasiado joven para ser maltratada por el joven Francis. Pero en nueve días, ella sería su esposa.

Oh, Sophia, pensó, todos los años perdidos. Años en que la había visto solo durante breves semanas dos o tres veces al año, aunque Olivia nunca se la había negado cuando le había preguntado. Años en los que pudo haberla visto crecer y guardado una gran cantidad de recuerdos para su vejez y para contárselos a sus nietos.

Sus ojos se desviaron de regreso a su esposa, quien se reía con Clarence por algo que Bertie acababa de decir.

Más tarde esa noche, se encontró inquieto mientras se desvestía y se preparaba para ir a la cama. No podía pensar en acostarse y dirigirse a dormir. No estaba cansado. Se dirigió a la ventana de su dormitorio y tamborileaba con los dedos en el alféizar. Parecía que había dejado de llover afuera. Tal vez podría dar un paseo por la mañana temprano. Pero había una noche para pasar primero.

Pensó en bajar a la biblioteca para encontrar un libro. Pero no tenía ganas de leer. No sería capaz de concentrarse.

Su esposa estaba en la habitación de al lado, pensó, deteniéndose bruscamente el ritmo que había empezado. Había sentido el vacío de la habitación durante las diez noches anteriores, aunque nunca había estado en su habitación desde su llegada a Clifton. Pero sin embargo había sentido su vacío. Y ahora estaba allí otra vez. Podía sentir su cercanía.

Su cercanía lo inquietaba. Quería hablar con ella. Sólo para hablar. Quería su compañía. Eso era seguramente lo que más había echado de menos a través de los años. Habían sido muy buenos amigos. Habían sido la segunda mitad del otro. No había estado completo en todos los años sin ella.

Se dirigió a su vestidor. Probablemente ya estaba dormida. E incluso si no lo estuviera, se indignaría si entraba en su habitación. Al menos tenía derecho a la privacidad de su dormitorio. Pero era su esposa y todo lo que quería era hablar. Probablemente estaba dormida.

Giró el pomo de la puerta entre sus vestidores en silencio, sin decidir si abriría la puerta. Pero lo hizo, lenta e indeciso, y entró en su vestidor. Olía ligeramente a su perfume. El vestuario de Olivia siempre había olido así. La puerta del dormitorio estaba abierta. Había una vela encendida allí.

Estaba reclinada contra sus almohadas, la vio cuando estaba en la puerta, con un libro abierto en sus manos. Pero no lo estaba leyendo; lo miraba, cerraba el libro y lo dejaba en la mesa junto a ella, junto a la vela.

Tontamente, ahora que estaba allí y no estaba dormida, no podía pensar en nada que decir. Se puso de pie y la miró y ella miró hacia atrás tranquilamente, sin ayudarlo a decirle nada ni ordenándole que saliera de su habitación.

—¿Podrá Sofía sobrevivir la próxima semana?— Preguntó al fin. —Parece lo suficientemente excitada como para estallar.

—Casi se rindió a un ataque de terror esta tarde, justo después de nuestra llegada— dijo. —Ver a tantos miembros de la familia ya reunidos aquí le ha traído la realidad de todo esto. Tenía la sensación de ser arrastrada impotente por los acontecimientos.

—Ella no está teniendo dudas, ¿verdad?— Le preguntó. —Todavía puede ser detenido, todo.

—Le aseguré eso —dijo ella. —Le dije que lo único que importa en última instancia eran sus sentimientos por Francis y su deseo de pasar el resto de su vida con él. Se dio cuenta entonces, por supuesto, que lo ha amado toda su vida. Creo que el también, Marcus, aunque no sé cómo pudo haberlo hecho durante su infancia. Al menos ella sabe que él no es perfecto.

Hubo un silencio en la habitación durante varios momentos. Se movió más allá de la puerta y se detuvo junto a su cama. No llevaba bata, solo un delgado camisón de algodón, bastante bajo en el pecho. Su cabello estaba brillante y suelto sobre sus hombros.

—Sí —dijo él. —Es importante que ella sepa eso. ¿Hemos hecho lo correcto, Olivia, al permitir que ella se case? Yo mismo he estado sintiendo algo cercano al pánico.

—Sí, lo hemos hecho, — dijo ella. —Creo que realmente se aman, Marcus, y son buenos amigos. Han tomado la decisión de casarse y debemos respetar eso. Despues de todo, esta en edad para casarse, aunque es joven. No podemos vivir su vida ni saber si todo lo que hemos hecho por ella fue lo correcto. Solo podemos hacer lo mejor que podamos. El resto depende de ella.

—La privamos de una vida familiar— dijo, sentándose en el borde de la cama.

—Sí —dijo. —Pero no podemos hacer nada para enmendar el pasado, Marcus. Y si hubiéramos permanecido juntos solo por su bien, tal vez hubiéramos llegado a odiarnos el uno al otro. Tal vez nos hubiéramos peleado y discutido constantemente. ¿Habría sido mejor para ella?

—Supongo que no —dijo. —¿Habría sido así entre nosotros?

—Nunca lo sabremos —dijo ella. —Hemos intercambiado algunas palabras de enojo desde que vine aquí.

—¿No te arrepientes de tu decisión, Olivia?— Le preguntó.

—No tiene sentido lamentarse— dijo ella.

—Hum... —dijo, y extendió la mano y tomó un mechón de su cabello y lo extendió por un dedo. —Sophia me dijo que fuiste a una velada en casa de Lady Methuen. ¿Lo disfrutaste?

—Me sorprendió descubrir que conocía a algunas personas— dijo, — incluso después de todo este tiempo. Joanna Shackleton estaba allí.

—Ah, sí, — dijo. —Ella vive la mayor parte del año en la ciudad. Su esposo está en el gobierno, ya sabes.

—Me gustó estar en Londres de nuevo— dijo.

—¿Lo hiciste? — La miró con tristeza. —Siempre te gustó la emoción de unas pocas semanas allí, ¿no? Podrías haber ido allí a lo largo de los años, Olivia. Siempre te lo he dicho. Me habría mantenido alejado.

—Siempre estuvo Sophia, — dijo ella. —El campo era mejor para ella. Además, nunca tuve un gran deseo de ir. Rushton siempre ha ofrecido suficiente actividad social para mí.

—Espero que hayas hecho mucha ropa nueva—, dijo. —¿Lo hiciste?

—Mucho más de lo que necesito —dijo ella. —No me di cuenta de que le habías escrito a la modista, Marcus. Supongo que debías, ya que el pedido iba a ser tan grande y tan apresurada. Pero no es necesario que le hayas dado instrucciones tan estrictas sobre lo que necesitaba.

—Si no lo hubiera hecho— dijo, —hubiera tenido la suerte de encontrarte de vuelta con más de dos vestidos nuevos y un gorro. El sombrero que llevabas esta tarde es muy bonito, por cierto. ¿Es nuevo?

—No encontraría ni soñaría con usar tal frivolidad en Rushton— dijo. — Pero Sophia no me dejaba salir de la sombrerería sin él y Francis, cuando fue acosado por ella, me aseguró que me veía muy guapa con eso.

—Preferiría decir que te queda muy bien, — dijo.

—No se me permitió pagar ninguna de las facturas de la modista—, dijo. — Intente pagar al menos una parte, pero parecía que también habías enviado instrucciones estrictas al respecto.

—Se me debe permitir vestir a mis mujeres para una boda familiar, Olivia,— dijo.

—¿Es eso lo que soy?— Dijo, observando su pulgar acariciar el mechón de pelo sobre su dedo. —¿Una de tus mujeres?

—La madre de mi hija —dijo él.

La observó tragar, bajó la cabeza y le besó el pulso en la garganta. Todavía estaba mirando su mano y su cabello a través de su dedo cuando él levantó su cabeza otra vez. Esperó a que dijera algo, a que se enojara, a que le ordenara que se fuera. No dijo nada.

Con su mano libre, alisó el cabello hacia atrás de su cara y ahuecó su mejilla en su palma. Trazó la línea de su ceja con un pulgar ligero. Ella cerró los ojos y le besó a uno y su mejilla y su barbilla. Besó su boca, y tembló bajo la ligera presión de él.

Levantó la cabeza y miró sus ojos abiertos. No podía ver ningún enojo, ni repugnancia, ni miedo, solo una aceptación tranquila del momento.

Se puso lentamente de pie, aflojó el cinturón de la bata y se lo quitó de los hombros. La observó, dándole suficiente tiempo para echarlo. Sus ojos estaban puestos en los de él. Levantó su camisa de dormir sobre su cabeza, dejándola caer junto a la bata. Sus ojos vagaron sobre él mientras la observaba. Todavía no le había dicho que se fuera.

Levantó sus ojos hacia él cuando retiró la ropa de cama y agarró su camisón por el dobladillo y lo deslizó sobre su cuerpo. Levantó los brazos cuando se dio cuenta de que no iba a detenerse en su cintura. Dejó caer su camisón encima de sus propias prendas.

Pensó que era extraño que en cinco años de un matrimonio perfecto nunca hubieran estado desnudos juntos. Nunca la había visto como la veía ahora. Con sus manos y su cuerpo, había sabido que era hermosa y deseable, y sus ojos habían confirmado la evidencia de sus otros sentidos cuando estaba vestida. Pero sus años de casados habían sido muy decorosos. Muy cerca. Muy, muy cariñosa. Pero carente de algo de pasión física.

Era hermosa más allá de toda descripción, su esposa separada de treinta y seis años. La madre de su hija. Livy Se movió sobre la cama mientras se acostaba a su lado. No apagó la vela.

Ella era Livy. Sus ojos le dijeron eso a la luz de las velas, y también sus manos y su cuerpo. Y sin embargo era una mujer que no conocía. Su mano en su cintura y su boca sobre la de ella le dijeron que estaba ardiendo instantáneamente, que no debía haber esfuerzos lentos y minuciosos para despertarla. Se volvió hacia un lado y su palma se abrió paso desde su cintura hasta su hombro. Chupó su lengua y arqueó sus caderas contra las suyas. La oyó gemir, cuando un cierto shock en él dio paso a una respuesta instantánea.

Livy Dios mío, Livy.

Su mano confirmó su expectativa de que estaba caliente y mojada. Desesperado por la liberación. Demasiado excitado para los juegos previos. La sostuvo con un brazo y la acarició con sus dedos ligeros y sabios hasta que se rompió contra él. Y la abrazó, canturreándole, inconsciente de las palabras, si hablara, mientras sus estremecimientos daban lugar a la relajación.

La sostuvo por unos minutos más antes de voltearla sobre su espalda y ponerse encima de ella, extendiendo sus piernas con sus rodillas, y montándola mientras se despertaba de nuevo.

Estaba caliente, húmeda, lánguida. Para ser disfrutado en su tiempo libre. Quería tomarla lentamente. Quería siempre estar donde estaba en ese momento. Quería que durara para siempre. Nunca había habido nadie más que Livy. Nunca podría haberla.

La amaba con un ritmo lento y profundo, con la cara en el pelo, respirando el aroma, sabiendo que su cuerpo la conocía como la había conocido cuando era joven, como un marido joven. Era cálida, relajada y cómoda como lo había sido entonces. Amarla fue una experiencia emocional y física entrelazada, inseparable. Amar era la palabra perfecta para lo que siempre habían hecho juntos en su cama y para lo que estaban haciendo juntos ahora.

Y, sin embargo, no estaba en el pasado, después de todo. Estaba en el presente. Y ella era diferente. Después de unos minutos ya no estaba pasiva. Sus caderas recogieron el ritmo de su amor, dando vueltas a sus movimientos, y levantó las piernas de la cama para entrelazar las suyas. Sus hombros presionaban el colchón, sus pechos se levantaban para presionar más íntimamente contra su pecho. Estaba respirando con jadeos.

Levantó la cabeza y la miró, y ella miró hacia atrás, con los labios entreabiertos y los ojos cargados de pasión. ¿Su mujer? Sí, su mujer para acariciar, para el placer, para el amar. Su mujer para enterrarse, para liberarlo. Para traerle la paz. Y amor.

Sus ojos se cerraron cuando cambió su ritmo, profundizando la penetración en su cuerpo. Y ya no podía mantener el ritmo, sino que empujaba contra él, tensa por la necesidad.

La observó, sintió la respuesta de su cuerpo con la suya propia, esperó ese momento indefinible en el que supo que ella vendría a él, y volvió a meter la cabeza en su cabello, acercándose a ella en el mismo momento. Y permitió que la reacción física pura lo llevara más allá del momento y al mundo de la seminconsciencia más allá del clímax. Su cuerpo era suave y cómodo debajo del suyo.

No se arrepintió. No podía arrepentirse. Ella lo había anhelado desde aquella tarde en el jardín escondido. Había descubierto entonces lo cerca que había estado de la inanición durante catorce largos años. Podría haber mantenido su sexualidad sin expresar por el resto de su vida, pero una vez que lo tuvo de nuevo, su hambre la rozó como un dolor físico, como una advertencia de muerte inminente.

Había sufrido incluso por verlo mientras estaba en Londres. Incluso había llorado por él. Y no había podido dormir antes, o leer, aunque había estado tratando de perderse en un libro. Había sido demasiado consciente de su presencia en la habitación de al lado, probablemente dormido. Su necesidad de él había sido palpitante en lo profundo en su vientre.

Había pensado, primero, cuando giró su cabeza seguramente por vigésima vez en una hora y lo vio de pie en silencio en la puerta de su vestidor que debía ser producto de una imaginación demasiado fértil.

Lo había deseado con un anhelo enfermo mientras hablaban, y cuando se sentó a un lado de su cama y tomó un mechón de cabello entre sus dedos.

No se arrepintió de lo sucedido. O si lo hizo, era solo el hecho de que había estado tan descontrolada, tan incapaz de esperar la primera vez, incluso para que él entrara dentro de ella. Supuso que se sentiría avergonzada por ese recuerdo una vez que terminara la noche. Y tal vez se reiría de la evidencia que le había dado de lo mucho que lo había extrañado.

Pero el otro amor, el que acaba de terminar, había sido maravilloso más allá de lo imaginable. A menudo le gustaba estar en ella durante mucho tiempo. Le gustaba la sensación de ser físicamente uno con ella, así como uno de otra manera, solía decirle. —Un cuerpo, Liv. Se siente bien, ¿no es así? Dime que se siente bien.

Siempre se había sentido bien porque era Marc y lo amaba y estaba haciendo lo que hace una esposa para demostrarle a su esposo que lo ama. A veces había habido comienzos de placer activo, en ocasiones incluso la casi culminación del placer, aunque siempre con algo que simplemente la eludía.

Ese algo ya no la eludía. Y se preguntaba si él siempre experimentaba ese placer. Si es así, podía entender por qué le había gustado tener relaciones íntimas con ella tan a menudo y por qué siempre había dormido tan profundamente después.

Fue maravilloso No creía que su cuerpo se hubiera sentido tan agotado de energía y tan relajado. Su peso era pesado para ella. Sus piernas, que había desenroscado de las suyas, estaban abiertas a cada lado de las suyas. Se sentía demasiado bien para dormir. No podría levantar un brazo para salvar su vida, pensó con una sonrisa.

¿Y ahora qué? Su mente se preguntó, negándose a quedarse quieta mientras el resto de su cuerpo estaba quieto. ¿Que mañana? ¿Y qué será la próxima semana después de la boda de Sofía? Intentó no pensar más allá de la boda.

¿Qué diría si él le pide que se quedara?

¿Qué haría si él no lo hiciera?

Trató de no pensar.

Se despertó con un sobresalto y luego se quedó quieto de nuevo. Esperó a que se moviera. Esperaba que él no lo hiciera. Esperaba que se durmiera o levantara la cabeza y la besara.

Marc. Marc. Trató de hablar con él con su mente. Tenía miedo de hablar. No sabía qué decir. ¿Cambió algo lo que había sucedido? ¿Todo? ¿Nada?

Se levantó de ella sin mirarla y se sentó en el borde de la cama, de espaldas. Luego se puso de pie y cruzó la habitación para mirar por la ventana. La vela se había consumido.

—Has tenido un buen profesor, Olivia, — dijo.

—¿Qué? — No estaba segura de haber oído lo que había dicho.

Miró hacia atrás por encima del hombro. La habitación parecía curiosamente luminosa. —Él te ha enseñado bien, quienquiera que sea— dijo. — Y obviamente te ha dado muchas lecciones.

Alcanzó las mantas y las levantó lentamente sobre sí misma. Todavía no estaba segura de haber entendido.

—¿Clarence, supongo? — dijo.

Clarence? ¿La estaba acusando de haber tenido un amante? ¿Y Clarence? ¿No lo sabía? Marc y él habían sido amigos durante años. Pero entonces Clarence dijo que ella era la única a la que le había contado y que nunca había hecho nada para que nadie sospechara.

—No debes tenerme miedo, sabes, Olivia,— le dijo una noche cuando la acompañaba a su casa a través del parque desde la de Emma.

Nunca antes había pensado en tenerle miedo. Pero un chisme de la aldea los había deleitado a todos de manera impropia durante parte de la noche con relatos de un violador desconocido en una ciudad a no más de diez millas de distancia. Y realmente no había tenido miedo, por supuesto, solo más consciente de la oscuridad y la soledad del parque.

—Tal vez te preguntes por qué nunca he tratado de hacerte el amor desde que Marcus se fue, —había dicho. —Supongo que te das cuenta de que ha habido algunos chismes sobre nosotros en el pueblo, ya que pasamos mucho tiempo juntos.

—No me importan los chismes— le había asegurado.

—Debo decirte algo —había dicho. —Algo que nunca le he contado a nadie, Olivia, y nunca pensé en contarlo. Pero necesitas saber que nunca debes temerme. No me importan las mujeres de esa manera, ya ves.

Ella había sido aturdida. —¿Quieres decir…?

—Sí, lo sé —había dicho. —Y desafortunadamente es algo que no se puede cambiar con un simple esfuerzo de voluntad. Soy como soy. Pero ninguna mujer u hombre lo sabe, excepto tú. Porque la fuerza de voluntad nos permite ser casto,

ya sabes. He elegido la castidad sobre la otra opción. ¿Estás totalmente disgustada?

Le sorprendió. Demasiado asqueada. Pero había sido su querido amigo durante varios años en ese momento.

—Lo siento —había dicho—, no puedo responder tan pronto, Clarence. No quiero que me escandalice. Ciertamente, no quiero que me de asco. Creo que la vida debe haber sido difícil para ti.

—La vida nunca es fácil, ¿verdad? —Había dicho. —Lo sabes mejor que nadie, Olivia. Te llamaré dentro de unos días y me dirás con toda sinceridad si puedes seguir siendo mi amiga. Y no debes mentirme. Lo sabré, ya ves.

No, supuso que Marc no lo sabía.

—No tienes que pensar que estoy esperando una respuesta— dijo. —No te estoy acusando, Olivia. Sería bastante ridículo comenzar a actuar como el marido indignado en esta fecha tan tardía, ¿no es así? Me alegro, de hecho, de descubrir que has estado disfrutando de la vida. ¿Me imagino que ha sido bueno contigo?

—Él es mi amigo —dijo ella. —Mi querido amigo.

—Ah, — dijo él.

—Lady Mornington estaba en la velada de Lady Methuen— dijo.

—Ah, ¿fue ella? — dijo él. —Espero que hayas evitado la vergüenza de enfrentarte cara a cara con ella.

—No, — dijo. —Hablamos. Parece una dama refinada.

—¿Esperabas a una puta vulgar? —Dijo. —No lo es. Es mi amiga. —Hubo una pausa. —Mi querida amiga.

No dijo nada.

Cruzó la alcoba y se agachó para recoger su camisón. Se lo puso y sacó su bata.

—Bueno —dijo—, ¿debemos sentirnos culpables en esta noche de infidelidad hacia nuestros queridos amigos, Olivia? Creo que no, ¿verdad? Después de todo, todavía estamos casados a los ojos de la iglesia y del estado. Y el sentimiento siempre se une a ocasiones como bodas familiares. Creo que podemos perdonarnos a nosotros mismos.

—Sí —dijo.

Se rió suavemente. —Al menos puedes perdonarte a ti misma —dijo—, incluso si eres incapaz de perdonar a los demás. Buenas noches, Olivia. Que duermas bien.

—Sí —dijo ella. —Buenas noches, Marcus.

Después de que se había ido, Se levantó de la cama, se puso el camisón y se sentó en el asiento de la ventana contra el que había estado parado unos minutos antes. Un poco más tarde regresó a la cama para buscar una manta para envolverla. Y miró por la ventana hacia la oscuridad hasta que finalmente se durmió un poco antes del amanecer.

CAPITULO 13

Aparentemente llegaron por docenas durante la siguiente semana, los invitados a la boda. Había familia: el hermano y la hermana del duque y la esposa del primero; sus hijos con sus esposas e hijos; dos primos del conde y uno de la condesa, con sus familias; y amigos de todos, incluyendo a los novios.

—No me había dado cuenta de que había tantas habitaciones en Clifton, papá— le dijo Sophia una tarde después de haber saludado a los primos de dos generaciones y a unos pocos bebés de la tercera.

—Si llegan más personas— dijo, colocando un brazo sobre sus hombros —puede que tengamos que barrer las telarañas de los áticos, Sophia, e incluso instalar tiendas de campaña en los parapetos. La próxima vez que decidas casarte, mi niña, recuerda todo lo que viene con una boda, ¿quieres?

La próxima vez que te cases. Sus ojos brillaban. Estaba bromeando, por supuesto. Pero resolvió en silencio que nunca habría una próxima vez. No podía hacerle esto a papá otra vez. Además, no querría casarse una vez que este compromiso estuviera a salvo en el pasado.

—Todos han llegado— le dijo a Francis esa noche cuando varios de los más jóvenes habían salido a pasear.

—Y así lo han hecho, — dijo. —Apuesto a que tu papá se alegra de que solo quedan tres días más para esto, Soph. Uno tropieza con los invitados dondequiera que se gire. ¿Tienes frío?

—No, — dijo entre dientes. —No podemos esperar más, Francis. Habrá que hacerlo esta noche. ¿Será por pelea violenta o de mutuo acuerdo amistoso? De cualquier manera debe ser mutuo, creo. No quiero que parezcas completamente abandonado.

—¿Crees que deberíamos tener algunos sirvientes que reúnan a todos y enviarlos a la sala de estar?— Dijo. —Va a ser un apiñamiento todopoderoso ahí dentro, Soph. ¿Y quién va a hacer el anuncio? Difícilmente puedo ser yo, ya que el honor no me permite romper un compromiso matrimonial. ¿Tú?

—¿Yo?— Su voz emitió un chillido.

—O tal vez debería haber una reunión privada con nuestros padres primero— dijo. —Tal vez tu papá hará el anuncio.

—Oh —dijo, inconscientemente le agarró con fuerza el brazo. —Se sentirá tan humillado. No parece justo que la tarea sea suya, ¿verdad?

—Y, sin embargo, fue por su felicidad que emprendimos toda esta farsa— dijo.

—Sí —dijo con duda.

—Parece esperanzador, Soph, — dijo. —Han estado actuando como una pareja desde que regresamos de Londres. Siempre están juntos para saludar a la gente, y ya ha habido suficiente de eso en los últimos días, Dios sabe.

—Sí —dijo—, pero no puedo evitar pensar que lo están haciendo solo por mi bien, ya que le conté a papá cómo me sentía, Francis. —Tiró de su brazo. —No debemos seguir paseando así, aplazándolo. Debemos volver a la casa ahora y pedirle a mamá, a papá y a tus padres que vayan a la biblioteca.

—Oh, Señor —dijo—, creo que el tío abuelo Aubrey y los primos Julius, Bradley y Lord Wheatley han tomado posesión de la biblioteca, Soph, con un decantador de brandy y una botella o tres de oporto.

—En el salón azul, entonces, — dijo.

—Tía Hester y tía Leah están intercambiando un año completo de chismes allí dentro, —dijo—, con tu tía abuela Clara y su prima Dorothea y media docena de otras damas como audiencia.

—La sala de la mañana, entonces, —dijo ella.

—A los niños mayores se les ha permitido salir de la guardería y entrar allí por la noche, si se acuerda, — dijo.

—Bien, en algún lugar, — dijo ella. —Tiene que haber una habitación vacía en algún lugar, Francis.

—Tengo mis dudas —dijo él. —Pero si los convocamos en medio de la sala, me atrevería a decir que nadie escuchará lo que se está diciendo.

—¡Francis! —Dijo.

—Te diré una cosa, Soph,— dijo, dándole una palmada en la mano. —Esta noche no es el momento adecuado para hacerlo. La mitad de los hombres están con sus copas y las damas están con sus chismes y algunas personas de aquí han robado en las sombras para un tête-à-tête privado y una docena o más de personas llegaron hoy y no les agradaría tener que empacar sus maletas a medio desempacadas para salir de nuevo al amanecer. Creo que tal vez deberíamos dejar a todos con su entretenimiento nocturno y decirles mañana a la luz del día.

—A la luz del día —dijo. —Oh, Dios no lo quiera. Francis, hay que hacerlo pronto. Si seguimos así mucho más tiempo, vamos a estar casados.

—Demonios, sí, —dijo. —No podemos permitirlo, ¿podemos? Mañana debe ser, entonces, Soph, y no un momento después. Casado, por Jupiter. No puedo pensar en ningún destino más terrible, ¿verdad?

—Ninguno —dijo con aspereza. —Especialmente el matrimonio contigo. Podría pensar en mejores maneras de estar cómoda en el infierno.

—Oh, vamos— dijo, —no hay necesidad de rencor, ¿verdad, Soph?

—Bueno —dijo —, siempre estás diciendo cosas sobre destinos terribles y todo eso. ¿Crees que casarnos sería un destino mejor para mí? ¿Crees que estoy jadeando en secreto por ti? ¿Crees que espero, en secreto, que no haya salida a este compromiso, después de todo? Si mañana no te parece el momento adecuado, Francis, subiré a la azotea y gritaré la noticia a todo el campo. ¿Qué le parece eso?

—Muy bien, me gusta —dijo. —Llamaré a todo el mundo al césped por ti, ¿verdad, Soph? La imagen mental de estar de pie allí arriba, con los brazos extendidos, con el cabello suelto con la brisa, es enormemente estimulante. Sin embargo, creo que necesitarías un pecho más grande para llevarlo a cabo.

—Oh —dijo ella—, así que ahora mi pecho es demasiado pequeño, ¿verdad?

—¿Está segura de que estarás dispuesta a discutir un tema así conmigo una vez que la primera oleada de tu ira se haya enfriado?— Preguntó. —Creo que tal vez es hora de besarte y llevarte adentro, Soph.

—No te acerques a mí— dijo.

—Una orden extraña —dijo—, cuando te aferras a mi brazo.

Lo soltó.

—¿Te alegraras mucho de deshacerte de mí, Soph?— Preguntó, tomando su rostro entre sus manos.

—Sí, mucho, — dijo. —Muy, muy contenta.

—No tendrás a nadie con quien pelear— dijo.

—Y nadie que me insulte, — dijo.

—Y nadie a quien liberar tu veneno.

—No lo necesitare sin ti— dijo ella.

—Me vas a extrañar, —dijo.

—Cierto —dijo. —Justo como echo de menos al cirujano que me sacó uno de los dientes el año pasado. Así como extraño el par de zapatos que tiré a la basura esta primavera porque me salieron ampollas en los diez dedos de los pies. Tal como…

—Bueno —dijo—, por lo menos compartimos sentimientos mutuos acerca de deshacernos el uno del otro. Tenía miedo de que me extrañaras en serio.

—Mmm, engreído— dijo mientras la besaba.

—Mm, sí, —dijo después de un considerable intervalo de silencio. —También compartimos ese sentimiento, Soph. Hagámoslo una vez más, ¿vale? Mañana a esta hora, todo habrá terminado.

—No puede ser demasiado pronto para mí— dijo. —Mmm.

—Mmm, — dijo un rato después. —Estoy totalmente de acuerdo contigo, Soph. ¿Vamos a entrar antes de que este sentimiento de rara amistad se rompa con otra pelea?

—No sé por qué me besas de todos modos— dijo ella. —Ya no tenemos que engañar a nadie, ¿verdad?

—A veces, Soph —dijo—, uno tiene que hacer algo puramente para sí mismo.

Ella lo miró.

—Pude ver que estabas deseando que te besaran— dijo. —Ah, eso está mejor. De repente te ves mucho más a ti misma.

—¡Tú sapo! —Dijo.

Habían pasado mucho tiempo juntos desde su regreso de Londres. Pero aparte de esa noche con su amargo final, no habían estado solos juntos. No había vuelto a su habitación, aunque ella se había quedado despierta toda la noche mirando la puerta de su vestidor, esperándole y sabiendo que no vendría, anhelándole y temiendo que apareciera.

Faltaban tres días para la boda de Sophia, se dijo a sí misma la noche a la llegara del último de los invitados. Días fáciles ya que había tanto por hacer y tantos invitados para entretener y familiares y amigos con quienes pasar el tiempo. No tendrían oportunidad de estar solos entre ellos, y había demostrado que ya no deseaba venir a ella por la noche. No sabía por qué había venido esa noche. ¿Extrañaba a su amante, tal vez?

Emma y Clarence planeaban partir el día después de la boda. Era suficiente que Lord Clifton hubiera entretenido a un número tan grande de personas durante la semana y más antes de las nupcias, dijo Emma. Lo menos que podían hacer era despegarse sin demora una vez que terminaban las festividades.

—Y te alegrarás de un poco de paz y tranquilidad y relajación, Olivia, — dijo ella — después de toda esta emoción.

Sí, lo haría. Pero no encontraría esas cosas en Clifton. Cuando sus amigos regresaran a Rushton, había decidido que iría con ellos. Allí comenzaría de nuevo su batalla por la paz interior.

Estaba sentada junto a su marido en un sofá en el salón, con sus hombros casi tocándose. Estaban en un grupo con sus padres y los Biddeford y Emma y Clarence. Varios invitados se encontraban en otras habitaciones de la casa. La mayoría de los jóvenes habían salido a dar un paseo, ya que la lluvia había cesado el día anterior.

—Sí, —decía su padre, continuando una conversación que había estado en curso durante varios minutos. —Lo que dices es cierto, Srta Burnett. No se necesita un gran número de familiares cercanos para alcanzar la satisfacción en la vida. Solo tenemos una hija y una nieta, aunque deseamos más de cada una, ¿no es cierto, Bridget? Pero nos tenemos el uno al otro y nuestro círculo de buenos amigos y vivimos una vida felizmente.

—Los amigos son la clave de la satisfacción— dijo Emma. —Uno puede elegir a sus amigos, mientras que uno no puede elegir a su familia.

—Excepto el cónyuge— dijo el conde.

—Pero la amistad consiste en la libertad— dijo Emma, lanzando su tema favorito, —la libertad de dar o de retener el afecto. Esa libertad se desvanece instantáneamente en el matrimonio. Una vez que uno se ve obligado a la amistad, entonces ya no es amistad sino amabilidad forzada. Se mata la libertad. El amor es asesinado.

—No necesariamente,— dijo el padre de Olivia, inclinándose hacia adelante en su silla.

—Olivia —dijo Clarence con una sonrisa—, me voy a dar una vuelta por la terraza. Si me quedo más tiempo, no sabré quiénes son mis amigos y quiénes no lo son, ni siquiera qué es la amistad. ¿Te importaría unirte a mí?

Ella se puso de pie agradecida. —Eso suena maravilloso— dijo.

—¿Alguien más le gustaría dar un paseo?— Preguntó, mirando al grupo. Pero todos los demás parecían absortos en la discusión.

Olivia se encontró con los ojos de su marido y medio sonrió. —¿Disculpe? — dijo.

—Por supuesto. —Inclinó la cabeza.

Era una noche hermosa, fresca después de los días de lluvia y frío, también, pero no lo suficientemente fría como para necesitar subir las escaleras para conseguir un chal.

—Emma está en su elemento —dijo, tomando el brazo de Clarence cuando salían a la terraza. —Tiene una audiencia totalmente nueva en la que desatar sus teorías.

—Lo sé —dijo, sonriendo. —Pero yo soy el viejo público y pensé que era hora de salir a tomar aire fresco.

—Ah, —dijo, respirando la frescura—, se siente bien.

—¿Las cosas te van bien, Olivia?— Le preguntó. — Casi esperaba encontrarlos a los dos con dagas cuando llegué. En cambio, fui testigo de toda la impaciencia de Marcus por tenerte en casa desde Londres, y de veros a los dos después de tu regreso, como un par de amantes reunidos.

—Estaba ansioso por tener a Sophia en casa— dijo. —No la ha visto lo suficiente a lo largo de los años, Clarence. Siempre supe por sus cartas que la amaba. No me di cuenta hasta que llegue aquí que su amor por ella es igual al mío.

—¿Te quedarás? — preguntó. —Tú sabes mi opinión sobre esa vieja disputa y sobre tu larga e innecesaria separación.

—No fue una pelea— dijo, —y no fue innecesaria. Voy a volver a casa contigo y Emma.

—¿El día después de la boda? ¿Estás segura, Olivia?

—Apenas puedo esperar— dijo ella. —Siento como si no pudiera respirar aquí, Clarence. Quiero estar en casa en mi propio mundo con mis propios amigos y actividades.

—¿Con Emma y yo y los Povises y los Richardson y todos los demás?— Dijo. —¿Somos sustitutos dignos de Marcus, Olivia? ¿Ha dicho que quiere que te vayas?

—No ha dicho que quiera que me quede,— dijo ella. —Es intolerable estar aquí, Clarence. Cuando llegué por primera vez, como saben, pensé que sería simplemente pasar unos días discutiendo el futuro de Sophia y rechazando la oferta de Lord Francis. No parecía que permitiéramos que se casara. De hecho, por supuesto, no fue tan simple como eso. Me lo advertiste, ¿no? Ninguno de nosotros se había enfrentado al hecho de que ella ha crecido y está en edad de casarse y que Francis es un partido perfectamente elegible para ella, incluso si ha sido un poco salvaje desde que llegó a la universidad. Si hubiera sabido que esto iba a suceder, le habría escrito a Marcus diciéndole que cualquier decisión suya tendría mi apoyo. No habría venido.

—Pero habrías venido a su boda, — dijo él.

—Oh, — dijo. —Sí, supongo sí. Y hemos acordado más o menos, Clarence, reunirnos ocasionalmente después de que Sophia esté casada, visitarla o que nos visite. Ojalá no tuviera que ser así. Ya tengo miedo de las próximas semanas.

—¿Porque tendrás que volver a pasar por lo que pasaste hace años cuando Marcus se fue por primera vez?— Preguntó.

—¿Cómo voy a sobrevivir? — preguntó.

—Siendo orgullosa y obstinada y tan fuerte como cualquier otra decena de mujeres juntas— dijo. —Y tan tonta como veinte.

—¿Qué voy a hacer, entonces?— Preguntó. — ¿Arrodillarme ante él y suplicarle que me acepte de nuevo?

—Quizá permitirle hacer lo mismo, — dijo.

Ella se rió. —Conocí a Lady Mornington en Londres— dijo. —No es nada encantadora, Clarence. Y sé que suena infantil, pero no lo digo en ese sentido. Parecía una mujer perfectamente sensible, amable e inteligente. Parecía el tipo de mujer de la que un hombre se encariña. Han estado juntos durante seis años, creo, más tiempo del que él y yo estuvimos juntos. Le dije que la había conocido y que no negaba nada ni trataba de justificarse. Simplemente dijo que era su querida amiga.

—No te dejó por elección, Olivia, — dijo. —Y catorce años es mucho tiempo, ya sabes.

—Oh, sí, — dijo. —Lo sé, Clarence. Créeme, lo sé. Añadió que estábamos juntos otra vez.

—¿Lo has hecho? — preguntó en voz baja. —¿Estás segura de que deberías decirme esto, Olivia?

—Pero tengo que hablar con alguien— dijo ella. —Me siento muy sola. No puedo hablar con mamá. Solo me aconsejaría como siempre ha hecho cumplir con mi deber, sea lo que sea que eso signifique. Y no puedo hablar con Emma. Ella solo me aconsejaría como siempre lo hace que me olvide de todos los hombres y así aliviar mi mente de todas las tensiones y emociones negativas.

—¿Y no quieres ese consejo? — preguntó.

—Clarence —dijo ella—, eres mi mejor amigo. Oh, sí, lo eres Sabes que lo eres y has estado desde que Marcus se fue. Puedo hablarle sobre cualquier cosa en la tierra y sé que me escuchará con un oído comprensivo. Lo harás, ¿verdad? Hemos estado juntos dos veces. Y fue maravilloso y terrible.

—¿Terrible?—, Dijo.

—Después —dijo—, las dos veces, cuando esperaba palabras tiernas, solo tenía frialdad que ofrecer. Como si me hubiera estado utilizando simplemente, poniéndome en mi lugar, recordándome que todavía soy su esposa para ser usada si él lo elige.

—¿Le soltaste unas palabras tiernas? — preguntó.

—Pero debe haber conocido mis sentimientos, — dijo ella. —No hice nada para esconderlos.

—¿Conocías sus sentimientos?— Preguntó. —¿Antes de que hablara, quiero decir?

—Pero me equivoqué —dijo. —Cuando habló, supe que había entendido mal. Hemos estado separados demasiado tiempo, Clarence. Ya no lo conozco. Es un extraño para mí. Creo que Marc debe haber muerto hace muchos años.

—Quizás necesitas hablar con él, Olivia, — dijo. —Solo habla como me hablas a mí. Solían hablar constantemente, ¿no es así? Solía encontrarme con vosotros cabalgando o caminando juntos, y siempre estabas tan metido en una conversación que ambos se sorprendían cuando los llamaba. Sucedió tantas veces que fue una broma privada que tenía conmigo mismo.

—No sabría por dónde empezar— dijo.

—Entonces empieza por donde sea, — dijo. —Empieza con el tiempo. Las ideas a menudo fluyen una vez que la lengua se ha puesto en movimiento.

—Suena demasiado simple —dijo. —No creo que pueda funcionar, Clarence.

—No lo sabrás a menos que lo intentes, — le dijo. —¿Por qué no lo invitas a salir ahora? Parece que somos los últimos aquí y me parece que hemos estado fuera mucho más tiempo del que pretendía mantenerte. Tendremos suerte de no encontrarnos con grupos de búsqueda.

—Es tarde —dijo ella. —Tal vez mañana.

—Nunca dejes para mañana lo que se puede hacer hoy— dijo, sonriendo. —Mi madre solía decirnos eso tan a menudo de niños que solíamos decir las palabras con ella si podíamos llegar lo suficientemente lejos para no ser observados.

Ella suspiró. —Siempre haces que la vida suene tan sencilla, Clarence,— dijo. —Quizás haga lo que me sugieras. Veré si está ocupado con alguien.

El conde de Clifton no estaba ocupado con nadie, al parecer. Vino caminando por el pasillo para encontrarse con ellos cuando entraron en la casa, pasando los ojos de Clarence a su esposa.

—Necesito hablar contigo, Olivia,— dijo, tomando su brazo.

Miró a Clarence y él le dirigió una sonrisa alentadora.

—Veré si queda algo de té en el salón, —dijo.

La mano de su marido estaba firme en su brazo. La condujo sin una palabra por el pasillo y abrió la puerta de su estudio privado.

—¿Qué es?— Le preguntó ella. —¿Algo va mal? ¿Sofía?

No había luz en el estudio. Cerró la puerta firmemente detrás de ellos y los sumergió en la oscuridad. Y la hizo giró con impaciencia para que chocara con su pecho y encontró su boca con la de él.

La urgencia del beso no tenía nada que ver con la pasión, la necesidad o el amor, se dio cuenta después del primer momento de conmoción y de alegría latente. Fue un beso diseñado para magullar sus labios y cortar la carne detrás de ellos contra sus dientes. Fue un beso destinado a herir e insultar. Lo empujó contra sus hombros, luchó incluso más cerca de él, y finalmente se relajó en sus brazos.

—Te mantendrás alejado de él mientras estés en mi casa—, dijo al fin, con voz tensa y furiosa, —lo que sea que hagas en Rushton. Mi casa está llena de invitados que vienen a celebrar una boda. La de tu hija y la mía. Las normas serán observadas. Estrictamente observada. ¿Me entiendes?

No podía verlo en absoluto. Sus ojos ni siquiera se habían acostumbrado a la oscuridad.

—Claramente — dijo ella.

—¿Dónde estabas? — La tenía por las muñecas.

—Afuera.

—¿Dónde afuera?

—Afuera.

Él sacudió sus muñecas. —Cuando tu madre le preguntó a Sophia si ibas a entrar, Sophia dijo que no te había visto— dijo. —¿Dónde estabas? ¿En el jardín? ¿En el jardín escondido?

No dijo nada.

—Respóndeme. —La sacudió más bruscamente.

—No lo haré,— dijo.

—Estuviste en el jardín escondido —dijo y aflojó su agarre de sus muñecas. —No lo permitiré, Olivia. No en esta propiedad o durante esta semana. —La furia se había ido de su voz, dejándola plana e inexpresiva. —Al menos no invité a Mary aquí.

—¿Lady Mornington? —Dijo ella.

—Al menos no la invité aquí, Olivia, — dijo. —Creo que podrías haber hecho lo mismo.

—Clarence es mi amigo, — dijo.

—Sí —dijo él—, y María es mía.

—Bueno —dijo —, puedes volver con ella dentro de una semana. Sin duda los invitados se irán dentro de uno o dos días de la boda. Regresaré a casa con Clarence y Emma. No necesitas retrasar tu partida a Londres.

—He conocido la paz mental con ella— dijo. —Me acepta por lo que soy.

—Entonces eres afortunado, — dijo. —No hay muchas mujeres que aceptarían tal cosa.

—Olivia, — dijo. —Mantente alejada de él.

—¿Por qué? — preguntó ella. —¿Estás celoso, Marcus?

—Envidioso —dijo y hubo un borde de ira en su voz otra vez. —No tengo a Mary aquí para perder el tiempo.

—Supongo, entonces —dijo ella— que soy más afortunada que tú. ¿Puedo irme ahora?

Le soltó las muñecas y abrió la puerta en silencio. Pasó junto a él hasta el pasillo y cerró la puerta silenciosamente detrás de ella, permaneciendo dentro de la habitación.

Probablemente, se habría dicho a sí misma a la mañana siguiente, que había tenido una noche de insomnio. Ciertamente, había dado vueltas y vueltas durante mucho, mucho tiempo, golpeado sus almohadas, cambiado la ropa de cama y pensó en levantarse, vestirse y bajar las escaleras en busca de algo para comer o afuera en busca de aire.

Pero debe haberse quedado dormida al final. De lo contrario, lo habría oído entrar en su vestidor y lo habría visto entrar en su dormitorio y cruzar la habitación hacia su cama. Lo habría visto quitarse la ropa. Tal como estaba, se dio cuenta de él cuando la cama a su lado se sumergió con su peso.

Y luego un brazo se colocó debajo de ella y la giró de costado y su mano libre le recorrió la mandíbula y la oreja, y su boca encontró la de ella y la exploró cálida y suavemente. Se despertó completamente.

No dijo nada, solo la besó lentamente, casi perezosamente, tocando solo su rostro, su camisón separando sus cuerpos.

—Tranquila —murmuró cuando el deseo surgió y ella se arqueó contra él. —Tranquila.

E impuso la relajación en su cuerpo y le permitió liderar el camino por etapas lentas, deliberadas y eróticas hasta que finalmente le quitó el camisón y se puso encima de ella y solo conocía el frenesí de quererlo, de necesitar lo que le

estaba dando. Le presionó sus rodillas contra su cintura y le instó a ir a ese mundo recién descubierto más allá de la pasión.

—Sí, — le dijo ella. —Sí.

Suspiró contra su oreja.

No trató de abrazarlo mientras se soltaba de ella y le quitaba el peso. Solo mantuvo los ojos cerrados y quiso que no la dejara. Había una desolación mucho peor en estar solo después del amor que en estar siempre solo. Lo había descubierto en dos ocasiones recientes.

Por favor no te vayas, le rogó en silencio. Y volvió a deslizar el brazo por debajo de su cuello, la atrajo hacia sí y tiró de las mantas sobre ellos.

—Él te ha enseñado la pasión— dijo, con voz baja contra su oído, —pero no el control. Te enseñaré el control y la gran maravilla que le sigue.

Pensó que él se iría entonces. Y esperaba sentir furia y la necesidad de ordenarle que saliera de su cama y de su habitación. Pero estaba demasiado cansada para la ira y demasiado cálida y cómoda para querer que se fuera. Quiso que no se fuera. Hundió su cabeza en el cálido hueco entre su hombro y cuello.

Catorce años sin ti me has enseñado la pasión, le dijo en silencio mientras se dormía. *Ni Clarence ni ningún otro sin nombre. Solo tú larga ausencia de mi vida, Marc.*

La despertó nuevamente en la noche y la amó lenta y profundamente. Y recordando sus palabras, comenzó a aprender a mantener su deseo bajo control, para que todos los caminos serpenteantes hacia la gloria pudieran ser explorados y disfrutados, y la gloria misma pudiera ser la más desgarradora y maravillosa.

Incluso entonces no volvió a su propia habitación.

CAPITULO 14

Sophia durmió con dificultad toda la noche. No sabía muy bien cómo iba a enfrentar el día y el anuncio que tendría que hacer. Ojala hubiera insistido en que lo hicieran la noche anterior, a pesar de lo razonable de las objeciones de Francis. Realmente, no había un momento adecuado para hacer tal cosa. Y deseaba haber sido bendecida con una imaginación. Nunca había pensado en lo que implicaría un compromiso matrimonial y una boda planeada más allá de reunir a sus padres. No había pensado en nada más allá de la esperanza de que una vez juntos, se dieran cuenta de que no podrían volver a separarse.

Se levantó muy temprano, se vistió y se cepilló el cabello sin los servicios de una doncella, con la intención de bajar y salir afuera a pesar de que había pesadas nubes que hacían que el exterior se viera frio.

Pero no lo haría, decidió de repente. No esperaría más. No podía. ¿Y por qué Francis debería soportar toda la vergüenza de enfrentarse a ambos padres cuando en realidad nada de esta situación fue su culpa? Decidió que iría a ver a su madre, ya que a menudo había ido cada vez que se veía agobiada por un problema. Siempre le había gustado ir temprano por la mañana, cuando podía subirse a la cama junto a mamá y acurrucarse en su calor y sentir que todas las cargas del mundo se le habían quitado de los hombros y hacia los sensibles y capaces de su mamá.

Ya no podía hacer eso, por supuesto. Pero iría de todos modos. Mamá sabría la mejor manera de darle la noticia a papá y al duque y la duquesa. Y mamá podría aconsejarla sobre cómo y cuándo deberían hacer el anuncio a todos sus amigos y familiares reunidos.

No iba a ser tan simple, por supuesto. Era algo terrible lo que había hecho, a pesar de la pureza de su motivo, y las consecuencias iban a ser igualmente terribles. De hecho, no soportaba pensar en ellas. Y fue el esfuerzo de no pensar en ellas lo que la mantuvo despierta durante la mayor parte de la noche, despertando de los sueños y luchando para permanecer despierta.

Pero iría de todos modos. Si había alguien que podía ayudarla, era su madre. Además, mamá debería ser la primera en saberlo. Y quizás a papá también, pero no le importaba pensar lo qué papá le diría o lo qué haría. Aunque era un miedo sin fundamento, papá nunca la había golpeado, ni siquiera cuando era una niña.

Tal vez debería esperar una hora más civilizada, pensó mientras salía de su habitación hacia un pasillo desierto y cerró la puerta detrás de ella. Mamá iba a estar profundamente dormida. Tal vez debería esperar una hora más. Pero incluso una hora era demasiado larga para esperar, se suponía que su boda tendría lugar

dos días después. Caminó resueltamente y con el corazón palpitante y las rodillas temblorosas en dirección a la habitación de su madre.

Golpeó ligeramente la puerta y la abrió lenta y silenciosamente, como si tuviera miedo de molestar a la madre a la que había venido a despertar.

—¿Mamá?—, Susurró ella, entrando y mirando hacia la cama de la cual las cortinas estaban cerradas hacia atrás.

Y luego se detuvo bruscamente cuando se encontró mirando a los ojos de su padre. Después no pudo explicarse a sí misma cómo tuvo la claridad mental para darse cuenta de los detalles, pero lo hizo. Los brazos desnudos de su padre estaban alrededor de su madre, su cabeza sobre su brazo, su cara contra su pecho desnudo. Su largo cabello rubio estaba despeinado y cubría su brazo. Su espalda estaba desnuda. La mano libre de su padre levanto las mantas sobre su madre dormida.

Frunció el ceño a Sophia y formó un —¡Sh!— Con su boca aunque no hizo ningún ruido. Retrocedió hasta que sintió la manija de la puerta detrás de ella y luego huyó por la puerta, cerrándola tan silenciosamente como sus manos temblorosas podían lograr. Se quedó de pie fuera de la puerta tragando aire, sintiendo tanta excitación en su interior que pensó que seguramente explotaría si tenía que guardárselo todo para sí misma.

¿Cynthia? Cynthia siempre había sido una de sus mejores amigas. Pero no reservó a Cynthia más que un simple pensamiento. Sus apresurados pasos y su corazón desbordado la llevaron a otra puerta y la golpeó un poco menos de lo que había golpeado en la de su madre. Aun así, tuvo que repetir el golpe.

Lord Francis llevaba pantalones cuando abrió la puerta. Eran todo lo que llevaba puesto. Su pelo todavía estaba despeinado de su almohada. Sofía no notó ninguno de esos detalles.

—¿Qué diablos? — dijo. —Vete en este instante, Soph. ¿Estás loca?

—Francis —dijo, con las manos entrelazadas contra el pecho, los ojos brillando—, ¿adivina qué? Lo logramos. Lo hicimos.

Lord Francis dio un paso adelante, miró a derecha e izquierda por el corredor todavía desierto, agarró a Sophia por una muñeca y la arrastró dentro de su dormitorio. Cerró la puerta con firmeza.

—Ciertamente lo hicimos— dijo. —Nos metimos en un aprieto. ¿No te das cuenta de lo que pasaría si te vieran llamando a mi puerta a estas horas de la mañana, Soph? Tu reputación estaría destrozada aunque estuvieras a dos días de tu boda. No habría ninguna cuestión de cancelar la boda. En un momento, voy a sacar la cabeza otra vez para asegurarme de que no haya vigilantes en las puertas y luego volverás de puntillas a tu habitación. ¿Estás tan desesperada por mi cuerpo?

Se rió y le echó los brazos al cuello. —Están juntos en la cama y él tiene sus brazos alrededor de ella y ella está durmiendo con su cara contra su pecho— dijo. —¡Lo logramos, Francis! Lo hicimos. Y ella sorprendentemente le dio un beso en la mejilla.

—Soph, Soph, — dijo, tratando de alejarla de él—, si hay algún ataque que hacer, preferiría ser el instigador, si no te importa demasiado. ¿Quiénes están juntos en la cama? Oh, tu madre y tu padre, supongo. Y entraste caminando sobre ellos. Entonces puedes estar muy agradecida de que estuviera dormida, hija mía. Podrías haber adquirido un rubor permanente.

—¿Crees que ellos ...? — preguntó.

—No tengo ninguna duda de que ellos… — dijo. —Por lo general, suele pasar cuando un hombre y una mujer se meten en la cama juntos, ya sabes, Soph. Y me sentiría mucho más cómodo si no estuvieras tan cerca de la mía, especialmente en mi estado actual de, ah, paños menores. Soy lamentablemente humano, ya sabes.

—Oh —dijo, y saltó lejos de él y pareció notar por primera vez su cuerpo semidesnudo y sus pies descalzos. Se sonrojó lentamente.

—Lo que veas será todo tuyo dentro de dos días, Soph, si no sales de aquí sin que se den cuenta, — dijo. —En cuyo caso es de esperar que esos rubores signifiquen que te gusta lo que ves. Así que pasaron la noche juntos, ¿verdad?

—Sí. —Juntó las manos, y sus ojos volvieron a brillar. —Ha funcionado, Francis. Todo valió la pena después de todo. Ahora no me importará toda la vergüenza a la que nos enfrentamos hoy. No me importará en absoluto, al menos por mi bien. Me preocuparé por la tuya, pues me has hecho una gran favor y nunca lo olvidaré eso por todo lo que nos peleamos terriblemente cuando estamos juntos solos durante más de dos minutos. Me ocupare de la vergüenza.

—Mira, Soph —dijo—, necesitamos hablar algunas cosas antes de reunirnos con nuestros padres. Pero no aquí y ahora, muchas gracias. Hay límites para mi mejor naturaleza. Te veré afuera en media hora. Junto a la fuente. ¿De acuerdo?

—Sí —dijo. —Pero yo cargare con toda la culpa, Francis. Valdrá la pena ahora que sé que volverán a estar juntos para siempre. Oh, eres maravilloso.

—No lo pensaras por mucho más tiempo si sigues ahí de pie con ese aspecto— dijo, caminando resueltamente hacia la puerta y abriéndola cautelosamente. —Aún está desierta. Dios mío, apuesto a que ni siquiera los sirvientes se han levantado. Fuera de aquí ¡Ahora!

Sofía fue, favoreciéndolo con una amplia y radiante sonrisa al pasar a su lado. Lord Francis, a su vez, miro al techo con una mueca exasperada.

Intentó sacar su brazo de debajo de ella sin molestarla. Dios, pero se veía hermosa, enrojecida y despeinada por el sueño. Y aún más hermosa cuando abrió los ojos y le miró fijamente, al principio sin comprender y luego con reconocimiento.

—Será mejor que me vaya —dijo.

No dijo nada.

—No tenía derecho a cuestionar la corrección de tu comportamiento anoche— dijo. —Yo, de todas las personas. Realmente no creo que tengas una aventura aquí bajo la nariz de tu madre y la mía y una gran cantidad de otros familiares e invitados. Lo siento.

Todavía no dijo nada.

—Pero deberías entender cómo me sentía, — dijo él. —Es un poco chocante encontrarse cara a cara con el amante de tu esposa. No es que te culpe, Olivia. Es simplemente extraño verte de nuevo, eso es todo. Mi esposa y no mi esposa. Alguien que conocía y ahora tiene una vida de la que no sé nada. Lo siento por esto, también. Es de mal gusto, supongo, incluso si acostarse es más legal que cualquiera de los dos se ha permitido en catorce años.

Sonrió cuando ella permaneció en silencio, y se sentó en el borde de la cama para ponerse la camisa de dormir.

—Pero nunca fue tu manera de perdonar, ¿verdad?— Dijo, y salió de la habitación sin mirarla.

Deseó que esta maldita boda ya hubiera terminado y que todos se fueran a casa. Incluyendo a Olivia. No dudó que ella se iría con Clarence, su amiga Emma con ellos para proporcionarles la corrección al viaje. Deseaba que ella ya se hubiera ido. Deseaba no tener que volver a verla nunca más.

Su amor por ella se había convertido en algo tranquilo a lo largo de los años, encerrado en lo más profundo, sin perturbar su vida cotidiana. Ahora ese amor se había convertido de nuevo en un dolor, tal vez peor de lo que había sido al principio. Porque al principio había una gran esperanza, la esperanza de que ella lo perdonaría, que se daría cuenta de que no podría vivir sin él, que vería que no valía la pena tirar por la borda una vida de felicidad potencial a causa de una sola transgresión, por más mala que sea.

Ahora no había esperanza. Aunque su actitud hacia él durante el día era amable, había una razón para ello, un acuerdo al que habían llegado. Y aunque le había permitido acostarse en su cama e incluso le recibo allí con una pasión que

no había mostrado antes, su mente no estaba de acuerdo con su cuerpo. No hablaba con él ni le respondía ni lo perdonaba cuando la pasión estaba saciada.

No tenía sentido ir a la cama, pensó cuando llegó a su propio vestuario. Debía ser infernalmente temprano, pero ya no se podía dormir más. Llamó a su ayuda de cámara y se quitó la camisa de dormir.

¿Y qué demonios quería Sophia con Livy a estas horas de la mañana? Alguna otra crisis concerniente a su boda, sin duda. Todos serían afortunados si la niña no cayera en la histeria mucho antes de que terminara la ceremonia.

Olivia quedo inmóvil después de tirar las mantas sobre sus pechos. Miró hacia arriba, hacia el dosel.

Cómo había cambiado, pensó. Siempre había sido el centro de su mundo, ella y Sophia después de su nacimiento. Y Rushton. Nunca había querido a nadie ni a nada más. A menudo solía gemir cuando le recordaba de alguna asamblea a la que debían asistir. No había querido asistir a la boda de Lowry sin ella. Le había pedido que fuera, pensando que sería bueno para él volver a ver a sus amigos.

Y, sin embargo, ahora podía acostarse en su cama, apoyado en un codo, y hablar de su supuesto amante y la insipidez de hacer el amor juntos, como si fuera la cosa más normal en el mundo que un marido y una mujer se comporten así. Y lo más repugnante era que sabía que era bastante normal. Marc se había convertido en parte de su mundo social. Ella no lo había hecho.

¿Por qué no había negado con más vehemencia su relación con Clarence? Se preguntó. Le había dicho la noche anterior que Clarence era su amigo, pero la había entendido mal o no la había creído. Lo había dejado así. Se había sentido demasiado molesta y demasiado cansada para protestar por algo que debería haber sabido sin ninguna duda. Si la conociera como había creído que la conocía, ni siquiera podría haberse preguntado por ella y por Clarence.

Pero Marc pertenecía al mundo real. Ella era la extraña. ¿Qué otra mujer habría instado a su hombre a ir solo a Londres para una boda y todas las fiestas y borracheras y disturbios que serían una parte inevitable de ello? Sólo una inocente totalmente crédula.

Anhelaba estar en casa. Deseaba estar lejos de esto y volver a la paz de su propia casa. Excepto que sabía que esa paz ya no la estaría esperando allí, sino que habría que luchar por todo de nuevo.

Y tal vez nunca la encontraría. Porque la pelea anterior había sido posible por el hecho de que se había considerado correcta. Lo que había hecho era

imperdonable. Y aunque le había perdonado, en su corazón, realmente creía que nunca podrían volver a vivir juntos, que nunca podrían restablecer la confianza y la amistad que los había unido tan estrechamente.

Ahora sabía, demasiado tarde, que se había equivocado en todos los aspectos. Lo que había hecho no era imperdonable. Había sido humano y todo lo humano era perdonable. Y sabía que si solo hubiera tenido el coraje de intentarlo, podrían haber construido una relación aún más fuerte que antes, porque se habría basado en la realidad. Habrían sufrido juntos y fortalecido juntos.

Había regalado la oportunidad de hacer crecer su matrimonio. Y ya era demasiado tarde. Oh, era cierto que la trataba con amabilidad y respeto durante el día, pero eso era todo una farsa que habían aceptado. Y era cierto que él le había hecho el amor cuatro veces -en tres ocasiones distintas- y que habían sido maravilloso juntos, mucho más maravilloso que nunca durante los años de su matrimonio. Pero había sido sólo una cosa física. Sólo sexo.

Había hablado de Clarence como si no le importara que fuera su amante. Y había hablado de Lady Mornington como si ella fuera una parte aceptada de su vida. Hacer el amor con su esposa era lo que le hizo sentir culpable, no el hecho de la existencia de una amante.

Había cambiado demasiado y ella había cambiado muy poco. La brecha entre ellos después de catorce años era insuperable. Sólo una cosa se mantuvo sin cambios. Ella todavía lo amaba. Y su amor se había convertido en un dolor nuevamente y permanecería así por muchos meses. Lo sabía por experiencia.

Olivia se giró sobre su estómago y hundió la cara en la almohada donde había recostado su cabeza.

—¿Cómo puedes llegar diez minutos tarde?—Dijo Lord Francis, —cuando ya estabas vestida, Soph, y todo lo que tenías que hacer era bajar y salir por la puerta.

—Regresé a mi habitación— dijo, —y tuve un ataque de pánico. Por un momento pensé que iba a vomitar, y no quería vomitar sobre ti, Francis. Tengo la sensación bajo control ahora.

—¿Estás segura? — preguntó. —Hay dos bancos aquí, Soph. Podemos sentarnos en otros por separado si lo desea.

—Y luego bajé la mitad de las escaleras —dijo ella—, y recordé que no tenía mi capa y que estaba nublado y frío afuera. En realidad hace bastante calor, ¿no?

—Siéntate aquí abajo —dijo. —Tenemos que hablar antes de que otras personas comiencen a levantarse y vagar por aquí.

—Sí —dijo ella. —¿Primero debemos desayunar, Francis, y luego pedirle a mamá, a papá y a tus padres que vengan a la biblioteca? ¿O será al revés? De cualquier manera, estoy segura de que no podré comer ni un bocado. Sigo pensando en los riñones. Oh, me gustaría poder pensar en alguna otra comida. — Sus dientes castañeteaban.

—Soph, — dijo, — realmente no crees que podamos hacer esto, ¿verdad?

—No quiero hablar de eso—dijo. —Solo quiero hacerlo. Tendré esa sensación otra vez si pienso.

—Todos los invitados están todos aquí— dijo, —y los vecinos se pusieron nerviosos. El rector está inflado de importancia y el cocinero y el chef de tu padre de Londres están considerando dejar de dormir durante las próximas dos noches para poder terminar de hornear. El pastel de bodas está hecho y las flores han sido elegidas para cortarlas mañana. Tu vestido está hecho y el de tu madre y mi ropa. Y... bueno, podría seguir para siempre, ¿no?

Sophia se lamió los labios nerviosamente. —¿Ves lo que quiero decir?— Dijo. —No debemos pensar, Francis, o vamos a terminar casados el uno con el otro. Tenemos que hacerlo. Nadie puede obligarnos a casarnos, después de todo.

—Creo que de todos modos sería mejor— dijo.

Ella lo miró fijamente.

—Ahorraría un montón de problemas— dijo.

Su mandíbula se le cayó de forma poco elegante.

—Podrías disfrutar de tu desayuno después de todo, Soph,— dijo. —Y quizás incluso tengas algunos riñones.

—¿Estás loco?— Dijo. —¿Te has vuelto totalmente loco? ¿Vamos a aguantarnos toda la vida solo para evitar un pequeño problema ahora?

—En resumen, sí, — dijo.

—Francis. —Extendió sus manos hacia él hasta que las tomó, y puso su cabeza a un lado. —No puedo dejar que lo hagas. Realmente no puedo. Oh, eres muy maravilloso. Pero nunca serías capaz de enfrentarte a la vida conmigo. Lo sabes, pasaste toda tu infancia huyendo de mí. Voy asumir toda la culpa. De verdad, lo haré. Me aseguraré de que no se te culpe de nada. Todo saldrá bien, Francis. Será olvidado. Quizás puedas irte por un año más o menos hasta que la vergüenza haya pasado. Eventualmente lo hará, ya sabes. Tal vez puedas ir a Italia y ver la Capilla Sixtina, en Roma.

Lord Francis suspiró. —Tenía la esperanza de evitar esto— dijo. —Pero creo que es hora de una pequeña confesión, Soph. O quizás no tan pequeña, tampoco. Te he atrapado.

—No — dijo ella. —Te he atrapado, Francis, por mi desconsideración. Pero lo arreglare, ya lo verás.

—Soph, — dijo, — sabía desde el principio exactamente cómo sería. Sabía que todo esto sucedería, un ciego lo habría sabido. Sabía que nos encontraríamos a un par de días de esta boda y que no habría ninguna manera razonable de salir de ella.

—Pero lo hiciste de todos modos— dijo ella, —por el amor de mamá y papá. Qué maravilloso eres, Francis.

—Lo hice para atraparte en el matrimonio— dijo.

Sofía se echó a reír y luego lo miró sin comprender.

—Cuando te volví a ver esta primavera—dijo, —simplemente no podía creer que había huido tanto de ti cuando era más joven, Soph. Habías cambiado Por Júpiter, habías cambiado. Y sin embargo, me menospreciabas cada vez que me acerqué y comenzaste a dejar todo tipo de comentarios desagradables sobre los libertinos y cosas por el estilo hasta que no supe cómo iba a hacer para que me tomaras en serio.

—Tonterías —dijo ella. —Estás inventando todo esto solo para que te crea y puedas reírte de mí. Esto es muy cruel, sobre todo en esta de todas las mañanas. ¿No sabes que yo...?

—Entonces, algún idiota -fue Hathaway- sugirió este esquema de lo más descabellado de los descabellados— dijo, —e inmediatamente vi a dónde podría llevar. Pensé que tal vez so accedía a ello te daría tiempo para darte cuenta de que no era el libertino salvaje por el que me tomaste.

—Francis —dijo—, sé serio, hazlo.

—Bien, tómalo o déjalo, — dijo. —Pensé que era mejor que confesara, Soph. Pero sea como sea, sera mejor que nos casemos. Todo el infierno se desatará aquí si no lo hacemos. No tienes que pensar más allá de mi madre.

—No quiero pensar en absoluto— dijo ella.

—Y tus padres van a empezar a culparse a sí mismos, — dijo él. —Se preguntarán dónde se equivocaron contigo, Soph, y antes de que te des cuenta estarán en la garganta del otro y se dejarán por el resto de la vida.

—No lo hagas — dijo ella. —No quiero pensar.

—No, entonces,— dijo. —Solo cásate conmigo.

—No quiero casarme contigo,— dijo ella. —Preferiría casarme...

—Un sapo, — dijo él. —Te amo, Soph.

—Oh, no lo haces —dijo ella, indignada. —Eres un mentiroso descarado.

—Te quiero.

—No lo sabes.

—Te amo.

—No lo haga.

—Lo hago.

— No lo hagas. Eres un hombre horrible. Te odio. Lo hago. Espero que te vayas esta misma mañana después de que haya hecho el anuncio, y espero no volver a verte nunca más.

—Tú no, Soph,— dijo.

—Lo hago.

—No.

—Lo hago.

—No.

—Te odio Francis Te odio. Quita tu mano de mi cara.

—Se siente tan suave, Soph,— dijo. —Mucho más suave que mi mano.

—No quiero que me toques— dijo ella.

—¿No? — Se acercó a ella en el banco y bajó la cabeza para besarla en los labios.

—O me beses, — dijo ella.

— ¿No es así?

—No.

—Se siente tan bien, sin embargo, ¿no?— Dijo. —¿Te gusta esto, Soph? ¿Y esto? ¿Te digo lo que quería hacer contigo cuando viniste a mi habitación antes?

—No.

—Quería hacer esto —dijo él, besándola de nuevo y pasándole la lengua por los labios cerrados. —Y esto. — Deslizó una mano debajo de su capa y ahuecó un pecho suavemente en su mano.

—No lo hagas, — dijo ella.

—No te diré el resto de lo que quería hacer— dijo. —Te lo mostraré en nuestra noche de bodas, Soph. No esta noche o mañana por la noche. La siguiente noche.

—Dices eso para asustarme, — dijo. —No me toques allí, Francis.— Puso una mano sobre la de él, la tela de su capa entre ellos. —Me hace sentir raro. Y no hagas eso con tu lengua. Por favor.

—¿No crees que quizás me quieras, Soph?— Le preguntó.

—¿Quieres?— Dijo ella. —¿Quieres tú? Simplemente te encantaría que dijera que sí, para poder ridiculizarme. No lo hagas, Francis. No hagas eso. Estaba frotando un pulgar sobre su pezón.

—Cásate conmigo, — dijo. —Dime que me amas, Soph, y que te casarás conmigo. Y luego, en nuestra noche de bodas, puedes decirme todas las cosas que debo dejar de hacer para que yo pueda seguir haciéndolas.

—Francis —dijo ella. —Por favor. ¿Crees que no recuerdo todas las veces que me engañaste hace años?

—Te amo —dijo.

Ella suspiró. —Bueno —dijo —, siempre ganaste todos los concursos, ¿no es así, Francis? Siempre me hiciste creer que eras tú y luego me llamaste idiota por ser tan crédula. ¿Por qué debería haber cambiado algo? ¿Por qué no esta vez también? De acuerdo entonces. Te amo y me casaré contigo. Y ahora te servirá de algo si no te libero de nuestro compromiso, sino que me caso contigo y te atormento por el resto de nuestras vidas.

—Atorméntame, Soph, — dijo. —Y deja de alejarte como un conejo asustado. Déjame besarte adecuadamente.

—¿Asustada? — dijo. —¿De ti? ¿Quién te crees que eres?

—Tu prometido, — dijo. —El hombre que te ama. El hombre que amas. Déjame besarte adecuadamente.

—Francis —dijo, colocando una mano sobre su boca y mirándole con nostalgia a los ojos—, ¿lo dices en serio? Dímelo ahora si no lo haces. ¿Por favor? No podré soportarlo si me besas y me dices esas cosas otra vez y luego te ríes de mí y huyes de mí.

—Si no lo digo en serio, estoy jugando un juego bastante peligroso, ¿verdad?—, Dijo. —¿La ratonera de Taronon esperando a que le rompan las mandíbulas?

—¿Realmente me amas, entonces?— Preguntó ella.

—Realmente lo hago, Soph, — dijo.

—¿De verdad? ¿De verdad?

—Y eso, también, —dijo él.

Ella se apartó de su agarre de repente y se levantó de un salto. Lo miró con ojos brillantes.

—Tengo que volver a la casa—, dijo. —Tengo que encontrar a mamá y papá. Tengo que decirles que estamos prometidos.

—Soph.— Se rascó la cabeza. —Si yo murmurara la palabra *Bedlam*, no empezarías a atacarme, ¿verdad?

Lo miró sin comprender y luego se echó a reír. —Nos hemos prometido este momento— dijo, —y nadie lo sabe.

—Será nuestro secreto—dijo. —Siéntate aquí y déjame besarte apropiadamente.

Se sentó. —¿Tendremos que dejar de discutir ahora?— Preguntó.

—¿Y llevar una vida aburrida y respetable para siempre?— Dijo horrorizado. —El cielo lo prohíbe. Déjame ver, ¿dónde estaba mi mano? Era un lugar cálido y cómodo. ¿Aquí?

—¿Hablabas en serio cuando dijiste que era pequeño?— Preguntó mientras su mano cubría su pecho de nuevo.

—He visto muchos más grandes— dijo. —Y, ah, toque algunos, también.

—¿Lo has hecho? — dijo con aspereza. —¿Debo ser comparada con tus queridas por el resto de mi vida?

—Sólo cuando quiero empezar una pelea, — dijo. —Mi mano se siente bien allí, ¿no? Admítelo, Soph.

—Te encantaría que hiciera exactamente eso, ¿no?— Dijo. — Engreído...

La beso.

— Sapo, — dijo ella.

—Silencio, Soph, — dijo. —He esperado lo suficiente. Y tú eres la besadora más encantadora, mi amor, que he tenido el privilegio de besar.

—Oh, — dijo. —Mmm.

—Y tú también tienes un pecho hermoso —dijo sin quitarle la boca a la de ella. —No se necesita ni se permite ninguna respuesta.

—Mmm, — dijo ella.

CAPITULO 15

—Este pañuelo está demasiado apretado, - Lord Francis se quejó a Claude, tirando de la prenda ofensiva y girando la cabeza de lado a lado.

—¿Es tu talla habitual?— Preguntó su hermano.

—Por supuesto, - dijo lord Francis.

—Mi suposición es que es una corbata de matrimonio bastante normal, entonces —dijo Claude.

—¿Eh?

—Hecha exactamente del mismo tamaño que todos tus demás corbatas— dijo su hermano, —en lugar de un par de centímetros más grandes para acomodar la hinchazón de la garganta que viene con los días de boda. Tus zapatos probablemente también estarán demasiado apretados. Ahora, ¿lo son?

—Ah, ya veo cómo es, - dijo lord Francis. — Seré el blanco del ingenio de todos el mismo día en que no puedo pensar en una ocurrencia que lanzar a cambio.

—El cocinero siempre pone una dosis de veneno en el desayuno, también— dijo Claude. —Sólo el del novio, por supuesto, no el de nadie más. ¿Te sientes mareado, Frank?

Lord Francis alisó el encaje de sus muñecas sobre el dorso de sus manos y se miró por última vez en el espejo.

—Si pudiera planear todo esto otra vez— dijo, —elegiría a un hombre soltero para mi padrino, Claude, como haría cualquier novio sensato. Lo más probable es que no este ahí de pie riéndose de mí. No hice una broma estúpida cuando fui tu padrino.

—Estabas demasiado ocupado preguntándote cuánto tiempo le tomaría a Marianne, la prima de Henrietta, caer en tu hechizo durante el desayuno de bodas —dijo Claude. —Me han dicho que ella cayó bajo el cuándo aún estábamos todavía en la iglesia, aunque no me di cuenta, mi atención estaba ocupada de otra manera.

—Estaba demasiado regordeta para mi gusto como resultó ser— dijo Lord Francis.

—Ella era demasiado elegible para tus gustos— dijo su hermano. —Ese era el problema, Frank. Su padre te preguntó tus intenciones, ¿no es así?

—Por Júpiter —dijo Lord Francis—, eso fue todo, también. Nunca fue seguro coquetear con una chica de reputación, ¿verdad?

Los dos estaban en el vestidor contiguo a la habitación donde Lord Francis había pasado la noche. Era en la casa de un vecino del conde, no era para nada cosa que la novia y el novio pasaran la noche anterior a la boda bajo el mismo techo o que se miraran antes de encontrarse en el altar. Claude había cabalgado temprano.

—Me alegro de que uses el tiempo pasado —dijo Claude. —¿Estás llorando por eliminar a todas las mujeres excepto a Sophia para el futuro, Frank?

—Bien señor, sí, —dijo lord Francis. —Haría un mapa de mi cara con las uñas si me lo metiera en la cabeza para comenzar a mirar a mi alrededor.

—¿Por ninguna otra razón? - preguntó su hermano.

Lord Francis pensó un momento. —Tengo la intención de comenzar a instalar mi guardería,— dijo. —Sería demasiado confuso establecer más de uno. Y demasiado caro.

—El mismo viejo Frank, - dijo su hermano. —Nunca obtienes una respuesta directa de ti. ¿No es que Sophia siguió persiguiéndote y te cansaste de correr? Bertie, Dick y yo estuvimos hablando anoche. Estábamos un poco preocupados.

—La persecución continuó hasta hace muy poco tiempo —dijo Lord Francis, poniéndose los zapatos y haciendo una mueca—. —Hace dos días, de hecho. Pero la dirección cambió. ¿Alguna vez has visto a un gato decidir en medio de un duelo salvaje con un perro que se detenga y se enfrente a la batalla? Casi inevitablemente el perro se asusta y huye del gato persiguiéndole. Digamos que yo soy el gato de la historia. El diablo se lo lleva, pero estos zapatos deben ser de una talla demasiado pequeña.

Su hermano se rio —Hora de irse, Frank, - dijo. —No estaría bien hacer esperar a la novia, ya sabes.

—¿Soph?— Dijo lord Francis. —Oh, Señor, no. Nunca escucharía el final de esto. Nos pelearíamos por ello hasta Italia. Preferiría pelearme por algo que yo mismo he provocado en el momento justo.

—¿No pretendes pasar tu vida de casado peleando, espero?— Dijo Claude, frunciendo el ceño cuando su hermano se pasó una mano por el pelo y se volvió hacia la puerta.

—Tengo la intención de ser feliz— dijo lord Francis. —Me encargaré de pelear con Soph todos los días de nuestras vidas, Claude. ¿Qué fue lo que dijiste sobre los cocineros envenenando los desayunos? ¿Hablabas en serio? Espero que mi estómago no continúe con este gorgoteo cuando lo tenga dentro de la iglesia. Podría ser un poco mortificante, ¿no estás de acuerdo?

—El veneno pierde su efecto tan pronto como le pones los ojos encima a tu novia —dijo su hermano.

—Ah .— Lord Francis abrió la puerta.

—Espera un minuto más, Sophia,— dijo Olivia, arrodillada en medio del vestidor de su hija. —Ahí está perfecto. —Se sentó sobre los talones y levantó la vista. —Oh, te ves tan hermosa.

El vestido de novia de Sophia era de muselina azul muy pálida; la faja de seda y el bordado en el cuello, mangas cortas abullonadas y el dobladillo festoneado blanco. El ama de llaves, con la ayuda de uno de los jardineros, había tejido un ramillete de flores para su cabello y uno más pequeño para llevarlo en la muñeca. En conjunto, se veía exactamente lo que era: una novia joven e inocente.

—Mamá —dijo Sophia, con los ojos muy abiertos y asustados. —Oh, mamá.

Olivia se puso de pie, sonriendo. —Hablamos ayer, Sofía—dijo ella, —durante una hora o más. Sabes exactamente a lo qué te enfrentas y parecía muy ansiosa: ayer. Pero un día de boda, por supuesto, es diferente. Hay tantas emociones conflictivas con las que lidiar, ¿no es así?

—Dice que me ama— dijo Sofía, con sus ojos llenos de lágrimas de repente. —Lo ha dicho una y otra vez en los últimos dos días. ¿Crees que lo dice en serio, mamá? Nunca se sabe bien con Francis. Siempre tiene ese molesto brillo en su ojo.

—Debe haber estado diciendo eso mucho más de dos días, Sophia —dijo Olivia—. Y por supuesto que lo dice en serio. ¿Por qué si no se casaría contigo? No ha estado bajo ninguna presión, por lo que yo sé, para encontrar una novia.

—Puede que haya otras razones, - dijo Sophia. —A lo mejor se sintió atrapado y decidió ser galante con todo esto. Aunque es bastante incomparable con Francis ser galante. Oh, mamá, ¿y si él no me quiere?

Olivia tomó sus manos y las apretó. —Antes de que entres en pánico, Sophia, —dijo— mira dentro de ti. En el fondo. Ahí es donde sabes la verdad. Sabes si él te ama o no. ¿Él lo sabe?

Sofía se miró las manos. —Sí, - dijo al fin. -Lo hace. Mamá, él lo hace. —Levantó la vista de nuevo, con los ojos brillantes. —Me ama y no lo sospeché hasta hace dos días. Pensé que me odiaba. Siempre solía decir las cosas más humillantes sobre mí y sobre la posibilidad de ser atrapado para casarme conmigo. Pero lo hacía solo para divertirse conmigo, solo para incitarme. Le

gusta verme enojada. Le gusta pelearse conmigo. Dice que vamos a pelearnos todos los días por el resto de nuestras vidas. El me ama. Oh, mamá, él me ama.

—¿Sophia? —Olivia sonrió y frunció el ceño al mismo tiempo ante este extraño discurso. Pero había un golpecito firme en la puerta del vestidor y se abrió antes de que ella pudiera decir más.

—Ah, —dijo el conde de Clifton—, mis dos damas. Un remanso de cordura en medio de un manicomio. Rose ya está llorando; la mitad de los niños han escapado de la guardería y están jugando algún tipo de juego que requiere correr y gritar mucho en las escaleras; la esposa de Claude está tratando de llevar a los niños a la guardería; Wheatley ha perdido inexplicablemente su abrigo; no ha habido menos de tres consultas desde los establos sobre la hora exacta en que queremos que traigan la calesa ; y se dice que Cynthia tiene una histeria porque como dama de honor debería estar con la novia, pero en su lugar tiene que quedarse quieta para que le pongan el dobladillo porque, después de todo, es demasiado largo. ¿Necesito continuar? - sonrió.

—Papa, - dijo Sofía. —Oh, papá, estoy tan asustada.

—Bueno —dijo—, tal vez un pequeño remanso de cordura. ¿Qué pasa, Sophia?

—Todo ha sido tan repentino— dijo. —Todo ha sucedido tan rápido. Y ahora es el día de mi boda antes de que haya tenido la oportunidad de pensar.

—El mes ha pasado rápido, ¿no?— Dijo. —Pero tú y Francis insistieron en que no se retrasara más, Sophia. ¿No ha sido suficiente?

—Pero decidimos casarnos hace solo dos días— dijo.

El conde y su esposa intercambiaron miradas.

—Era un compromiso falso, - dijo Sophia. —Una pasión falsa, lo llamó Francis. Para reunirlos a los dos, para darles la oportunidad de arreglar sus diferencias. Teníamos que poner fin a todo una vez que hubiéramos tenido éxito. Y funcionó, ¿verdad? Nunca lamentaré de haberlo hecho porque funcionó. No estaba muy segura hasta hace dos mañanas cuando entre en la habitación de mamá y te vi... — Ella se sonrojó. —Entonces por fin estaba segura. Pero luego, cuando le dije a Francis que debíamos convocar a todos para decirles que no habría boda, me dijo que sí, que debíamos casarnos porque sería demasiada molestia detener todos los preparativos tan tarde.

—¡Sophia! - dijo el conde.

La condesa se limitó a mirarla, horrorizada.

—Y dijo que me amaba, - dijo rápidamente Sophia. - Dijo que lo había planeado todo desde el principio, que siempre había sabido como sería y que

siempre había planeado casarse conmigo sin importar lo que pasara contigo. Dijo que me amaba y por eso decidimos casarnos después de todo.

—Sophia! — dijo nuevamente el conde.

—Y yo también lo amo, —continuó, con el color alto en sus mejillas. — Siempre lo adore cuando éramos más jóvenes, pero no sabía que aún lo seguía haciendo hasta que empecé a despertarme por las noches con las mejillas mojadas porque había estado soñando con el final de nuestro compromiso matrimonial y con no volver a verlo nunca más—. Estaba sin aliento con la velocidad de su confesión. —Me moriría si no lo volviera a ver.

El conde se pasó una mano por la nuca. —Puede que no sea un remanso de cordura, después de todo, - dijo. —Estoy sin palabras. No sé qué decir. —Miró a su esposa en busca de ayuda.

Pero Sophia se había lanzado entre ellos y había tomado un brazo de cada uno, teniendo cuidado de no aplastar las flores en la muñeca que había pasado por el brazo de su padre. — Todo es como un cuento de hadas, ¿no?— Dijo ella, mirando primero a uno y luego al otro, con su rostro iluminado de amor y felicidad. —Estáis juntos otra vez, como siempre he soñado con tener y estoy a punto de casarme con el hombre que he amado desde que tengo memoria. Y él me ama Y nos casaremos en la misma iglesia donde te casaste. Y el sol brilla después de todo el clima inestable de la semana pasada. Y... oh, y, y, y... —Ella se rió con entusiasmo.

—Sí, los tres juntos de nuevo —dijo el conde, cubriendo su mano con la suya. —Tienes razón, Sophia. Es un día maravilloso, a pesar del esquema más espeluznante que he escuchado, pequeña descarada. Vamos a tener a Francis caminando por el altar si no nos movemos, ¿sabes? Tengo un pequeño regalo para ti antes de que salgamos de la habitación.

Lo miró expectante.

—Hice que me los enviaran especialmente desde Londres —dijo—, ya que una joven debería eliminar las perlas el día de su boda.

Sacó un delicado collar de diamantes de un bolsillo y lo apretó alrededor de su cuello.

—Feliz día de la boda, cariño,— dijo él, volviéndola y besándola en la mejilla.

—Oh, papá —dijo ella, con lágrimas en los ojos. —En muchos sentidos, siempre serás mi hombre favorito.

—Será mejor que digas tu padre favorito, - dijo. —Así no crearás ningún malentendido. Y también un pequeño regalo para ti, Olivia. —Volvió los ojos hacia su esposa. - Torcí el brazo de tu doncella y descubrí que hoy ibas a vestir

de verde. —Miró con aprecio el rico verde de su vestido de seda y sacó un collar de esmeralda de otro bolsillo. —¿También quieres usar esa cadena de plata?

Ella lo miró en silencio antes de buscar a tientas el cierre de su cadena de plata y quitársela. Lo reemplazó con las esmeraldas mientras ella se mordía el labio e inclinaba la cabeza hacia adelante.

—Un regalo para la boda de nuestra hija— dijo él, dándole la vuelta por los hombros como había hecho con Sophia y besándola en los labios mientras su hija miraba, con los ojos brillantes.

—Gracias. —Olivia lo miró a los ojos y acarició las esmeraldas de su garganta. —Gracias, Marcus.

La puerta se abrió repentinamente sin siquiera la cortesía de un golpe.

—Sophia —dijo Cynthia, sus ojos tan redondos como platos, su vestido azul oscuro ahora indiscutiblemente a la longitud perfecta. —Todos los demás se han ido y la calesa está en la puerta y podría haberme muerto cuando me probé mi vestido y descubrí que me tropezaba con el dobladillo cada vez que me movía y que te las arreglaste sin mí de todos modos y te ves más encantadora de lo que esperaba y que Lord Francis estallará de orgullo cuando te vea y...

—Y es mejor que no hagamos esperar más a los caballos —dijo el conde firmemente—. —O al novio, tampoco.

—Oh, Cynthia —dijo Sophia, tomando el brazo de su padre para que la llevaran por las escaleras—, se lo he dicho. Y estoy tan feliz que podría estallar. Y mis piernas se sienten como dos columnas de gelatina. Creo que voy a enfermar.

La iglesia estaba llena. Olivia vio eso cuando el vizconde Melville la acompañó por el pasillo hasta su asiento en la parte delantera. También estaba vio lo hermosa que estaba, la luz del sol brillaba a través de los vitrales, las decoraciones florales que traen el verano al interior. No estaba segura de cómo la iglesia había estado en su propia boda. Ella no había mirado a nada y nadie, excepto a su novio.

Lord Francis, que parecía muy delgado, muy joven y muy ansioso, estaba de pie junto a su hermano y miraba de nuevo hacia la puerta donde pronto aparecería Sophia con Marc.

Sophia. Tenía ganas de llorar. Su hija estaba a punto de casarse. La única persona que había tenido viviendo con ella durante catorce años. Iba a casarse.

Por amor. A pesar de esa curiosa y extraña historia que había contado hacia menos de una hora, se casaba por amor.

Como ella, Olivia, se había casado por amor diecinueve años antes. En la misma iglesia. Y de repente los años retrocedieron y era Marc quien estaba allí de pie, pálido y nervioso, y luego fijando sus ojos en ella mientras se acercaba con su padre. Y era ella la que se acercaba, sintiendo que sus piernas seguramente no la llevarían ni una pulgada más lejos, y luego enfocó sus ojos en el hombre que la esperaba en el altar. Marc. El hombre que amaba. El hombre al que iba a amar el resto de su vida.

Los ojos de Lord Francis se calmaron y se iluminaron de repente y hubo un gran revuelo en la iglesia. Olivia, poniéndose de pie, se encontró luchando contra un dolor en la garganta y parpadeando. Y allí estaban, mucho antes de que ella hubiera ganado la batalla, la cara de Sophia brillante y resplandeciente, sin ver a nadie más que a Lord Francis. Y Marc, con los hombros anchos, tranquilo y capaz. El órgano llenaba de sonido la iglesia.

Se sentó a su lado después de entregar a su hija al hombre que estaba a punto de convertirse en su marido. Su hombro tocó el de ella. Y pensó vívidamente, distraída del servicio de bodas por un momento, en lo que Sophia les había dicho en su vestidor. Lo había hecho por ellos. Se había comprometido con Francis para que se unieran y resolvieran sus diferencias. Y los había visto juntos en la cama, tres mañanas antes, la última vez que habían estado juntos, y había concluido con alegría que su plan había funcionado. Querida ingenua Sophia.

—Lo haré —dijo Lord Francis.

La mano de Olivia fue tomada de repente en un fuerte cierre, y colocó sus manos unidas en su muslo.

—Lo haré —dijo Sophia.

Se apretaron las manos casi hasta el punto de ruptura. Presionó su hombro contra su brazo. Alguien estaba lloriqueando, sin duda Rose.

—Lo que Dios ha unido —decía el rector—, nadie lo separe.

Le apretó la mano con más fuerza, si eso era posible, la miró a la cara y luego puso un gran pañuelo de lino en su mano libre. Se secó los ojos con él.

Lo que Dios ha unido,... Ella se aferró a su mano... *que nadie lo separe*.

La había besado en el altar, podía recordar el calor en sus mejillas al besarla a la vista de una iglesia llena de personas. Había mirado sus pasos mientras caminaban juntos por el pasillo, impidiéndole correr con la exuberancia del momento. La había obligado a sonreír a todos sus parientes y amigos, y les habían devuelto la sonrisa desde los bancos. Y luego se pararon en los escalones

afuera de la iglesia, dándose la mano y siendo besados, dándose la mano y siendo besados, una y otra vez por lo que parecía una eternidad. Podía recordar las campanas sonando.

Y entonces le tomó la mano y corrió con ella por el sinuoso camino del cementerio hasta el carruaje que los esperaba, antes de que alguien más pudiera llegar allí. Y había corrido las cortinas a través de las ventanas del carruaje y la tomó en sus brazos y la besó y besó hasta que el carruaje se detuvo fuera de Clifton y el cochero estaba tosiendo fuera de la puerta cerrada.

Hace diecinueve años. Y catorce los años transcurridos que han vivido separados.

Hubo un revuelo y un murmullo en la iglesia. Un poco de risa. Lord Francis tenía sus manos en la cintura de Sophia y ella tenía el rostro levantado ansiosamente por su beso.

La mano de Olivia se acercó a los labios de su marido y la sostuvo allí durante un largo momento.

Y entonces, de alguna manera, todos estaban fuera de la iglesia y Sophia se lanzó a los brazos de su madre y luego de su padre, pareciendo tan ansiosas y felices que Olivia sufrió por su inocencia. Y luego Francis la abrazaba, la llamaba mamá y se reía. La duquesa lloraba con un gran pañuelo y pronunciaba incoherencias sobre su bebé. Fue el día más feliz de su vida, le dijo a cualquiera que se preocupara por escuchar, todos sus bebés estaban felices.

Las campanas de la iglesia sonaban sus alegres nuevas.

Y luego la mano de Olivia estaba siendo estrechada y su mejilla besada por un montón de parientes, invitados y vecinos. Ella y su esposo fueron felicitados por haber producido una novia tan hermosa. Se dio cuenta de que él tenía un brazo apretado alrededor de sus hombros y ella un brazo alrededor de su cintura solo cuando descubrió que estaba estrechando las manos de la gente con su mano izquierda.

—Sí —dijo Marc—, somos los padres más afortunados. ¿No es así, Olivia?

—Ella ha sido la alegría de nuestra vida— dijo.

Pero, de repente, no había nadie más a quien saludar, aunque todavía había mucho ruido, risas y molestias.

—Francis no es tan sabio como yo, —dijo el conde, mirando a su esposa con los ojos brillando. Todavía tenía un brazo sobre sus hombros. Asintió con la cabeza hacia el camino más allá del cementerio de la iglesia. —Podría llevarles diez minutos en escapar.

Francis y Sophia iban en su carruaje, pero la puerta estaba abierta por invitados que se reían y las flores se lanzaban dentro y Richard y Claude en

realidad intentaban quitar el arnés a los caballos mientras la atención de su hermano estaba distraída. Pero Francis había asistido a algunas bodas en su época y participó en travesuras activas. Asomó la cabeza por la puerta, con el rostro envuelto en una sonrisa, y le gritó al cochero que se pusiera en marcha y derribara a los bribones. Cerró la puerta cuando el carruaje ya estaba en movimiento.

—Ah, —dijo el conde mientras una mano dentro del carruaje corría las cortinas a través de las ventanas. Se volvió y le sonrió a su esposa.

—Oh, Marcus, —dijo ella—, ¿puede realmente ser toda una adulta, entonces? ¿Se acabó todo?

Sophia estaba saludando con lágrimas en los ojos desde la ventana del carruaje esa misma tarde. Pero ya no se veía a nadie más. El carruaje se había girado y la casa estaba fuera de la vista. Su marido, que vio cuando se volvió para mirar, ya se había recostado contra los cojines. Le estaba sonriendo.

—¿Lágrimas, Soph?— Dijo. —¿Lamentas estar dejando a tu madre y a tu padre?

—No los veremos en meses y meses, Francis— dijo, sonándose la nariz y guardando el pañuelo de manera resuelta. —Tal vez no hasta Navidad.

—Tal vez deberías quedarse con ellos, —dijo, —mientras voy a Italia solo. Puedo contártelo todo cuando regrese. Incluso te diré si la Capilla Sixtina todavía está en Roma.

Ella lo miró con cierta incertidumbre. —Quizás prefieras ir solo, - dijo ella.

Sonrió y le tendió una mano. —No me lo pongas tan fácil— dijo. —¿Y qué vas a hacer todo el camino hasta allí? ¿Tratando de crear una protuberancia en el lado del carro? No me tienes miedo por casualidad, ¿verdad?

—¿Miedo de ti? - dijo. —Pooh, ¿por qué debería tenerte miedo?

—Porque yo soy tu nuevo esposo, tal vez, - dijo él. —Porque estamos justo en medio de una boda.

—No lo estamos— dijo ella. —La boda ha terminado. Y estamos de camino en nuestro viaje de boda por fin.

—Sólo la ceremonia y el desayuno han terminado, Soph, - dijo, entrelazando sus dedos con los de ella e intentando atraerla hacia él. —El resto de la boda, la parte más importante, está por venir. No estamos casados hasta que se complete esa parte, ya sabes.

Sus mejillas ardieron, y ella resistió el tirón de su mano.

—¿Tienes miedo?—, Preguntó.

—¿Miedo?— Dijo con un valiente intento de desprecio. —Por supuesto que no, Francis. Que ocurrencias.

—¿Te digo lo que voy a hacerte esta noche?— Dijo. —¿Lo haría más fácil si supieras lo que te espera?

—Lo sé —dijo ella rápidamente. —Y no quiero que digas una palabra. Solo quieres hacerlo para avergonzarme.

—¿Ni una palabra? - dijo. —Esto suena claramente prometedor. ¿Te muestro, entonces, Soph? ¿Una especie de ensayo en el carruaje?

—¡No me toques! —Dijo ella.

—Eh —dijo—, ¿por qué te aferras a mi mano, Soph, si no te voy a tocar?

—Francis —dijo ella—, no hagas esto. Discutamos mañana, ¿de acuerdo? Pero no hoy. Hoy no me siento capaz de hacerlo.

Él se rió entre dientes y se inclinó sobre el carruaje, tomándola por sorpresa levantándola en sus brazos y depositándola en su regazo.

—Admite que tiene miedo— dijo, —y tendré piedad, Soph.

-Nunca, - dijo ella. —Nunca te he tenido miedo, ni siquiera cuando me hiciste subir a ese árbol porque había perros salvajes sueltos y luego fuiste a pedir ayuda para que pudieras esconderte entre los arbustos y ladrar. No tuve miedo.

—Soph, - dijo él, acurrucándola cómodamente contra él—, ¿te hice eso?

—Sí, lo hiciste —dijo, hundiendo la cabeza contra su hombro. —Pero no tuve miedo, Francis. Y no tengo miedo ahora.

—No puedo burlarme más de ti, entonces,— dijo. —Qué viaje tan aburrido va a ser.

—Pero ¿no es terriblemente vergonzoso?— Dijo ella, ocultando su rostro contra él. —Creo que debe ser. Moriré de vergüenza.

—No antes de que yo lo haga —dijo él. —De hecho, Soph, apenas puedo contener mis temblores incluso ahora. —Se sacudió, convulsivamente. —Me aseguraré de apagar todas las luces esta noche y cerrar todas las cortinas, incluidas las que están alrededor de la cama para que no veas mis rubores. Es la cosa más vergonzosa jamás imaginada. Los dos podríamos no sobrevivir. En efecto…

Sofía le dio un puñetazo en el hombro libre. —No te burles de mí—, dijo. —No tienes sensibilidad en absoluto. Eres bastante horrible y te odio.

—Esto es mejor —dijo—. Tal vez voy a disfrutar el viaje después de todo.

—No has hecho nada más que reírte de mí desde que nos fuimos—, dijo. —Me gustaría no haber dejado que me convencieras de esto hace tres días. Ojalá me hubiera mantenido firme. Eres horrible, Francis, y desearía sinceramente no haberme casado contigo.

—Bésame—, dijo.

—No te voy a besar —dijo. —De todos modos. Te odio. Prefiero besar a un sapo. Preferiría besar a...

—Serpiente, - dijo él. -Bésame.

—... rata. No.

—Bésame, Soph,— dijo suavemente. —Bésame, esposa mía.

—Lo soy, ¿verdad?— Dijo ella.

—Casi, sí. —Frotó su nariz contra la de ella. -Bésame.

Ella lo besó.

CAPITULO 16

Despues de que los recién casados se habían despedido a última hora de la tarde, los invitados del vecindario comenzaron a ordenar que trajeran sus carruajes y se marcharon. El duque y la duquesa se retiraron a sus habitaciones privadas con su familia durante una hora, como lo expresó el duque, antes de la cena y el baile informal que le seguiría en el salón. Los otros invitados también se retiraron a alguna actividad privada y tranquila, y todo el entusiasmo del desayuno de bodas llegó a su fin.

Olivia abandonó a todos y huyó al jardín escondido. Había sido un día tan agitado, pensó, cerrando la puerta de madera con gratitud detrás de ella. Necesitaba desesperadamente un poco de paz. Y allí estaba esperándola, el aire dentro de las paredes cubiertas de rosas y los árboles circundantes del bosque aún llenos y pesados con el verano, el único sonido que se oye es el canto de los pájaros y el zumbido de los insectos invisibles.

Se sentía cargada de desolación. Sofía se había ido y estaría fuera durante varios meses. E incluso cuando regresara, ya no estaría viviendo en Rushton, sino en la casa de su nuevo esposo. Sólo habría que esperar una visita ocasional.

Se sentó en su piedra favorita en uno de los jardines de rocas y se deleitó con las flores a su alrededor. Respiró sus aromas. Se sentía culpable por estar deprimida el día de la boda de Sophia. A pesar de la confesión de la niña de la mañana, había sido brillantemente feliz y muy obviamente estaba profundamente enamorada de Francis. Y él con ella. Serian felices juntos. Lo esperaba. Oh, ella esperaba. Le puso nerviosa ver a una novia y un novio demasiado enamorados, especialmente cuando la novia era su propia hija.

Pero fue por ella misma que se sintió deprimida, se dio cuenta Olivia. Todo parecía terminar. Su matrimonio había terminado hace mucho tiempo. Ahora Sophia se había ido. Y ahí estaba Marc para irse de nuevo al día siguiente. Finales. Todos los finales. Sin comienzos. Y, sin embargo, solo tenía treinta y seis años.

Sin comienzos. A menos que... Pero no puede ser. Ahora no. No a su edad. No cuando lo intentaron sin éxito durante todos esos años desde que Sofía nació hasta que se separaron. Sería demasiado irónico. Y demasiado extraño. Tenía una hija casada que podría ser madre dentro de un año.

Y sin embargo, pensó, agarrando sus rodillas y notando las margaritas que salpicaban el césped, a pesar del cuidado frecuente de un cortacésped, no era imposible. Habían estado juntos cuatro veces en tres ocasiones diferentes. Y llevaba varios días de retraso. Nunca llegaba tarde.

Apoyó la frente en las rodillas y cerró los ojos. No debía a empezar a entrar en pánico. Sería una tontería cuando todavía no había manera de estar segura. Tampoco debía empezar a esperar. Sería una tontería estimular a todas las desilusiones correspondientes cuando descubra, como seguramente lo haría en los próximos días, que no era así.

No debo empezar a tener esperanza, se dijo a sí misma. No debe comenzar a esperar que, después de todo, haya algo (alguien) que llene el vacío. Alguna parte de él para que se mantenga cerca de sí misma por un tiempo más.

Estaba en la misma posición, adormecida, casi dormida cuando él vino. Lo había estado esperando, se dio cuenta cuando escuchó el pestillo de la puerta. Habría sabido adónde había ido ella, y él mismo habría ido allí para despedirse. La despedida de mañana sería pública. No es que no hubiera sido mejor mantenerlo así, por supuesto, pero sabía que él vendría.

—Olivia —dijo cuando ella levantó la cabeza de las rodillas. Estaba caminando hacia ella. —Estaban felices, ¿verdad? ¿Hicimos lo correcto de no tratar de persuadirla cuando se echó a llorar después de que nos contó la verdad esta mañana?

—Estaban felices—, dijo. —No creo que pueda haber ninguna duda al respecto, Marcus. Ella brillaba Y él la miraba con tanto orgullo como nosotros. Y con tanto amor también, estoy segura.

—Duele perder a una hija, ¿no?—, Dijo. —Casi como si realmente la hubiéramos perdido.

—Rushton nunca volverá a ser su hogar, - dijo. —O Clifton, tampoco.

—Y, sin embargo, —dijo—, se siente mal estar desanimado.

—Sí.-

—Es feliz y todo lo que siempre hemos deseado para ella es la felicidad.

—Sí.

—Olivia —dijo—, lo hizo por nosotros. Para unirnos.

—Sí.

—Y el joven Francis vio su oportunidad y aceptó el plan insensato, — dijo.

Apoyó la frente contra sus rodillas. Ella sintió, más que vio, que se acercaba y ponía un pie en una piedra cerca de ella, como había hecho en una ocasión anterior.

—Ella pensó que había tenido éxito, - dijo. —Nos vio juntos. Había venido a tu habitación por algo, pero solo yo estaba despierto. Saco lo que le pareció la única conclusión.

—Pobre Sofía.

—¿Todavía planeas irte con Emma y Clarence mañana?—, Preguntó.

—Sí —dijo ella. —Tengo un deseo de volver mi vida a la normalidad otra vez.

—¿No te gustaría quedarte un rato?— Le preguntó. —¿Para relajarse aquí?

—No puedo relajarme aquí, Marcus,— dijo.

No dijo nada durante un rato. —¿Te arrepientes, Olivia? - preguntó. —Si pudieras volver atrás, ¿harías algo diferente? ¿Quizás me perdonarías si pudieras volver atrás?

Levantó la vista después de un largo silencio. —Te perdoné mucho antes de que dejaras de preguntar, - dijo. —Sabía que te habías cedido a una debilidad momentánea y que realmente lo lamentabas. Pero no podía seguir como si nada hubiera pasado, Marcus. No creía que pudiera amarte tan cariñosamente como siempre lo había hecho, ni que pudiera confiar en ti tan implícitamente, ni que pudiera ser tan amiga cercana de ti. Todo se echó a perder y no vi cómo se iba a arreglar.

—Y ahora es demasiado tarde, - dijo. —Estamos acostumbrados a mundos separados con solo un poco de deseo y quizás un poco de afecto que nos queda el uno al otro. Tú tienes a Clarence. Es demasiado tarde, Olivia. ¿No es así?

Volvió a bajar la cabeza. Y el tenia a Lady Mornington. —Sí —dijo ella. —Catorce años demasiado tarde. Ambos cometimos un terrible error, y ahora es demasiado tarde.

Pensó en Lady Mornington, la pequeña y sencilla mujer que había sido su amante durante seis años. La mujer que parecía sensata e inteligente, una compañera totalmente adecuada para Marc. Sí, ya era demasiado tarde. Había renunciado voluntariamente a sus derechos como esposa y ahora ni siquiera tenía derecho a tratar de cargarlo con un dilema. Había conocido la paz con su María, había dicho.

—Sí, es demasiado tarde —dijo de nuevo.

—Es un buen hombre— dijo. —Casi digno de ti, creo. Siempre me pregunté por qué no mostraba ninguna inclinación particular a casarse. No vi que él también te amaba. Pero su devoción ha sido recompensada. ¿Eres feliz con él, Olivia?

Tragó saliva, intentó formular una respuesta y no dijo nada. Se sentiría culpable, tal vez, si supiera la verdad, culpable de su propia relación. Y ya no quería que él se sintiera culpable. Lo había cargado con más de lo que le correspondía en años anteriores.

Su mano tocó la parte de atrás de su cabeza con ligereza y brevemente. —Desearía poder liberarte por él, Olivia,— dijo. —Pero habría demasiado escándalo, porque la culpa tendría que parecer tuya.

—No quisiera que Sophia fuera hija de padres divorciados— dijo.

—No.— Levantó la mano. —Y no quiero más amargura entre nosotros, Olivia. Ya ha habido suficiente. Pasaremos la Navidad juntos, si Sophia y Francis están en casa desde Italia.

—Tal vez vayan a ver a William y Rose, —dijo ella, levantando la vista una vez más.

—Sophia querrá estar con nosotros, —dijo.

—Debemos esperar y ver, —dijo ella. —Pero sí, si ella lo desea, Marcus.

Sonrió y le tocó la mejilla con el dorso de los dedos. —Tal vez seamos abuelos antes de que haya pasado un año, —dijo.

—Sí. — Ella tragó.

—Me gustaría eso —dijo. —Para tener un hijo en la familia otra vez. No parece que haya pasado mucho tiempo desde que Sofía era un bebé, ¿verdad?

—La gente solía reírse de nosotros y nos consideraban muy excéntricos —dijo sonriendo—, porque nunca la dejaríamos en la guardería con su nodriza, sino que pasábamos casi todos los días con ella.

—Y las noches, también, —dijo él. —La pequeña sinvergüenza nunca dormía, ¿te acuerdas? Creo que hice un agujero en la alfombra de la guardería, caminando de un lado a otro con ella durante horas y horas.

—Siempre fuiste bueno con ella—, dijo. —Mi energía se agotaba y solías ordenarme que me fuera a la cama.

—Y la nodriza roncaba en su cama —dijo con una carcajada.

—Oh, Marcus —dijo—, fueron buenos tiempos.

—Sí —dijo él—, lo eran. Quizás podamos recuperar algo del placer con nuestros nietos, Olivia. Aunque el pensamiento es absurdo. ¿Eres abuela? Solo tienes treinta y seis años y pareces más joven.

Ella sonrió fugazmente.

—Bueno —dijo—, eso es todo en el futuro. Quizás en un futuro lejano. Mañana tendrás un largo y tedioso viaje para enfrentarte. ¿Tienes todo lo que necesitas, Olivia?

—Tendré a Emma y Clarence para hacerme compañía— dijo.

—Sí, por supuesto, —dijo él. —¿Y en Rushton? ¿Estás cómoda allí? ¿Debo aumentar tu subsidio?

—No, - dijo. —Ya es demasiado generoso.

—Bueno, entonces —dijo. —Todo parece estar resuelto.

—Sí. —Le sonrió. —¿Casi todos se van mañana, Marcus? ¿Y William y Rose al día siguiente? Te alegrarás de la tranquilidad de nuevo.

—Me iré a Londres sin demora —dijo.

Ah, sí. Lady Mornington. Olivia se encontró luchando contra las lágrimas.

—También será el momento para mí, que mi vida vuelva a la normalidad— dijo.

Sí. Sostuvo su sonrisa.

Puso una mano en su hombro y la apretó con la fuerza suficiente como para lastimarla. —Lamento lo que ha ocurrido aquí entre nosotros, Olivia, —dijo—. Lo siento si lo encontraste angustioso o desagradable. No debí haberte forzado a ti simplemente porque sigues siendo legalmente mi esposa.

—No usaste la fuerza, — dijo ella. —Pero yo también lo siento. Se siente casi como ser infiel, ¿no es así?

Le apretó el hombro de nuevo y se dio la vuelta para caminar de nuevo por el pequeño jardín. Lo vio irse. Se detuvo con la mano en el pestillo de la puerta y miró hacia atrás por encima del hombro.

—Olivia —dijo—, te amaba, sabes.

Hizo. Yo te amé Ella se quedó mirando la puerta mucho después de que él se había ido y mucho después de que las lágrimas hubieran empañado su visión.

Hizo. Tiempo pasado. Todo ha terminado y desaparecido. Todos los finales. Ya era demasiado tarde para ellos. Muy tarde. Era lo que él había dicho y lo que ella había aceptado. Las puertas se cierran por todas partes. No se abre ninguna.

No se atrevía a esperar un comienzo glorioso que pudiera compensar todos los otros finales.

No se atrevía a tener esperanza.

Y, sin embargo, no podía dejar de tener esperanzas.

Había evitado a Clarence todo lo que pudo durante su estadía. Una vez habían sido los mejores amigos. Y todavía no veía ninguna razón para que no le gustara el hombre. Era amable, cortés, y siempre estaba dispuesto a participar en cualquier actividad adecuada para otras personas. Pero, ¿cómo podrían seguir siendo amigos?

¿Era posible -se preguntó el conde de Clifton-, ser amigable con el amante de la esposa que aún amaba? Y, sin embargo, no podía culparla a ella por tener un amante ni a él por amarla. Había elegido sabiamente y bien. Clarence siempre se había dedicado a ella. Podía ver eso ahora, mirando hacia atrás. Y fiel, también. Habían sido amigos durante más de catorce años. Y amantes desde hace muchos años. No lo sabía a ciencia cierta. Siempre deben haber sido muy discretos. Nunca había escuchado un susurro de escándalo sobre ellos.

Había estado evitando a Clarence. Pero al verlo caminar solo desde la dirección de los establos, hizo una pausa y luego redirigió sus pasos para que se encontraran.

—¿Has salido a montar? - le preguntó.

—No, no, - dijo Clarence. —Solo me aseguro de que mis caballos estén listos para el viaje de mañana. La mayoría de las personas en la casa parecen estar descansando.

—Fue bueno que hayas venido hasta aquí— dijo el conde. —Lo aprecio, Clarence.

—¿Cómo podría resistirme a una invitación a la boda de Sophia?—, Dijo Clarence. —Siempre he pensado en ella como una especie de sobrina.

—Ha sido bueno para Olivia tenerte a ti y a Emma aquí,— dijo el conde. —Y me hará más fácil saber que ella tendrá tu compañía para el viaje de regreso.

—Partiremos temprano—, dijo Clarence.

—Clarence.— El conde habló de manera impulsiva. Ambos dejaron de caminar. — Cuídala.

—Luchare contra cualquier salteador de caminos con dos armas de fuego,— dijo Clarence con una sonrisa. —Y Emma los hará huir con su lengua. No tengas miedo.

—Eso no es lo que quise decir —dijo el conde. —Me refiera a cuidarla por el resto de tu vida.

Las cejas de Clarence se alzaron. — ¿Qué? —dijo.

—No creo que necesitemos mantener esta pretensión civilizada—, dijo el conde. —Es posible que no haya vivido con ella durante muchos años, Clarence, y puede que haya tenido otras mujeres mientras que ella ha tenido otro hombre, pero todavía me preocupo por ella, ¿sabes? Quiero que sea feliz.

Clarence frunció los labios. —¿Este otro hombre siendo yo?—, Preguntó. —¿Es eso lo que Olivia te ha dicho, Marcus?

—Lamento haberlo mencionado —dijo el conde—, ya que parece que le he avergonzado un poco. Supongo que es difícil discutir abiertamente este asunto con el esposo de su amante y tu antiguo amigo. Yo solo... bueno, no importa.

—¿Qué te ha contado? —Preguntó Clarence. —¿Cuánto tiempo llevamos siendo amantes? ¿Con qué frecuencia complacemos a nuestro amor? ¿Dónde? ¿Qué grado de satisfacción?

El puño de Lord Clifton le dio un gancho de izquierda en la barbilla en ese momento y se cayó torpemente. El conde se puso en pie, con los pies separados, los puños cerrados, esperando la pelea que esperaba. Clarence se apoyó en un codo y sintió su mandíbula con cautela.

—No creo que esté muy dislocada— dijo. -Podrías haberme advertido que me defendiera, Marcus.

Los hombros del conde se desplomaron repentinamente y extendió una mano para ayudar a su antiguo amigo a levantarse.

—Diablos, tómala, Clarence,— le dijo. - Perdóname, ¿quieres?

—Eres un tonto— dijo Clarence, aceptando la mano ofrecida y poniéndose de pie, aun sintiendo su mandíbula. —Aún la amas, ¿verdad? Y sin embargo, vas a dejarla ir a casa mañana, conmigo.

—No me impondré donde no me quieren— dijo el conde. —Nunca lo hice, Clarence, y no he cambiado. Tampoco interferiré con su libertad, a pesar de la cara que acabo de ponerte. Solo quiero asegurarme de que serás bueno con ella. Pero no hay nada que pueda hacer para asegurar eso, ¿verdad?

—Olivia es muy querida para mí, —dijo Clarence—, y haré todo lo que esté en mi poder para ser bueno con ella, como tú lo dices, Marcus. Más que eso no puedo decir. No sé lo que te ha dicho. Pero eres un tonto por todo eso. Si alguna vez hubiera tenido el tipo de relación feliz y segura que solían tener ustedes dos, habría luchado contra el cielo y la tierra para mantenerla. Y la opinión pública y la ley de la tierra también, si es necesario, — agregó en voz baja.

—Bueno —dijo el conde—, será mejor que regresemos a la casa. Mis invitados habrán recuperado su energía y estarán listos para reanudar las festividades. ¿Crees que mi hija hizo una buena pareja? Olivia y yo estamos contentos a pesar de los recelos iniciales. El joven Sutton ha sido un infierno desde que llegó de la universidad. Pero parece que se preocupa por Sophia.

Caminaron de regreso a la casa juntos.

Claude Y Richard y sus esposas e hijos también se iban temprano a la mañana siguiente. La terraza delantera de la casa parecía llena de carruajes y aún más llena de gente. Hubo ruidos y risas y los gritos de los niños. Y las lágrimas.

—Olivia, querida,— dijo la duquesa, agarrando a su amiga en sus brazos cuando pudo separarse de sus hijos y nietos por un momento, —es maravilloso haberte visto de nuevo y tener esta conexión de matrimonio entre nuestras dos familias No debemos dejar que pase tanto tiempo de nuevo. Tal vez dentro de nueve meses compartamos un nieto.

Olivia la abrazó a cambio, mientras el duque le estrechaba la mano a Emma con fuerza y le aseguraba que había estado encantado de haber tenido la oportunidad de conversar con una dama tan sensata. Clarence y Marcus se despidieron de los hermanos de Francis y de sus familias.

Y allí estaban su madre y su padre para abrazar y besar, y más lágrimas para derramar.

Los caballos resoplaban y estampaban en el aire frío de la mañana. Los cocheros estaban pisando fuerte y obviamente, estaban ansiosos por seguir su camino. Los sirvientes y los baúles ya estaban cargados en los carros que los acompañaban.

El duque abrazó a Olivia. —Ha sido maravilloso verte de nuevo y con tan buen aspecto, Olivia,— dijo. —Espero que no pase tanto tiempo hasta la próxima vez, querida.

Los niños estaban dentro de los carruajes con la esposa de Richard. Claude estaba facilitando a su propia esposa. Emma ya estaba sentada en su carruaje, y Clarence esperaba junto a la puerta. Marcus estaba estrechando la mano de Richard.

Olivia sintió el pánico apretándose contra su estómago. Se giró apresuradamente y extendió una mano para buscar a Clarence.

—Olivia —dijo una voz detrás de ella y se volvió de nuevo. -Que tengas un buen viaje.

Su mano se cerró sobre la de ella, cálida y firme. Que extraño gesto formal. Que palabras tan formales. Le había esperado toda la noche anterior, aunque sabía que no tendría ningún sentido que viniese. No después de sus palabras en el jardín escondido. Pero ella lo había esperado. Lo había deseado desesperadamente. Incluso se había levantado de la cama en algún momento durante la noche, decidida a ir a verle ella misma. Pero no había llegado más lejos que la puerta de su vestidor. Tan pronto como todos sus invitados se hubieran marchado, incluida ella misma, debía regresar a Londres. A lady Mornington.

—Sí —dijo ella. — Gracias.

—Adiós, entonces, —dijo él.

—Adiós, Marcus.

Hubo un momento en que quizás se balancearon un poco el uno hacia el otro. Tal vez no. Quizás había estado en su imaginación. Y luego, su agarre de la mano cambió para poder ayudarla a subir al carruaje. Clarence entró detrás de ella y se sentó enfrente. Tanto él como Emma estudiaron el jardín formal más allá de la ventana lejana.

—Adiós —dijo de nuevo, y se apartó para que un lacayo pudiera cerrar la puerta con firmeza.

El cochero ya debe haber estado en su lugar. El carruaje comenzó a moverse casi de inmediato. Miró a Marcus una vez por la ventana y sintió que el pánico la agarraba de nuevo. Apretó las manos con fuerza en su regazo para no abrir la puerta y lanzarse del carruaje.

Adiós, Marc. Se recostó contra los cojines, cerró los ojos y luchó contra el dolor agudo en su garganta.

—Olivia, —dijo Emma. —¿Por qué estás siendo tan tonta? Para ser una dama de extraordinario sentido común, siempre has sido la más tonta en tu matrimonio. ¿Qué demonios estás haciendo aquí con Clarence y conmigo?

—Ahora no, Emma, — dijo Clarence. —Su momento es desastroso. Cambia de lugar conmigo, por favor.

Unos momentos después, Olivia encontró su mano en la grande y tranquilizadora de su amigo.

—Espero que no sea tu abrigo favorito, Clarence, - dijo ella, con una voz siniestra. —Estará empapado.

—Exprimiré el exceso de humedad cuando termines— dijo, —y volverá a estar como nuevo.

Ella se rió temblorosamente. Y luego giró la cabeza, hundió la cara contra su manga y lloró y lloró.

—Oh, querida, —dijo Emma. — ¿No hay nada que podamos hacer, Clarence? ¿Ayudaría si nos damos la vuelta? Siempre me siento tan impotente cuando se trata de los asuntos del corazón.

—Podríamos conversar sobre el clima— dijo. —Eso ayudaría, creo, Emma. Ese tema invariablemente conduce a otros.

El duque y la duquesa de Weymouth partieron temprano a la mañana siguiente. El conde de Clifton estaba de camino a Londres solo una hora después. No podría haberse quedado más tiempo en Clifton si su vida hubiera dependido de ello.

Se había ido al jardín escondido después de que ella se había ido el día anterior, y se había sentado durante una hora o más en la piedra donde siempre le había gustado sentarse. Pero aunque el sol brillaba y los pájaros cantaban y las flores florecían, allí no había paz. Ella se había ido. Su ausencia del jardín y de su vida fue como algo tangible.

Le habían recordado horriblemente cómo había sido su vida durante un año y más después de haberla dejado.

Durante la noche, sin poder dormir, había entrado en su dormitorio, se había sentado a su lado de la cama y había puesto una mano sobre su almohada. Pero ella se había ido. Irrevocablemente desaparecida. Había contado los meses hasta Navidad, casi cinco. Una eternidad. ¿Volverían Sofía y Francis para entonces o prolongarían sus viajes por el Continente? ¿Y vendría incluso si estuviera en casa? ¿Habría tal vez alguna excusa para no venir? ¿Clima invernal? ¿Malos caminos?

Se había preguntado si alguna vez la volvería a ver.

Y finalmente, y tontamente, se había acostado en su cama, con la cabeza apoyada en la almohada, y había dormido.

Iba a pasar el resto del verano y el otoño y el invierno en Londres, había decidido. Tal vez iría a Brighton por una semana o dos si el clima se mantuviera cálido. No importaba a dónde fuera, siempre que no tuviera que quedarse en Clifton.

Tenía una visita que hacer en Londres, una que realmente preferiría no haber hecho en absoluto. Pero no había sido una conocida casual. Duró seis años. Y María era su amiga. No más que eso, de hecho. Pero tuvo que terminar toda la relación. Debido a que había sido una amiga tan cercana, de alguna manera la relación ahora le parecía adúltera.

Tal vez fue una tontería terminar una buena amistad cuando tal vez nunca vuelva a ver a Olivia. Sin embargo, debe terminar con eso. Pero no podía simplemente dejarla sin una palabra. Tenía que explicarle. Ella lo entendería. Sabía que él amaba a Olivia, al igual que él sabía que ella todavía lloraba por su marido muerto.

La vida podría ser mucho menos complicada, pensó, si amara a Mary en lugar de a su esposa. Si realmente fuera su amante.

CAPITULO 17

Había recibido tres cartas de ella antes de volver a verla.

La primera llegó dos semanas después de su llegada a Londres. Había ido primero a Clifton Court. Era una carta breve y extraña, y lo dejó preguntándose cuál era el motivo por el que la había escrito. ¿Por qué no se lo había dicho simplemente cara a cara?

—Quiero que lo sepas —había escrito—, que Clarence no es mi amante y nunca lo ha sido. Nunca he tenido otro amante más que tú. Clarence es mi amigo, como siempre lo has sabido y como te dije. Él es mi amigo. Nunca se ha sugerido nada más entre nosotros.

Eso fue todo, aparte de una pregunta educada sobre su salud y la esperanza expresada de que pronto tendrían noticias de Sophia.

¿Era verdad? se preguntó el conde. Pero claro que era verdad si Livy lo decía. No podría haber ninguna duda al respecto.

¿Quería que volviera? ¿Estaba tratando de despejar el camino para su regreso? ¿Por eso había escrito? Fue su inmediata y primera esperanza. O tal vez era solo que Clarence se había quejado a ella y la había avergonzado y pensó que era hora de aclarar el malentendido.

O tal vez deseaba recordarle una vez más que la responsabilidad de la ruptura de su matrimonio era completamente suya. Se había mantenido fiel, aunque implacable.

Pero no del todo implacable. Le había dicho que lo había perdonado incluso antes de que él dejara de preguntar. Pero había considerado imposible continuar con su matrimonio. Todo se había echado a perder, había dicho ella. Y ya era demasiado tarde para que intentaran retomar los hilos de una relación que había transcurrido catorce años antes. Ella también había dicho eso.

No, no había espacio para la esperanza. No tiene sentido volver a escribirle para contarle la verdad de su relación con Mary. Porque aunque nunca se había acostado con María, se había acostado con otras mujeres. Guardó la carta con todas las otras cartas que había recibido de ella a lo largo de los años, la mayoría de ellas en relación con algún problema con Sophia o algún negocio de bienes raíces. Nunca nada personal. Pero se las había guardado todas de todos modos.

La segunda carta llegó poco antes de navidad. Sofía y Francis todavía no habían regresado de Italia. Habían escrito que iban a pasar las vacaciones en Nápoles. Esperaban estar en casa en primavera. El conde le había escrito a su esposa que esperaba que ella aceptara la invitación para pasar la Navidad con

William y Rose y su familia. Podía asegurarle que Rose estaba particularmente ansiosa por verla ahora que había una conexión de matrimonio entre sus familias.

Escribió de nuevo para decir que no podría ir. Ya le había dado sus excusas a Rose, había dicho. Se estaba recuperando de un resfriado y no le parecía prudente viajar. Además, tenía otros compromisos para las fiestas. Le deseó una feliz Navidad.

Él escribió de nuevo, preguntando por su salud, pero no respondió. Pensó en ir a verla, pero no lo hizo. Había dejado claro, lo más claramente posible sin ser abiertamente ofensiva que no deseaba volver a verlo y que lo haría solo cuando fuera necesario por el bien de la felicidad de su hija. No le agradecería que llegase a su puerta para expresar su ansiedad por un resfriado curado hace tiempo.

Pasó la Navidad con la familia del duque y la duquesa y varios otros huéspedes de la casa y se sintió más solo de lo que nunca se había sentido en su vida.

La tercera carta llegó a principios de abril, justo después de que Sophia y Francis regresaran del continente y se establecieran temporalmente en Londres. Sophia sabia, por supuesto, por las cartas que le habían llegado de su casa, que seguían viviendo separados, pero era evidente que no había perdido la esperanza. Tal vez mamá vendría a Londres durante parte de la temporada, había sugerido. Incluso podría quedarse con ellos si lo deseara, en lugar de con papá. Los cuatro podrían ir juntos.

Había escrito para persuadir a su madre para que viniera. Y le había escrito para decirle que Sophia estaba llena de salud y felicidad y que el joven Francis todavía la adoraba. Pero significaría mucho, había escrito, si aceptara pasar algunas semanas en la ciudad para que todos estuvieran juntos en algunas ocasiones.

Ella no podía venir, le respondió. Dejó caer la carta en su regazo y no leyó durante un rato. Demasiado para una esperanza que siempre había sabido que no era razonable. Y hasta aquí llego la promesa que había hecho de pasar algún tiempo con él cuando Sophia regresara.

Estaba hecha de mármol, pensó con una oleada de ira no acostumbrada contra ella. Era bastante implacable en su desprecio hacia él y lo que representaba. No quiso venir. Así que. Nunca la volvería a ver. También podría ahogarse en licor e ir de gira por todos los burdeles de Londres esa noche. También podría... Tomó la carta con cansancio y siguió leyendo.

—No es una recurrencia del resfriado— escribió. —Nunca hubo un resfriado. No me atrevía a decirte la verdadera razón. Me resulta difícil ahora. Pero tienes derecho a saberlo. Debería habértelo dicho hace mucho tiempo. Voy

a dar a luz a un niño en algún momento de este mes. Por supuesto, un viaje a Londres está fuera de discusión.

—Me gustaría ver a Sophia si quisiera venir aquí y perderse el comienzo de la temporada. ¿Se avergonzará de tener una hermana o un hermano mucho más joven que ella, me pregunto? No necesitas sentirte obligado a venir, Marcus. Tampoco necesitas sentirte culpable. Quiero a este niño más de lo que he querido en mucho, mucho tiempo. Y he gozado de buena salud. Le informaré del evento tan pronto como termine mi confinamiento.

El conde de Clifton se levantó con tanta prisa que su silla se estrelló contra el suelo detrás de él.

El aire se siente bien. Después de tres días de lluvia, el sol brillaba nuevamente y había un olor a vegetación fresca. La primavera había llegado tarde. Todavía había algunos narcisos en flor, y los tulipanes y las otras flores de finales de la primavera empezaban a florecer. Los árboles habían brotado nuevas hojas.

Se sintió bien paseando afuera en su parte favorita del jardín al lado de la casa. Siempre se le había llamado la arboleda de rosas, aunque en la actualidad estaba llena de flores de primavera. Las rosas no florecerían hasta más tarde.

Se sentó lentamente en un asiento de hierro forjado. Se sentía como si acabara de caminar cinco millas en lugar de la corta distancia de la casa. El bebé había caído, aunque aún faltaban dos semanas para la fecha de prevista de nacimiento. Era un poco más fácil respirar, pero era difícil caminar. Y difícil de sentarse, también, pensó con pesar.

De hecho, se había sentido bastante mal todo el día. Caliente e inquieta, con episodios alternos de apatía y energía nerviosa. No podía recordar haberse sentido tan grande y pesada con Sophia. Pero, por supuesto, eso había sido casi diecinueve años antes. No era de extrañar que no lo recordara. Y también era diecinueve años mayor de lo que había sido entonces.

¿Sophia vendría? Se preguntó. ¿Y tal vez Francis, también? Esperaba que sí. Quería verlos. Quería asegurarse de que lo que Marc había escrito sobre ellos era cierto. Y quería a Sophia cerca de ella otra vez. Llevaba casi nueve meses sin familia. Pensó que un bebé no nacido, extendiendo una mano sobre su bulto, no se calificaba del todo como familia capaz de hacerle compañía.

Iba a ser un niño, la señora Oliver, el ama de llaves había predicho. Siempre lo supo por la forma en que se llevaba. Y ella decía que casi siempre tenía razón.

Olivia esperaba que Sophia viniera.

Y esperaba que Marc no viniera. No podía soportar verlo. Ahora no. Necesitaba tranquilidad en su vida durante las próximas semanas. Esperaba que no se sintiera obligado a venir.

Podía oír el sonido de los caballos en el camino. Sonaba como más de uno. Clarence solía cabalgar. Tal vez fuera Emma, pensó, o la esposa del rector. Había prometido reunirse una tarde durante la semana. Quizás era Sophia. Pero no. Su carta no habría llegado a Londres más de uno o dos días antes. No habría habido tiempo para que Sophia viniera.

Era una calesa, vio cuando el vehículo apareció a la vista. Se puso de pie para verlo. ¿A quién conocía con una calesa? No había nadie en el vecindario. Debe ser alguien que viene de lejos.

¿Marc?

Pero no, no puede ser Marc. No habría habido tiempo para organizar un viaje y el viaje.

Se acercó el chal a los hombros y extendió ambas manos protectoramente sobre su bebé por nacer.

Era Marc. Lo sabía mucho antes de poder ver claramente al conductor y, a pesar de la improbabilidad de que fuera él. Su corazón palpitante y la sangre que latía en sus sienes le dijeron que era él. Pero no podía correr hacia él ni alejarse. Se quedó muy quieta.

Era Marc. Y la había visto. Estaba señalando a un par de chavales que habían aparecido en la entrada del establo para ver quién se acercaba. Saltó del asiento alto, dejando la calesa y los caballos a su cuidado.

Era Marc. Su bebé se movía violentamente dentro de ella. Había arrojado su sombrero al asiento de la calesa. Había olvidado su pelo plateado. Había olvidado lo atractivo que se veía.

Estaba de pie en medio del cenador de rosas, con un chal de lana sobre un vestido fino y holgado. Era enorme con el niño y bastante pálida e increíblemente hermosa. Ni siquiera miró hacia atrás para ver si los dos chavales que había señalado venían a llevarse sus caballos. Se dirigió hacia ella.

—Livy —dijo, extendiendo las manos para tomar las manos que ella había tendido hacia él. —Dios mío. Oh, Dios mío. —Sus manos estaban frías. Las apretó con fuerza.

—Marc —dijo ella—, ¿por qué has venido? ¿Oh por qué? He estado esperando y esperando que no lo hicieras.

—¿Lo has hecho? - dijo, y pudo sentir como se le apretaba la mandíbula. —¿No pensaste que me interesaría el nacimiento de mi propio hijo? ¿No pensaste

que lo consideraría lo suficientemente importante como para que me informen antes?

—Sí —dijo ella—, sabía que te interesaría. Podría ser un hijo. Tal vez tendrás un heredero mucho después de haber perdido toda esperanza de tener uno.

—Y tal vez sea una hija, - dijo. —De cualquier manera será un hijo de mi propio cuerpo. Y de los tuyos. No tenías derecho a ocultármelo tanto tiempo. No tienes ningún derecho. —Toda la conmoción, la ansiedad y el amor que lo habían sostenido en su viaje se convirtieron repentina e inesperadamente en ira. Había cometido un error hace mucho tiempo en el pasado, y desde entonces ella lo había convertido en un monstruo de depravación e insensibilidad.

Ella retiró sus manos. Había venido por el bebé. Por supuesto. Sería su única razón para venir. Lo había sabido. Por eso no había querido que él viniera. Y sí, había sido rencoroso hacer esos comentarios sobre un hijo y heredero. Él amaría al niño si fuera una niña, tal como había amado a Sofía. Querría compartir al niño como lo había hecho con Sophia. Pero era su hijo. Esta vez ella había pasado todas las molestias sola.

—Esta es mi hijo, - dijo ella. -Todo mío. No tendrás parte de este niño. No has estado aquí.

—Yo estaba allí al principio —dijo con severidad. —No te satisfaré, ya ves, sospechando que estas con otra persona. Ningún niño puede ser tuyo solo, Livy. El niño es nuestro. Y habría estado aquí desde el principio si solo hubieras dicho la palabra. Tú lo sabes.

—No, no lo hago, - gritó. —No podías esperar a volver a Londres y a tu puta.

—Mary no es una puta —dijo—, y nunca fue mi amante, tampoco. Y sabes que estás siendo injusta. Quería que te quedaras más tiempo, si lo recuerdas. ¿O te has olvidado de ese detalle? ¿No se ajusta a tu imagen de mí como mujeriego compulsivo y, por lo tanto, debe suprimirse de tu memoria?

—No quiero discutir contigo—, dijo, apartándose de él. —No te quiero aquí.

—¿Qué es?—, Preguntó cuándo ella se detuvo bruscamente.

—Nada —dijo, respirando hondo. —El bebé se movió. Esta bajo y es incómodo.

Extendió la mano y le tocó el hombro. Era pesada y torpe con su hijo. Le dolía la garganta. —¿Cómo has estado, Livy?—, Preguntó. —¿Ha sido un confinamiento difícil?

—¿Porque tengo treinta y siete años? —Le preguntó. —No, todavía soy capaz de aguantar, Marcus. Debo volver a la casa. Necesito sentarme en una silla adecuada.

Estaba siendo deliberadamente desagradable y rencorosa. Se dio cuenta de eso, pero no pudo evitarlo. Era eso o se arrojaba a sus brazos llorando. No le mostraría que lo necesitaba, que lo había anhelado cada momento de cada día y noche desde que había regresado de Clifton el verano anterior. Había venido por el bebé. Había dejado a Lady Mornington para tener un nuevo hijo que alardear. ¿Había dicho la verdad sobre ella? Frunció el ceño.

—Déjame ayudarte, —dijo.

Su brazo era mucho más firme que el de Clarence. Mucho más fácil apoyarse. Pero la distancia a la casa de repente parecía formidable.

—¿Qué es?—, Preguntó cuándo ella se detuvo.

—Más movimiento, - dijo. —Tengo que volver a la casa. No me he sentido bien hoy.

—¿Y no tienes a nadie que insista en que te quedes adentro cuando te sientes así?—, Le preguntó. —Me tendrás de ahora en adelante.

—Quedan dos semanas para el final —dijo ella. —Sophia llegó tarde. Quizás este niño también lo sea. Podría ser un mes. Te perderás parte de la temporada si te quedas. No habrá necesidad de hacerlo. Te lo haré saber inmediatamente.

-Mejor que te guardes tu respiración para la caminata, - dijo. —Esta también es mi casa, si recuerdas, Livy. Aquí es donde planeo vivir por algún tiempo por venir.

—No te quiero aquí— dijo ella.

—¿No es así?— Dijo. — Muy mal.

—Esperaba que Sophia viniera—dijo.

—Le envié una nota, —dijo—, pero no esperé lo suficiente una respuesta. Tuve la repentina y extraña necesidad de visitar a mi esposa. Por lo que sé, pueden estar pisándome los talones. ¿Qué es? - Ella había dejado de caminar otra vez y estaba respirando hondo en lugar de poner un pie en el escalón inferior que conducía a la casa.

—Creo —dijo—, que este bebé no va a esperar otras dos semanas. Creo que va a nacer mucho antes que eso.

Había más sirvientes de lo habitual en la sala, todos curiosos por ver al señor que nunca habían visto o no habían visto durante muchos años. Las puertas delanteras estaban abiertas. Ciertamente había suficientes sirvientes presentes

para responder al rugido del conde para llamar la atención. Pronto, uno se apresuró a buscar a la criada de la señora, otro a la Sra. Oliver y el tercero por el doctor. Los demás se quedaron boquiabiertos cuando Mi Señor tomó a su esposa embarazada en sus brazos como si no pesara más que una pluma y medio subiera corriendo las escaleras con ella.

No podía tumbarse. Los dolores eran más severos y más aterradores cuando intentaba recostarse y descansar entre horas. Debería intentar acostarse de lado, le dijo su doncella. Debería subir las rodillas para amortiguar el dolor, aconsejó la Sra. Oliver. Debería apilar las almohadas debajo de la cabeza para que no esté tan plana, dijo el doctor.

Todos podrían ir a la horca, dijo el conde, y dejar que su esposa hiciera lo que le fuera más cómodo. Y no, maldita sea, no saldría de la habitación. Su esposa estaba a punto de tener a su hijo y se quedaría en la habitación si le diera la gana.

Se disculpó con las damas por su lenguaje cuando su esposa se relajó después de una contracción particularmente larga, pero se negó a cambiar de opinión.

—Ponte en mi contra, Livy —dijo—, cuando vuelva el dolor. Quizás ayude.

Y así, cuando su respiración entrecortada señaló la acometida de otro ataque de dolor, se colocó detrás de ella a un lado de la cama y se mantuvo firme mientras presionaba contra él y arqueaba la cabeza sobre su hombro.

—¿Ayuda?—, Le preguntó cuándo se relajó de nuevo.

—Sí —dijo.

Su criada había desaparecido. El doctor y la Sra. Oliver conversaban en voz baja al otro lado de la sala, probablemente alguna conspiración para deshacerse de él, pensó el conde.

—Livy, — dijo. —Vine por ti, sabes. No por el bebé.

Estaba sentada erguida de nuevo, con la cabeza hacia abajo. Sus ojos estaban cerrados.

—El niño fue engendrado con amor, —dijo. —Al menos de mi parte. Te quiero. Siempre lo he hecho y siempre lo haré. Sobre eso, al menos, siempre me he mantenido firme.

Levantó la cabeza, respiró hondo y la tomó contra él de nuevo y se mantuvo firme mientras luchaba con su dolor. Se quedó contra él cuando paso.

—Nunca he sido tan mujeriego como crees— dijo. —Hubo alguien durante un año después de que dejaste claro que no podía haber reconciliación entre nosotros. Y algunas desde entonces, por breves periodos. Y estuvo María durante seis años, mi amiga, como Clarence ha sido tuyo, Livy. Pero rompí con ella inmediatamente después de la boda de Sophia. Sabía que no podría haber nadie más que tú, incluso si nunca te recuperara.

—Marc, —dijo ella—, no necesitas decir estas cosas.

—Sí, lo se—dijo. —Sé que tienes una baja opinión de mí, Livy. Pero debes haberte consolado mientras Sofía creció sabiendo que mi caída en desgracia se produjo varios años después de su concepción y nacimiento. Creo que necesitas saber que este niño, también, no es el hijo de un degenerado total.

—Marc, - dijo. Pero respiró bruscamente y presionó su cabeza contra su hombro. —Oh, —dijo cuando finalmente terminó. -Duele. Duele, Marc.

—Oh, Dios —dijo—. —Si tan solo pudiera hacer esto por ti.

Ella se rió suavemente.

—Te amo, Livy, —dijo él. —Por el bien del niño quiero que sepas eso. Siempre te he amado. Y te he sido fiel desde su concepción. Me rompió el corazón cuando te fuiste el verano pasado y desde entonces te he anhelado todos los días. Quiero que lo sepas que por el bien del niño, no para que te sientas incómoda.

—Incómoda— dijo. —Hace mucho calor aquí. Abre una ventana, Marc.

—Todas están abiertos— dijo. Levantó la voz. —Un paño fresco, Sra. Oliver. Dámelo a mí. Su Señoría se siente incómodamente caliente.

Fue un parto largo. El médico se fue a dormir en otra habitación de la casa poco después del anochecer. Algún tiempo después de la medianoche, la doncella de la condesa reemplazó a la Sra. Oliver en su vigilia. El conde se negó a irse. Si se movía de la cabecera de la cama para mojar la tela de nuevo o beber un poco de agua, su esposa gritaba de pánico cuando otra oleada de dolor la asaltara. Se había vuelto dependiente del calor y la firmeza de su cuerpo en su espalda.

La luz del día llegó antes de que finalmente sintiera la necesidad de empujar y su doncella salió volando para despertar al médico.

—Toma mi fuerza, Livy— su esposo murmuró contra su ardiente sien durante un intervalo cada vez más corto entre dolores. —Ojalá pudiera dártelo todo, cariño.

—Marc, - dijo. -Marc. ¡Ahhh!

La sostuvo por los hombros, deseando que su fuerza fluyera hacia ella.

Había estado en el piso de abajo durante las largas horas de su parto de Sophia. El tiempo había sido interminable, y después había visto en su cara que el parto no había sido fácil para ella. Pero no tenía idea de lo que una mujer debe sufrir para traer al mundo a un hijo varón. Habría muerto por ella si pudiera, para ahorrarle un momento más de dolor. Pero no podía hacer nada por ella más que sostenerla y abrazarla, bañarle la cara entre dolores y recordar el placer que le había dado al hundir su semilla en ella.

Incluso después de que el médico regresó a la habitación y la convenciera para que se recostara por fin y se posicionara para el parto, no fue nada fácil. A Marc le aterrorizaba verla usar más energía, al final de las horas y horas de los dolores debilitantes que nunca había usado durante un duro día de trabajo.

Dios mío, pensó, mientras ayudaba a la Sra. Oliver por enésima vez a levantar los hombros de la cama mientras ella se bajaba para liberarse de su carga. ¡Dios mío!

Tanto el ama de llaves como el médico se habían dado por vencidos mucho antes de intentar que se fuera, como haría cualquier otro marido. Había sido un marido inapropiado durante bastante tiempo, pensó. ¿Por qué cambiar ahora?

Y luego se agachó y no se detuvo, solo soltó el aliento con un silbido dos o tres veces antes de jadear de nuevo. Y miró con asombro y admiración cómo nació su hijo. Estaba sollozando, se dio cuenta cuando bajó a su esposa a las almohadas, y no le importó quién lo vio.

—Tenemos un hijo, Livy,— dijo. —Un hijo.

Y el bebé lloraba y estaba echado, con toda la sangre manchada, en el pecho de su madre mientras la Sra. Oliver le limpiaba la espalda con un paño.

—Oh, - dijo Olivia. —Oh.— Lo tocó, le pasó una mano por la cabeza, le tocó la mejilla con dedos ligeros. —Míralo, Marc. Oh, míralo.

Y luego la Sra. Oliver se llevó al bebé para limpiarlo y el médico tosió y sugirió que su Señoría saliera de la habitación mientras él terminaba con su Señoría.

El conde se enderezó y se secó los ojos con un pañuelo. Pero ella giró la cabeza y le sonrió radiantemente antes de que él pudiera alejarse.

—Tenemos un hijo, Marc,— dijo, levantando una mano débil, que tomó con firmeza. -Tenemos un hijo.

Levantó la mano de ella hacia sus labios y la puso contra su mejilla. —Gracias, Livy, —dijo. —Te amo.

El doctor volvió a toser.

CAPITULO 18

Todo parecía sorprendentemente lo mismo después de casi quince años. Era cierto que en la planta baja ella había hecho algunos cambios. Las cortinas, las alfombras y algunos de los muebles habían sido cambiados. Recordó que ella le pidió permiso y fondos para hacer los cambios. Pero el parque que miraba a través de una ventana era muy similar. Nunca había habido jardines formales en Rushton; solo las huertas y los invernaderos detrás de la casa y el cenador de rosas al oeste. La habitación detrás de él, su dormitorio, no había sido cambiada en absoluto. Algunas de las pertenencias que había dejado atrás todavía estaban en los cajones.

Había dormido durante cinco horas, se había bañado y afeitado y se sentía muy descansado, aunque todavía se sentía un poco mareado al saber que tenía un hijo. Apenas tres días antes, ni siquiera sabía que Livy estaba embarazada. Y ahora tenía un hijo. Y estaba de nuevo en Rushton, mirando hacia el parque familiar, a su esposa y a su hijo en la habitación contigua, probablemente dormidos, ya que había dejado instrucciones de que se le llamara cuando ella despertara.

¿Ya le había puesto nombre al niño? Se preguntó. ¿Cómo lo llamaría? ¿Jonathan? Ese era el nombre que habían elegido para un niño antes de que naciera Sophia. Pero eso fue hace mucho tiempo. Todavía era casi imposible creer que tenía casi cuarenta y un años, Livy treinta y siete, que habían estado separados durante casi quince años, habían estado juntos brevemente el verano anterior y que ahora tenían un hijo recién nacido. Un hijo nacido esa misma mañana.

Había estado observando distraídamente la aproximación de un vehículo a lo largo del camino de entrada. Poco a poco se reveló como un carruaje de viaje perteneciente a Lord Francis Sutton. Habían recibido su nota, pensó con cierto alivio, apartándose de la ventana y corriendo hacia la puerta. Y habían viajado a un ritmo casi tan furioso como el suyo.

Se encontró con ellos fuera de la casa. Francis, saltando del carruaje incluso antes de que bajaran los escalones, le mostro una sonrisa por encima del hombro.

—Aquí viene ella —dijo, mientras Sophia se arrojaba hacia sus brazos, se dejó caer al suelo y corrió hacia su padre. —Si le hubiera permitido correr en vez de viajar en el carruaje, habría corrido. ¿No es así, Soph?

—Papa, — gritó ella, con la cara enrojecida y ansiosa. — ¿Es verdad? No podía creerlo, aunque Francis dijo que no podía haber ninguna duda al respecto, ya que tienes una escritura tan clara y las palabras eran tan claras como el día. ¿Mamá está embarazada? ¿Lo es? ¿Y dónde está ella?

—Es cierto, Sophia,— dijo. Y la dobló con fuerza en sus brazos y sintió que sus lágrimas volvían a fluir inesperadamente. —Tienes un hermano, nacido esta mañana. Yo estaba con ella.

Se quedó muy quieta en sus brazos. —Tengo un hermano —dijo ella. — ¿Tengo un hermano?— Se arrancó de sus brazos, giró y se lanzó contra su marido. —Francis, tengo un hermano.

—Te escuché la primera vez, Soph,— dijo, girándola una vez. —Pero vale la pena repetirlo dos veces más, debo confesar. Aunque un poco menos de volumen, cariño.

—Tengo un hermano—, dijo una vez más, soltando su agarre mortal en su cuello y sonriéndole primero a él y luego a su padre. -¿Y mamá? ¿Ella está bien? ¿Dónde está ella? Quiero verla. Y quiero ver al bebé.

—Enhorabuena, señor —dijo Francis, extendiendo la mano derecha. —Si no tenía suficientes hermanos para acosarme, ahora también tengo un cuñado. Pero al menos este es más joven que yo.

—¿Cuál es su nombre?— Preguntó Sofía, uniendo un brazo a través de los de su marido y el otro a través de los de su padre y acercándolos a la casa. —No puedo esperar a verlo. Y mamá.

—Creo que todavía no tiene nombre, — dijo el conde. —Y en cuanto a verlos, Sophia, posiblemente aún estén dormidos y no quisiera que se despertaran. Tu madre lo pasó mal. Sube las escaleras a refrescarte y te enviare un refrigerio a la sala de mañana. Mientras tanto, iré a ver y vendré a buscarte dentro de diez minutos si están despiertos, o si tu madre lo está, al menos. ¿Suficientemente?

—Ni de lejos —dijo ella. - Pero conozco demasiado bien ese tono de voz para tratar de desafiarlo, y sé que Francis se pondrá de tu parte si intento insistir en ver a mamá sin más demora. Se ha convertido en un tirano, papá. Soy una mera sombra de mi antiguo yo.

—Que soy aproximadamente tan fornido como siempre has dicho, Soph, — dijo su marido, tomándola firmemente de la mano y guiándola por las escaleras. —Si eres una sombra de tu anterior yo, odiaría haber conocido el original. Nunca he encontrado a las muchachas amazónicas muy atractivas. Serán diez minutos, señor.

Olivia estaba despierta, el bebé dormido a su lado, un puño enroscado bajo una mejilla gorda. Tenía el cabello oscuro de su padre. Se sintió deliciosamente letárgica después de un sueño de varias horas. Estiró los dedos de los pies y sintió su estómago casi plano con satisfacción.

Se preguntó cuándo vendría. Podía enviar por él, pero quería que viniera sin ser convocado. Quería que él viniera porque quería venir. Para ver a su hijo, pensó. Para ver a su heredero. Vendría a ver al bebé.

Pero no, no se complacería en pensamientos ni siquiera teñidos de amargura. Le había dicho cosas maravillosas la noche anterior, cosas que había deseado escuchar el verano anterior, cosas que quería volver a escuchar. Quizás las había dicho para consolarla durante su parto. Pero los había creído entonces, y deseaba creerlos ahora.

Deseaba que él viniera. Volvió la cabeza hacia la puerta y se abrió como en respuesta a sus pensamientos. Lo vio entrar y cerrar la puerta silenciosamente detrás de él. Llevaba ropa limpia y se había afeitado. Su cabello tenía ese aspecto suave que siempre tenía cuando estaba recién lavado.

—Puedes dejarnos, Matilda, por favor —le dijo a su doncella.

—Livy —dijo él, inclinándose sobre su hijo para besarla en la mejilla. Notó que sus ojos solo la miraban a ella, no al bebé. -¿Has dormido? ¿Te sientes mejor?

—Me siento de maravilla —dijo. —Nunca me he sentido mejor en mi vida.

—Mentirosa— le sonrió.

Y luego miró a su hijo y la expresión de ternura en su rostro le hizo querer llorar.

—¿No es hermoso?— Dijo ella.

—No, - dijo, sonriendo. —Tendremos que agregar una nueva palabra al diccionario, Livy. No hay una palabra adecuada en la que pueda pensar. ¿Cómo le has llamado?

—Le hemos llamado Jonathan,— dijo. —A menos que hayas cambiado de opinión desde la última vez que pensamos que podríamos tener un hijo.

—Jonathan —dijo, tocando con un nudillo la suave mejilla de su hijo.

—Te estaba escuchando anoche— dijo, —aunque no pude responder mucho. Escuché todo, Marc.

—Bien —dijo—. —Entonces no necesito repetirlo todo.

—¿Lo harías? - dijo ella. —¿Si no me hubiera enterado? ¿No era solo que tenía dolor y necesitaba consuelo?

—¿Empiezo ahora?— Preguntó. ¿Con la que te amo? Si lo desea, puedo hablar sobre ese tema durante aproximadamente una hora. —Se sentó en el borde de la cama, con cuidado de no molestar al bebé, y se volvió para mirarla.

—Marc. —Levantó una mano y la puso sobre su brazo. La cubrió con su propia mano. —Estuve terriblemente equivocada, ¿no es así? Sólo las cosas se pueden estropear sin posibilidad de reparación. No las relaciones. Podríamos haber reparado el nuestro, ¿verdad? Podría haber sido tan fuerte como siempre. Podríamos haber sido felices otra vez, ¿no?

—Sólo si ambos hubiéramos estado comprometidos a serlo, - dijo.

—Y yo no lo estaba —dijo ella. —No permitiría tu humanidad, Marc. Quería que fueras perfecto o nada en absoluto. Y así, vacié mi vida de todo lo que podría haberle dado sentido, excepto Sophia. Hice una cosa terrible. Destruí la rara oportunidad de una vida de felicidad. Y también te hice cosas terribles. No has sido completamente feliz a través de los años, ¿verdad?

—No te mates con remordimiento, Livy,— dijo. —La culpa puede devorarte y destruir el futuro y el pasado. Lo sé. Viví con culpa durante años hasta que alguien me convenció de que el perdón divino debe ir acompañado del perdón de sí mismo. El verano pasado me dijiste que me habías perdonado. ¿Lo has hecho?

—Sí —dijo.

—Entonces perdónate a ti también —dijo él. —El mío fue el mayor pecado, Livy.

—Todos los años perdidos— dijo con tristeza, con lágrimas en los ojos.

—Hemos vivido a través de ellos— dijo. —Y se han ido. Todo lo que realmente tenemos es el presente y la mayor parte del futuro que se nos ha asignado. Y en este momento, estoy con mi esposa y mi hijo y me siento casi completamente feliz. Estaré totalmente feliz si mi esposa me asegura que los tres estaremos juntos para el futuro.

—Marc, —dijo ella—, nunca dejé de amarte por un momento. Nunca lo hice. Y el verano pasado, te quería mucho. Cuando dijiste que me había enseñado la pasión, hablaste de ti mismo. Nunca había superado extrañarte o desearte.

—No te enfades— dijo, secando una lágrima derramada con su pulgar. —Ambos estábamos viviendo bajo un malentendido el verano pasado, y liberándonos noblemente al otro por lo que pensábamos que era un apego más profundo. Pero el verano pasado, nos encantó, Livy. Cualquiera de esos amores que comenzaron, Jonathan fue un amante de verdad.

—Era la que estaba en el jardín escondido, - dijo ella. -El primero. Ya sospeché la verdad antes de dejar Clifton.

Él sonrió. —Me alegro de que fuera esa— dijo.

—No puedes saber—, dijo ella, —cómo esperaba y esperaba y trataba de no tener ninguna esperanza.

—Livy —dijo—, dime con palabras lo que creo que oigo, pero tengo mucho miedo para de estar seguro de ello. ¿Estamos juntos de nuevo? ¿Me dejas volver? ¿Vamos a criar a Jonathan juntos? ¿Vamos a reconstruir una vieja relación deteriorada y volver a hacer algo perfecto?

Ella tomó su mano, que había estado acariciando el cabello de su cara, y puso su palma contra su boca. Sintió que las lágrimas calientes se abrían paso por sus párpados cerrados.

—He perdido tantos años de desaliento —dijo ella. —No quiero perder otro momento, Marc. Quédate conmigo para siempre.-

—Una eternidad —dijo, inclinándose con cuidado sobre ella y besándole la boca. — ¿Nuestro hijo y heredero está tratando de romper un momento tierno?

El bebé estaba inquieto y retorciéndose. De repente, contorsionó su rostro, abrió su boca de par en par y gritó su necesidad de comida y atención.

—Mi otro hombre me necesita —dijo, girándose y deslizando sus manos debajo del bebé y levantándolo. Su llanto no cesó. —Necesita un pañal seco y mi pecho en ese orden. ¿Marc?

Se rió de ella.

—Eres tú o Matilda, - dijo. —No creo que tenga la fuerza todavía.

Se rió de él.

—No creo que las manos masculinas estén hechas para esta tarea— dijo, cruzando la habitación para buscar un pañal limpio. —Nunca me obligaste a hacer esto por Sophia, Livy.

—Ya es hora de que aprendas, - dijo ella. —Debo decir que yo también estoy un poco fuera de práctica. Veamos lo que podemos lograr juntos.

Habían reído y arrullos, y el bebé lloró mucho antes de que el pañal limpio estuviera en su sitio, aunque de forma algo inexperta, y Olivia, apoyada contra un banco de almohadas, detuvo el llanto con su pecho.

—Oh —dijo, mirando con asombro a su bebé y alisando con una mano la suave mata de su cabello oscuro— Recuerdo esta sensación. Oh, Marc, soy madre de nuevo cuando pensaba que solo tenía el consuelo de ser abuela. ¡Qué maravilloso!-

—Oh, Señor —dijo—No soy un buen padre, ¿verdad? Sofía está aquí, Livy, y Francis. Estaba lista para venir rugiendo aquí, trayendo todo el polvo del viaje con ella, pero le ordené que se refrescara y tomara un poco de té y Francis se la llevó. Le prometí que volvería por ella en de diez minutos. Eso debe ser hace más de media hora.

—¿Sophia está aquí? - dijo. —Oh, qué día tan glorioso se está convirtiendo. La veré en cuanto este bebe hambriento termine de chupar. ¿Irás y le dirás eso, Marc?

—Sí —dijo, sentándose de nuevo en la cama cerca de su nueva familia y mirándolos como si nunca se hubiera saciado. —En un momento, Livy. Como envidio a mi hijo.

Lo miró y se rió suavemente. —Llegará tu turno— dijo ella, —si me das un par de meses.

— Esperare— dijo. —Pero mi amor no depende solo de eso para alimentarme, Liv. Tengo lo que más quiero en el mundo en este momento: mi esposa con nuestro hijo en el pecho justo delante de mis ojos y nuestra hija bajo el mismo techo. ¿Qué mayor felicidad podría haber?

Le sonrió con la sonrisa soñadora de una mujer amamantando a un bebé.

Sophia cerró la puerta de la habitación de su madre un poco más rápido de lo que la había abierto. Le puso una cara sonrojada a su marido.

—No podemos entrar— dijo, —y me alegro mucho de que haya sido yo quien los espió y no tú, Francis.

—Buen, Señor —dijo—, ¿qué está pasando ahí dentro? Acaba de dar a luz, ¿no?

—Está amamantando al bebé, - dijo. —Y papá está sentado en la cama mirando. Y ninguno de ellos parecía avergonzado. —Su color ardía aún más.

Puso una mano bajo su barbilla y la levantó. —Qué extraña combinación de audacia y mojigatería eres, Soph... —dijo él. —¿Qué se supone que debe hacer? ¿Esconderse en el rincón más oscuro de la guardería y vendarle los ojos al bebé?

—No, - dijo ella, - pero habría pensado que al menos se avergonzaría.

Se sorprendió —Todas esas cosas que hacemos en la oscuridad— dijo, —y que traen de ti tan satisfactorios sonidos de placer, Soph, te cubrirían de confusión si tan solo pudiera convencerte de que dejes una vela encendida una de estas veces, ¿no? Y sin embargo, no pasaría nada diferente. Podría describirte tu

cuerpo en el más mínimo detalle, sabes. ¿Crees que tu padre no sabe qué aspecto tienen los senos de tu madre y cómo se siente y sabe a gusto?

—No lo hagas— dijo ella. —Estás intentando hacerme sentir incómoda, como siempre. Tiene el pelo oscuro, Francis.

—¿El bebé? - dijo. —Buen cambio de tema, Soph.

—Y papá estaba sentado cerca, —dijo. —Y se sonreian el uno al otro. No con el bebé, sino el uno con el otro. ¿Qué crees que significa eso, Francis?

—Significa que se estaban sonriendo el uno al otro, supongo —dijo. —Pero ya veo que estas en condiciones de hacer otra interpretación. Dímelo tú, entonces.

—Están juntos otra vez, eso es lo que digo,— dijo. —¿Y cómo podrían no estarlo? Veras, debe haber ocurrido el año pasado, Francis. Debe haberlo hecho, si ha tenido un hijo. Pero eran demasiado tercos para admitir que no podían vivir uno sin el otro. Pero ahora el bebé los ha reunido y permanecerán juntos y vivirán felices para siempre. Así son las cosas, apostaría.

—Las apuestas no son femeninas, Soph —dijo—, y de todos modos no apostaría en contra de tal teoría. Suena completamente probable. Será mejor que encontremos algo con que entretenernos mientras esperamos que el heredero de Clifton termine su oporto y sus cigarros. ¿Podría interesarte un poco de deporte en nuestras habitaciones? La cama de la posada de anoche debe ser donde se almacenan las brasas de repuesto para el fuego.

—¡Francis! —Dijo.

—Lo sé —dijo, suspirando—, es de día. Pero podemos fingir que estamos en China, Soph. Imagino que debe estar oscuro ahí abajo.

—Me sonrojaría hasta los dedos de los pies— dijo.

—Lo sé —dijo—. —Eso es lo que quiero ver. Bueno, si no es así, debemos irnos a algún lugar y tener nuestra pelea diaria. No la hemos tenido hoy y el día ha sido terriblemente aburrido.

—¡No lo ha hecho! —Dijo ella indignada. —¿Llamas llegar a Rushton y volver ver a papá y descubrir que su nota realmente significaba lo que decía y descubrir que mamá ya había tenido al bebé y que yo soy una hermana y tú un cuñado? ¿Llamas a eso todo? ¿Aburrido?

Lord Francis bostezó ruidosamente, guiando a su esposa en dirección a sus habitaciones.

—Ya veo cómo es— dijo acaloradamente. —Mi familia no significa nada para ti. Siempre has tenido hermanos, y ahora tienes cuñadas y sobrinos y sobrinas. No sabes lo que es crecer solo, incluso con los padres separados. No

sabes lo que es anhelar a un hermano o una hermana. ¿Crees que todo esto es aburrido?

—Empieza a ponerse más interesante— dijo, cerrando la puerta de su sala de estar detrás de ellos.

—Y ahora parece que, por fin, mamá y papá han vuelto a estar juntos —comentó ella—, algo con lo que he soñado durante años y años y algo que planeamos hacer el año pasado. Ahora ha sucedido, ¿lo llamas aburrido, Francis? ¿O empiezas a ponerse más interesante? -

—Mucho más interesante —dijo él, tomando su rostro entre sus manos y pasándole los pulgares por los labios.

—Y no creas que puedes besarme ahora y todo estará bien— dijo. —Lo has hecho todos los días de nuestra vida de casados y siempre he sido tan tonta como para rendirme ante ti. Pero es a mi familia a la que llamas aburrida. Mi mamá, mi papá y mi hermano. Es a mí a quien llamas aburrida. ¡Para!

Estaba dando besos en su boca.

—Todo esto es muy, muy, muy interesante— dijo.

—¡Detente!

—Fascinante.

—No.

—Indescriptiblemente maravilloso.

—No empieces a hacer eso con tu lengua— dijo ella.

—¿Por qué no?

—Porque siempre me debilita —dijo severamente. —Quiero una disculpa de tu parte.

—Tú la tienes, - dijo. —Lamentable, serviles, humillantes disculpas, Soph.

—Te burlas de todo— dijo ella, con los brazos alrededor de su cuello.

—No, no lo hago, - dijo él. —Hay una cosa de la que no me burlo, Soph. Dos. Mis sentimientos por ti y por lo que hay dentro de ti. Por cierto, sera mejor que no demos la noticia de inmediato.

—¿Por qué no? — dijo ella. —No puedo esperar.

—Podrían encontrarlo un poco desconcertante— dijo. —Todo en el mismo día se convirtiéndose en padres y aprendiendo que dentro de seis meses serán abuelos. Será mejor que esperemos uno o dos días al menos.

—Mi hermano va a ser tío dentro de seis meses— dijo. —Me pregunto cuál es su nombre, Francis.

—¿Crees que podrías preguntártelo en una posición boca arriba?—, Preguntó. —Creo que vas a tener que superar esta aversión retraída a la luz del día, ya sabes, Soph. Y te diré por qué. Tengo toda la intención de hacer lo que tu padre está haciendo ahora, cuando tú estés haciendo lo que tu madre está haciendo ahora.

—Tú no lo harías —dijo ella. —Me moriría de mortificación.

-—Aquí yace la señora Sophia Sutton— dijo, —quien pasó de esta vida, a la edad de diecinueve años, de mortificación cuando su esposo miró su pecho desnudo con un bebé pegado. ¿Crees que sería un epitafio adecuadamente afectado? Los espectadores de los cementerios llorarían de forma violenta cuando pasaran por allí, ¿no crees?

Sofía se rió.

—Ooh, - dijo él. -No es bueno. No es bueno en absoluto, Soph. Se supone que ya deberías estar arañando mis ojos para no te des cuenta de que te he acompañado a tu habitación y te estoy recostando de nuevo en tu cama. Déjame pensar en algo rápidamente para revivir esta disputa.

—Realmente no quieres hacerlo, ¿verdad? —Preguntó ella mientras su cabeza tocaba la almohada.

—¿Mirar tu pecho desnudo a la luz del día, o hacer el amor en un momento en el que no tengo que buscarte primero en la oscuridad?—, dijo. —Ambos, en realidad, Soph.

—Sólo bésame —dijo, estirando los brazos hacia él. —Eso será suficiente por ahora, Francis. Sin duda papá vendrá por nosotros pronto.

—No te preocupes por eso— dijo. —He bloqueado todas las puertas. Podemos ir de puntillas a la habitación de su madre nuevamente dentro de media hora y nadie sabrá lo que hemos estado haciendo. Ahora, veamos si le he estado haciendo el amor a una mujer todos estos meses o con un cocodrilo o algo peor.

—No seas horrible— dijo ella. —¡No mires!

—Mm, - dijo él. —Es todo mujer hasta ahora. Por supuesto, uno nunca sabe lo que puede revelar la siguiente pulgada de tela extraída. Esto es muy interesante. Lamento haber llamado el día aburrido, Soph.

—Oh, - dijo ella. —Me moriré. No mires tan deliberadamente, Francis, y con ese brillo odioso en tus ojos. Me gustaría ennegrecerlo por ti. De verdad que lo haría. Eres el hombre más horrible que he conocido. Nunca debí haberme casado contigo. Debería haberme casado con un sapo antes de considerar casarme contigo. Debí hacerlo…

—Anguilas, serpientes, ratas, búfalos, elefantes— dijo. —Pero no recomendaría elefantes, Soph. Muy pesado. Especialmente cuando empiezas a

hincharte como pronto lo harás. Mmm Toda mujer después de todo, mi amor. Y efectivamente, sonrojándote hasta las uñas de los pies. Me encanta cada centímetro de ti, sabes, y procederé sin más demoras para probártelo.

—Te odio —dijo ella. —Realmente lo hago.

Le sonrió. —Basta de peleas por un día— dijo. —Tiempo para besar y hacer las paces, Soph. Dime que me amas. —Y él bajó la cabeza hacia la de ella.

—Mm, —le dijo.

—Bastante bien —dijo.

FIN